nº12

Mayo 2019
Año III

CÍRCULO DE LOVECRAFT

AUTORES INVITADOS

Javier J. Valencia
Bárbara Gascón
Pedro Angosto

ENSAYOS DE

Carlos M. Pla
Alejandra García

Cristian Blanco - José A. Conde - José Luis Díaz
Mar Goizueta - Juan Carlos Hernández - Javier Lobo
José M. Moreno - Sheila Moreno - Óscar Navas
Ferreol von Schreiber - David P. Yuste

Círculo de Lovecraft es una revista de terror y fantasía oscura. Su objetivo es la difusión de artículos, relatos e ilustraciones del género.

AVISO LEGAL. Los textos e ilustraciones pertenecen a los autores, que conservan todos sus derechos asociados al © de su autor.

El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en **Círculo de Lovecraft** para difundirla por Internet en formato pdf o epub.

NORMAS DE PUBLICACIÓN. La revista **Círculo de Lovecraft** está dedicada al terror, pero también a la fantasía y a la ciencia ficción como géneros afines.

DIRECTORA: Amparo Montejano

SUB-DIRECTOR: José R. Montejano

MAQUETACIÓN: Círculo de Lovecraft

ILUSTRADOR DE PORTADA: Arancha Rodrigo

WEB: http://circulodelovecraft.blogspot.com.es/

CONTACTO: circulodelovecraft@gmail.com

"Somos como el soñador que vive dentro del sueño"

Amparo Montejano

"Todos los días, sin pensarlo… hágase un regalo".

-Dale Cooper

Pues sí, mis Querid@s Animales Nocturnos, hagámonos uno… un regalo intelectivo y gozoso, de esos que nos llenan la mente de increíbles recuerdos y nos embargan el corazón con la alegría inmensa que se experimenta tras de un trabajo bien hecho, edificado por vosotr@s y para vosotr@s. Y es que, este número "Especial Universo Twin Peaks" es, más que nunca, la materialización de vuestros recuerdos (para much@s, de adolescencia); o bien, la solidificación contextual del descubrimiento cosmológico —en las nuevas generaciones— del excéntrico universo ("inaugurado" en abril del ´91), gestado por el no menos extravagante cineasta David Lynch y por el guionista Mark Frost. Dos temporadas, treinta episodios, y un híbrido —mitad proemio y mitad secuela— con ***Fire, Walk with Me***, que nos dejaron, a millones de espectadores, desconcertados y sin aliento. Y no es sólo porque iniciaran una "anacrónica" etapa que se convertiría en Dorada para las series de ficción (buenos actores, perspectivas cinematográficas nunca antes vistas en el rodaje de "episodios-basura" —que solían tener por entonces este tipo de producciones—, guiones "agiles", de giros sorprendentes), sino también porque, despacito… y "como de

a poquito", Twin Peaks se transformó en un fenómeno socio-cultural del que seguidores y detractores no podían dejar de hablar. Y es que, quitando el innegable hecho de su calidad global —a nivel técnico—, en Twin Peaks se encuentra "un poco de todo" o de casi todo, apuntalando las bases de series de éxito actuales como por ej. ***Stranger Things***: se inicia con un argumento "minúsculo" (pueblecito en el que todo el mundo se conoce —aparentemente— y nunca pasa nada emocionante), para después, y de manera sorpresiva, gestar una compleja trama de ciencia ficción oscura, en donde los personajes (rotundos, polimórficos) atraviesan planos inter-dimensionales que los llevan a realidades, o bien alternativas o de secuenciación paralela; un laberíntico viaje temporal hacia un cosmos, en donde los individuos se sumergen en la excentricidad y lo paranormal como si fuese algo implícito en el propio ecosistema local. Yo siempre digo que Twin Peaks es un puzle… uno que parece no encajar, y que ayuda a dilucidar presente, pasado y el incierto futuro.

Y retomando la frase con la que abrí esta perorata, este número XII está plagado de colaboraciones increíbles que son las que, en realidad, lo han transformado en posible pues, además de contar con once grandes relatos de magníficos autores actuales (muchos de ell@s "reincidentes"), que os harán tremolar de emoción y suspense, tenemos el gran lujo de que el filósofo, estudioso y divulgador de la cultura popular, Pedro Angosto, haya hecho para nosotr@s una creativa y estimulante introducción al orbe iridiscente de este número.

Un orbe que trata de desentrañarnos —en algo— el gran escritor y padre de la obra ***Universo Twin Peaks*** (editada por DilatandoMentes Editorial), Javier J. Valencia, a través de la entrevista que concedió al subdirector del "Círculo". Deciros también que, en su magnanimidad, Javier ha elaborado un relato *A*

medianoche, junto al aserradero, que… ¡mejor será que saquéis conclusiones por vuestra cuenta!

Así mismo, en este número ha querido participar con un relato, *Los sueños de Cassandra,* la directora de **Twin Peaks España**, Bárbara Gascón; lisérgicos mundos que se tornan complejas volteretas emotivas.

Contamos también con la participación del editor, de la recientemente creada **Aurora Dorada Ediciones**, Carlos M. Pla; escritor ocultista e Historiador del Arte que nos sumerge en el mundo creativo de Zdzislaw Beksinski y sus conexiones (os aseguro que muchas) con el imaginario literario del gran Maestro Lovecraft, gracias a su impagable y metódico trabajo ensayístico.

Ensayo que viene acompañado de otra sorprendente tesis, enfocada en la serie, de la gran escritora Alejandra García (publicada inicialmente en la Revista Hélice, nº 18): *Have you seen Bob?* […]

Os aseguro que el Mal habita por entre tod@s nosotr@s.

¿Entendéis el porqué de mi alusión a que este magazine es un verdadero trabajo de equipo? …

En este punto, nuestro agradecimiento al esfuerzo y labor denodada de los equipos de **La Puerta de la Noche** y **EntredosMundos** —respectivamente— por radioficcionar dos de nuestros relatos seleccionados; e igualmente, nuestro más sincero reconocimiento al equipo editorial de **DilatandoMentes** por cedernos uno de sus libros como premio a uno de los relatos más representativos de esta edición, y por otorgarnos, de forma absolutamente gratuita, las increíbles ilustraciones que encontraréis a lo largo de las más de trescientas páginas con las que cuenta la revista, y que podéis encontrar formando parte de la gran obra de Javier J. Valencia (***Universo Twin Peaks***).

Equipos de los grupos editoriales y plataformas webs que nos ayudáis cada día y nos mantenéis a flote (perdonadme si alguno se me queda en el tintero): ***Wave Books Editorial, Cazador de Ratas Editorial, DistintaTinta Ediciones, Tinta Púrpura Editorial, Editorial Crononauta, Ediciones El Transbordador, Editorial Cerbero, Biblioteca de Carfax, Dilatando Mentes Editorial, Lee Runas, NGC 3660, Noviembre Nocturno, Heroik, Thalassa, El Caballero del Árbol Sonriente***… Millones de gracias y sabed que, ¡os queremos!

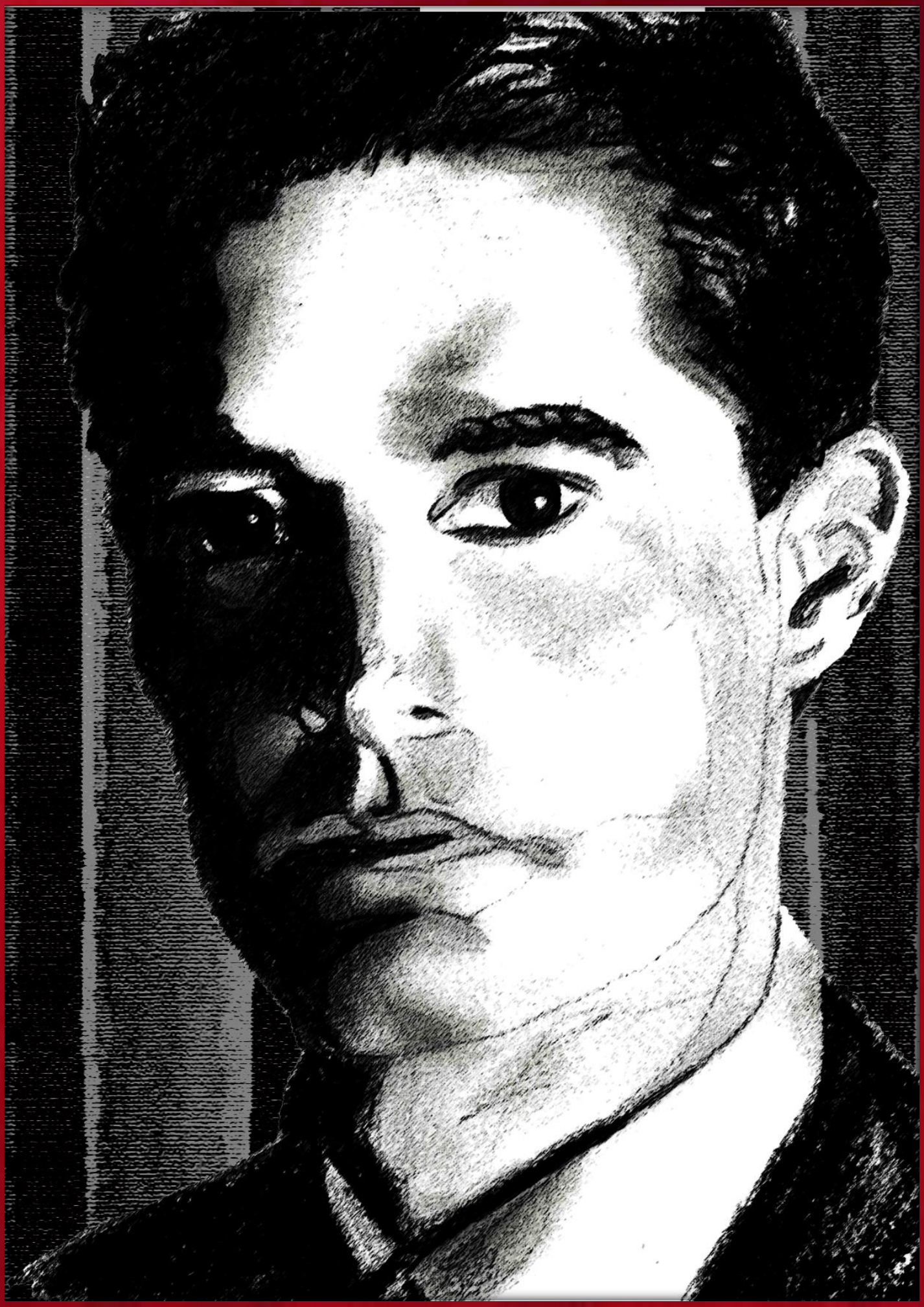
Cita especial haré de nuestra portadista, Arancha Rodrigo, que nos ha cedido esta magnífica ilustración de un Cooper meditabundo y absolutamente encantador.

Y por supuesto, a tod@s mis chic@s del "Círculo" porque, en sombras, transitan conmigo en el trabajo constante y altruista del día a día: aquel que nos da personalidad y presencia en la pantalla de la ficción especulativa española.

Despedirme de tod@s vosotr@s deseando que seáis todo lo felices que podáis pues, la felicidad es una utopía que se construye, y sólo con esfuerzo e ilusión nos permite admirarla y, algunas veces, hasta rozarla con la yema de los dedos. Sed fieles a vuestra esencia y no dejéis de lado lo que os hace singulares. Recordad: "*haced de vuestra sonrisa un paraguas y dejad que llueva".*

Volad libres, Mis Queridos Animales Nocturnos.

AMPARO MONTEJANO
DIRECTORA DE CÍRCULO DE LOVECRAFT



CÍRCULO DE LOVECRAFT

MAYO 2019 — NÚMERO 12

TWIN PEAKS: EL REENCANTAMIENTO DE LA REALIDAD – Pedro Angosto..... 11

FICCIÓN

El último baile de Louise – Cristian Blanco..... 16

Gotta Light? – José A. Conde Blanco..... 30

Sol de plata – José Luis Díaz Marcos..... 52

Donde los sicomoros – Mar Goizueta..... 73

La habitación púrpura – Juan Carlos Hernández..... 95

A medianoche junto al aserradero – Javier J. Valencia..... 132

Tantísimo amor – Javier Lobo..... 158

Las lechuzas no son lo que parecen – José M. Moreno..... 183

Los sueños de Cassandra – Bárbara Gascón..... 209

Anillo, cuchillo, cicatriz y telaraña – Sheila Moreno..... 231

Ardilla – Óscar Navas..... 261

¿Quién mató a Audrey Horne? – Ferreol Von Schreiber..... 276

El susurro de los abetos Douglas – David P. Yuste..... 308

ENTREVISTA

Javier J. Valencia, experto en *Twin Peaks*..... 86

NO FICCIÓN

Pintar lo desconocido: La influencia de H.P. Lovecraft y el Horror Cósmico en la obra pictórica de Zdzislaw Beksinski

por Carlos M. Pla 109

Have you seen Bob? La presencia del Mal en Twin Peaks

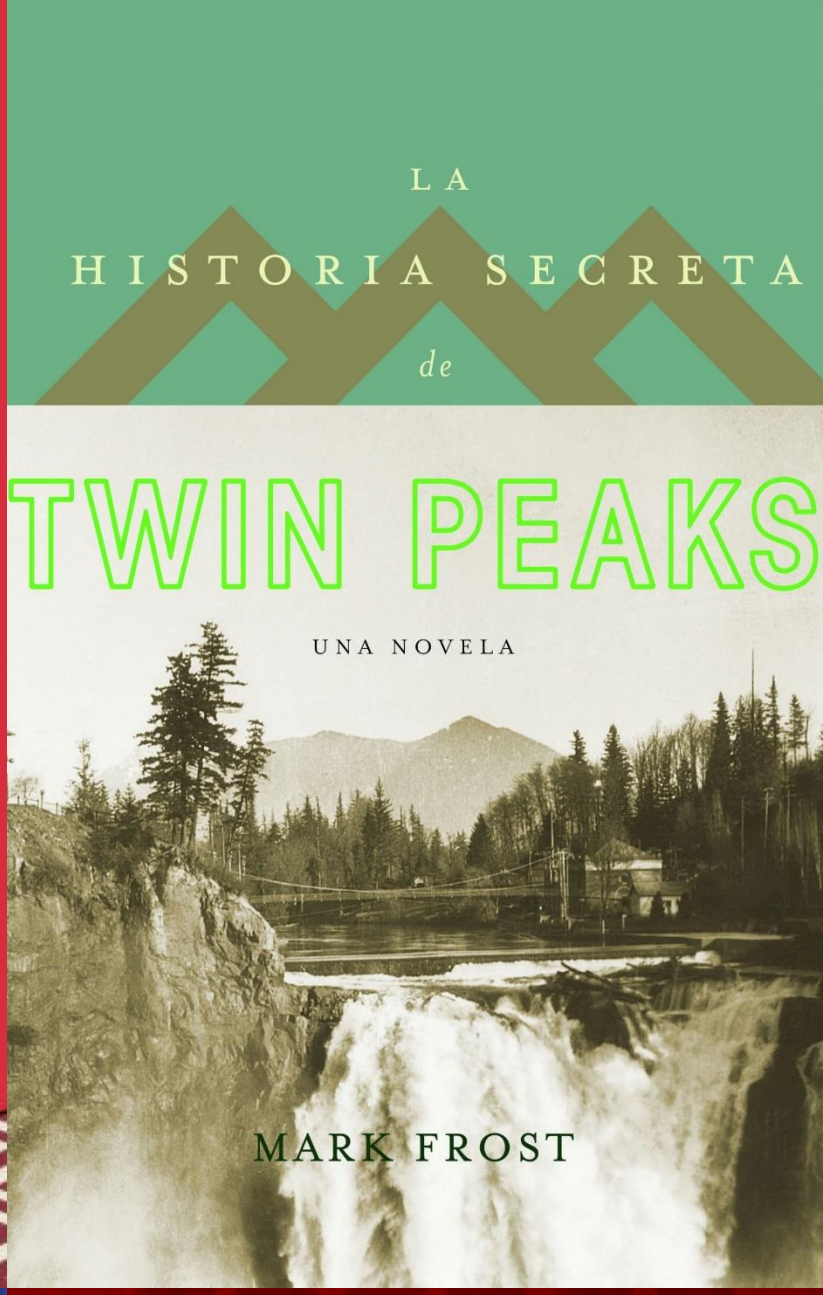
por Alejandra García 249

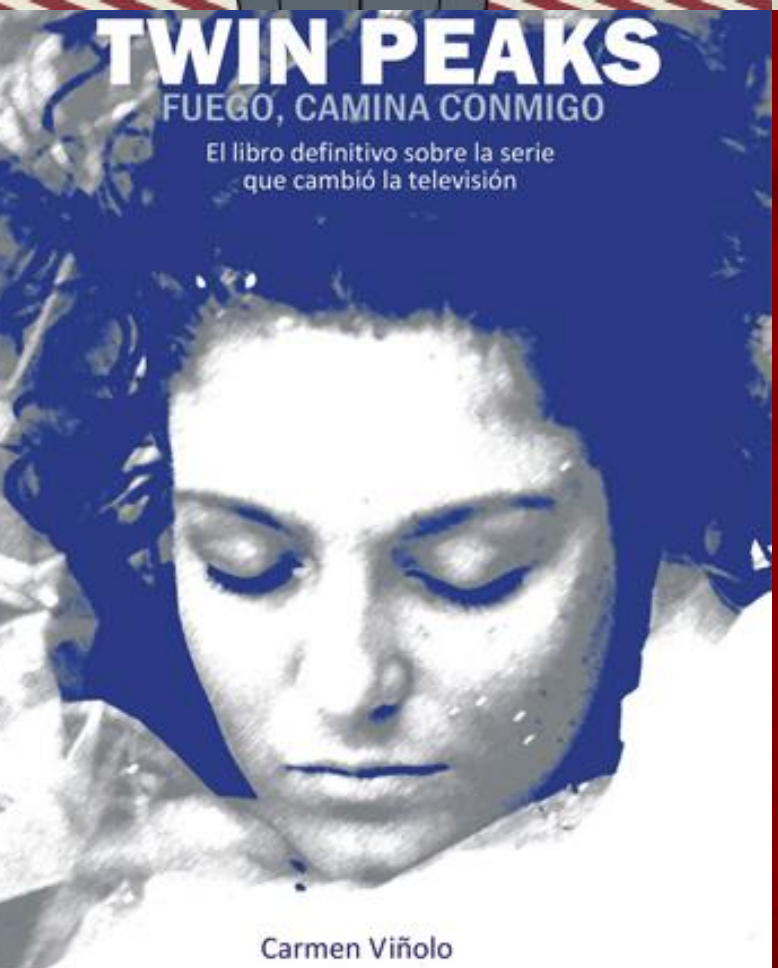
RESEÑAS

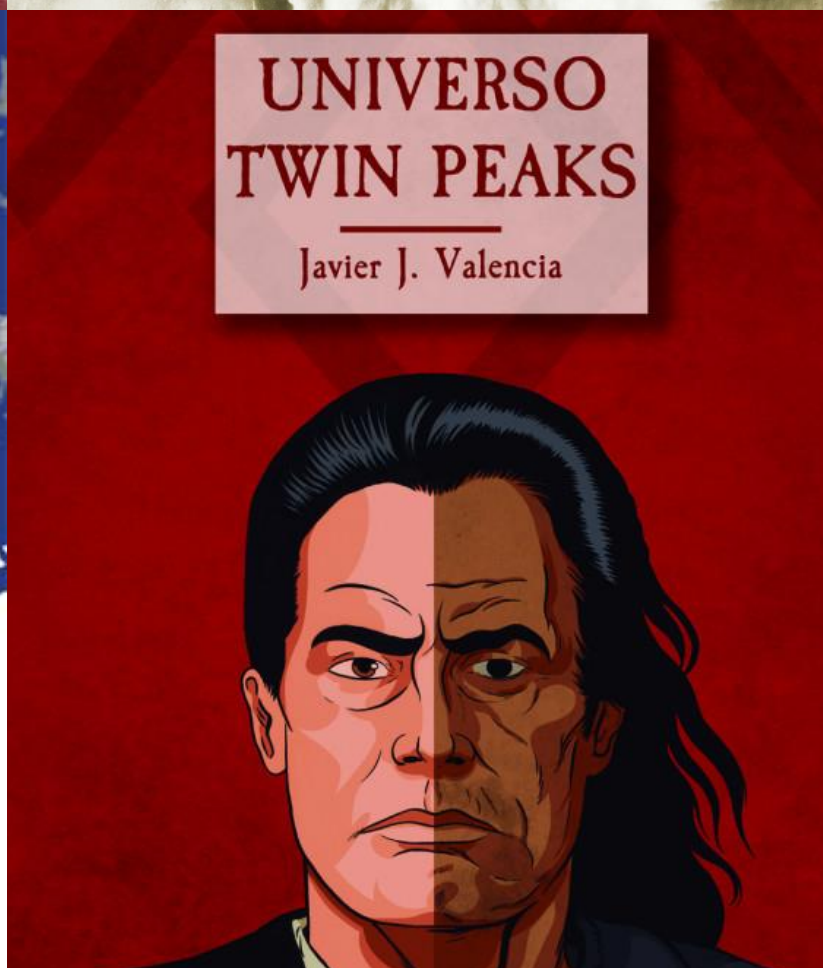
Universo Twin Peaks – Javier J. Valencia

por Pily Barba 333

REGRESO A TWIN PEAKS
DAVID LYNCH · DAVID CHASE · NACHO VIGALONDO
MICHEL CHION · ENRIC ROS · RAQUEL CRISÓSTOMO ET AL.
errata naturae


LA
HISTORIA SECRETA
de
TWIN PEAKS
UNA NOVELA
MARK FROST


TWIN PEAKS
FUEGO, CAMINA CONMIGO
El libro definitivo sobre la serie
que cambió la televisión
Carmen Viñolo


UNIVERSO
TWIN PEAKS
Javier J. Valencia

TWIN PEAKS

El reencantamiento de la realidad

Pedro Angosto

Aún puedo recordar perfectamente como los compañeros de piso de estudiantes en Granada -mi Alma Mater- nos reunimos la noche del estreno de Twin Peaks alrededor del televisor y comenzó a sonar aquella maravillosa banda sonora -que en ese episodio de arranque resultaba un tanto repetitiva y cansina-.

No crean que era como ahora, que antes de que se estrene una serie ya tienes publicados los artículos evaluándola y destripándola de principio a fin: Alguien dijo que se trataba de una serie interesante, pero símplemente no teníamos ni idea de lo que íbamos a ver.

Para un servidor fue uno de esos casos en los que se cumple ese sabio adaggio de "Cuando el discípulo está listo, llega el Maestro a llenarlo los oídos de sabiduría": Desde mi llegada para estudiar -supuestamente, coff, coff...- a Granada me había inmerso en el descubrimiento de lecturas y grupúsculos de corte esotérico y espiritual con los más diferentes enfoques.

Comenzaba a descubrir así que ese mundo intuido y deseado de la Fantasía, la Mitología y el Más Allá no se reducía a los libros o películas en los que lo había aprendido, sino que, al menos para un puñado de ""iniciados"" tenía una cierta realidad, o al menos una teoría y una justificación racional que no se estudiaba en las aulas universitarias que frecuentaba, ni siquiera en las de Filosofía, mi carrera.

Y ahí entró en nuestros mundos y en nuestras cabezas el Agente Dale Cooper: Una magnífica actualización del viejo arquetipo literario del Detective Psíquico. Cooper no solo creía en todo lo que yo comenzaba a descubrir: ¡es que además le funcionaba!

Lejos de fiarse cual Sherlock Holmes de sus sentidos y las evidencias físicas, Cooper descubría sus pistas por intuición, por extraños métodos de meditación, adecuando su estudio de la realidad a la complejidad de esta misma.

¡Hacía todo eso y además lo hacía parecer hasta sexy! Ahí se acabó cualquier posible complejo que pudieramos haber sentido por ser o pensar de manera "diferente". SER DIFERENTE MOLABA.

Mi inmediata obsesión por el personaje me llevó a adquirir una micrograbadora, aunque no tuviese ninguna "Diane" a la que enviar los reportes. También me hice con el Diario del Agente Cooper, que establecía su biografía anterior a la llegada al mítico pueblecito.

Y entonces, entre sectas gnósticas, caballeros templarios de barrio, clases de Tarot, extraterrestres que se paseaban con sus ovnis sobre Armilla y Albolote, libros de Mitología Céltica, la avanzada lectura y relectura de Tolkien y cuantas referencias heterodoxas más guste añadir el lector, lo imposible pasó:

Como decía John Constantine en *Los Libros de la Magia*, la Magia es un punto de vista, de ti depende si quieres o no entrar en ese mundo, seguir en la realidad normal o "cruzar el umbral" al otro lado.

De repente, esas sincronicidades que estudiaba Jung comenzaron a producirse con una insultante frecuencia, y Granada revirtió a ese lugar mágico de los cuentos de Washington Irving, con palacios de arabesco embrujo escondidos bajo la Alhambra.

Toda la realidad, en definitiva, cambió y se tornó SIMBÓLICA Y SIGNIFICATIVA. "Alguien nos quería decir algo" -de nuevo, cito a Constantine-.

No les voy a aburrir con los detalles: Baste decir que el día en que los amigos -a modo de "Gonnies" talluditos- quedamos en un McDonalds para discutir cual podría ser el significado de tantos y tan extraños fenómenos, cruzamos la puerta del restaurante y en ese preciso momento por el hilo musical comenzaron a sonar las notas de la Banda Sonora escrita por Angelo Baladamenti...

En definitiva, Cooper y su serie sirvieron para polarizar y consolidar en un solo sentido nuestra mirada "diferente" a una realidad compleja que no se agota en la realidad. ¡Y en ello seguimos, intentando descifrar el mensaje, 25 años más tarde!

25 años hemos esperado para ver la resolución de una serie para comprobar que, ¡ay!, ni David Lynch ni nosotros somos ya los mismos.

Pero nos queda el olor a café, la tarta de cereza, los donuts y los suelos de madera del Great Nother Hotel como nuestro personal Avalon en el que reposar para siempre cual Arturo entre los Sicomoros que, según Cooper, guardan su tumba y la entrada a la extradimensional Logia.

Pedro Angosto

Ilustración *de lafemmedart218*

El último baile de Louise

Cristian Blanco

Stuck on you de Elvis Presley sonaba en la KWPK, la emisora local de Twin Peaks que simplemente pirateaba la señal de la WKLL de Castlegar. Sus manos aportaban percusión repiqueteando sobre el volante, procurando no tirar la ceniza del porro que sujetaba con dulzura entre el índice y el anular de la mano derecha, y su cabeza asentía al ritmo de la música mientras por el retrovisor veía el rostro blanco y anhelante de Eileen Hayward. Sí, la vida era buena con Ben Horne.

Era el primer fin de semana que volvía a casa desde Stanford y todo le estaba saliendo a pedir de boca. Sus notas eran excelentes pese a ser uno de los mayores juerguistas del campus pero él era inteligente, estaba hecho de otra pasta, no como sus compañeros. Sabía cuando debía dejar el bourbon y

empollarse los libros. Y, por supuesto, también sabía a qué profesor se le podía deslizar un billete de cincuenta pavos para redondear una nota que contentara a su padre. Arrugó el morro al recordar a su progenitor, tan solemne y serio que se pasaba el día fumando puros y persiguiendo a todos sus empleados en el Gran Hotel del Norte. Ben no creía que su padre hubiera dormido en casa alguna noche en los últimos veinte años y tampoco le sorprendería descubrir que su madre se hubiera liado con el jardinero. Pasarse los días y sus correspondientes noches junto a ese hombre rígido y castrante debía ser lo más parecido al infierno en la tierra.

–Como si vivir en Twin Peaks no fuera suficiente castigo–dijo con humor dando una profunda calada.

Aceleró su Buick azul, alejándose consciente e inconscientemente del hotel familiar y dejó a su izquierda el Packard Mill, con sus humeantes chimeneas y sus trabajadores de miradas mustias. Lo único bueno de ese lugar era cuando Catherine Martell, la hermana de Andrew Packard, del dueño del Packard Mill, se dejaba ver por ahí. Era una lástima que se hubiera casado con ese patán de Peter Martell pero los votos dichos ante Dios y el hombre podían carecer de todo significado tal y como Eileen podría atestiguar. Se preguntó qué sucedería si el doctor Wayward se enterara de su pequeña aventura, estaba seguro de que la perdonaría y que a él no le tocaría ni un solo rizo de su cabeza. No era más que un pusilánime que agachaba la cabeza ante un hombre poderoso como Ben Horne. Puede que ahora le consideraran poco más que un crío pero él sería muy grande y se adueñaría de todo Twin Peaks, tal y como había hecho su padre antes que él. Pero habría una diferencia, él lo disfrutaría. Si iba a vivir en el infierno ¿Qué menos que ser un auténtico pecador?

Cuando el molino se convirtió en poco más que unos palos en el horizonte, decidió rebajar el ritmo y disfrutar del aire fresco de la montaña y de las vistas del Lago Negro. Era tan grande y profundo que de pequeño pensaba que así debía ser el mar. Por supuesto, no eran más que niñerías que su padre enseguida se ocupó de quitarle de la cabeza pero siempre le pareció un lugar perfecto al que llevarse a jovencitas impresionables. Eileen no era tan joven pero quizás podría hacerle otra visita por la tarde, si su marido seguía ausente, y sumergirse desnudos en sus profundas aguas negras.

Una sombra salió de entre los pinos y se plantó en mitad de la polvorienta carretera, haciendo aspavientos con los brazos. Era un chico bajo, de hombros anchos y larga melena rubia que llevaba la chaqueta del equipo de fútbol americano del instituto: su hermano Jerry.

Ben aceleró un poco más para darle un buen susto a su hermano pero éste ni se inmutó cuando frenó el coche a menos de un metro de sus pies. El muchacho seguía saltando y partiéndose el pecho de risa como si la vida no fuera más que una broma. Eso era lo que más le gustaba de su hermano.

–¡Ben ¿Vienes a salvarme del aburrimiento? –dijo Jerry abrazándole en cuanto salió del Buick.

–Pensaba que ese iba a ser tu trabajo hoy–respondió Ben con una amplia sonrisa.

–De eso se encargará Louise–dijo Jerry guiñándole un ojo.

–La misteriosa Louise Dombrowski, la chica del bosque–dijo Ben con un tono de melancolía.

Llevaba varios meses sin ver a su hermano pequeño pero su conexión era tan fuerte como siempre, pese a los cinco años que les separaban. Siempre

habían sido más amigos que rivales y solían compartirlo todo, aunque Jerry se tomaba en serio su carrera como ala en el equipo de fútbol del instituto y ni bebía ni fumaba como su hermano mayor. Sin embargo, no le juzgaba y siempre se unía a la diversión. Esa era otra de las cosas que más le gustaban de Jerry.

En sus últimas conversaciones telefónicas no hacía más que hablarle de una misteriosa mujer llamada Louise. Se la encontró un día de casualidad, saliendo de entre los árboles del bosque de Ghostwood como si hubiera vivido allí toda la vida. Era alta y delgada, muy guapa, con un corte de pelo al estilo Cleopatra y de edad indeterminada. Jerry decía que a veces le parecía que tenía veinte años y otras veces treinta pero de lo único que estaba seguro era de que era mayor que él. La primera vez le saludó con confianza y le dijo que le gustaban los hermanos unidos. Jerry se quedó tan impresionado que no supo que decir y ella se marchó antes de que pudiera volver a hablar con ella. Pero una semana después volvió a encontrársela y esta vez sí que pudo preguntarle por su nombre. Ella se lo dijo escondida tras una sonrisa pícara y le confesó que le encantaría conocer a los dos hermanos Horne.

–Tenemos una fan, tío–dijo Jerry muy excitado.

Ben apuró su porro y lo aplasto contra la suela de su zapato. A él le daba la impresión de que esa tal Louise estaba usando a su hermanito como pretexto para conocerle a él pero no pensaba romperle las ilusiones. Sentía curiosidad por una mujer cuyo apellido no le recordaba a ninguna familia de Twin Peaks y alrededores y se preguntó si sería alguna vagabunda que se había ocultado en los bosques y se dedicaba a seducir adolescentes.

–No me sorprende, somos Horne–dijo Ben. –¿Dónde te dijo que nos viéramos?

–En Glastonbury Grove, vamos tío que nos espera por lo menos media hora de caminata–exclamó Jerry.

Ben volvió al coche y lo apartó de la carretera, aparcándolo al lado de un terraplén. Salió del Buick con una pequeña mochila y se la lanzó a su hermano. Éste se sorprendió por su peso pero se la ató a la espalda y le preguntó:

–¿Qué es esto?

–Material de supervivencia para el bosque, Jeremy. Una brújula, una cuerda, una navaja y unas botellas de vodka.

–¿No te olvidas de tu marihuana? –pregunto Jerry partiéndose de risa.

Ben se señaló el bolsillo de su polo de algodón y le mostró una cajetilla de tabaco. Allí tenía siete cigarros liados con la mejor hierba que se podía conseguir en el campus de Stanford.

–Siempre cerca, Jerry. Siempre cerca.

Los dos hermanos se internaron en el bosque entre risas mientras las nubes oscurecían aquella típica mañana soleada de Twin Peaks. Pocos minutos después, un Chevrolet rojo del 55 aparcó cerca del Buick de Ben y una mujer se apeó de él. Se quedó parada unos instantes, contemplando la enormidad del océano boscoso y siguió a los dos jóvenes.

Pese a ser poco más de mediodía, el sol era apenas visible y la frondosidad de las copas de los árboles acrecentaban la sensación de nocturnidad. Los dos hermanos avanzaban entre chistes obscenos y tragos de Ben a la botella de vodka. El mayor de los Horne empezaba a estar algo achispado y le costaba más no alzar la voz cuando hablaba pero no podía confesar a su hermano pequeño que sentía una inquietud indefinible. El ulular de una lechuza le sobresaltó y estuvo a punto de tropezarse con una raíz, para hilaridad de Jerry.

–Cuidado, puede ser el brazo de uno de esos indios que enterraron en Ghostwood y que vuelve a la vida para reclamar sus tierras–dijo el menor de los hermanos partiéndose de risa.

Ben empujó a Jerry de forma juguetona y luego dio otro trago a su botella. Ya no quedaba apenas nada de alcohol, estaba sobrepasando su límite de ingesta diaria pero no estaba tan ebrio como le hubiera gustado. Aquel bosque le ponía de los nervios, ¿Dónde demonios estaban los animales? Solo árboles y más árboles, era todo tan aburrido. ¿Qué hacía perdiendo la tarde en aquel lugar? Suspiro, levantó la mirada al cielo y, para su sorpresa, vio que las nubes negras ocupaban todo el firmamento y no dejaban que se filtrara ni un solo rayo de luz.

–Espero que Louise haya traído paraguas–comentó Ben.

Pero su hermano no contestó, en lugar de ello señaló con su dedo índice extendido hacia un pozo de piedra que parecía haber surgido de la nada. Lucía muy antiguo y la hiedra crecía entre las rendijas, buscando una libertad que le era negada. Para su sorpresa, una mano pálida como la luna salió del hoyo y palmeó el cielo. Los dos hermanos retrocedieron asustados y respondieron como solían hacer en aquellas situaciones: se enfadaron.

–¿Qué mierda es eso, Ben? –preguntó Jerry apretando los puños y situándose hombro con hombro con su hermano.

–Si tú también lo estás viendo significa que no estoy borracho–dijo Ben perplejo.

A la mano le siguió un delicado brazo lechoso y poco después el torso de una mujer joven, de entre unos veinticinco y treinta y cinco años, vestida con un jersey de cachemir color mostaza y una falda roja. Su rostro sonriente era más

hermoso que el Taj Mahal y estaba enmarcado por un corte de pelo estilo Cleopatra que los chicos reconocieron de inmediato. La joven llevaba una linterna en una mano y se sentó en el borde rocoso del pozo.

–Hola Hornes, me alegra veros por aquí–dijo ella con voz melosa.

–Louise, que susto nos has dado–confesó Jerry sonriendo algo nervioso.

Ben se relamió los labios y observó a la mujer, como movía la linterna frente a su silueta, convirtiéndose en más una sombra que en un ser humano. No supo por qué pero jamás había deseado tanto a una mujer como en ese momento..

– Es un agujero poco profundo, los tres estaríamos muy apretujados aquí dentro–dijo ella seductoramente sin dejar de mover las caderas.

–A mí no me importaría, ¿A ti que te parece, Ben? –dijo Jerry mas sonriente.

Ben no miró a su hermano, seguía hipnotizado por aquella fascinante mujer y su danza. Su cuerpo se movía tan sinuosamente como una cobra a punto de atacar y eso la convertía en más atractiva todavía. De repente, tras el pozo, cayó un telón de color rojo, pero nada le parecía extraño con Louise delante. Ella convertía cualquier cosa en posible.

–Joder–dijo Jerry saltando hacia atrás.

–¿Son de satén? –preguntó Ben señalando las cortinas.

–Por supuesto–dijo Louise de forma seductora.

La mujer apagó la linterna y la tiró a sus pies, luego acarició el telón con sus dos manos y lo lamió. Miró a los dos hermanos, les guiñó un ojo, apartó el cortinaje y corrió hacia su interior.

–¿Qué coño está pasando, Ben? –pregunto Jerry agarrando de las solapas a su hermano mayor.

Éste ni siquiera dedicó una mirada al rostro sudoroso y nervioso del chico y le entregó su cajetilla de tabaco en la que guardaba todos sus porros. Le dio también un mechero y palmeó el hombro de su hermano menor.

–Sé un buen chico y colócate mientras yo voy con Louise.

Jerry no protestó porque su hermano mayor le hubiera fastidiado el plan, estaba demasiado atemorizado por el extravagante comportamiento de Louis como para que su intento de seducción funcionara con él. Ben, en cambio, estaba totalmente embelesado con ella. Su hermano tenía la mirada perdida y sonreía beatíficamente, como si estuviera en medio del sueño más feliz de su vida. Jerry tampoco intentó detenerlo, tan sólo quería que aquellas cortinas que habían aparecido de la nada desaparecieran para siempre.

Observó como su hermano apartaba el telón, como si detrás hubiera unas bambalinas y no el jodido bosque de siempre, y desapareció. Pero el cortinaje rojo siguió allí, intentando atraerlo de un modo u otro. Jerry decidió sentarse en el suelo y esperar el regreso de su hermano, si es que volvía alguna vez. Se metió el cigarro entre los labios y lo encendió, deseando que su calor expulsara el frio que sentía dentro de sí y que atontara lo suficiente a su cerebro. Tras él, una silueta femenina se ocultaba entre los árboles, vigilándole.

Ben no sabía que esperaba encontrar al otro lado, su mente estaba guiada por una obsesión con forma de mujer y todo lo demás le daba igual, pero cuando sus pies pisaron unas baldosas blanquinegras se paró de golpe y miró a su alrededor. Louise también se había detenido y esperaba pacientemente a que el chico se moviera pero Ben estaba paralizado. Sobre el ajedrezado suelo había un sillón en el que estaba sentado un enano vestido con un traje rojo. El hombre

le miraba con una mezcla de decepción y desagrado y le dijo con voz reverberante:

–Oitis ut on se, Enorh Neb

–¿Qué? –preguntó el joven asustado.

–Vamos, Ben. ¿No querrás perderte lo mejor? –dijo Louise mirándole por encima de su hombro.

Nunca la había visto tan hermosa, era como si en aquel lugar su belleza se intensificara y sus instintos se magnificaron tanto que a duras penas podía mantener las ropas en su sitio.

–Rejum on se, Enorh Neb–dijo el enano.

Las palabras del hombrecillo rompieron parcialmente el hechizo que provocaba Louise en él. Ben le miró intentando buscar significado en sus palabras pero ¿Qué clase de idioma hablaba? ¿Era un amigo o un enemigo? No podía dejar de pensar en Louise, en su danza en el bosque y en el movimiento de sus piernas.

–¡Eres un cerdo, Ben! –dijo una voz femenina a sus espaldas.

El joven se giró y vio a una mujer de pelo castaño, ojos verdes y una expresión de rabia pintada en su rostro. Ben parpadeó y no la reconoció al principio. Su cerebro le transmitió su nombre enseguida, Eileen Hayward, pero no procesaba su presencia en aquel lugar.

–¿Qué estás haciendo aquí? –dijo él con voz pastosa.

Fue como si la presencia de su amante le hubiera devuelto la borrachera de golpe.

–Tu hermano me ha dicho que estabas aquí jugando con una amiguita–dijo ella con lágrimas en los ojos.

A Ben no se le pasó por alto la ironía de que una adúltera le estuviera acusando de lo mismo pero tampoco dijo nada. La moralidad era un concepto que se escapaba al mayor de los hermanos Horne.

–Sera mejor que vuelvas a casa, Eileen–dijo él, intentando sonar comprensivo.

De repente, como si la distancia entre los dos hubiera sido absorbida por un agujero negro, Louise apareció tras Eileen. Sus bonitos rasgos estaban deformados por una expresión de rabia, su boca abierta de forma tan desmesurada que parecía ser capaz de tragárselos a todos y sus ojos sin pupilas, sólo pozos de negrura.

–¡Ella no es bienvenida! –gritó Louise apretando los hombros de Eileen.

Eileen aulló aterrorizada y Ben gritó a su vez. Tras él, algo le agarró de los hombros y le obligó a darse la vuelta. Para su sorpresa, se vio a sí mismo pero no era un reflejo en el espejo. Era una versión aún más retorcida de sí mismo, su boca abierta en un grito silencioso y sus ojos un infinito abismo a la locura. Lo apartó con un fuerte empellón y se marchó corriendo en dirección contraria. No se volvió para comprobar si Eileen le seguía, su instinto de supervivencia era mucho más fuerte. Además, le asustaba ver a Louise y caer de nuevo en su embrujo.

Corrió por un pasillo interminable rodeado de cortinas ¿Cuál sería la salida a su mundo? Su mente no había racionalizado lo sucedido todavía, sólo podía pensar en escapar de allí y volver a cualquier lugar al que pudiera llamar hogar. Finalmente, tras lo que le pareció una carrera infinita, llegó a un callejón sin salida. Sólo un muro frente a sus narices, piedra sólida que no se rompería por más que la golpeara con puñetazos furiosos. Debía calmarse, era un futuro

licenciado de Stanford, el mundo era su lienzo y él lo pintaría a su gusto, sólo debía tener coraje. Agarró una de las cortinas de su izquierda y, sin pensárselo demasiado para no arrepentirse, tiró de ella y se lanzó a su interior. La oscuridad le rodeó con fuerza pero siguió corriendo en línea recta, llevado por un impulso imbuido en sus genes por miles de años de evolución humana. Sentía voces en su cabeza, exigiéndole que se rindiera, gritándole que era un fracaso y un desperdicio de oxígeno. A veces, aquellas crueles voces discutían entre ellas sobre cual el mejor método de eliminarle. Lo peor de todo era que todas aquellas lenguas viperinas le pertenecían a él. Era él mismo quien discutía como arrancarle las tripas y colgarle del árbol más alto de Twin Peaks con sus intestinos alrededor del cuello.

Finalmente, cuando creyó que el cansancio de sus piernas le haría flaquear y rendirse para siempre, vio un minúsculo punto de luz al fondo de las tinieblas y se arrastró hacia él. Corrió de nuevo hasta el límite de sus fuerzas y, al pasarse la mano por la cara para librarse del sudor, sintió una barba incipiente en sus mejillas habitualmente lampiñas. ¿Cuánto tiempo habría estado en aquel lugar infernal? Estiró la mano hacia el agujero brillante y sintió el delicado toque del satén bajo sus dedos y empujó hacia fuera. Gateó unos metros y sintió agradecido como la pinaza y las piedras se le clavaban en las rodillas. Al levantar la vista vio que era completamente de noche y a su hermano sentado sobre una roca. Tenía un porro en una mano y una botella de vodka en la otra.

–Qué mala cara tienes, ¿Qué tal con las chicas?–dijo Jerry sonriendo como un idiota.

Ben se levantó lentamente y miró a su espalda. El telón seguía ahí, tan amenazante como una aleta de tiburón en la playa. Los recuerdos de lo sucedido

se difuminaban en su mente como un sueño pero todavía conservaba ciertos detalles turbadores que le instaban a marcharse de allí cuanto antes.

–Larguémonos de aquí–dijo con voz compungida.

Jerry se levantó y ofreció la botella a su hermano. Ben la agarró como un hombre agarraría una cantimplora de agua en medio del desierto y la vació de un largo trago.

–Oye ¿Me vas a explicar qué ha pasado? Eileen ha entrado muy enfadada a buscarte.

–¿Cuánto rato llevas esperándome? –contestó Ben rascándose distraídamente la pelusa que empezaba a adornar su cara.

–No sé, media hora como mucho–respondió su hermano encogiéndose de hombros.

–Volvamos a casa, estoy agotado–dijo Ben.

–Quizás deberíamos ir a ver al doctor aunque mejor que no esté su esposa delante–respondió Jerry con sorna.

De repente, el menor de los Horne miró hacia atrás y soltó una maldición. Alguien estaba saliendo del infame cortinaje, arrastrándose como un gusano. Era una mujer y gimoteaba como si cada paso fuera una tortura para sus miembros.

–¡Es Eileen! –dijo Jerry haciendo ademán de correr hacia ella.

A Ben se le salieron los ojos de sus órbitas al ver aquel guiñapo humano con el que había hecho el amor hacía poco más de una hora en el mundo real. En realidad, para él había pasado una eternidad y para ella también. Tenía el rostro ojeroso, los labios agrietados y su melena le caía sobre el rostro como si llevara años sin cortarse el pelo. Sus piernas sobresalían de su falda como un retorcido juguete de muelle, sus huesos sobresalían de su piel como espinas en

el tallo de una rosa y dejaban un rastro de sangre. Parecía haber sufrido un accidente de coche pero Ben sabía que no había tales cosas en el otro lado. Pero sí otras mucho peores. Agarró a su hermano del hombro y le obligó a que volviera con él.

–¿Pero qué haces? Necesita ayuda, joder–dijo Jerry.

–Ni la mires, alguien la salvará–respondió Ben.

Se apoyó en su hermano para poder seguir caminando, estaba exhausto.

–¿Qué coño ha pasado ahí dentro?

– Louise Dombrowski bailó para nosotros y luego volvimos a casa–dijo Ben. –Esa será nuestra defensa.

–Pero ¿Eso no es omisión del socorro? –preguntó Jerry asustado.

–No lo es si nadie recuerda lo que ha pasado–contestó Ben solemnemente.

Y era cierto, con el paso de los minutos, el recuerdo de aquel infausto lugar se difuminaba cada vez más y se fundía con la mentira que estaba creando su cerebro. Supuso que a Eileen le pasaría lo mismo. Sería lo mejor para todos. Sobre todo para él.

SOBRE EL AUTOR — CRISTIAN BLANCO

Un autor enamorado de la lectura, cuyo gusanillo de la escritura le picó al descubrir a Stephen King con dieciséis años. Desde entonces, el terror y la ciencia ficción han sido sus pasiones a la hora de plasmar sus historias.

Técnico en Gestión Administrativa como profesión más allá de las letras, actualmente reside en Mataró.

PUBLICACIONES:

“Relatos de lo oscuro” -Autopublicado Amazon

Poseídos” -Autopublicado Amazon

“Sonrisa de madera”-Autopublicado Amazon

"La llamada de la luna"-Wave Books

Dilatando Mentes: libros que mutarán tu percepción...
dilatandomenteseditorial.com

José A. Conde

Gotta Light?

"Una vez que un mago se sitúa entre dos mundos está en peligro de no pertenecer a ninguno de ellos. Al final, Jack bailó demasiado cerca de las llamas y eso le costó la vida. La cuestión no es si se suicidó, si tuvo un accidente o si murió a manos de alguien. Creo que Jack Parsons invocó a un demonio de fuego."

—Declaración de un colega no identificado de Jack Parsons, entrevistado por Douglas Milford.

Febrero de 1806. Ghostwood, Washington

Meriwether Lewis baja el mosquetón al comprobar que la esfera se trasforma para adoptar la familiar figura de "Pelo Trenzado", el jefe de la tribu Nez Percé.

Pero aún le paraliza un remanente de la tensión previa cuando comprueba que entre las sombras del bosque le acompaña la figura de un gigante de raza blanca, sin duda un integrante de esa “gente del cielo” de la que hablan sus leyendas. El amistoso saludo del jefe no es suficiente para apaciguar su innata reacción de miedo ante lo desconocido, ni tampoco cuando el indígena extiende su mano para entregarle un rollo de piel y un anillo dorado con una piedra de jade verde incrustada.

-Intercambio entre los dos mundos- dice el gigante con una extraña reverberación en la voz, como si las palabras se agolparan con un ritmo sincopado –Hay un sendero de fuego… y hay un sendero de humo… La Dama se mueve detrás de los colores.

La piedra de jade en la mano de Lewis comienza a emitir un hipnótico destello verde, quedando sus ojos atrapados por el símbolo tallado en ella, una especie de diamante insertado entre dos triángulos o dos montañas. Ahora el explorador se halla en el interior de una cueva envuelta en una ligera neblina, observando un mapa poblado de extraños petroglifos tallado sobre la pared de piedra que tiene enfrente. El sonido estremecedor de un búho rasgando la noche le hace girarse en un acto reflejo con el mosquete en ristre, apuntando a dos figuras de gran altura. No sabría decir si son humanas, porque donde debían estar sus ojos brillan cuatro enormes candelas rojas cuya intensidad aumenta hasta cegarle. Cuando el mundo delante de sus ojos vuelve a recomponerse, Lewis está en medio de un colosal incendio en el bosque y sus implacables llamas consumen hasta la negrura las pieles de los dos extraños, aunque él no siente en su cuerpo los estragos del fuego. Cuando comienzan a aparecer sus esqueletos uno de los hombres del bosque habla por encima del silencio.

-¿Es el pasado... o es el futuro?

De repente el incendio es reabsorbido, inhalado por el horizonte, y el paisaje forestal reaparece intacto, sin rastros de combustión y en calma. Un hongo de fuego aparece a varios kilómetros de distancia y comienza a descender hacia el nadir, implosionando en un nuevo destello que lo enciende todo. Lewis oye de nuevo la voz del gigante.

-El secreto oculto en lo más profundo del rojo… A veces el fuego quema…

28 de mayo de 1983. Puesto de Escucha Alfa, Ghostwood, Washington

And I've been putting out the fire with gasoline

Putting out the fire

With gasoline

Phillip Jeffries gira el dial de la radio del coche para cambiar de emisora. Gordon Cole le observa expectante desde el asiento del copiloto.

-¿QUÉ OCURRE? ¿NO TE GUSTA DAVID BOWIE?

-¿David qué? No lo había oído nunca, pero su voz me irrita.

-¡SÍ, ES SU ÚLTIMO SINGLE!

El sedán azul se detiene delante de la verja de acceso del Puesto de Escucha Alfa. Tras pasar el control, el camino principal lleva a los dos agentes federales hacia el corazón de la instalación militar, muy similar al puesto de control de la STASI en Teufelsberg. Tanto los responsables como la finalidad del complejo no

están del todo claros desde que varios habitantes de la cercana localidad de Twin Peaks denunciaron en varios medios públicos que las obras de la supuesta ampliación del aeropuerto local de Unguin Field no eran más que una cortina de humo. La falta de transparencia y de comunicación entre agencias decidió finalmente al FBI a investigar la zona.

Gordon Cole y Phillip Jeffries son conducidos por un policía militar a través del interior del edificio central hasta llegar a una discreta sala de reuniones. Un oficial de color preside la breve mesa ordenando documentos con la ayuda de un calvo y grueso militar de mediana edad. Pero es un anciano vestido de civil, de mirada decidida sobre una alargada cara con perilla y que, por su aspecto, debería estar ya jubilado, el que se comporta con el ímpetu de persona al mando y se acerca a recibirlos.

-¿DOUGIE? -Gordon sonríe sorprendido.

-Rosa azul.

-¡AHORA LO ENTIENDO! -Gordon estrecha largamente y con entusiasmo la mano del anciano– ¡PHILLIP, TE PRESENTO A DOUGLAS MILFORD!

-Os esperábamos. Ellos son el coronel Calvin Rilley y el Mayor Garland Briggs. Os pondremos al corriente de todo al calor de un café.

Jeffries observa las intervenciones de Milford y los oficiales a través del humo del café, mientras lo sostiene en espera de que se mitigue su ardor inicial. Sus ojos extraños y reptilianos, con una pupila defectuosa en dilatación permanente, no perciben la profundidad con claridad después de un puñetazo en acto de servicio, así que la escena se le antoja diluida. El contenido detrás de las palabras también parece perderse en el tiempo y el espacio.

-El Puesto Alfa se ha construido con el objeto de interceptar comunicaciones de origen extraterrestre, aunque yo prefiero denominarlas “extradimensionales”, en base a mi experiencia. Esta zona se ha revelado bastante activa en ese sentido a lo largo de toda su historia. La instalación forma parte de mis investigaciones no oficiales después de que el presidente Nixon me advirtiera de la existencia del proyecto Gleem/Aquarius.

-¿Desinformación OVNI? –Jeffries advierte ahora en la mano izquierda de Milford un anillo de jade verde con un símbolo grabado.

-Exacto, ahora comprendo que Gordon le pusiera al mando de la fuerza operativa Rosa Azul. –Milford prosigue halagado- Según Nixon sus actividades se iniciaron en 1953 como contrapartida al proyecto Blue Book. En principio empezó como un asunto militar en torno al grupo de expertos Majestic 12 pero, hasta donde sabemos, también hay implicada gente del mundo de las altas finanzas y grupos de poder de alcance internacional. Los llamamos “Hombres Sabios” y sus planes no están nada claros, pero mi opinión es que si invierten tantos medios y secretismo en este asunto es porque no pretenden nada bueno. Sea lo que sea tenemos que saberlo.

-¿QUÉ HAN AVERIGUADO HASTA AHORA? –inquiere Gordon.

-Se trata de una entidad de maldad pura. Creemos que su aparición en nuestro plano dimensional tiene que ver con los trabajos mágicos realizados por Jack Parsons, como saben, uno de los pioneros en el desarrollo de cohetes. Tuve ocasión de investigarle en relación a su labor como líder de la logia californiana de la secta O.T.O.. Parsons quería invocar a la diosa sumeria Babalon, conocida como la “Madre de Todas las Abominaciones”. Para ello realizó varios rituales, el último de los cuales se llevó a cabo en 1946 en Jornada

del Muerto, Nuevo México, donde un año antes se había realizado la prueba atómica Trinity. Un año después se produjo el incidente de Roswell, por lo que creemos que tuvo éxito. Pero aún hay más: una extraña transmisión emitida en 1956 desde una emisora local a tan sólo quince millas de distancia del epicentro del Proyecto Manhattan. La prioridad ahora es investigar la zona y recopilar toda la información posible. Pero no hay que descuidarse, así que aconsejo que todos los miembros del escuadrón permanezcan en estado de alerta máxima. No sabemos qué esperar.

Jeffries interviene como un relámpago.

-Yo me encargo.

-¿Está seguro? –Milford analiza la fría y decidida expresión de Jeffries- Es un lugar con muchas anomalías y gran poder energético, deberá extremar las precauciones.

-¡ES MUY CAPAZ, DOUGIE! - Gordon apoya su mano en el hombro de Milford-

¡PARA JEFFRIES EL MUNDO NO ES SUFICIENTE!

28 de febrero de 1984. Los Álamos, Nuevo México

En la oscuridad de la habitación del motel, Jeffries recopila archivos y documentos, ordena fotos y grabaciones, sintetiza toda la información que ha podido reunir durante varios meses de trabajo de campo.

La noche del 5 de agosto de 1956 la emisora local KPJK interrumpió sus emisiones habituales durante seis minutos para lanzar a las ondas una serie de sonidos eléctricos y mecánicos sin identificar. La policía local descubrió al día

siguiente los cadáveres de dos empleados de la estación con los cráneos reventados. El resto del personal de la estación declaró haber perdido la consciencia durante ese tiempo y no haber podido presenciar los supuestos asesinatos. Varios de los oyentes también quedaron inconscientes esos mismos seis minutos. Tras los análisis médicos pertinentes se determinó que no había nada anormal en los afectados… hasta el día de hoy, como Jeffries había podido comprobar personalmente. La cinta con la grabación de la emisión de esa noche, sin embargo, fue requisada, custodiada y analizada por diversas agencias y organizaciones gubernamentales sin dar frutos aparentes. No había sido nada fácil dar con una copia. Después de hallarla pidió a los técnicos del FBI que le hicieran un cassette con los seis minutos grabados en bucle para poder escucharlos en todo momento. Sin embargo Jeffries no ha conseguido aún discernir nada.

Se toma un respiro y se levanta para mirar la luna a través de la ventana, en un intento por ver más allá. La radio de la mesa de noche exhala *La Isla de los Muertos*, de Rachmaninoff. Entonces recuerda unas líneas de *Liber 49*, *El Libro de Babalon*, escrito por Jack Parsons después de sus invocaciones.

Ella es llama de vida, poder de la oscuridad, destruye con una mirada, puede tomar tu alma. Ella se alimenta de la muerte de los hombres.

Emprenderás la Peregrinación Negra.

El Ford negro parece flotar en la nube de arena del desierto de Mojave, en medio del espectral silencio que se proyecta en el velo oscuro del cielo. Campo a través no hay carteles que marquen ningún lugar, pero Jeffries sabe dónde

detener el auto. Los faros delanteros proyectan su luz hacía el vacío oscuro desde el comienzo del cráter dejado por aquella primera explosión nuclear, la que abrió los mundos. Quizá con demasiada lentitud, introduce el cassette con la grabación de la KPJK y pulsa el botón de reproducción. Cuando sale al frío del exterior sólo se aprecia una estrella a la que poder seguir mientras se desnuda reticente delante de su gélido brillo. Saturno en Nuevo México.

Jeffries avanza por la curva de aterradora perfección del cráter, siguiendo la línea dejada por el haz de los faros del Ford, como un funambulista andando en un cable tendido sobre un agujero negro. Los sonidos crepitantes de la grabación le sugieren una nave espacial derrumbándose en caída libre sobre algún planeta. De hecho puede sentir en su piel desnuda el frío del espacio exterior. En este ambiente de ciencia-ficción melancólica siente como sus pies amerizan en una sustancia entre líquida y viscosa. Sin saber por qué, comienza a embadurnarse todo el cuerpo con ella. Por la textura y el olor adivina petróleo o algún tipo de aceite combustible, refinado para alcanzar el característico color negro. Sus ojos disciernen ante la escasa luz que el improvisado ungüento sale de un círculo dentro del círculo, un estanque en el mismísimo centro del cráter. Entonces Jeffries cierra los ojos y espera.

La grabación es el único sonido que viaja a través de la noche y, pese a estar alejado de su fuente, suena como si el reproductor se encontrara a su lado… hasta que percibe otra frecuencia de onda. El inhumano gruñido va aumentando poco a poco su intensidad hasta reverberar con estruendo en la campana de aislamiento en que se ha tornado el paisaje. De forma paralela, la negrura de la noche se va espesando hasta lograr un estado de materialización similar al de la sustancia en el charco. La atmósfera chorrea hasta solidificarse en un espacio

geométrico abierto, que se pierde en el infinito. En su centro se forma una especie de cuerpo de humo espeso que se agranda con pavorosa lentitud hasta consolidar lo que parece un irregular cuerpo casi femenino. La cabeza del ser parece tener vida propia y vibrar con el deseo cinético de la materia que busca disgregarse, pero finalmente sus facciones monstruosas se disparan como un cometa, entrando en Phillip Jeffries a través de su humano ángulo de visión.

Un humo como una niebla emana de la radio del Ford. El cassette se ha volatilizado.

-Ella no te ha visto… todavía…

La voz femenina que se sacude y reverbera sincopada procede del asiento trasero. Su ocupante es una gruesa mujer vestida con un peinado y un atuendo estilo años 30. A través de la niebla que se ha formado en el interior del auto la apariencia de la dama parece monocroma, tanto por su piel como por sus ropas. Entre sus dos dedos sostiene un anillo como si enseñara con ternura un caramelo a un niño. Jeffries reconoce la piedra verde enquistada con el símbolo que ya le es familiar.

-La vaca brincó sobre la luna.

Tras decir esto, la dama desaparece. Sobre la tapicería del asiento reposa ahora un objeto rectangular de color negro, similar a una grabadora pero hecho de una pieza, sin resortes ni hendiduras. Pasan unos instantes de silencio hasta que Jeffries se decide a extender su mano con cautela para cogerlo. Cuando palpa su desconocido material, el sólido emite un suave zumbido, como el que haría un fax funcionando, y un folio sale de uno de los extremos. Jeffries coge el papel con cuidado y observa lo que tiene impreso con la mirada paralizada.

Sobre un fondo negro reconoce el cuerpo de la entidad del cráter y ese rostro que parece querer salir de la fotocopia para encontrarse con el suyo.

Extraño. La luna que antes era llena ahora tiene forma de hoz.

8 de agosto de 1985. Edificio Dakota, Nueva York.

El aire está excepcionalmente cargado con un frío de metal crujiente. Los cables de corriente eléctrica que entrelazan las calles vaticinan una antológica tormenta, escupiendo arbitrarias descargas que caen amenazadoras sobre los charcos de las aceras. No se sabe si es el smog o el humo que producen las chispas al impactar en el agua lo que sale al paso de Phillip Jeffries cuando este se aproxima a la fachada principal del Edificio Dakota. En todo caso el agente se detiene para colocarse la chaqueta del traje negro y así sentir la seguridad relativa de la Walter PPK en su funda. Cuando la ráfaga vaporosa se aparta le muestra un anticuado cuadro eléctrico metálico en el que hay grabado un número 8.

"*Dugpas*". El macizo ascensor asciende silencioso como una cámara de aislamiento. Ese es uno de los temas a los que se refiere Windom Earle en el videocassette que Gordon logró interceptar. Con este término nombra a una supuesta sociedad de poderosos brujos que pretenden invocar a una "Logia Negra" sobrenatural. Un posible galimatías viniendo de un agente que actúa desde hace años como un peligroso lobo solitario sin objetivo o misión definidos. Además la salud mental de Earle sigue cuestionada desde que se descubrió su perturbado juego con su mujer Caroline y el agente Dale Cooper, aparte de la incongruencia de sus acciones más recientes. Todo ello podría servir para desechar sin más cuestionamientos la pista de los "*dugpas*" si no fuera porque Jeffries se había topado con un misterioso libro de arte sobre una serie de

pinturas, bautizada precisamente con ese mismo nombre. Las coincidencias no acababan ahí. La portada ya había arrojado sobre él una oleada de miedo irracional que se afianzó cuando se introdujo trémulo en el contenido de sus páginas interiores. El motivo de las pinturas que recogían las fotografías del libro era siempre el mismo: la imagen que llevaba acaparando su memoria y su vida durante todos estos meses. Sobre un fondo negro se recogían las diferentes evoluciones de la misma anatomía ajena a este mundo, un cuerpo grisáceo que no acababa nunca de mantenerse estable sino que parecía fragmentarse y vibrar en el espacio, nuestro espacio. Era la forma diabólica que se le apareció en el desierto. No le cabía duda porque estaba representada con una asombrosa técnica hiperrealista, casi fotográfica, que le recordó a la fotocopia que obtuvo del sólido negro. Su autor tenía que haber visto lo mismo que él. Las obras estaban firmadas por un artista del que sólo se conocía su pseudónimo: Apex.

Jeffries había encontrado su residencia en Nueva York tras seguir una línea de investigación nada ortodoxa: su intuición. Pero después del incidente de Nuevo México ya no tenía reparos en recurrir a estos métodos. Así que supuso que el tal Apex había sido un conocido de Jack Parsons, con toda probabilidad una de las personas que aparecen en los dosieres de las entrevistas realizadas por Douglas Milford, y se dirigió a California para empezar la búsqueda en Pasadena, donde se encontraba la mansión del célebre ocultista, conocida también como “The Parsonage”, la Parroquia. Trabajando con el agente especial Chester Desmond, conocedor de la zona, emprendió un complejo periplo a través de los submundos de artistas alternativos, sectas y cultos de lo más variopinto, satanismo y *new age*, estrellas y ricachones atraídos por lo oculto, hippies recalcitrantes, siguiendo la línea que se originaba en la particular

biografía de Jack Parsons. Los dos agentes se movieron entre círculos con gustos quizá extravagantes pero que atraían a gente influyente y con poderosas economías, una elite con fines nada claros. Muchos especulaban incluso con que aquella explosión que quitó la vida a Parsons en 1952 en su propia mansión había sido provocada. Lo cierto es que, tras desgranar un largo historial de bizarras anécdotas y teorías conspirativas, la figura de Apex fue dibujándose. Así descubrieron que se trataba de un artista multidisciplinar que había practicado también la religión de Thelema y que incluso había rodado películas artísticas con Warhol. Sin embargo, su fama se había limitado a minorías de gran poder adquisitivo y miembros de ciertas sociedades secretas, por lo que sus cuadros estaban muy cotizados pese a ser un desconocido para el gran público. Se decía que sus compradores y mecenas veían en sus obras un gran valor "ritual". Uno de estos acaudalados protectores era un poderoso promotor inmobiliario que le pagaba el alquiler de un piso en el Edificio Dakota de Nueva York a cambio de materializar ciertos encargos creativos.

Tras atravesar un largo pasillo, Jeffries se identifica a la trajeada y corpulenta figura con gafas circulares de cristal negro que se encuentra en la puerta del piso de Apex. Sin mirar su placa, el guardián saca un manojo de llaves del bolsillo de su chaqueta y abre la puerta con él de forma mecánica. Cuando Jeffries pasa al interior la entrada se cierra discretamente detrás de él y queda solo. El apartamento se encuentra sumido en las tinieblas. Sin embargo, la misma familiar figura grisácea, representada en todos y cada uno de los lienzos que cuelgan de las paredes, parece brillar como un camino de débiles velas a lo largo del pasillo, conduciendo hacia su creador. Un estremecimiento sacude a Jeffries.

-Soy ciego. A veces olvido que los demás necesitan luz. Adelante, Jeffries.

-¿Me esperaba?

-Has venido a hablar sobre Judy. Eres el propietario del Transpondedor de las Estrellas.

Jeffries se acerca a la delgada y consumida figura sentada en una butaca neoclásica. Su rostro apergaminado es absorbido por unas enormes gafas de lentes negras.

-¿Judy?

-Soy Apex, el Apéndice. Judy me utiliza para filtrar su imagen de fuego y destilarla en el aceite con que pinto los cuadros. Ella es el espíritu femenino de los *utukku* sumerios y se alimenta del sufrimiento de los hombres.

-*"Ella se alimenta de la muerte de los hombres".* ¿Por qué invocó Parsons a una entidad tan maligna?

-Sus intenciones eran otras pero el espacio-tiempo estaba demasiado enrarecido tras la primera explosión nuclear. Cuando lo descubrieron los "*dugpas*", los siervos de Kali, le quitaron de en medio y desde entonces buscan usar el poder de Judy para su propio beneficio, extendiendo el caos y la muerte, proporcionándole alimento. Mientras esperan que se abra el pórtico a la Logia Negra, cuando las estrellas sean propicias. Si ella se une con Ba'al en la Tierra la humanidad estará condenada.

-Y usted les ayuda…

-Les utilizo. Me he convertido en mensajero para poder expulsar los demonios que me atormentan. Manifestarlos puede ser una forma de controlarlos. Como un transpondedor comunicando entre dos mundos: emisión y recepción, corriente continua y corriente alterna.

Jeffries se fija en el frasco de cristal sobre la mesa con un etiquetado farmacéutico en el que se puede leer "*Haloperidol*".

-¿Y cómo se puede "controlar" a Judy?

-En este punto es cuando uno siente que se desvanece, una escena eliminada del montaje final de una película. Ir tras Judy es como una persecución de coches en una cinta de Moebius. ¿Tienes fuego?

-Lo siento, no fumo.

-No estoy hablando de tabaco. Si lo tienes podrás ver las respuestas a tus preguntas a través del cronovisor.

Apex no necesita de su vista para mostrar con un ademán el lugar exacto de la pared donde cuelga una llamativa cortinilla roja. Jeffries la aparta con extremado cuidado y lentitud, dejando ver por fin lo que parece un cuadro eléctrico surcado por cables y circuitos. Un círculo de cristal convexo se sitúa en el centro del conjunto, con un número 8 metálico clavado a escasos centímetros de su parte inferior. El cristal se comporta como una enorme lente que dejara ver otro espacio a través suyo. Jeffries acerca su rostro fascinado hacia los vapores que se arremolinan al otro lado. Entonces ve:

El cadáver de un ángel rubio envuelto en una funda de plástico.

Una nebulosa gris entra a través del rostro de la esclava de rasgos orientales, encadenada a un altar con símbolos cuneiformes.

El gigante monocromo espera sentado en un sillón.

La "Noche del Río Ardiendo", febrero de 1902, en la zona de Ghostwood cercana a Twin Peaks, provocada por saetas de fuego que caen del cielo.

Jeffries coloca el transpondedor en el subsuelo debajo del Obelisco de Buenos Aires.

Una mujer de aspecto oriental derriba de un disparo con un fusil de mira telescópica a un financiero, apostada en una azotea mientras su víctima sale de la fachada principal de una empresa de Wall Street.

El agente Dale Cooper asesina con ojos demoniacos al Mayor Garland Briggs mientras este lanza una señal de MayDay en el Puesto Alfa.

Una comitiva vestida con túnicas negras y máscaras de búho avanza hacia unas cortinas rojas que se extienden detrás de los sicomoros de Glastonbury Grove.

El anillo de jade verde con el símbolo invertido en el dedo de un obeso y calvo millonario que se coloca una peluca pelirroja en el Despacho Oval de la Casablanca.

Windom Earle avanza con un arma por un pasillo del Edificio Dakota.

El sonido de algo grande cayendo al otro lado de la puerta centra ahora la atención de Jefrries, que desenfunda su pistola y se dirige hacia la entrada. Con decisión y rapidez abre el picaporte y saca medio cuerpo, disparando al pasillo. En el fondo alcanza ver la figura de Windom Earle parapetándose tras una pared, antes de que una bala impacte en el dintel sobre su cabeza. Earle ha venido con uno de sus sicarios adoctrinados, así que Jeffries vuelve a entrar en el apartamento cerrando la puerta detrás de él.

-Te dije "*a través*".

Jeffries se queda inmóvil por unos instantes. Luego levanta la mirada hacia el cronovisor. La parrilla que rodea al cristal circular emite una vibración eléctrica

de dinamo que se confunde con los truenos que comienzan ya a reinar en el exterior del edificio. Desde el pasillo llega el sonido del percutor de una Glock. Apex se mantiene inmóvil en su asiento y en el cristal de sus gafas parece formarse una neblina en espiral.

-Let's rock.

El cuerpo de Jeffries se deja absorber por el cristal del cronovisor, estirándose sus partículas con una vibración inhumana, presas de un magnetismo incontrolable. Su conciencia viaja por un pasillo de espirales de niebla púrpura que avanza a través de un espacio sin fin.

Una carta de restaurante con la palabra "*Judy*" impresa con letras doradas en su lomo delantero.

-Perdona, no te había visto entrar. Enseguida te atiendo, dulzura.

Phillip Jeffries se encuentra sentado a la mesa de lo que parece un amplio bar de carretera. La camarera se le acerca con una libreta y un bolígrafo en su mano.

-¿Dónde estamos?

-Cerca de Seattle, encanto, no tiene pérdida.

Unas cuantas mesas más adelante se levanta una figura femenina delgada y de pelo moreno muy corto. Su cabeza se mantiene siempre vuelta sin apreciarse su rostro, pese a que su cuerpo se mueve de forma normal, como si fuera independiente de él o no siguiera las leyes anatómicas conocidas. Cuando desaparece por la puerta del local, Jeffries se levanta y la sigue. Con sorpresa advierte que su Ford negro está estacionado en el parking abierto y sus llaves siguen estando en su sitio cuando palpa el interior de su chaqueta. En medio de

una lluvia torrencial, la extraña mujer se introduce en un Pontiac rojo casi al mismo tiempo que él, saliendo de la zona de servicio con un chirriante acelerón.

Jeffries sigue al coche durante kilómetros y kilómetros, en una noche de relámpagos y lluvia, hasta que finalmente se detiene en una vieja gasolinera con un cartel en el que reza: "*Convenience store*". El aire sigue cargado de electricidad.

16 de febrero de 1989. Hotel Palm Deluxe, Buenos Aires.

El transpondedor está colocado en su lugar en el subsuelo debajo del obelisco. Tras seguir la pista de los blanqueadores de dinero de la Mafia hasta Argentina, Jeffries confía en haber estrechado el cerco en torno a Judy. Siente que ella está cerca, menos como un presentimiento que como una presencia física que todavía no alcanza a ver. Cuando le preguntó si había alojado alguien con el nombre de Judy, el recepcionista del hotel le respondió negativamente, pero le dio un sobre con una carta dirigida a él.

Jeffries da una propina al botones y entra con nerviosismo en su habitación. Deja la maleta apresuradamente y abre el sobre que guarda en su chaqueta. El papel de su interior está en blanco. Un resplandor voluble ilumina levemente el pasillo, procedente del dormitorio. Cuando se gira para atravesar el marco de la puerta, el agente se topa con unas letras de fuego, ardiendo grabadas en la pared de enfrente:

JUDY

Presa de un sudor frío, Jeffries sale de la habitación y se encamina frenético hacia el ascensor. Cuando vuelve de Philadelphia el fuego golpea el interior de su cuerpo, haciéndole gritar de dolor en una de las escaleras de servicio del hotel. Lo último que recuerda cuando deja este mundo son las extrañas y reveladoras palabras del botones:

-¡Santa María! ¿Eres tú el hombre?

El humo de mi condensación me expande y me comprime en mi propio torbellino… Evoluciono en los agujeros de gusano y los portales que atraviesan los espectros y las frecuencias… Un repecho de transmutación y me despojo de la dolorosa memoria de mi cuerpo, flotando amainado a través de un infinito mar de color púrpura… La fortaleza de titanio en la ultramar de la conciencia recoge mis ondulaciones de hospedado intradimensional… La campana de aislamiento me mantiene dentro y fuera al mismo tiempo, mi presente es a la vez humo y resina que fluyen dentro de mis confortables paredes… La casa de registro de nuestros vapores se extiende como una central de procesamiento de esencias eléctricas, un paisaje de turbinas y transformadores, recorrido por tranquilizadoras chispas de vitalidades… Los gigantes nos distribuyen con sus eones desde el puente de mando… El hombre de fuego acciona mi palanca para trazar el recorrido del limbo paralelo de mi próxima misión… Soy una misión permanente… La capsula me transporta girando sobre sí misma y vuela sobre la fortaleza atravesando las tormentas de éter del exterior… El vehículo recorre los mapas y los territorios de la cinta de Moebius… El planeta Tierra me recibe en sus extraños canales y atravieso el cielo de un continente plagado de

dirigibles y explosiones… En la mansión de Jack Parsons me aparezco en forma de feto dentro de un orbe durante el éxtasis de la Mujer Escarlata en una sesión de Thelema y relato lo que he aprendido… Jack Parsons asiente a mi lado en Jornada del Muerto cuando le muestro su mundo abrirse en una explosión de luz cegadora como el sol… La convulsión de los átomos sacude mi cápsula y perturba su ruta… La meseta de la luna recibe mi caparazón gaseoso y establezco contacto con la ciudadela que se alerta ansiosa bajo la vulva en el espacio, procedente de Saturno, abierta a los demonios que vendrán… Los cohetes vuelan nerviosos… Los técnicos de las armaduras de titanio recomponen mis frecuencias y tratan de reparar el vínculo con mi vehículo, en los talleres de chispas que se esconden en las ciudades mecánicas del subsuelo… Sueño que la frontera se establece en el motel "The Dutchman's Lodge" y en su encrucijada revelo los mapas al tulpa de Dale Cooper primero y al propio Dale Cooper después… La anatomía de mi esencia se vincula de nuevo a la cápsula y subo hacia otras gravedades siguiendo a un grupo de orbes con colas de plasma que se elevan en el espacio… Soy una traslación… Los lugares a los que me dirijo nunca son un destino pero sigo recorriendo mi vibración, descomponiéndome y recomponiéndome en cada viaje… Está resbaladizo aquí dentro…

Febrero de 1902. Ghostwood, Washington.

Sarah Judith Palmer se consume en el centro del incendio en el bosque sin soltar el retrato de su hija Laura. Incluso cuando el fuego desaparece de forma súbita y queda el paisaje calcinado, en un salto temporal de milésimas de

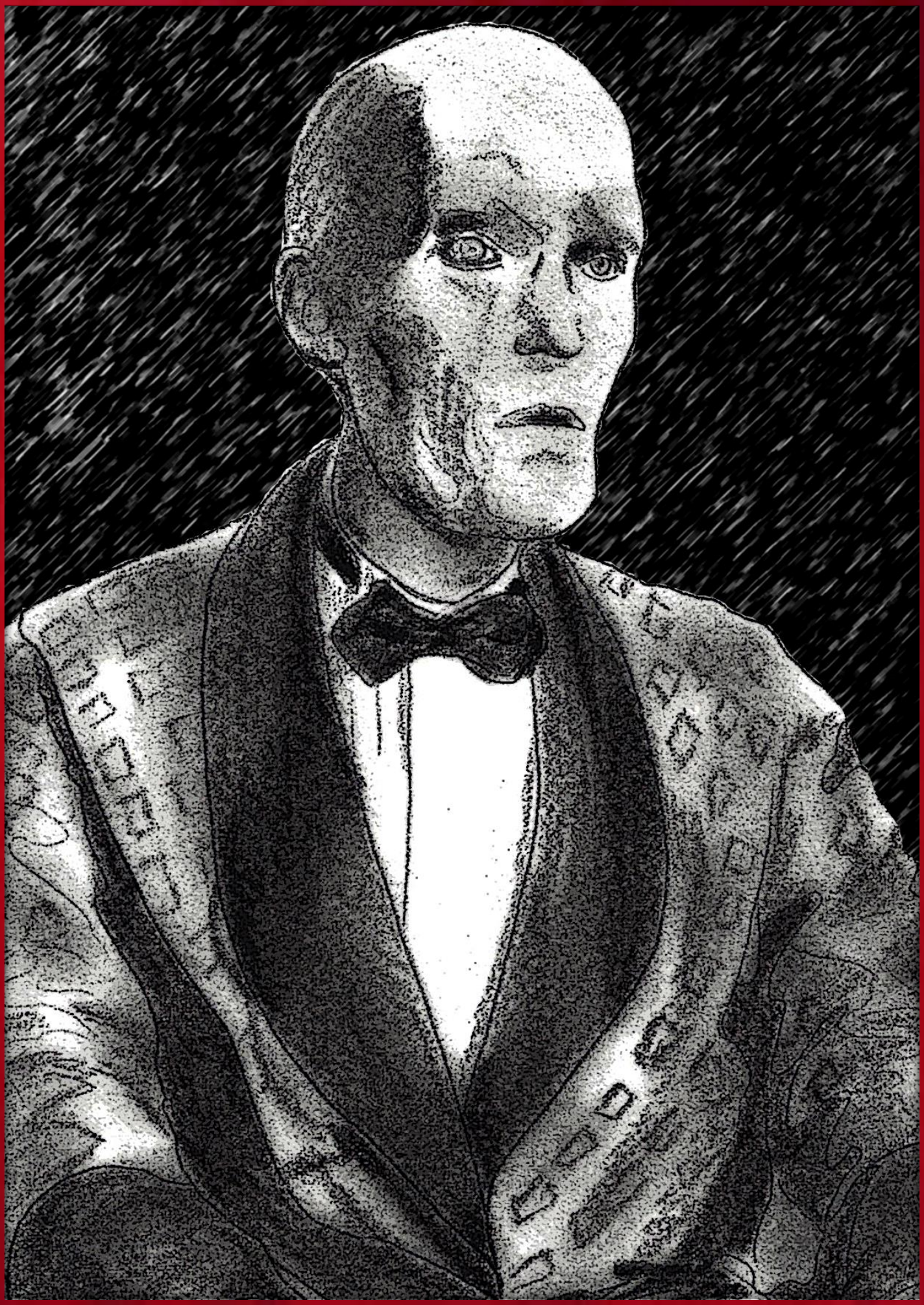
segundo, el marco sigue alzado en la mano de su esqueleto. Un leñador tiznado por completo de oscuro, tanto su cuerpo como sus ropas, su negro rostro incrustado como una tea en una larga barba, se acerca a la anatomía descarnada y humeante. Con un gesto decidido, ritual, posa su negra mano izquierda en la frente de la calavera y, por un momento, parecen consolidar un mismo cuerpo en el paisaje devastado. El leñador levanta en su mano derecha un cigarrillo mientras sus intensos ojos blancos interpelan una pregunta a la terrible soledad de la noche:

-Gotta light?

SOBRE EL AUTOR — JOSE ÁNGEL CONDE

Jose Ángel Conde nace en Madrid (España) en 1976, donde realiza estudios audiovisuales. Desde 1997 trabaja sobre todo en el medio audiovisual, entre España y Alemania, así como de diseñador e ilustrador *freelance*. Paralelamente desarrolla una labor literaria, tanto en prosa como en poesía, que se plasma en colaboraciones en antologías (*"Gritos sucios*" (**Ediciones Vernacci**)) y revistas literarias (*Groenlandia*, *Editorial Cthulhu, MiNatura*), artículos y críticas (*Caosfera, Serial Killer Magazine*), además de ser finalista en varios concursos. Es autor de los poemarios digitales "*Feto oscuro*" y "*Fiebres galantes*", así como de las novelas "*Hela*" (**Triskel Ediciones**) y "*Pleamar*" (**El Barco Ebrio**). También escribe el blog literario "*Negromancia*".

WEB: www.josef-a.com



LA BIBLIOTECA DE
CARFAX
LABIBLIOTECADECARFAX.COM
Editorial dedicada a la
literatura de Terror
©Charlie Bowater

José Luis Díaz Marcos

Sol de Plata

Como es habitual, nadie ha sido.

Vomitorio

Lorenzo Silva

1

Absorto en una tablet, sobre su escritorio, el sargento Ruiz engullía el tercer donut de la mañana cuando se abrió la puerta.

–Buenos días.

–Buenos…–farfulló sin mirar–. Un… un segundo… y ahora…

–¡¿Pero no le da vergüenza?!

El policía, atragantado de golpe, descubrió ante sí a una desconocida de mediana edad cuya sobria elegancia y altivo enojo le hicieron, sin saber aún por qué, cuadrarse en el acto.

–¡¿Así es como se gana el sueldo y, de paso, hunde nuestra reputación: viendo no sé qué y tragando a dos carrillos?!

–¿Q, quién…?

–Teniente Guelbenzu. Vengo de Madrid, por lo de la esposa del alcalde.

–¡Ah,… sí! Bien… bienvenida… Por favor, siéntese. Usted perdone, pero este es un sitio pequeño, ya lo ha visto, y hay poco que…

–Yo diría que no tan poco: por algo tengo el *disgusto* de estar aquí.

–Ya me entiende… De todos modos, la esperaba. Conoce los antecedentes, imagino.

–Imagina bien. A grandes rasgos, la mujer recibe un tiro en la cabeza mientras duerme y su cadáver es descubierto a la mañana siguiente por la criada. Su ilustrísimo esposo, en paradero desconocido.

–Sí, así es.

–¿Algo más, algo posterior?

–No.

–¿Y el arma?

–Ya lo sabe: también desaparecida. De modo preliminar, calibre corto. A bocajarro.

–¿Alguna denuncia contra el señor alcalde?

–¿Sospecha de él?

–¡Vaya pregunta! ¡Por supuesto! Matan a su cónyuge en un lecho compartido que él, como es obvio, no ocupa. ¿Dónde estaba entonces? ¿Y

dónde está ahora?

–Sí, sí… Pero me resulta impensable. De buena posición, sin hijos, llevaban toda la vida juntos. Se les veía bien. Nunca habían mostrado el menor desacuerdo. No en público. Y denuncias, como usted dice, pues no. Seguro. Aquí, además, esas hipotéticas denuncias habrían sido un auténtico escandalazo, un…

–Tanto como la muerte de ella y, de momento, la desaparición de él.

–Pues casi, sí.

–Quiero ver el escenario del crimen.

2

Fue salir y, a juzgar por el paso urgente y las expresiones alarmadas de los

transeúntes, entender que algo nuevo, y aún desconocido para ellos, sucedía.

–¡Paquita! ¡Señora Paquita! –detuvo Ruiz–. ¿Qué pasa? ¿A dónde va todo el mundo?

–¡Al lago! ¡Ha aparecido en el lago! ¡Ay, Virgen María! –se santiguó.

–Ha aparecido… ¿El qué?

–Como dice don Anselmo, el párroco, esto es el acabose. ¡El acabose!

–P, pero… ¡Señora Paquita! ¡Aguarde!

–¿Algo referido a…?

–Estoy igual que usted. Pero ya ha oído: es en el lago.

–Conque un sitio pequeño en el que hay poco que… Sargento: a veces, las alfombras más pequeñas son, precisamente, las que más porquería esconden.

3

Minutos después, ya en el embarcadero sur, ambos policías se abrieron paso, «¡Si está aquí media parroquia!», entre los vecinos. También quedaron mudos.

Agua adentro, y a una altura de unos diez o doce metros sobre la superficie, pendía, refulgente e inmóvil, una enorme esfera de plata, una absurda bola tan aparente como un coche.

–Es una broma, ¿verdad? Aprovechan la atención mediática sobre el caso para explotar la *increíble* aparición de… ¿De qué? ¡¿Qué se supone, dentro del timo, que es esa cosa: un… ovni?!

–Le aseguro que nadie del ayuntamiento… Yo lo sabría.

Guelbenzu bufó.

–Deme unos prismáticos.

Indefenso, Ruiz se palpó los bolsillos como si pudiera llevar el útil entre el suelto. Reparó en un joven que, a su lado, «¡Menos mal!»…

–Disculpa. ¿Podrías…?

–¡Pasa de mí, madero: yo no he hecho nada!

–¡No me…! –explotó Guelbenzu–. ¡Policía! ¡Confiscados! ¡Sí! ¡¿Qué?! ¡¿Le arresto por obstrucción a la Justicia?!

El otro, patidifuso, quedó con las manos huecas y la boca cerrada.

–Nada ni nadie que… –observó–. Sin fijaciones ni actividad aparentes… Y juraría que su aspecto metálico… ¡Si no lo veo, no lo creo: un perdigón gigante, toneladas de peso, flotando así, sin más, sobre el agua!

–¡Por la pinta, eso es extraterrestre! –exclamó uno–. ¡El otro día vi una película idéntica: cansinos como nosotros solos, no dejábamos de enviarles mensajes, que también son ganas de buscarnos problemas, hasta que, al final, claro, los recibían! ¿Y qué paso? Pues lo que tenía que pasar: muy buenas palabricas al principio, sí. ¡Pero luego…!

–Enhorabuena, sargento: lo han conseguido. Acaba de nacer la penúltima meca de los friquis.

–Le juro que nosotros no…

–Déjese de juramentos y traiga lo que usen para cruzar el lago.

Ruiz volvió a palparse los bolsillos.

4

El tumulto contempló la partida de la barcaza en silencio.

–¡Eh, mis prismáticos!

Guelbenzu los tiró al agua.

–P, pero,… ¡¿Qué hace?! ¡Os voy a demandar! ¡¿Me oís?! ¡A los dos!

–Estúpido…

–¿Ya no le preocupa nuestra imagen, teniente?

–Si no fuera así, volveríamos a la orilla.

Habían creído que la paulatina proximidad con la esfera iría arrojando alguna luz respecto a su auténtica naturaleza e ilógica suspensión. Pero la única luz recibida, y no poca, fue la reflejada por su argéntea superficie.

–Barquero, deténgase.

–¡Asombroso! –reconoció Ruiz–. Nunca había visto nada ni siquiera… parecido…

–Y es perfecta: sin ópticas, sin uniones, sin salientes... –Guelbenzu comunicó sendas palabras a través de su móvil:

–¡Código rojo!

–¿Puedo saber qué… qué significa eso?

–Que el objeto flotante no identificado, por referirlo de alguna manera, ya no es asunto nuestro. Enseguida se harán cargo de él.

Ahora fue Ruiz quien recibió una llamada.

–Teniente, hay noticias: ha aparecido el coche del alcalde.

–¿Y él?

–Solo me hablan del coche…

–¿Dónde?

–En el merendero. Justo hacia allí, en el otro extremo.

–Pues, siendo así… Usted, ponga rumbo hacia ese merendero.

El otro asintió.

–Y, por si las moscas, evite nuestra esfera de Damocles.

5

Retrocedida casi hasta el barro, el cordón umbilical de una grúa rompía las aguas y tiraba del único vehículo del pueblo con todas las funciones posibles.

–¿Seguro que es el suyo?

–Segurísimo.

–¿Y dentro?

–Vacío.

–Tampoco aquí… En ese caso, la ausencia del señor alcalde empieza a ser más que sospechosa. ¿No cree, sargento?

–Sí. Pero, insisto: no me cabe en la cabeza... Lo conozco desde hace muchos años y es un buen hombre, sé que lo es. No lo veo…

–Pudo equivocarse. Si las circunstancias nos aprietan la tecla, a todos, buenos o malos, se nos pueden cruzar los cables.

–Ya…

–¿Tenía enemigos?

–Cualquiera que haya andado un poco los tiene. Y, siendo político, supongo que alguno más que cualquiera. Los cargos, ya se sabe, vienen con no pocas cargas… ¿También piensa en vendettas?

–Hasta que los hechos hablen, pienso en todo. De momento, y mientras analizan el coche, que traigan los perros, a ver si ellos también se huelen algo.

–¿Y nosotros?

–Sigo queriendo ver el escenario del crimen.

6

–…y este es el dormitorio conyugal. Aquí,… –anunció Ruiz señalando las sábanas.

–Doy por sentado que usted y sus hombres ya hicieron lo que debían hacer.

–Sí, claro. Ya leyó el informe. Está todo ahí: inspección ocular, fotografías, recogida de muestras, declaraciones…

–No se ofenda, pero nunca está *todo*. Por eso pregunto.

Ambos enguantados, Guelbenzu abrió un par de cajones, inspeccionó el reverso de otras tantas fotografías… Extendió la doble hoja del armario.

–Los señores tienen, o tenían, buen estilo, sí… Y buena cartera. Quizá demasiado buena. Me pregunto, entre otras cosas, si la nómina de un alcalde de pueblo puede pagar vanidades como estas. ¿A usted qué le parece?

–No sabría decirle. Yo, de estas cosas…

–¿Escudriñaron las cajoneras, miraron *todos* los bolsillos, *todos* los forros…?

–P, pues… En cualquier caso, si quiere, ahora puedo… –balbuceó el agente precipitándose, alarmado, sobre las perchas.

–¡Espere, espere!

–¡No! Si no es… ¡Ay!

–¿Qué pasa?

–El dedo… He tropezado con algo y…

De improviso, el fondo del armario se deslizó sobre su guía descubriendo la entrada a…

7

–¡No me…!

La cámara secreta, apenas dos tercios del mismo dormitorio, había sido tapizada al modo de los antiguos tresillos: cuero con equidistantes botones. Dentro, turbadora diversidad de elementos con un denominador común: el sado.

En la pared, una gran fotografía en blanco y negro: la fallecida, dominatrix sádica, azota a su ausente viudo.

–Los excelentísimos señores no tenían niños, pero sí sala de juegos. Y qué juegos… A pesar del purgatorio en el que resistimos, y aunque a muchos les cueste imaginarlo, también existen, y se disfrutan, las habitaciones del pánico invertidas: aquí, el dolor está más dentro que fuera.

–Espantoso…

–¿Por qué? Ni siquiera el espanto es absoluto.

–¡Mire!

En un rincón, al pie de una banqueta, los escombros de un terrario. Fuera, un ratón muerto defendido por una enorme tarántula.

–No se privan de nada...

Advertida la nueva carne, el bicho fue a prenderla.

Guelbenzu subió el tacón y…

–¡Aaaagh!

–No sea escrupuloso, sargento: en Oriente se las comen.

Él reprimió la náusea…

–T, tengo… que…

…y salió corriendo.

8

Lo encontró en el porche, aún sofocado.

–¿Sigue vivo?

–A veces, lo dudo… Pero creo que sí.

–Bien. Si cambia de idea y decide morirse, mejor espere a que todo esto concluya.

–Gracias por el interés. No sé si desearle lo mismo…

Un coche patrulla se detuvo ante ellos:

–¡Sargento, los perros marcan una pista!

–¡¿Dónde?!

–¡En villa bruja!

–¿Dónde dicen?

Ya ululantes, por los caminos...

–Es una octogenaria, cuando menos, que vive en una cabaña, en el bosque. La llaman así porque dicen que *ve* cosas. Muchos, aunque no lo admitan, van a que les eche las cartas, les lea la mano... –informó el conductor.

–¿Y es cierto que… *ve*?

–Con los ojos, no: es ciega. Los menos diplomáticos dicen, sin tapujos, que está un poco…

Instalada delante, Guelbenzu desvío el espejo retrovisor: Ruiz veía algo en su pantalla.

–¿Puede saberse qué demonios sigue con tanto interés?

–Una… una serie yanqui de los noventa, puro delirio. *Twin Peaks*, se llama. De un tal…

–…David Lynch. Él se pregunta quién mató a Laura Palmer y nosotros… Ojalá nuestra bruja no esté, si lo está, ni la mitad de… que el amigo Lynch, porque, si es así, más nos vale ir con mucho, con muchísimo cuidado.

9

La cabaña no desmerecía, en absoluto, el estremecedor tópico acuñado por el cine de serie be: recóndita, desvencijada por fuera, hedionda por dentro… Y, en cuanto a su inquilina,…

–Sabe por qué estamos aquí, ¿verdad?

–Sí, ya me lo han dicho: porque sus chuchos ladran que yo escondo al asesino de la alcaldesa. ¡Idiotas! ¡Aunque la gentuza del pueblo diga lo contrario, que ya nos conocemos, yo soy demasiado decente, y estoy demasiado cuerda, para hacer algo así!

–Nadie ha dicho, de momento, que nadie haya hecho nada. Solo pensamos que nuestro *sospechoso*…

–¡No aquí! ¡Márchense!

–¿Cómo puede estar tan segura?

–¡Porque lo estoy: a ese lo ha atrapado, como nos atrapará a todos, el sol de plata!

–No entiendo…

–¡¡Maldita sea: el sol de plata, sobre el lago!!

–¿Sabe qué es, de dónde viene?

–¡Claro que lo sé! ¡Es la muerte! ¡La muerte caída del cielo para arrastrarnos con ella!

Ruiz niega, cabizbajo.

De súbito, el repiqueteo de alguna porcelana contra el firme. Un gato, negro como la noche, brinca sobre la mesa: algo pende de su boca.

–¡Belcebú! ¡Mi Belcebú! ¡Por fin apareces!

El sargento queda patidifuso:

–¡Por mi…! ¡Teniente, mire: el… el *ratón* del gato!

–Eso parece...

–¡Una oreja! ¡¡Es una oreja… humana!!

Aquella desenfunda.

–¡¡No!! –berrea la adivina–. ¡Huye, Belcebú! ¡¡Huye!!

«¡Bang!».

«¡Bang!».

«¡Bang!».

«¡¡Miauuuh!!».

10

–¡¡NO!! ¡¡Ayayay!! ¡Ay, mi…! ¡Mi pobre…! Terminar así su últimavida… ¡Él no había hecho nada, miserables! ¡Esa oreja solo es un dulce de sus amigos los gnomos, que lo quieren, que lo querían mucho…! ¡¡AAAAGH!!

La bruja del bosque se abalanzó contra Guelbenzu dispuesta a sacarle los ojos. Temiendo una defensa más que excesiva, Ruiz la interceptó. Aún así, la zarpa rabiosa logró arañar el hurtado pómulo izquierdo:

–¡Malditos seáis tú y la bazofia de tu estirpe!

Guelbenzu contempló la molestia de su propia sangre en la punta de los dedos.

La vieja cerró las uñas y, durante unos segundos, pareció evadirse. Después…

–«¡Cómo que no! ¡Por supuesto que sí, niña mala! –recitó, burlona–. ¡A papaíto siempre se le dice que sí! Anda, ven… Mira, mira qué contenta está de verte. Cógela. ¡Vamos, cógela! Ya sabes cómo hacerlo…».

Guelbenzu se demudó. Siempre fría, aquella parodia de un ultraje cierto, comprendió Ruiz, dinamitó su coraza casi hasta las lágrimas.

–¿Lo recuerdas? Sí, claro que lo recuerdas. Cada instante de tu perra vida. «Así, así… ¡Mmmm! ¡Qué rico! Sí,… sí…».

–Basta… ¡Basta! –encañonó– ¡¡BASTA!!

–T, teniente…

El llanto bailaba en sus ojos. La humillación, la impotencia, la furia y ni ella sabía cuántas cosas más, empujaban su dedo, todas a una, contra el gatillo.

–¡Vamos, niña mala: envíame con tu papaíto y mi Belcebú! Vamos…

–N, no… no la escuche…

Al cabo, Guelbenzu permitió que la congoja, por fin, otra vez, resbalase por su mejilla y su corazón heridos. Bajó el arma.

Ruiz jadeó, exhausto por la duda.

–¡Cómo que no, eh, niña mala: a papaíto y a la bruja del bosque siempre se les dice que sí!

–¡Cállese, joder! ¡¡Cállese!!

11

Oreja humana en una bolsa, con hielo.

–Aunque no sería la primera vez que ocurre, no creo, ni usted tampoco, que su amputación sea consecuencia de un accidente. Ni por el ataque de ningún animal, desde luego: el corte es limpio –dedujo Guelbenzu, ya rehecha–. Ha sido alguien con intención de hacerlo. ¿Usted? ¿Un tercero? ¿Dónde está la víctima?

En una silla, la bruja atendía, esposada. Entre las manos, el cadáver de Belcebú.

–Aunque la verdad sea terrible, es la verdad, niña mala: fueron ellos, sus amiguitos, los gnomos del bosque. Y, si quieres saber dónde está el muerto desorejado, porque está tan muerto como pronto lo estaréis todos, pregúntaselo, ahí lo tienes, a su oído fantasma: él mismo, en carne podrida y hueso, vendrá a recuperar lo que es suyo.

–¿Ya no lo tiene… el sol de plata?

–¡Ese es vuestro *sospechoso*, estúpida! ¡No todos los fiambres os pertenecen, asesinos! Ay, Belcebú, mi pobre Belcebú…

–No… *todos*… –masculló Ruiz.

Se abrió la puerta:

–Sargento, teniente: no se lo van a creer… –anunció el policía conductor–. ¿Está herida? Y ella… ¿Ha… ha ocurrido algo?

12

Libres de custodiada y cartílago, la terna policial se trasladó a menos de un kilómetro de allí. Otros esperaban.

–Han sido los perros, ya de vuelta: según me dicen, *arrastraron* a sus cuidadores hasta este lugar.

–Atraídos por… el derribo de una cesta con setas y… sangre –apreció Ruiz.

–No solo por eso. Miren ahí arriba, entre las hojas.

Un desconocido pendía, ahorcado. Y, según vieron, también con la ausencia amputada de su oreja derecha.

–Aquí está el… Y no parece, según las fotografías, nuestro alcalde… –supuso Guelbenzu.

–No lo es. Ni tampoco es del pueblo –confirmó Ruiz.

–Se nos amontona la maldad…. La primera pregunta es obvia: ¿Pudo la detenida, anciana y ciega, matar a un hombre y cortarle una oreja, o viceversa, y colgarlo después en un árbol? Respecto a las dos primeras acciones, sí pudo, me temo –se tocó el pómulo, escamada–. Respecto a la tercera… Y, en cuanto al móvil, ¿a quién pudo molestar, y por qué, un… dominguero buscasetas?

–¿A un gnomo? –preguntó el auxiliar, irónico.

Sargento y teniente se miraron: no habían tenido tiempo de compartir los pormenores referidos por la dueña de Belcebú.

–¿Por qué… por qué dice eso?

–Rodeen el árbol y lo entenderán.

Y, sí, lo entendieron. Pero no terminaron de asumirlo.

En la base del tronco, una diminuta *puerta* con dintel de medio punto. Abierta, descubría el interior de una casa de muñecas. En el suelo, un cuchillito ensangrentado.

–¡¿Es una… broma?!

–No. O no todo, al menos. La sangre es auténtica. Y *también* humana: los perros, que no entienden de bromas ni mentiras, la marcaron como tal.

–No doy crédito a… a todo esto… Nunca, en mis años de servicio,… Teníamos… Teníamos una mujer tiroteada mientras dormía; un sospechoso, su marido y alcalde, desaparecido; un increíble… ¡¿sol?!; una bruja ciega, que *ve*; una oreja humana cedida, según esta,… ¡por los *gnomos* a su gato!; y, ahora, descubrimos un segundo cadáver, el desorejado, y una… en cuyo interior también aparece la segunda arma. Mejor dicho: la *armita*.

–Todo esto no es una broma, teniente… –convino el sargento, restregándose la cara–. ¡Todo esto es un… desvarío! Y, cuando termine, haré que alguien lo escriba y se lo envíe a Lynch. ¡Va a alucinar! ¡El mismísimo David Lynch va a alucinar!

–¡¿Qué será lo próximo: Campanilla, Caperucita roja…?

–Mientras no sea el jinete sin cabeza… –apuntó el segundo–. Por cierto, miro la altura a la que está el cuerpo y, broma o no, según aquella serie de dibujos animados, *David, el gnomo*, uno de su clase sí habría podido subirlo hasta ahí. Ya lo decía la banda sonora: «¡Soy siete veces más fuerte que tú…!».

Lo miraron, aturdidos.

–Sargento,… ¿recuerda lo que dijo la bruja respecto al alcalde?

Hizo memoria:

–Dijo que lo había atrapado…

Guelbenzu asintió, valorativa.

–Y añadió algo más.

–Sí: que ese sol de plata es la muerte, la muerte caída del cielo para arrastrarnos con ella.

13

Aún viajando entre los árboles, lo advirtieron: la enorme esfera había desaparecido. Sin embargo… Ese primer juicio, según vieron poco después, no había sido del todo justo: más que eclipsarse, el refulgente sol de plata parecía haber cambiado de ubicación. Y de estado: su solidez mercurial semejaba haberse diluido corrompiendo así las aguas.

Guelbenzu quedó boquiabierta.

–P, parece un espejo… Es como… como uno de esos accidentes marítimos en los que un buque derrama todo su combustible… –articuló Ruiz.

–¿Qué… qué era, en realidad, esa figura? ¿De qué estaba hecha? ¿Esto ha sido, como dice, un percance o…? ¿Tiene arreglo? ¿Cuáles son –«Aunque la verdad sea terrible, es la verdad, niña mala»– sus consecuencias?

Como ellos, y hasta donde la orografía les dejaba ver, muchos otros también parecían inquirir a su sempiterno lago, ahora titánico azogue: «Espejito, espejito, ¿qué significa esta odiosa pesadilla?»:

–Reunámonos con mis colegas del código rojo –ordenó Guelbenzu sacando el móvil.

«Los *men in black* existen», se dijo Ruiz en el merendero, punto en el que había emergido el coche del regidor y en el que, quizá por eso, quizá por simple proximidad con la esfera, los agentes venidos de Madrid habían asentado sus reales. «Sí. Como todas las extrañezas vistas en los últimos tiempos, los *men in black* también existen». A su alrededor, más allá de un perímetro, el expectante y alarmado tumulto.

La conjetura diluyente había sido acertada: como se veía ahora en su ininterrupida filmación, en un momento preciso, y por causa o voluntad incógnita, el sol de plata se había licuado, «¡Fluash!», tiñendo así, fenómeno casi automático,…

¿Era posible que alguna sustancia conocida, *litros*, pudiese corromper, fulminante, *toda* la masa, kilómetros y kilómetros cuadrados, hectómetros y hectómetros cúbicos, de *toda* una laguna? Los expertos lo dirían. Otra cuestión sería determinar si aquel supuesto mercurio era tal y si, por consiguiente, también integraba el tranquilizador ámbito, inocuo o no, de lo acreditado.

Un repentino clamor los sorprendió.

–¡Allí! ¡Y allí! ¡Y allí también!

14

Sobre el estaño líquido, y de manera aleatoria, una, dos, tres, nueve, quince, veintiocho,… Infinitas pompas, clones de la ya licuada, emergían con espesa lentitud hasta desprenderse, «¡Plop!», y ascender en el aire deteniéndose, más o menos, difícil precisarlo, a la misma altura que lo hizo aquella.

Poco a poco, y ante la estremecida humanidad, el depósito líquido hervía encapsulado en cientos, más bien miles, de plateados soles. Guelbenzu pensó en la escultura frente al Museo Guggenheim, en Bilbao[1], pero «¡Multiplicada por…!».

«¡Plop!».

«¡Plop!».

Comenzaba ya a cubrirse el cielo con una segunda capa de esferas cuando, de improviso, la primera ascendió, vertiginosa, «¡Shiuuuh!, ¡Shiuuuh!...», hasta desparecer en la atmosfera.

–El… el nivel está… bajando… –apreció Ruiz, patidifuso.

Evaporados los primeros soles de la tercera capa, la segunda…

«¡Shiuuuh!, ¡Shiuuuh!...».

Ya solo húmedo, en el cauce asomaban los escollos y la basura, montañas de basura, por doquier: plásticos, muebles, electrodomésticos…

Una de las últimas pompas frenó a baja altura. Poco después, absorbida de repente su sombra, «¡Shiuuuh!», el agua descubrió un horrible contenido: aplastado contra la supuesta pecera, gritaba muerto, tiro en la frente, un hombre semidesnudo.

–¡El… el alcalde! ¡¡Es el alcalde!! –gritó Ruiz.

«Después de todo, estaba en el lago. No en su coche, pero sí en el lago...»,

concluyó Guelbenzu, aún medio pasmada por la esotérica evaporación. «Y también de un tiro entre ceja y ceja… ¿Cabe suponer entonces un mismo asesino, un mismo… *sádico*? ¿Otro sufridor de cueros y tarántulas?».

---

[1] *El gran árbol y el ojo*. Anish Kapoor, 2009.

Seguía interrogándose, cuando, esfumada la influencia del elemento mercurial, horma sustentadora, la piscina y el cadáver llovieron, «¡Thumb!», a plomo.

«Nos roban el agua, esencia de vida, y nos dejan… La bruja tenía razón. También en esto: sean quienes sean, y… caigan de donde caigan, su rapiña nos condena. No. Mejor dicho: nos remata. Nos termina de convertir en lo que ya éramos: nuestro propio y último desecho».

–Señora… señora policía…

Se volvió. Un niño la miraba.

–¿Puedo ayudarte en algo?

–A mí, no. Es solo que… se le ha caído una *cosa* a… a un señor de ahí…

Y, acto seguido, con avergonzada timidez, extrajo un revólver. Un *auténtico* revólver, calibre treinta y ocho.

Guelbenzu, «¡¿De d, dónde…?!», se hizo con el artilugio. ¿Este era compatible con, «¡Bang! ¡Bang!», los disparos homicidas? Sin duda.

–Muchas… muchas gracias. Yo lo guardo. Y, cuéntame,… ¿a qué… a qué *señor* dices que se le ha caído?

Se volvió:

–Pues a ese de... ¡Uy, ya no está!

SOBRE EL AUTOR — JOSÉ LUIS DÍAZ MARCOS

José Luis Díaz Marcos. Alicante, España. Autor de relatos, ha publicado en numerosas revistas y webs nacionales y extranjeras. También firma sendas novelas: "Paraísos de magia y fuego" y "Botij-Oh!".

Blog: www.la-estanteria-2.webnode.es

DONDE LOS SICOMOROS

Mar Goizueta

«Los seres humanos temen a la muerte. La Muerte de huesos y negro con capucha y guadaña que siega las vidas con su hoz, la que se pasea, altiva y orgullosa de su poder, meneando su cuerpo descarnado entre los restos de catástrofes y accidentes, por las salas tristes y blancas de los hospitales, u ofreciendo una mano solícita a los que les ha llegado su hora. En definitiva, recolectando lo que le pertenece para llevarlo a su reino de oscuridad. ¡Ay, Occidente, qué pronto has olvidado a los que llegaron antes, a los que sembraron con su sangre pura su linaje entre los humanos cuando casi ni lo eran aún!

Antes de que naciese esa Muerte en la que todos piensan, la que ofrecía el pan y el agua a las almas de los muertos y las acompañaba en su camino por el mar cósmico era Hathor, antes incluso de que, en la vieja Hélade, la indecisa Perséfone sembrase su camino por el Hades de restos de semillas de granada y rompiese el tiempo en verano e invierno, para dedicarse luego, en sus ratos de aburrimiento, a jugar con los difuntos. Antes, mucho antes, en ese lugar que tanto se parecía a su planeta de origen, en ese rincón árido pero rico gracias al Nilo, los padres del cielo encontraron, tras muchos milenios buscando en la Tierra el lugar perfecto, una región en la que sentirse en casa, un terreno amarillo y dorado, como el que vio sus primeros pasos. Para entonces, su semilla se había extendido, y a su llegada a Egipto a bordo de majestuosas naves brillantes como el sol, les recibieron con honores propios de dioses los monos que ya no lo eran. Se habían convertido en pequeñas réplicas inteligentes —aunque sin su poder— de ellos mismos. Siempre es agradable sentirse adorado y, por ese motivo, entre

otros, decidieron quedarse y cuidar e instruir al que, desde entonces, iba a ser su pueblo.

Entre ellos, estaba la antes mencionada Hathor, capaz de extender su sabiduría de millones de años por los dos mundos en que repartía su existencia: el que todos ven y el que está más allá de la frontera de la muerte y que sólo se muestra a fallecidos y a algunos seres con propiedades especiales. Formaba parte, igual que el resto de sus compañeros, de lo que su pueblo llamaba Eternos, los encargados de explorar y organizar el universo. Había más, pero sólo un grupo fue asignado a este planeta.

Hathor, pese a rodearse de difuntos, no era una diosa triste, también le gustaban sin límites la música, el alcohol, el sexo y las fiestas desenfrenadas en general, lo que le había proporcionado otro de sus nombres, «La Dama del éxtasis sin fin». Su comportamiento lúdico a veces influía en su tarea y, sobre todo, en la forma en la que otros dioses la miraban, especialmente Anubis, cuyas labores estaban íntimamente ligadas. Ella, que era incluso considerada madre del sol por sus adeptos, entre otras cosas, no iba a dejar que nadie le dijese lo que tenía que hacer, y una noche abandonó el círculo de sicomoros que habitaba para irse a buscar otros mundos en los que sentirse libre de ser juzgada, aunque fuese de vez en cuando.

Cerró los ojos y dejó que su corazón guiase su trayectoria. Fue así como aterrizó, ante la mirada atónita de las lechuzas que vigilaban la noche estrellada, en lo que en estos tiempos conocemos como Twin Peaks, aunque entonces todavía no tenía nombre.

Le gustaron tanto la abundancia de vegetación —los majestuosos abetos Douglas que olían a fresco— las bellas montañas gemelas con picos de nieve

que le recordaban a sus pechos nutricios, el brillo de las estrellas —limpio del polvo del desierto— y la música que flotaba entre los árboles —en ese momento y en un futuro que intuía con precisión de adivina— que decidió sembrar una réplica de sus sicomoros sagrados allí mismo para sentirse como en casa siempre que pisase aquel lugar hermoso y alejado de sus congéneres. Por aquellos tiempos, no habían poblado los humanos aquellas tierras, así que ninguno vio el resplandor de su nave, algo que sí ocurriría en otras visitas, siglos después. Una lechuza más atrevida que sus compañeras no pudo evitar acercarse a aquel círculo de árboles extraños justo en el momento en que los «divinos» pies pisaban su centro, y se vio arrastrada a un lugar que sólo estaba destinada a visitar al final de su vida. Salieron unas horas después la «Señora del sicomoro» y la lechuza, y lo hicieron revestidas de eternidad, la una porque la llevaba en la sangre, la otra porque cuando volvió no era del todo la misma que entró.

Cuando los dioses del espacio soltaron las manos de los hombres para irse muy lejos y únicamente volver a la Tierra para observar su evolución de forma ocasional, el círculo de sicomoros de «La Señora de Occidente» —otro de los títulos de Hathor, que se suele atribuir erróneamente a características ajenas a su amor por los verdes bosques— quedó abandonado y sin cerrar, a propósito, o por descuido, quién sabe lo que había en su mente caprichosa en ese momento. Desde entonces, a lo largo de milenios, emanaciones del Otro Lado se ha extendido por los alrededores, convirtiendo a algunos seres en especiales, como tú, pequeña Laura. Un día, cuando seas mayor, aprenderás muchísimo más sobre la lechuza del cuento. Pero recuerda, no pises nunca el círculo de sicomoros o desaparecerás para siempre».

El hombre del pelo largo le contaba muchas historias relacionadas con lugares extraños a la niña, por este motivo, ella le llamaba siempre con el sistema secreto que él le había enseñado. Su curiosidad era infinita y quería conocer todos los cuentos que él supiera. Bob, que así se llamaba el hombre, le tenía dicho que pasaría algo muy malo si le contaba a alguien la forma de ponerse en contacto con él, así que ella creció con el miedo a hacerlo, y ni siquiera lo escribió en el diario en el que unos años después empezó a relatar todas las cosas que no le contaba ni a su mejor amiga, Donna Hayward. Por aquellos tiempos, a Bob no le hacía falta que le llamasen para aparecer.

Nunca le contó el hombre del pelo largo en sus paseos por el bosque que su madre, Sarah Palmer, un día entró en el círculo de sicomoros y consiguió salir por su propio pie, algo que muy poca gente lograba. Tampoco le contó que morir —un trámite que formaba parte de la vida— no era malo, que lo que de verdad deberían temer los humanos es pisar el Otro Lado y luego volver, porque de allí no se regresa jamás siendo el mismo. Por eso era tan terrible la Puerta de Hathor. Sin un guía, es casi imposible no quedar atrapado en el Umbral, el lugar de tránsito que custodiaban los árboles mágicos, algo así como una sala de espera para los difuntos en la que «La Dorada», otra de las denominaciones de Hathor, les ofrecía el alimento amarillo y el agua para su viaje cuando las cosas se hacían bien y estaba ella. No olvidemos que la puerta de Twin Peaks es una réplica exacta de la que hubo una vez en Egipto y que esta, al contrario que la otra, jamás se cerró con la partida de los viajeros espaciales. El Umbral es también un lugar en el que viven seres y espíritus que jamás fueron humanos y que no siempre son buenos. «La Habitación Roja» solían llamar al que se accedía desde el círculo de Twin Peaks los que conocían su existencia.

Si es terrible la visita a la Habitación Roja, más lo son sus repercusiones, como pudo comprobar la desdichada Sarah que, aunque al principio fue incapaz de recordar nada —ni siquiera su llegada al círculo de sicomoros—, desde aquel día tuvo horribles visiones, y es que no es fácil compartir cuerpo y mente con «algo» que se le quedó enganchado en el viaje, una de las consecuencias habituales de este tipo de visitas al Otro Lado. Algo muy similar le ocurrió a la lechuza del cuento de Bob, que a su vuelta llevaba dentro dos espíritus malignos que se aprendieron bien el camino: el propio Bob y su inseparable Mike, sin que la curiosa Hathor —que sólo pensaba en el bosque recién descubierto y sus posibilidades— se diese cuenta. Desde entonces, las lechuzas siempre han tenido tendencia a ver lo que otros no ven y a llevar «cosas» de un lado al otro.

Hay que puntualizar que hay ciertas personas con capacidades especiales que pueden sintonizar con ese Otro Lado y acceder a él en sueños y visiones. Por ejemplo, el Agente Dale Cooper, capaz de ver destellos de lo que ocurría en el Umbral y de su implicación en este mundo sin que esto le protegiese de los peligros de entrar físicamente allí.

Pero volvamos a los dos espíritus fugitivos. Al principio, Bob y Mike se aburrieron, ya que el bosque no les proporcionaba los alimentos que ansiaban: dolor, sufrimiento y miedo, así que no pasaban mucho tiempo en el exterior de la Habitación Roja. Con la llegada de los humanos al lugar todo cambió, sobre todo a partir de los años 50, cuando la corrupción invadió con fuerza la zona, ayudada por las emanaciones de la puerta, cuya influencia era cada vez mayor, para bien y para mal, porque en el Umbral las cosas son extremas: lo bueno es muy bueno y lo malo es terrible. Fue entonces cuando adquirieron los nombres de los cuerpos que poseyeron para, sirviéndose de su adquirida corporeidad,

comenzar una carrera frenética y compartida de asesinatos, torturas, violaciones y diversión que duró hasta que un día Mike dijo haber visto a Dios y decidió acabar con su maldad, sellando su decisión con el corte de su brazo. A Bob esto no le gustó nada, pero si les gustaría tiempo después a los que amaban a Laura Palmer y ansiaban encontrar a su asesino.

Y fue, precisamente la muerte de Laura Palmer la que hizo que las Altas Esferas, que ya estaban investigando desde hacía un tiempo las implicaciones del círculo de sicomoros en los sucesos ocurridos en torno a los Picos Gemelos, tomasen por fin un papel visible en la resolución de un caso con ramificaciones mucho más complicadas que las que podría resolver la oficina del *sheriff* del lugar, por mucho que contase en sus filas varios miembros de los Bookhouse Boys. Por eso, el agente doble Gordon Cole y sus hombres del F.B.I. llegaron al lugar.

***

«Laura, pobre Laura, la niña perfecta, la adolescente aplicada, la mejor amiga, la novia ideal. Laura, que llevaba el bien y el mal dentro y podía pasar de la luz más intensa a la más devastadora oscuridad. Laura, la hija de Sarah —la que nunca estaba sola— y de Leland Palmer —cuyo cuerpo había visitado más de una vez el malvado Bob—. Laura, la que ni su madre sabía que quizás era hija, en cierto modo, del horrible Bob. Laura, la que ni su padre sabía que quizás era hija, en cierto modo, del monstruo que Sarah albergaba en su interior. Laura, la que mancillaba su propio cuerpo, la que se empeñaba en pisar la frontera de la muerte huyendo de aquel que la acosaba desde niña, el que le contaba cuentos, el que se relamía de gusto al oler la maldad que llevaba escondida

dentro desde su nacimiento. El que la violó una y mil veces sólo y acompañado, el que la incitó a pisar todos los terrenos peligrosos y a castigar su cuerpo, el que se comía su dolor.

Laura habría sido una digna devota de Hathor. Sin duda, esta se habría sentido orgullosa de ella y de su hambre de placer y desenfreno, pues en eso coincidían. Y de haber seguido en la Tierra, quizás la habría tomado bajo su protección, impresionada por un potencial tan grande y una oscuridad tan profunda, pero ya hacía milenios que no caminaba entre los abetos, ni se sentaba en sus sicomoros sagrados, así que las capacidades de Laura quedaron a merced de Bob, el voraz Bob, el que nunca tenía bastante, el que se bebía sus lágrimas cuando era torturada y lamía sus heridas, ansioso de sangre, con lengua prestada. Cómo gozaba el maldito cuando la negrura poseía a la joven, cuando en mitad del éxtasis de sufrimiento no podían distinguirse asesino y asesinada. Qué siniestros escalofríos de placer recorrían su esencia cuando confundía identidades y dañaba y recibía dolor al mismo tiempo en sus orgías de sadomasoquismo extremo con aquellos otros hombres contaminados de maldad que le acompañaban en sus fiestas de cocaína, alcohol, mujeres y sangre. No era la única Laura, no, pero sí la preferida del que organizaba el cotarro desde la oscuridad, de un inmejorable representante del mal que hundía sus raíces en los cimientos sobre los que estaba construido Twin Peaks, en sus bosques misteriosos y sus vibrantes picos gemelos, y se desparramaba entre sus habitantes, luchando con un bien que intentaba batallar con desesperación contra él de la mano de sus propios acólitos. Existía la Logia Negra y la Logia Blanca, las casas del mal y del bien, conectadas con la Habitación Roja y tan antiguas como los primeros pobladores. Conocedoras de algunos de los

secretos del Otro Lado, pero sin conseguir penetrar del todo en su verdad más pura. Y más allá de todo, el Bosque como entidad, lo que siempre había estado allí, lo que recibió y cameló a la viajera espacial con su encanto siniestro y al mismo tiempo luminoso. Aquello que está más allá del bien y del mal y sólo observa, la vida que no se ve y es tan eterna como los propios Eternos. Y más vieja.

El Bosque, con ojos de lechuza y brazos de madera, cuenta su historia y la de los que por él pasan, la de los pueblos que rodean sus árboles, la de los seres que pisan su terreno. A veces, roba almas antes de que pasen a la otra dimensión y las guarda en recipientes de su misma esencia, convirtiéndolas en testigos de lo que sobrevuela su aire, de lo que recogen sus ramas. También son altavoces de su voluntad, de sus ganas de comunicarse con algún humano capaz de escuchar, de transmitir un mensaje que debe ser conocido para que las cosas transcurran como han de transcurrir según su criterio».

El Cronista terminó de leer el informe del Mayor Briggs ante la atenta mirada de este y de Gordon Cole.

—Un gran relato, Garland, cada vez redactas mejor, es un gusto leerte. Eres un claro ejemplo de que la minuciosidad en el registro y buen hacer literario no tienen por qué estar reñidos. Me gusta mucho que lo cuentes de tal forma que podría leerlo cualquiera que no supiese nada de nada de este tema y entenderlo. Es un punto muy importante a la hora de hacer un informe como este. Lo haces tan bien que apenas tengo que retocar tus textos antes de añadirlos al Gran Registro. Por cierto, veo que cada vez tienes más en cuenta al Bosque y sus ramificaciones, nunca mejor dicho si tenemos en cuenta a Lady Leño y su tronco

y tu amistad con las lechuzas. Y ahora dime, ¿cómo sigue la historia? Supongo que redactarás la segunda parte cuando tengas todos los datos, pero me muero de curiosidad por saber lo que aún no sé. El Gigante está también impaciente por conocer todo lo que ha ocurrido en los años que han pasado desde la muerte de Laura Palmer. Sabemos quién la mató, pero no sé si conocemos ya la forma en la que se libró del espíritu.

—Fue la propia Laura quien con un grito rompió las cadenas, y con un chorro de luz que salió de su boca se liberó, por fin, de su conexión con Bob. Se ve que, tras tanto sufrimiento, el bien que llevaba dentro venció. Con el grito liberador, murió y la lechuza, que lo estaba observando todo, la arrastró al Umbral a través del círculo de sicomoros. Creemos que allí se reunió con el agente Cooper, que fue visto entrando en la puerta días después, pero de este punto no estamos seguros porque Dale desapareció sin dejar rastro. Lo poco que sabemos, por informantes oníricos y videntes, es que El Enano le dio de comer el puré de los muertos y la guio por el laberinto cósmico hasta la otra dimensión. Probablemente porque se sentía en deuda con ella de alguna forma por haber ayudado a crecer el poder de Bob en el pasado. Y, a pesar de los riesgos que supone cambiar de dimensión, decidió asumir los riesgos. Por el camino, Laura con toda seguridad se olvidó de la persona que había sido en esta vida y de todo lo que vivió en la Habitación Roja. Es lo que suele suceder, según tenemos entendido.

—¿Está de acuerdo con las palabras del Mayor, Gordon?

—Sin duda, yo mismo le proporcioné todos los datos que hemos recopilado en este tiempo mis hombres y yo.

—¿Todo bien por la Rosa Azul, David?

— ¡Sin novedades dignas de mención, jefe! —gritó Gordon Cole, aunque su intención era hablar en tono normal.

—Quizás deberías regular mejor el volumen de los aparatos de comunicación, David, sabemos que tienes que ser nuestros oídos en la Tierra, pero no queremos que los humanos sepan que estamos infiltrados y vigilando sus vidas, y quizás se acaben dando cuenta de que Gordon Cole a veces es sordo y a veces no. Sería terrible que se les pasase por la cabeza la necesidad de estudiarte por culpa de una tontería como esa, pero en el F.B.I no se andan con tonterías, y menos en tu departamento. A la menor sospecha, actuarán. Han avanzado mucho los humanos en estos milenios en los que hemos estado alejados, y su tecnología, aunque no esté tan avanzada como la nuestra, ya empieza a ser peligrosa.

—¡Haré lo que pueda! —gritó una vez más ante sus resignados interlocutores.

El Cronista, con su imperturbable sonrisa en la boca, continuó hablando.

—Está volviendo a pasar, señores. Una vez más, se ha incrementado la fuerza de la puerta. Por eso les he reunido. Ha sido un interesante experimento observar las influencias del Otro Lado en este mundo y en los humanos, pero quizás va siendo el momento de que los Eternos tomen medidas y la cierren de una vez por todas, antes de que provoque un desastre. El problema es que, como bien saben, no se puede cerrar sin haber dejado todo bien atado. No podemos permitir que entes que pertenecen a ese lado queden para siempre fuera de él, eso tendría unas consecuencias demasiado indeseables. Debemos repasar todo, no dejar ningún cabo suelto antes de considerar el cierre. El

Gigante ya ha convencido a Hathor, cuando esté todo resuelto, la traerá hasta aquí y ella hará lo que sólo ella puede hacer.

—¿Debo registrar también esto último, jefe?

—Por supuesto, Garland, lo más importante es el Gran Registro. —El Cronista se levantó de su silla y les ofreció la mano—. Señores, siempre es un placer, nos vemos pronto. Síganme informando de los progresos. Me encargaré de que el Gigante les mande refuerzos en forma de videntes para que puedan saber lo que sus ojos no les permitan ver. Es paradójico que nuestros videntes carezcan de ojos y, sin embargo, vean tanto. Bien, no les entretengo más, pueden marcharse, hay mucho que hacer.

***

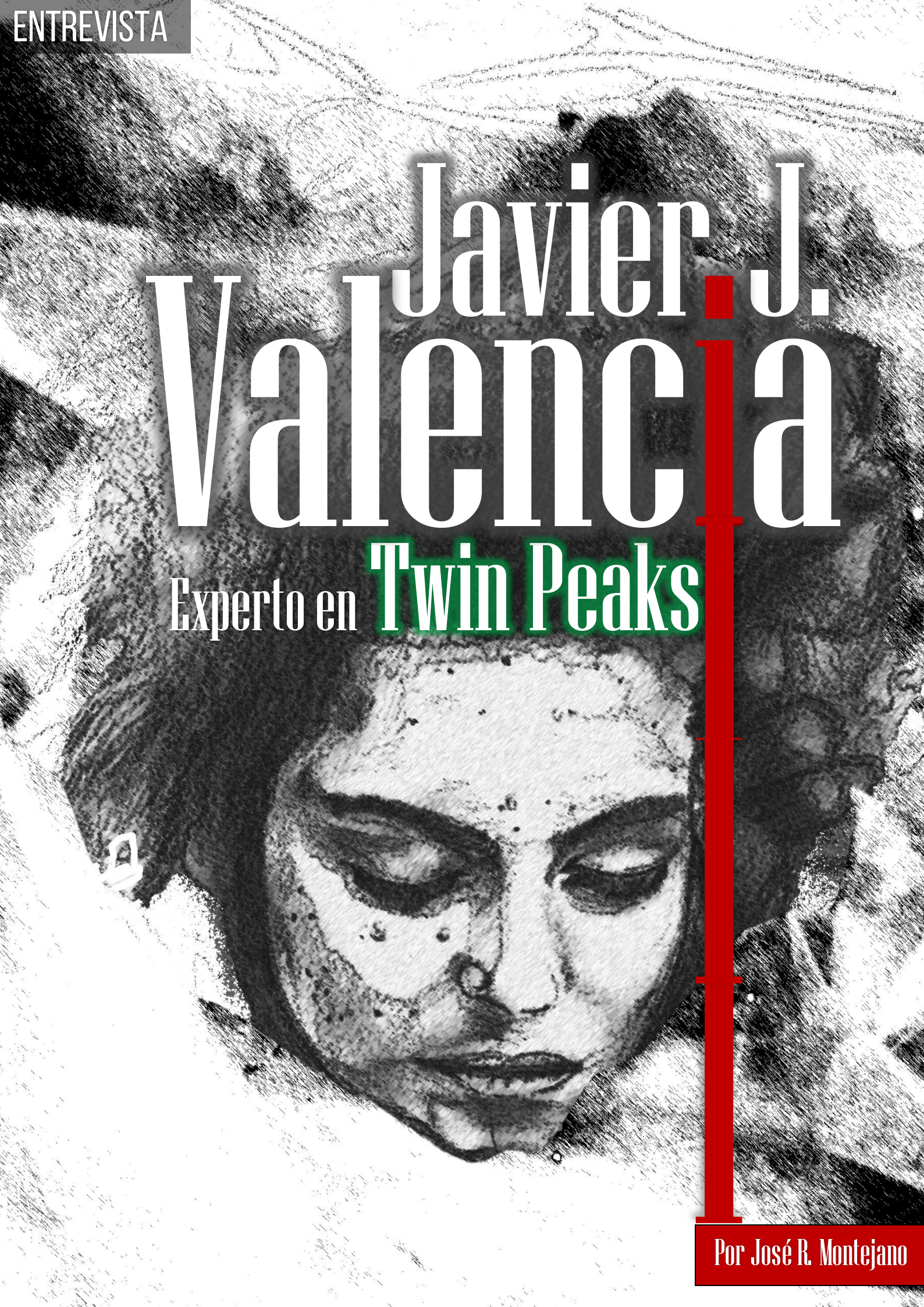
Se escuchaba música en el aire perfumado de tarta de cerezas cuando los hombres salieron de la casa. Estaba a punto de ocurrir algo que cambiaría la historia de Twin Peaks para siempre una vez más. Pero esa es otra historia que El Archivero tendría que registrar con minuciosidad en su momento. Quizás algún día llegue hasta nosotros.

SOBRE EL AUTOR — MAR GOIZUETA

Mar Goizueta estudió Prehistoria e Historia del Arte en la Universidad Complutense de Madrid. Aunque ha trabajado durante años en publicidad y redes sociales, además de como promotora musical, su pasión por las letras ha llevado a estrechar lazos con el mundo editorial, en el que ha desempeñado diferentes ocupaciones dentro de varios sellos, además de participar en otros proyectos relacionados con la Literatura, entre ellos el podcast *Los búhos del caos* o el *Concurso Jóvenes Talentos de relato corto Coca Cola*. Tras haber participado con sus relatos en diversas antologías, en 2018 publicó su primera novela, "Reina en el mundo de las pesadillas", con la que ganó *ex aequo* el Premio Amaltea de Fantasía, y en 2019 su primera recopilación de cuentos breves, "Cuentos entre el sueño y la vigilia", ambos con ***Ediciones Vernacci***. Actualmente está trabajando en una nueva novela y en los próximos meses irán saliendo a la luz varios de sus cuentos de la mano de distintas publicaciones y editoriales.

Javier J. Valencia

Experto en Twin Peaks



Por José R. Montejano

Twin Peaks es “la serie por excelencia”; serie extraña y poliédrica en donde el terror se encuentra amparado en la más absoluta cotidianidad de una pequeña localidad norteamericana, plagada de personajes complejos, de psiques enmarañadas... ¡Sí! porque, Twin Peaks es un enorme puzle que se presta a la especulación, a la imaginación y a la elucubración más solícita... Un mundo lisérgico y hebefrénico, gestado por **David Lynch** y **Mark Frost**. Muchos son los que se pierden entre sus extraños pasadizos y laberintos. Hoy, sin embargo, tenemos con nosotros a, quizás, uno de los grandes expertos en Twin Peaks en habla hispana, aparte de en el cine fantástico en general: **Javier J. Valencia**. Es para nosotros, pues, un inmenso placer iniciar esta entrevista.

En primer lugar, Javier: ¿cómo fue tu primer contacto con Twin Peaks? Existen múltiples series y películas centradas en sucesos extraños, mezclando el misterio, thriller… dando lugar a una mezcolanza de cosas que mantienen a los espectadores enganchados durante horas. Pero, ¿qué tiene Twin Peaks para que sea tan atrapante y sea tan recordada?

Aunque a nadie le guste admitir que es una víctima de la publicidad, ¡yo lo fui! La campaña de Tele 5 en 1990 previa a la emisión de la serie era tan atrayente, con esas pequeñas pinceladas de los personajes, esa música tan envolvente y esa invitación al misterio… así que puedo presumir de qué ya estuve ahí desde el primer día, y eso que entonces apenas conocía a David Lynch. Es algo que me hace especial ilusión. Soy un gran amante de muchas otras cosas, no sé, la música de David Bowie o las novelas de Sherlock Holmes, pero como de

momento no existe una máquina del tiempo no puedo estar ahí desde el principio. Sin embargo, en este caso…

Fue un vuelco a las ideas predeterminadas de los espectadores en lo que respecta a lo que debía ser "esperable" en una serie de televisión. Además se notaba mucho que tenía a un director con una visión cinematográfica muy particular. Era un producto muy especial ya solo en comparación con lo que había en TV aquellos días. Causó un gran impacto, aunque también tuvo una segunda temporada muy complicada en su emisión en España, que fue perdiendo audiencia a raudales. Un poco triste, la verdad, fue como una versión "amplificada" de lo que ocurrió en EEUU.

El año pasado publicaste, de la mano de Dilatando Mentes Editorial, el libro "Universo Twin Peaks", volumen que podría ser considerado la guía esencial y básica para adentrarse en los entresijos de las tres temporadas que conforman el mundo de Twin Peaks. Sin embargo, tú ya habías elaborado otros libros centrados en el cosmos de la serie, como es el caso de "Twin Peaks: 625 líneas en el futuro". A pesar de ello, ¿qué hizo que retornaras a escribir un nuevo libro de Twin Peaks? Y quizás, lo más relevante, ¿considerabas que era factible o rentable hacerlo en este momento?

Cuando se anunció que iba a rodarse una tercera temporada intenté contactar con algunas editoriales para mirar de reeditar "625 líneas" pero no recibí buenas noticias, así que no tardé en desanimarme. La culpa de que me reactivara fue,

primero, la web en la que escribo, elpajaroburlon.com, donde escribí unas reseñas episodio por episodio de la tercera entrega donde disfruté como un niño, tuvieron una recepción extraordinaria y me despertaron unas ganas locas de ponerme de nuevo con el tema. Y segundo, de mi editor en Dilatando Mentes, José Ángel de Dios, con el que surgió la posibilidad de publicar tanto un libro nuevo como una reedición del antiguo (aunque adaptada a la nueva temporada) de una manera bastante informal. Sí que puede haber una ligera diferencia de ventas entre haber publicado el libro medio año (más o menos) después de la serie que haberlo hecho más tarde, pero tampoco era algo que tuviera expresamente en mente. Dadas las ventas de los libros de este tipo en el mercado nacional tampoco creo que hubiera significado un cambio muy significativo.

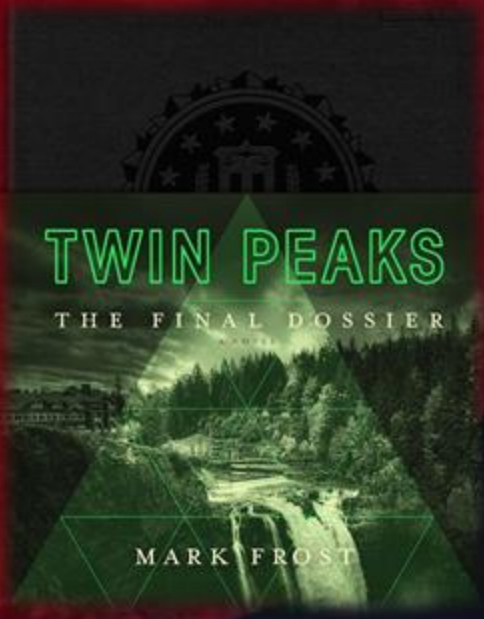
Tras la última temporada de Twin Peaks (hace dos años), quizás una de las grandes cuestiones, y la más recurrente es, sin lugar a dudas: ¿Puede volver Twin Peaks? ¿Existe, en la actualidad, un *fandom* lo suficientemente fuerte como para que la serie continúe? Y no sólo eso: ¿es mejor dejar la historia así, y no seguir alargando una trama como la de Twin Peaks?

Mi respuesta siempre es la misma: si es con Lynch y Frost, siempre voy a querer un nuevo *Twin Peaks*. Estoy convencido de que no tocarán este universo si no están convencidos al cien por cien de que tienen algo que *necesitan* contar. Sí que creo que hay un *fandom* suficiente para mantener una posible cuarta temporada: obviamente no es *Juego de tronos*, pero genera la atención

suficiente y ha beneficiado muchísimo a la imagen de marca de Showtime, y vivimos en una era donde los medidores de audiencia cada vez son más secundarios. Sí, desde luego no fueron audiencias multimillonarias, pero no es ni mucho menos la serie más cara de producir del mundo, así que la cuestión económica dudo que sea un problema.

A veces pienso en el futuro, cuando Lynch y Frost no estén y haya quién vea tentador convertir *Twin Peaks* en una franquicia al uso. Me inquieta, pero incluso puedo fantasear con ello con ilusión. ¿Te imaginas una colección de relatos llamada *Crónicas de Twin Peaks*, donde escritores como Neil Gaiman, Thomas Ligotti o Nic Pizzolato pudieran escribir sus propias versiones acerca de la vida en el pueblo?

Twin Peaks se adentra en lo que podríamos denominar surrealista, sobrenatural, lisérgico. ¿Podríamos decir que existe una cierta vinculación o influencia del Horror Cósmico, engendrado por H.P. Lovecraft, en la cosmovisión de Lynch / Frost?



Lo curioso de *Twin Peaks* es que es un universo con dos dioses. Uno de ellos, David Lynch, probablemente no relacione su propio cosmos con la obra de Lovecraft. Pero el otro, Mark Frost, sospecho que sí lo hace. Cuando Lynch estuvo más apartado de la serie de TV (posteriormente a la resolución del crimen) es cuando la serie se entronca más con el horror cósmico *lovecraftiano*. Lo que para Lynch probablemente sean más bien conceptos, para Frost personajes como Bob, el Gigante o el Enano son seres y parecen proceder de otras dimensiones y en detalles como la petrografía de la cueva de la lechuza los relaciona con culturas previas al cristianismo. Esto se hace más evidente en sus últimos libros. En *The Final Dossier* relaciona a Judy con una criatura llamada el Uttuku, cosa que no creo que tenga nada que ver con Lynch y que ni siquiera creo que le haga mucha gracia (se ha referido algunas veces a estos libros como "la visión de Frost de TP").

Abordando ahora el cine fantástico. ¿Crees que está sumamente explotado el género de terror o la ciencia ficción? ¿Tienen importancia, actualmente, los festivales de cine fantástico, como *Nocturna Madrid* o *Sitges*? ¿Está estancada esta vertiente dentro del séptimo arte?

Precisamente los límites del terror y la ciencia ficción son los de la imaginación, que diría Rod Serling, y en ese sentido son tan inagotables como el progreso. Otra cosa es que haya un cierto agotamiento en las fórmulas hollywoodienses de tratar estos géneros, pero le lleva ya pasando bastante tiempo y no solo con el terror y la ciencia ficción precisamente. No creo en absoluto que estén estancados, cada año aparecen un buen puñado de títulos destacables y nuevos realizadores con talento y nuevas maneras de enfocarlos. En ese sentido, y para los amantes del fantástico, los festivales siguen siendo una fuente inagotable no solo para lo más obvio –conocer las tendencias de la escena, que puede ser mejor o peor según la cosecha que toque-, sino para descubrir nuevos talentos. Nunca me canso de decir que algunas de las mejores experiencias que me he llevado en mis ya casi quince años como asiduo espectador diario en Sitges ha sido al entrar en una sala sin tener referencias sobre el argumento o el director de la película que iba a ver y llevarme una enorme y feliz sorpresa.

Javier, ¿podrías hablarnos de futuros proyectos?

Pues he escrito a medias con su director Jos Man –con quien ya trabajé en "The Only Man", que funcionó muy bien- el cortometraje *Primacy*, de ciencia ficción, que con suerte comenzará su andadura por festivales hacia finales de año. También voy a empezar a colaborar escribiendo relatos de ficción con una aplicación dedicada a la cifi, la fantasía y el terror llamada *Tentacle Pulp*. Y para Dilatando Mentes tengo un par de nuevos proyectos en cartera, uno de ellos escrito a medias con mis compañeros de la web *El pájaro burlón* sobre cine, magia y ocultismo que me ilusiona una barbaridad.

ngc3660

fantasía CF terror

WEB DEDICADA A LA DIVULGACIÓN DE LA FANTASÍA, LA CIENCIA FICCIÓN Y EL TERROR EN ESPAÑOL: RELATOS, NOVELAS, AUDIO RELATOS, ENTREVISTAS, RESEÑAS DE LIBROS

WWW.NGC3660.COM

LA HABITACIÓN PÚRPURA

Juan Carlos Hernández

©***Cabeza VI,*** Francis Bacon (c. 1909 - 1992)

Hace mucho, mucho tiempo, en un reino junto al mar, leí un relato titulado "La casa vacía". Lo había escrito Algernon Blackwood, interesante apellido, Blackwood, algunas décadas después de mi muerte. No te sorprendas, abre tu mente porque este dato no es el más excéntrico de la historia que voy a compartir contigo. El relato comenzaba así: *"Ciertas casas, al igual que ciertas personas, se las arreglan para revelar enseguida su carácter maligno. En el caso de las segundas, no hace falta que las delate ningún rasgo especial: pueden mostrar un rostro franco y una sonrisa ingenua; y no obstante, unos momentos en su compañía le dejan a uno la firme convicción de que hay algo radicalmente malo en ellas: de que son malas"*.

Aprendí en las letras de aquella breve vida mía que el amor y la muerte viajan dándose la mano, que el amor y la maldad absoluta pueden confundirse y arrastrar a las personas al abismo. Aprendí que la maldad y la bondad son inherentes al ser humano, que se miran en el mismo espejo y muestran un rostro idéntico. Mi nombre fue Annabel Lee y allí sigue mi sepultura, en aquel reino junto al mar, mientras un poema con mi nombre resuena en la conciencia de sus habitantes.

Pronto dejé de llamarme Anna María y pasé a llamarme "Joven virgen autosodomizada por los cuernos de su propia castidad". Así me llamó mi hermano. Yo publiqué un libro incómodo para él y esa fue su venganza: me inmortalizó para siempre en un cuadro perfecto. Nadie tuvo la culpa. La culpa fue del surrealismo, o, con todas las letras, del surrealismo paranoico-crítico. No voy a darle la razón, pero cómo no sucumbir a su talento. Ni siquiera se me ve el rostro, ni siquiera esas curvas voluptuosas, ese pezón caramelizado, se parecen a mí, pero todo el mundo supo en 1954 que yo soy la chica del cuadro y que esa ventana es mi ventana. No volvimos a vernos ni a hablarnos. Para entonces yo ya tenía los nervios destrozados por los desastres de la guerra que había padecido, pero después de convertirme en cuadro, en ese cuadro, la vida se me hizo muy larga. Mi hermano ya había conquistado el mundo y lo había salpicado con ese surrealismo que tanto ensanchó la imaginación contemporánea, sea cuando sea que este pensamiento mío te esté llegando y llames contemporáneo a lo que llames.

De hecho, un siglo y medio más atrás, varias décadas antes de ser Annabel Lee, Francisco de Goya ya había mostrado en el grabado del Capricho 43 de las 80 estampas que las lechuzas no son lo que parecen, porque los sueños a veces

no son sueños, y los sueños de la razón producen monstruos. Porque esta historia va más allá del tiempo, más allá de Francisco de Goya y de Annabel Lee, más allá de Anna María y más allá de mi hermano Salvador; curioso nombre: Salvador.

Mi hermano Salvador, el prodigio incuestionable que me pintó, murió el 23 de enero de 1989. Cuántas cosas terribles sucedieron a partir de esa fecha. Cualquiera que mire hacia su interior encontrará unas cuantas. Tan ligada como estaba a la genialidad surrealista de mi hermano, la parte humana de mí también falleció en 1989, el 16 de mayo. Rememorar otras muertes acontecidas entre ambas fechas me lleva a recordar que a mí también me doblaron los brazos hacia atrás. Ocurrió cuando llegaron las torturas y las violaciones a las que fui sometida durante aquel injusto presidio durante la guerra. Diecisiete días de sombras y oscuridad total. Fue mucho antes de convertirme en cuadro y mucho después de haber sido amor y musa del poeta y musa y amor de mi hermano. Qué lejos parecen quedar aquellos años, los felices del *Dios es Amor* y los terroríficos del *Fuego, camina conmigo*.

Pero ya que estás aquí aprovechemos el ahora. No se repetirá. Yo estoy en tu mundo pero tú no estás en el mío porque yo ya he estado en el futuro y he vuelto. He estado en todos los futuros a los que he podido ir y, aunque siempre regreso, nada ha cambiado porque todo es distinto. Es como jugar a cara o cruz con una moneda y que el destino te diga: “cara, gano yo; cruz, pierdes tú”.

Alguien dijo que los bosques están llenos de secretos. No solo los bosques. Nunca es pronto ni tarde para contar detalles que nunca han visto la luz. Podría quedarme quieta y mirar hacia el techo de la habitación pero para qué, conozco hasta los poros de las paredes y las medidas de todo en centímetros y en

pulgadas. Y en cuatro dimensiones. A estas alturas prefiero seguir mirando eternamente a través de la ventana.

Todos tenemos muchos rostros. Tú, yo, todos. Si cierras los ojos deberías poder ver dentro de ti mismo y hacer frente a tus distintos rostros. Yo ya he estado donde tú estás, por eso sé que a mí solo pueden verme aquellos que cierran los ojos y saben mirar con los ojos cerrados. Son pocas las personas que han llegado hasta esta habitación púrpura y han conseguido verme. No es fácil de entender, yo no he dicho que lo sea. Y aún se complica más, porque hay quienes consiguen verme pero no llegan a oírme, e incluso algunos de los que consiguen verme y oírme no logran comprender lo que les digo. Hasta ese punto es difícil alcanzar el corazón de un ser humano. Muchos se pierden en el intento. Llegar al fondo de un corazón humano, yo lo sé, es tan complicado como viajar por el cielo a través de las estrellas; aunque tengas claro tu destino lo más probable es perderse en la inmensidad de la nada o del todo. Porque dentro y fuera de este espacio y este tiempo, el tiempo discurre hacia adelante y hacia atrás, indistintamente, y el espacio es a la vez infinito y subatómico.

Mira esa rosa. Si te acercas a ella podrás comprobar que esa rosa azul que adorna la mesa no desprende ningún aroma. Tampoco huele el aceite quemado de motor. Aquí no huele a nada, aquí nadie ha olido nunca a nada. Pero no te confundas, este color púrpura que nos envuelve esconde un insondable misterio. Solo alcanza esta habitación púrpura quien viaje a través de la electricidad y quien alguna vez haya estado tan solo que se haya sentido como la única persona de este mundo.

Y hubo un tiempo y hubo un espacio, que podrán volver a ser y que siempre pueden estar siendo, en los que yo fui solo una canción. Tengo que remontarme

a finales de 1981, antes incluso de que la lluvia diera sentido al color de esta habitación, cuando la pregunta no era “cómo esta Annie” sino “dónde está”. Y la respuesta estaba escondida en el corte siete de la Controversia. En un riff repetitivo, inquietante, casi angustioso. Mi nombre fue Annie Christian, y yo fui la peor de las pecadoras. El oscuro mal que guiaba mis pasos me obligó a querer ser la número uno pero mi reino nunca llegó. Ser buena era tan aburrido que fui una puta en busca de diversión y sembré de mal mi mundo. ¿Te suena la historia? Es lo que siempre cuentan, que la historia se repite. Me mudé a Atlanta y me compré un coche azul. También compré una pistola y maté niños negros. Maté a John Lennon. Nunca me arrepentí, nunca pedí perdón. Esa fui yo cuando mi rostro era el de Annie Christian.

No me juzgues. Sé lo que estás pensando y ningún humano está en posición de juzgarme ni por mi pasado ni por mi futuro. No intentes juzgarme. Sin ser poema, sin ser cuadro y sin ser canción puedo hablarte también de otro tiempo en el que mis pies, al fin, volvieron a pisar la Tierra. Lo hice retrocediendo desde el futuro y pisé la Tierra por amor, que es el sentimiento más parecido a no pisar la Tierra.

Me enamoré de un hombre, me ofrecieron la oportunidad y ni lo pensé. Un hombre inteligente, extravagante, elegante, guapo y atento. Un hombre deseable y deseado, pero también atribulado; si eras capaz de mirarle con los ojos cerrados sus diferentes rostros también lo delataban. Deja que te hable de él. Seré breve y seré discreta.

Su nombre es Dale Cooper, agente especial del FBI, y si lo conocieras entenderías cuanto te digo. Su nombre todavía resuena en cada lugar por el que pasó. No tuve secretos para él pero durante diez años no le mostré mi verdadero

rostro. Mi disfraz respondía al nombre de Diane, Diane Evans. Cooper era mi jefe, yo su asistente, y trabajamos juntos durante años. En cierta ocasión él me describió jocosamente como una interesante mezcla entre una santa y una cantante de cabaret. Lo dijo con su peculiar sentido del humor pero, como siempre, Cooper sabía lo que decía y por qué lo decía. Él sabía que mi rostro, mi auténtico rostro, es casi angelical, aunque yo me mostrara al mundo con una imagen que se ajustaba a la segunda parte de su descripción, con pelucas absurdas de colores chillones y corte Bob.

En unas frenéticas semanas de febrero y marzo de 1989 el mundo entero pareció saltar por los aires en la ciudad de Twin Peaks. Dale Cooper llegó allí para investigar el asesinato de una estudiante llamada Laura Palmer. Sí, la de la historia que se repite. En realidad, allí nos conocimos. Todo cuanto ocurrió aquellos días, con un final delirante, dejó una profunda huella en cada uno de nosotros, y quizá yo sea la única persona que sabe qué ocurrió. Porque después de aquellos hechos, cada habitante de Twin Peaks continuó con su vida, cada cual librando sus propias batallas.

En 1989, en Twin Peaks, Cooper y yo llegamos a un momento y un lugar en el que ambos fuimos un solo ser, y yo viví en sus sueños con mi verdadero rostro y él vivió en los míos. En esos sueños nos perseguimos, nos encontramos, nos enamoramos y nos desencontramos. Porque esta no es una historia de amor.

Todo acabó y empezó en el bosque nacional de Ghostwood, en un recóndito círculo de doce sicomoros. El sabor del miedo vuelve a mi boca. Me sacude la mente un gran salón rodeado de pasillos, separados por enormes cortinajes rojos, y un suelo en chevrón con los picos marrón oscuro y vainilla.

Recuerdo sofás, estatuas blancas, carreras, gritos aterradores, sangre y una gran agitación que lo envolvía todo y nos embargaba a todos. Recuerdo a Cooper, recuerdo a Laura Palmer y a su prima Maddy Ferguson, recuerdo un antiguo amor de Cooper y algunos rostros y voces conocidas. Sin serlo, todos parecíamos fantasmas. Entonces, en el que parecía ser el universo real, se detuvo el tiempo. Lo demás siguió su curso hacia el futuro y hacia el pasado.

Cooper, un hombre hecho de bondad y de misterio, solo consiguió salir de allí desdoblado en una versión diabólica, un *doppelgänger* siniestro. Y tras unos días en Twin Peaks, donde nadie fue consciente del cambio, desapareció del mapa durante cuatro años terrestres. Yo, desplegada de distinta manera en dos identidades, mantuve mi disfraz de Diane alejada de mis anteriores ocupaciones para el FBI, viviendo mi día a día en Filadelfia.

Y ahora, tanto tiempo después, siento escalofríos al recordar para ti el día en el que Cooper reapareció. Porque yo volví a ser la protagonista de aquel final y de aquel nuevo principio.

En el duermevela previo estuve recordando el coche de mi padrastro, un lujoso Cadillac DeVille de color azul, que acabó como debía donde debía. Poco después yo dormía en mi alcoba y soñaba, creía soñar, que volvía a ser una canción. Mi nombre era Anna Stesia, y entre blanco y negro, entre la noche y el día, la negra noche parecía el único camino. Me sentía tan sola que hubiera querido jugar con cualquier chico o chica. Así que me puse a bailar música hasta tarde, nada del otro mundo. Y un estribillo me taladró la razón con unos versos que resultaron premonitorios: Anna Stesia ven a mí, háblame, viólame, libera mi mente; dime lo que piensas de mí, alábame, enloquéceme más allá de este

espacio y tiempo. Y Dale Cooper se presentó en mi casa y se metió en ese sueño, que pronto supe que no era un sueño, y volvió a dar vida a mis pesadillas.

Es injusto hablar de Cooper en estos términos porque aquel Cooper no era Dale Cooper, era el Cooper maligno con el rostro del otro lado del espejo que sí había escapado del bosque de Ghostwood. Con su rostro franco y una sonrisa ingenua tardé un beso en darme cuenta y fue demasiado tarde. Aquel falso Cooper, fuerte y satánico, hizo de mí lo que quiso, me arrastró al precipicio del ultraje y la violación. Creí estar muerta pero al salir del trance estaba confinada en la parte alta de la tienda de ultramarinos de una gasolinera donde el tufo a aceite de motor quemado impregnaba el ambiente hasta la náusea.

En aquel lugar, que era de cualquier color menos púrpura, y estaba habitado por esos sueños que producen monstruos, no se podía medir el tiempo. Yo no podía hacer nada, tan solo ver pasar un desfile disparatado de leñadores requemados, un enano al que ya había visto entre las cortinas rojas, un niño con careta y otra fauna alucinógena en torno a mesas de formica verde con platos y bandejas rebosantes de grumosa crema de maíz. Pero de alguna manera yo sabía que en el mundo que había dejado atrás seguía habitando una Diane que era mi réplica, una tulpa entregada al libertinaje y el frenesí al servicio de los intereses delictivos del falso Cooper.

Tenía asumido mi destino cuando, inesperadamente, alguien vino a rescatarme. Se presentó ante mí con su traje de militar y sus condecoraciones de alto grado en el pecho. No tenía rostro, o directamente no tenía cabeza, o yo no se la vi. Pero me habló con una voz grave que yo reconocí, una voz que atravesó la estancia como un trueno entre los abetos Douglas de las montañas en una oscura noche de tormenta: “Soy el mayor Garland Briggs”.

Lo siguiente que recuerdo ya me sitúa en esta habitación púrpura. Yo ya no era Diane Evans, de alguna manera el mayor Briggs me liberó del infierno, añadió una nueva capa sobre mi rostro y me disfrazó de una nueva mujer llamada Naido. Me dio un rostro maravilloso, aunque algo debió suceder durante el proceso porque su acción quedó inacabada. A mi nuevo rostro le faltaban los ojos. Sendos trozos de carne y piel remachados a la cara me los cubrían. Así es como aprendí a ver con los ojos cerrados, a entender el entorno sin la necesidad de la evidencia.

Y pasó mucho tiempo, no sé cuánto con certeza, cuando se materializaron algunas respuestas. En un magnífico homenaje a una de las máximas del cineasta Billy Wilder se abrió la ventana de la habitación y por ella entró Dale Cooper. El Dale Cooper real, el auténtico y genuino, con su belleza y su bondad. Cerró la ventana con tal delicadeza que lo supe al instante, y lo confirmé cuando juntamos nuestras manos. Pude palparle el rostro. No fuimos capaces de entendernos, el tiempo nos había separado demasiado y yo, es verdad, no hablo mucho desde que sentí en mi cuerpo el miedo y el frío de las baldosas de chevrón.

Cooper no debía permanecer en esta habitación, al menos no mientras en su realidad siga siendo púrpura, así que lo saqué de aquí y me lo llevé al tejado. Desde el tejado todo se veía distinto; Cooper, yo y las infinitas estrellas esparcidas por el cielo infinito lo llenábamos todo. Incluso sin ojos, con el disfraz de Naido, jamás nadie ha visto nada tan hermoso. Le pedí que me siguiera. Él no me entendió. Trataba de llevarlo a Twin Peaks, a unas coordenadas concretas que el mayor Briggs me había hecho memorizar. Deslicé la palanca de la electricidad y salí volando hacia las estrellas. Por cómo se desarrollaron los

siguientes acontecimientos, Cooper debió regresar a la habitación y de alguna manera encontró su propio camino para llegar a Twin Peaks.

Desnuda como llegan los niños al mundo me recogieron del frío musgo del bosque de Ghostwood, tendida y desfallecida en el lugar donde, veinticinco años antes, el mayor Briggs había dejado dicho que algo ocurriría. Los policías, los viejos compañeros y amigos de Dale Cooper, me rescataron de allí y me protegieron. No sé qué peligro me acechaba pero Andy, uno de ellos, sí lo sabía. Me llevaron a Twin Peaks y para mantenerme alejada y protegida me alojaron en una de las celdas de la comisaría.

Lo que fue sucediendo tampoco podría explicarse con los parámetros humanos. Entre varias situaciones imposibles, en aquella comisaría vimos cómo el Cooper maligno que me había violado como Diane fue abatido de un disparo. Algunos leñadores requemados que yo conocía del piso superior de la gasolinera también aparecieron de la nada en una suerte de extraño encantamiento. Entonces llegó Dale Cooper, el Cooper bueno. Un ser, el rostro de un ser más maligno que el propio Cooper muerto, brotó de su cadáver envuelto en una esfera de terror. Fueron llegando más actores de esta comedia. Tras atacar a Dale Cooper, la esfera se enfrentó en un duelo a muerte con un joven británico que llevaba un guante verde de jardinería en su mano derecha. Lo que parecía la pelea más desigual de todos los tiempos acabó de la manera menos esperable, con la derrota de la esfera y la victoria del joven, cuyo guante verde convertía su brazo en un martillo pilón.

Cooper puso un anillo verde jade en un dedo del Cooper inerte y el cadáver desapareció. Cuando una cierta calma se fue adueñando de nuestro ánimo, Cooper dijo que el pasado dicta el futuro y ambos comprendimos que volvíamos

a estar bajo el mismo techo con algún propósito, esta vez en el mundo real de los sueños. Acercamos nuestras manos. Mi palma derecha acarició suavemente su palma izquierda. Todos los presentes asistieron atónitos a cómo me desprendía de mi segunda máscara, la de Naido, y volvía a mostrarme con la primera, la de Diane Evans, con su peluca pelirroja. Cooper y yo nos besamos apasionadamente, intercambiamos alguna palabra cómplice y nos vimos envueltos en los rigores del tiempo, con la aguja larga del universo atascada en las 2:52 intentando alcanzar en vano el 53.

Nos, nos dimos, nos dimos la mano, nos dimos la mano y caminamos en busca del tiempo y el espacio perdidos. No encontramos ni lo uno ni lo otro. Si nos lo hubiéramos propuesto habríamos podido regresar a 1989, pero no al mismo plano del universo que dejamos atrás. No sé cómo sucedió esta vez, Cooper siguió un camino perdido en el todo y yo seguí otro, perdida en la nada, en un reino junto al mar.

En el plano inaccesible de 1989, junto al *doppelgänger* de Cooper, yo logré escapar de entre las cortinas y los sicomoros, y el sheriff Truman me encontró malherida en el bosque. Las puertas de entrada se abrían por miedo o por amor, no sé cómo se abrieron las de salida. Tras un año de catatonia y algún fallido intento de suicidio me trajeron a esta habitación del hospital siquiátrico de Spokane. Aquí me cuidan muy bien. Aquí la habitación es blanca, una habitación blanca de hospital como hay millones, y nadie percibe el misterio de la habitación púrpura en la que habito con el disfraz de Naido que me concedió el mayor Briggs. Es una pena que aquí las rosas huelan a rosas y yo no sepa apreciarlo porque sobre esa mesa siempre hay una rosa roja enviada por mi querida hermana Norma. Pese a estar confinada en este hospital sé que mi hermana ha

encontrado el amor y es feliz. Aquí mi pelo rubio es natural, mi rostro perfecto no envejece y mis grandes ojos azules siguen cautivando a quienes me miran. Sin máscaras ni disfraces mi nombre es Annie Blackburn, y sí, tras conocer a Dale Cooper en marzo de 1989 y sentir que el amor terrenal consumía nuestros corazones como pasto en llamas, elegí enamorarme poco a poco para evitar los dolorosos errores que me habían llevado a entregarme a Dios y me presenté ante él como Diane desplazándome diez años hacia el pasado. Pude hacerlo gracias a un barbudo hombre manco que me ofreció esa posibilidad, me mostró el largo, lento y gratificante camino hacia el corazón de mi amor y acepté. Diez años más tarde el bucle regresó a Twin Peaks y todo se precipitó tras el círculo de los sicomoros.

Sé que alcancé a tocar el corazón de Dale Cooper con las yemas de los dedos porque él deseó ver el mundo a través de mis ojos. Y sé que él también me amó porque hizo frente al miedo y lo arriesgó y lo perdió todo por mí entre aquellas cortinas rojas y aquel frío suelo de chevrón. No me arrepiento de nada, yo también lo perdí todo para conquistar a la velocidad adecuada aquel pedacito de amor. Y por eso, porque los tiempos son importantes, cada 27 de marzo, a las 8:38 de la mañana, mientras mantenga la esperanza de que Cooper encontrará a través de las estrellas el infinitesimal camino que lo traiga de nuevo hasta mí, me sacudo las telarañas de mi letargo, alzo la voz de Annabel Lee, de Anna María, de Annie Christian, de Anna Stesia y de mí misma, y le digo a este mundo: “Estoy bien”.

Lo más cerca que he vuelto a estar del corazón de Dale Cooper lo logré, de nuevo, con el disfraz de Diane Evans tras el beso en la oficina del sheriff de Twin Peaks. Después del beso Cooper se despidió lacónicamente de sus amigos,

nos... nos dimos, nos dimos la mano, nos dimos la mano y caminamos en busca del tiempo y el espacio perdidos. Orto ol in onu ol in somartnocne on. No encontramos ni lo uno ni lo otro. Tampoco hicieron falta chistes malos sobre pingüinos, ni citas de San Agustín o de Heisenberg. Las últimas palabras que escuché de su boca fueron “nos veremos cuando caiga el telón”, palabras que a fuerza de repetirlas en mi memoria han llegado a hacerme gracia. Después abrió una puerta y la cruzó. Quizá debió salir por la ventana. Reconozco que tras cerrarse aquella puerta mis recuerdos se vuelven confusos, como un sueño dentro de un sueño que te hace perder la medida del tiempo y el espacio. Recuerdo sexo en un motel de carretera, recuerdo que yo palpaba el rostro de Dale Cooper, y recuerdo un coche azul, un Ford Galaxy del 63 con cuatro puertas. Como el coche favorito de Lemmy Caution en la película “Alphaville”. Espera, no estoy segura de que fuese azul, pero la tapicería sí lo era. Es verdad, a veces ya no recuerdo qué ocurrió antes o qué ocurrió después. Son las idas y venidas de querer consumar el amor entre dos mundos.

SOBRE EL AUTOR — JUAN CARLOS HERNÁNDEZ

Donostiarra nacido en 1969, aficionado a escribir desde muy joven, no fue hasta comienzos del siglo XXI cuando se animó a publicar online ensayos y relatos enfocados a sus dos grandes pasiones: el Atletismo y la música de Prince. En 2009 comenzó a escribir para “El Diario Vasco” un blog especializado en Atletismo llamado “Al aire libre”, que le animó a profundizar en su gusto por la escritura. De ahí surgieron sus primeros libros: “Los milagros del doctor Martínez Laguna” (Casa del libro, 2014) y “Track and Prince” (Amazon, 2016). Junto a Bárbara Gascón ha publicado el libro de relatos ***Entre dos mundos. Delirios y ensoñaciones desde Twin Peaks*** (Amazon, 2019), que incluye “La habitación púrpura”.

PINTAR LO DESCONOCIDO

LA INFLUENCIA DE H.P. LOVECRAFT Y EL HORROR CÓSMICO EN LA OBRA PICTÓRICA DE ZDZISLAW BEKSINSKI

Carlos M. Pla

En el presente artículo académico, analizamos la posible influencia del escritor norteamericano de fantasía y terror Howard Phillips Lovecraft en la obra del artista polaco Zdzisław Beksiński. La huella del escritor de Nueva Inglaterra es palpable ya no sólo en la literatura contemporánea, sino que su influjo literario parece extenderse a otros campos del arte y la cultura como el cine, los videojuegos o las artes gráficas. Podemos apreciar este tipo de influjo a nivel estético y formal en buena parte de la obra pictórica de Beksiński, especialmente presente en las obras ejecutadas a finales de los años setenta y principios de los ochenta por el pintor polaco. En nuestro breve estudio, tratamos de establecer puntos de unión en la obra literaria y artística de ambos autores y de este modo tratar de discernir los paralelismos que existen entre ellos.

El Soñador de Providence

Hoy en día, el escritor norteamericano de fantasía y terror Howard Phillips Lovecraft (1890-1937) goza de un reconocimiento generalizado por parte de la academia y de la crítica literaria. El soñador de Providence es valorado como uno de los mejores exponentes de los géneros de fantasía y terror, a la altura de su admirado Edgar Allan Poe (1809-1849), renovador de la literatura gótica y de terror.

Lovecraft también puede considerarse como un escritor precursor, al igual que su admirado Poe, ya que creó un nuevo tipo de horror, que miraba hacia las estrellas, el universo, lo inconmensurable. Llevó el concepto estético y "burkeano" de lo sublime y lo siniestro hacia otros territorios. El autor de Providence vivió gran parte de su vida en soledad, de una forma reservada y eremítica y se definió a sí mismo ante todo como un soñador y buscador de lo oculto. Fue, como define David Hernández de la Fuente en *Lovecraft. Una Mitología* (2005), un viajero que estuvo en el otro lado de la realidad que conocemos.

Los primeros relatos de Lovecraft como *El Extraño* (1926), *El Alquimista* (1916) o *El Sabueso* (1924) o incluso uno de sus relatos mejor valorados por la crítica literaria, *Las Ratas en las Paredes*, todavía beben del goticismo tardío de su admirado Poe. Sin embargo, debemos destacar que el autor de Rhode Island también escribió otros relatos en clave onírica, muy influido por otro de sus grandes escritores predilectos: el irlandés Edward John Moreton Drax Plunkett,

más popularmente conocido por su título aristocrático: Lord Dunsany (1878-1957). Este autor es conocido por sus relatos fantásticos impregnados de la mitología y el folklore europeo, así como de ciertos destellos de orientalismo, ofreciendo un estilo ecléctico que abarca desde fuentes célticas a teutonas[2]. Una de sus mayores aportaciones al imaginario fantástico literario es su antología *Los Dioses de Pegana* (1905). En estos relatos, Dunsany genera un sistema mitológico impregnado de antiguas leyendas del folklore celta que influiría de manera decisiva en Lovecraft. Pero además de Los Mitos de Cthulhu, conjunto de relatos de los que hablamos en las posteriores líneas, Dunsany es un autor cuyo estilo resulta profundamente onírico y bello e influyó de igual modo a Lovecraft en la creación de sus relatos más hermosos y ensoñadores, escritos la mayoría de 1910 a 1920 aproximadamente, como por ejemplo *Polaris*.

Sin embargo, a partir de *Dagón* (1919), el autor de Providence inauguró una serie de obras encuadradas dentro del conjunto conocido como Los Mitos de Cthulhu. Relatos y novelas cortas que nos hablan del cosmos y de criaturas que habitan en él que superan la capacidad de comprensión del hombre. Con esta serie de relatos y novelas cortas, había nacido el horror cósmico. Obras canónicas de esta corriente literaria y filosófica como *En las Montañas de la Locura* (1936)*, El Color que Cayó del Cielo* (1927) o *La Llamada de Cthulhu* (1928) definen a Lovecraft como un renovador absoluto del género literario de fantasía y terror, generando un estilo renovador, propio y personal.

[2] LOVECRAFT, H.P, 2010, p. 134.

Además del famoso Círculo de Lovecraft, una pléyade de escritores coetáneos norteamericanos que expandieron los Mitos como August Derleth (1909-1971), Clark Ashton Smith (1893-1961) o Frank Belknap Long (1901-1994). De igual manera, su influencia literaria y la de la corriente filosófica que desarrolló en su obra puede percibirse de forma clara en el arte del siglo XX y XXI (pintura, ilustración, diseño cine, series de televisión, videojuegos, etc.).

Como fotografiar sueños

El artista polaco nació en 1929, en Sanok, pequeño municipio al sur de Polonia y hacia 1947 comenzó sus estudios de arquitectura en la Universidad de Cracovia. Pese a llegar a trabajar como arquitecto, el artista polaco decidió dedicarse a ser artista. Sus primeras obras consistían en montajes fotográficos y esculturas y su estilo se acercaba al arte abstracto, como movimiento contestatario al realismo socialista tan presente en la Europa de los años cincuenta.

Sin embargo, es a partir de los años sesenta cuando Beksiński desarrolla el estilo personal que le define como artista. Durante los años setenta y ochenta, el polaco desarrolla unas pinturas impregnadas del realismo fantástico que le definiría como autor.

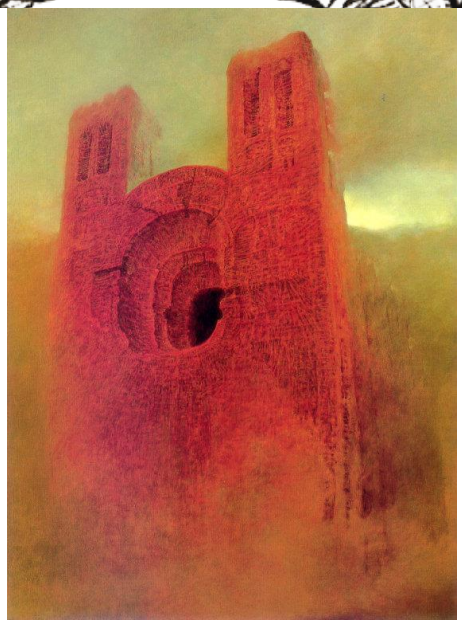
En los lienzos de esta etapa, Beksiński suele representar el lado más onírico y siniestro de la realidad. En estas crípticas pinturas observamos

geografías y personajes espectrales, todo esto envuelto en una atmósfera oscura y etérea, como de otro mundo. Sus obras gozan de un acabado ciertamente realista, pese a que nada de lo que muestran puede corresponderse con la realidad que conocemos. No solía titular sus pinturas, dotándolas de un mayor halo de misterio, además, apenas hablaba del significado de éstas. No obstante, con respecto a su etapa fantástica, el pintor polaco afirmó que trataba de pintar como si fotografiase sueños. Aunque la abstracción tuvo un peso definitorio en los primeros compases de la carrera artística de Beksiński, es quizás el surrealismo oscuro[3] el estilo pictórico con el que más se relaciona a su obra relacionada con el realismo fantástico, además del expresionismo. El sueño y la pesadilla tienen un peso capital en esta etapa de la obra del autor polaco. Los territorios que genera son irreales, etéreos y poblados de extrañas criaturas fantasmagóricas que los habitan. En algunas ocasiones este tipo de presencias son de naturaleza humana, pero desprovistas de la condición de lo propiamente humano. Son seres esqueléticos, descarnados e inquietantes.

[3] A pesar de esto, Beksiński siempre afirmó no sentirse un artista de corte surrealista, excepto por algunos pocos aspectos muy concretos como la libre asociación. Afirmaba que su estilo artístico tenía mucho más que ver con la pintura del siglo XIX.

[Figura 1] En las obras de Beksiński podemos apreciar una de sus máximas: pintar como si se fotografiasen sueños.

Beksiński afirmó en varias entrevistas que no entendía porqué la crítica especializada trataba de encontrar un significado en sus obras, cuando él mismo afirmaba que lo que pintaba salía directamente de su imaginación sin ningún tipo de idea previa. Él mismo afirmó, en relación con sus pinturas, que el significado de éstas le resultaba insignificante. Para el artista polaco era un error tratar de encontrar un simbolismo en sus lienzos, puesto que para él eso no era lo realmente importante de su obra. Este argumento se refuerza con una peculiaridad: Beksiński nunca titulaba sus obras. Dicho hecho no parece ser fruto de una arbitrariedad por parte del pintor, sino que tenía una intención clara, la de no dar pistas o referencias al observador sobre la propia simbología y el significado real de sus pinturas e ilustraciones. El artista afirmaba que lo verdaderamente importante de sus lienzos era lo que le era revelado directamente al alma, en lugar de a los ojos del espectador.



[Figura 2] La arquitectura en los lienzos de Beksiński se muestra siempre deconstruida y espectral.

Beksiński siempre afirmó que, a nivel pictórico y formal, le habían influido unos pocos autores y se esforzaba en remarcar que era un error compararle con figuras tan importantes en la historia del arte como El Bosco o Salvador Dalí, tan relacionados con el surrealismo, de una u otra forma. Sin embargo, el pintor polaco sí reconoce la influencia de algunos pintores, como es el caso del simbolista suizo Arnold Bocklin y del polaco Artur Grottger (1837-1867). Con respecto al primero, aunque el propio Beksiński afirmó no interesarle toda su obra, sí sintió un gran impacto con una de sus pinturas más características: *La Isla de los Muertos*. Con respecto a Grottger, aunque se trata de un autor cuyo lenguaje difiere del suyo, sí que podemos apreciar cierta influencia surrealista fijándonos en su serie *Lithuania*, en blanco y negro, pudiendo haberle influido en cuanto al nivel formal de sus lienzos e ilustraciones fantásticas[4]. Asimismo, el

[4] KOTSEVA, Natalia P, REZNIKOVA, Ksenia, V, 2015, pp. 882-83.

autor, en el texto *Beksiński por Sí Mismo* (1987) cita a otros autores que pudieron haber ejercido una influencia en su obra: desde Pablo Picasso a Roger Bacon a pintores más lejanos en el tiempo como Rembrandt, Vermeer, Klimt (y la secesión vienesa en términos generales) o especialmente el británico William Turner. En el propio artista divide sus obras en dos grupos muy diferenciados: en el primero de estos dos, el grupo "gótico", podemos encontrar obras inspiradas por temas serios. En el segundo grupo, que el autor define como "barroco", agrupa las obras de su colección que giran en torno a temas algo más cómicos o frívolos.

Se trata de un autor que ha empezado a gozar de cierta popularidad en el siglo XXI, especialmente a través de Internet y entre las nuevas generaciones. De igual modo, la obra de Beksiński, al igual que la de H.R. Giger, forma ya parte de la cultura popular y es habitual que grupos de metal utilicen algunas de sus pinturas para definir las portadas de sus álbumes o editoriales dedicadas al género fantástico y de terror elijan otras para ilustrar algunos de sus libros[5].

El sueño y el cosmos

Es cierto que Beksiński afirmó en más de una ocasión que una de sus mayores influencias literarias había sido la del escritor checo Franz Kafka, pero igualmente son advertibles en su trabajo rasgos de otros escritores norteamericanos más en sintonía con el cuento materialista de terror. Es el caso

[5] Este resulta el caso de la gran mayoría de libros que la editorial madrileña Valdemar ha publicado sobre H.P. Lovecraft, tanto en su colección gótica como en la Diógenes, los tétricos cuadros de Beksiński ilustran sus portadas, estableciendo de esta manera una relación temática y formal entre ambos autores.

de la influencia de Robert W. Chambers[6], Ambrose Bierce y en especial, la de la figura que nos ocupa en este artículo: H.P. Lovecraft. La literatura de del soñador de Providence y la obra artística fantástica de Beksiński comparten un imaginario oscuro, espectral y profundamente onírico. Cuando observamos los espectrales lienzos del artista polaco podemos fácilmente advertir esta conexión con la obra del escritor de Providence. Ambos autores comparten, en medios de expresión diferentes, un tipo de atmósfera espectral que el propio Lovecraft consideró como esencial de un buen relato de terror. Una atmósfera cosmicista[7], como el batir de unas alas tenebrosas que mira hacia el espacio y su infinitud y a su vez está en clara relación con los aspectos más oníricos de la realidad. Y es este tipo de ambiente el que de igual manera encontramos presente en los lienzos de Beksiński.

Si atendemos a la obra literaria de Lovecraft, especialmente a su etapa onírica, anteriormente referenciada en este artículo, tan influida por su admirado Lord Dunsany, nos topamos con escenarios cuya atmósfera y personajes parecen propios de algunos lienzos correspondientes a la etapa fantástica de Beksiński. El rasgo esencial que emparenta la obra de ambos creadores es el sueño y la atmósfera que rodea sus relatos y lienzos. El horror cósmico que el propio Lovecraft creó en la década de los años veinte del siglo pasado, como corriente estética, en términos filosóficos, tiene una clara influencia del mundo de los sueños. En los relatos del escritor de Providence, el sueño y el cosmos se nos antojan como las dos caras de una misma moneda. Sin ir más lejos, en su conocido relato *La Llamada de Cthulhu*, el narrador de la historia nos habla de

[6] La atmósfera malsana, enloquecida y onírica del libro de relatos de Chambers conocido como El Rey de Amarillo guarda muchos elementos en común con las pinturas más alucinadas del autor polaco.
[7] MAROTO PLA, Carlos, 2018, p. 147.

que las entidades cosmicistas que presenta, entre ellos la que da nombre a la obra, se comunican con algunos seres humanos por medio del sueño. En *La Sombra de otro Tiempo*, otro relato perteneciente a Los Mitos de Cthulhu, el sueño vuelve a jugar un papel definitorio en el desarrollo de los acontecimientos de la historia. El profesor de economía Nathaniel Wingate Peaslee, cuyo cuerpo es suplantado por entidades extraterrestres durante algunos años, sólo es capaz de recordar las vivencias de su consciencia mediante el sueño.

Lo onírico también juegan un papel definitorio en otro relato de Lovecraft relacionado con Los Mitos: *Los Sueños en la Casa de la Bruja* (1933). Su argumento gira en torno a la visita de Walter Gilman, estudiante de la Universidad Miskatonic a la casa que un día perteneció a una antigua bruja de Salem llamada Keziah Mason. En el relato, Gilman comienza a padecer fiebre y unos extraños sueños durante su estancia en la casa de huéspedes. A continuación, describimos uno de estos sueños:

> Gilman soñaba sobretodo que caía en vacíos ilimitados de inexplicable media luz coloreada y ruidos incomprensiblemente confusos; abismos cuyas propiedades materiales y de gravitación; y cuya relación con su propia entidad, no podía siquiera encontrar palabras para explicar. […] No podía juzgar bien acerca de su propio estado, pues la visión de sus brazos, piernas y torso parecía siempre tapada por algún extraño desajuste de perspectiva; […] Los abismos no estaban vacíos ni mucho menos, sino atestados de masas indescriptiblemente angulares de una sustancia de extraño colorido, algunas de las cuales parecían orgánicas y otras inorgánicas. […]

Todos los entes eran completamente imposibles de describir […]. Gilman comparaba a veces las masas inorgánicas a prismas, laberintos, series de cubos y planos, y edificios ciclópeos; y los entes orgánicos le parecían, según los casos, grupos de burbujas, pulpos, ciempiés, ídolos hindúes e intrincados arabescos movidos por una especie de animación ofidia. Todo cuanto veía era indeciblemente amenazador y horrible; y cada vez que una de aquellas entidades orgánicas parecía, por sus movimientos, haber reparado en él, sentía un miedo tan espantoso y manifiesto que generalmente se despertaba sobresaltado". (Lovecraft, 2007, pps.)

En este pasaje del relato, se describe un tipo de paisaje onírico que guarda relación con los que pintó Beksiński. Vastos espacios evanescentes, con una tipología de luz y un cromatismo de la materia muy particular que coinciden con las tipologías de algunos lienzos del autor polaco. Igualmente, la casa de la bruja goza de la geometría no-euclidiana[8] que Lovecraft aplica a algunos de sus relatos, con sus ángulos, paredes y perspectivas de estos completamente fuera de lugar, alterados de una forma que desafía las leyes de la física. En el relato se nos revela que la Bruja Keziah realmente escapó de los juicios de Salem por su capacidad para utilizar portales inter-dimensionales conectados con el sueño[9]. Una vez más, este tipo de geometría parece encontrarse en las pinturas

[8] Este tipo de geometría hace referencia a cualquier sistema cuyos postulados difieren de los que estableció el matemático y geómetra griego Euclides (325 a.C.-265 a.C.) en su tratado de los *Elementos* (300 d.C.).

[9] La bruja Keziah y Brown Jenkin, su desagradable mascota, contactan físicamente con Gilman cuando éste sueña, ya que es en esta condición cuando el mundo real y el onírico entran en contacto.

de Beksiński, sobretodo las que nos ofrecen edificios y estructuras que se encuentran fragmentados y alterados en el espacio-tiempo.

[Figura 3] Lo onírico, lo evanescente, es un elemento clave en la obra del autor polaco.

Continuando en esta línea, si nos fijamos en la etapa más onírica de Lovecraft, la que anticipa a Los Mitos, encontramos un mundo etéreo, repleto de belleza y extrañeza que concuerda con buena parte de la obra de Beksiński correspondiente a su etapa de realismo fantástico. Y es que el propio pintor polaco siempre habló de que su arte, pese a ser tenebroso y oscuro, siempre había querido transmitir ciertas cosas de belleza poética. Como él mismo afirma: «Siempre he intentado, desde el primer momento de mi carrera, pintar

cuadros hermosos. Bonitos. (…) Y, sin embargo, es lo esencial, lo único que realmente cuenta: pintar cuadros hermosos. Nada más que eso[10].»

Como afirmamos anteriormente, lo onírico resulta capital en la creación de la obra de Lovecraft. Muchos aspectos estéticos y narrativos de su obra escrita surgieron como una fuente de inspiración basada en sus propios sueños. Como ejemplo, podemos destacar *Bestezuelas Nocturnas*, uno de los poemas presentes en su colección *Hongos de Yuggoth*, en donde define a los "noctívagos demacrados" que le acosaban en sueños cuando era sólo un niño. Estas criaturas no parecen muy diferentes de algunas que Beksiński pinta en sus lienzos fantásticos:

No sabría decir de qué criptas salieron arrastrándose,
Pero cada noche veo esas criaturas viscosasn
Negras, cornudas, descarnadas, con alas membranosas
Y colas que ostentan la barba bífida del infierno.
Llegan en legiones traídas por el viento del Norte
Con garras obscenas que cosquillean y escuecen,
Y me agarran y me llevan en viajes monstruosos
A mundos grises ocultos en el fondo del pozo de las pesadillas
Pasan rozando los picos dentados de Thok
Sin hacer el menor caso de mis gritos ahogados,
Y descienden por los abismos inferiores hasta ese lago inmundo

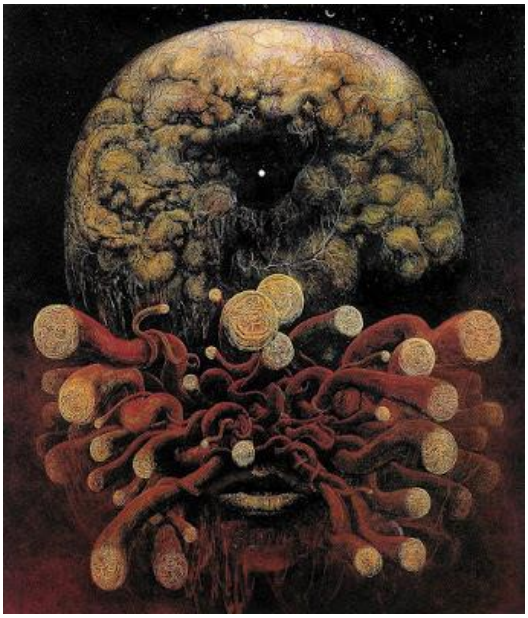
[10] DMOCHOSWKI, Piotr, 1985, p. 16.

Donde los shoggoths henchidos chapotean en un sueño dudoso

Pero ¡ay! ¡Si al menos hicieran algún ruido

O tuvieran una cara donde se suele tener!

(Lovecraft, 57, 1994, p. 57.)



[Figura 4] Algunas criaturas de Beksiński guardan puntos en común con otras del panteón lovecraftiano.

En *Azatoth*, otro poema correspondiente a esta colección, observamos ambientes y criaturas que vuelven a corresponderse también con algunos lienzos del pintor polaco:

El demonio me llevó por el vacío sin sentido

Más allá de los brillantes enjambres del espacio dimensional,

Hasta que no se extendió ante mí ni tiempo ni materia

Sino sólo el Caos, sin forma ni lugar.

Allí el inmenso señor de Todo murmuraba en la oscuridad

Cosas que había soñado, pero no podía entender,

Mientras a su lado murciélagos informes se agitaban y revoloteaban

En vórtices idiotas atravesados por haces de luz.

Bailaban locamente al tenue compás gimiente

De una flauta cascada que sostenía una zarpa monstruosa,

De donde brotaban las ondas sin objeto al mezclarse al azar

Dictan a cada frágil cosmos su ley eterna.

"Yo soy su mensajero", dijo el demonio,

Mientras golpeaba con desprecio la cabeza de su amo

(Lovecraft, 1994, p. 61)

En ambos poemas encontramos elementos correspondientes a Los Mitos y la atmósfera onírica y etérea que caracteriza buena parte de la literatura de Lovecraft es fácilmente apreciable. Las criaturas que su autor describe, como el dios ciego Azatoth o los noctívagos sin rostro, son tipologías habituales en las obras más fantásticas de Beksiński. Las criaturas que el pintor recrea son similares a este tipo de personajes "lovecraftianos": seres deformes, tentaculares, inquietantes y descarnados. Igualmente, la atmósfera que se describe en el segundo poema, *Azatoth*, nos habla de inmensos vacíos en donde

las leyes temporales dejan de tener sentido. De igual modo, podemos encontrar este tipo de escenarios en buena parte de los lienzos fantásticos del autor polaco. En este tipo de etéreos paisajes, apreciamos extensos espacios vacíos en donde lo material en ellos parece antinatural y evanescente.

Por otra parte, cuando Lovecraft escribe sobre los sueños, lo hace en un intenso tono melancólico, como de añoranza por tiempos pretéritos, que definen en cierta manera su carácter. Es por ello, que el escritor de Providence creó un alter ego de sí mismo que protagoniza este tipo de relatos oníricos: se trata del personaje literario conocido como Randolph Carter. Se trata de un solitario soñador, anticuario y antiguo alumno de la Universidad de Miskatonic. Carter es un personaje dedicado a la más pura contemplación intelectual y sensorial, con cierta propensión por los desmayos, aunque capaz de adquirir cierto grado de valentía bajo presión. El alter-ego del escritor protagoniza fundamentalmente tres relatos y una novela. El primero de estos es *La Declaración de Randoplh Carter* (1919), relato que, si bien se encuentra mucho más cercano al terror gótico, tiene sus orígenes en un sueño real[11] del propio Lovecraft.

En la novela corta *La Búsqueda en Sueños de la Ignota Kadath* perteneciente a este ciclo, Lovecraft logra interconectar gran parte de su conjunto de relatos influidos por Lord Dunsany. La novela contiene referencias a prácticamente todos los relatos en clave onírica de su autor escritos previamente: *Polaris*, *Celephäis*, *La Maldición que Cayó sobre Sarnath*, *La Nave Blanca*, *Los*

[11] Un sueño que Lovecraft describió en una carta a sus amigos Alfred Gapin y Maurice W. Moss 1l de diciembre de 1919.

Otros Dioses, *Los Gatos de Ulthar* y *La Extraña Casa Elevada entre la Niebla*[12]. La novela gira en torno al extraño y ensoñador viaje que efectúa Random Carter por las Tierras del Sueño, descendiendo los setenta escalones. *La Búsqueda en Sueños de la Ignota Kadath* es la gran novela onírica de Lovecraft, publicada de forma póstuma y que constituye una de sus obras más inspiradas. En ella podemos apreciar territorios de carácter onírico que viran con facilidad de la belleza desbordante a la oscuridad y el caos y la aparición de un conjunto de personajes y criaturas prodigiosamente fantásticas muy diferentes entre sí: Carter debe tratar con ghules (y con el mismísimo Richard Upton Pickman[13]), noctívagos descarnados, ghasts, los gatos de Ulthar y personajes centrales de Los Mitos como Nyharlothep, el Caos Reptante o Azatoth.

El viaje de Carter es onírico y alucinado, en él podemos observar lo maravilloso y lo extraño a partes iguales y las emociones del protagonista varían con facilidad del asombro al más puro terror. Es difícil no asociar este tipo de sensaciones a nuestras propias emociones como espectadores cuando observamos los lienzos fantásticos de Beksiński. Como ejemplo de esto, destacamos uno de los pasajes de la novela, en donde el protagonista llega finalmente a la propia ciudad de Kadath acompañado de un ejército de ghules y noctívagos demacrados, concluyendo así su extraño y maravilloso viaje:

> Al fin fue vista una pálida luz solitaria en el horizonte, que se fue elevando sin cesar a medida que ellos se acercaban, y que tenía

[12] CARTER, Lin, 2017, p. 74.

[13] Mediante este conocido personaje, además de los ghules, la novela conecta su trama con la propia de otro relato de Lovecraft perteneciente a Los Mitos: *El Modelo de Pickman*.

> debajo de ella una masa negra que ocultaba las estrellas. Carter comprendió que debía de ser algún faro situado sobre la montaña, pues sólo una montaña podía ser tan enorme para ser visible desde tan prodigiosa altura. La luz y la oscuridad debajo de ella se fueron elevando cada vez más, hasta que la mitad del hemisferio boreal quedó oscurecido por aquella desigual masa cónica. Aunque el ejército volaba muy alto, aquel pálido y siniestro faro se alzaba por encima de él, destacándose monstruoso sobre todos los picos y demás accidentes de la tierra, disfrutando del éter sin átomos donde la enigmática luna y los locos planetas dan vueltas. […] Desdeñoso y espectral, aquel puente entre la tierra y el cielo ascendía, negro en medio de la noche eterna, y estaba coronado por una *pschent*[14] de estrellas desconocidas cuyo espantoso y significativo perfil se iba haciendo por momentos más evidente. (Lovecraft, 2005, p. 725).

De este modo, los escenarios y personajes que el pintor polaco materializa en sus cuadros tienen de nuevo mucho que ver con los que visita y conoce, respectivamente, Carter en esta novela. Atmósferas etéreas y oníricas, con cierta aureola de goticismo y una oscuridad inherente que constituye una de las más claras señas de identidad del estilo literario de Lovecraft. Algo parecido sucede con Beksiński, dentro de su lenguaje visual, lo bello, lo sublime y lo siniestro, como condiciones estéticas, parecen entrelazarse sin aparente

[14] El término hace referencia al tipo de corona que portaban los faraones en el antiguo Egipto.

dificultad. El autor polaco siempre afirmó, como afirmamos anteriormente en este artículo, que uno de sus intereses más claros como artista era el de reflejar belleza en lo que pintaba. Y lo cierto es que, en ningún momento, la oscura y desasosegante atmósfera presente en sus trabajos parece entrar en conflicto con una sobrecogedora belleza que nace de lo sublime y lo inabarcable. Y esto es algo igualmente apreciable en los trabajos más oníricos de Lovecraft.

Conclusiones

Beksiński y Lovecraft nunca llegaron a conocerse, teniendo en cuenta que el escritor de Providence falleció tres años antes de que naciese el artista polaco, que claramente pertenece a otra generación. De hecho, ni siquiera podemos afirmar, puesto que no queda patente en ningún documento por boca del propio Beksiński (algo que sí podemos afirmar con otros escritores como Franz Kafka) que éste conociese o hubiese leído a Lovecraft. Es por esto por lo que realmente no podemos afirmar de manera rotunda que el artista polaco sea deudor y se haya visto influido por el escritor de Providence. Beksiński nunca afirmó conocer ni verse influido por Lovecraft, cosa que sí hizo en múltiples ocasiones, reverenciándolo y homenajeándolo otro artista (influido también por el propio Beksiński) relacionado con el realismo fantástico: el suizo Hans Ruedi Giger[15].

[15] La influencia e impacto de Lovecraft en la obra de Giger puede palparse en su conocido Necronomicon, libro de arte con el mismo título que el famoso grimorio mágico escrito por el árabe loco Abdul Alhazared y piedra angular de Los Mitos de Cthulhu.

En cualquier caso, independientemente esta circunstancia, resulta ciertamente fácil advertir una relación sólida en cuanto a los aspectos estéticos y formales de ambos autores. Es por esto, que las obras de ambos creadores parecen unidas y abocadas a mantener una estrecha relación a nivel tanto conceptual como visual. Como cierre para el artículo académico que nos ocupa, podemos llegar a afirmar que muchos lienzos correspondientes la etapa fantástica de Beksiński parecen resultar idóneos para dotar de imágenes, para ilustrar de una forma realmente verosímil las historias de los relatos más oníricos de uno de los escritores más importantes de terror del siglo XX.

BIBLIOGRAFÍA

CARTER, Lin (2017): *Lovecraft: Una mirada a los Mitos de Cthulhu*, La Biblioteca del Laberinto, Madrid.

- CORTÉS, Jose Miguel (1997): *Orden y caos. Un estudio cultural sobre lo monstruoso en el arte*, Anagrama, Barcelona.

- COWAN, James (1998): *The fantastic art of Beksiński*, Morpheus International, Las Vegas.

-

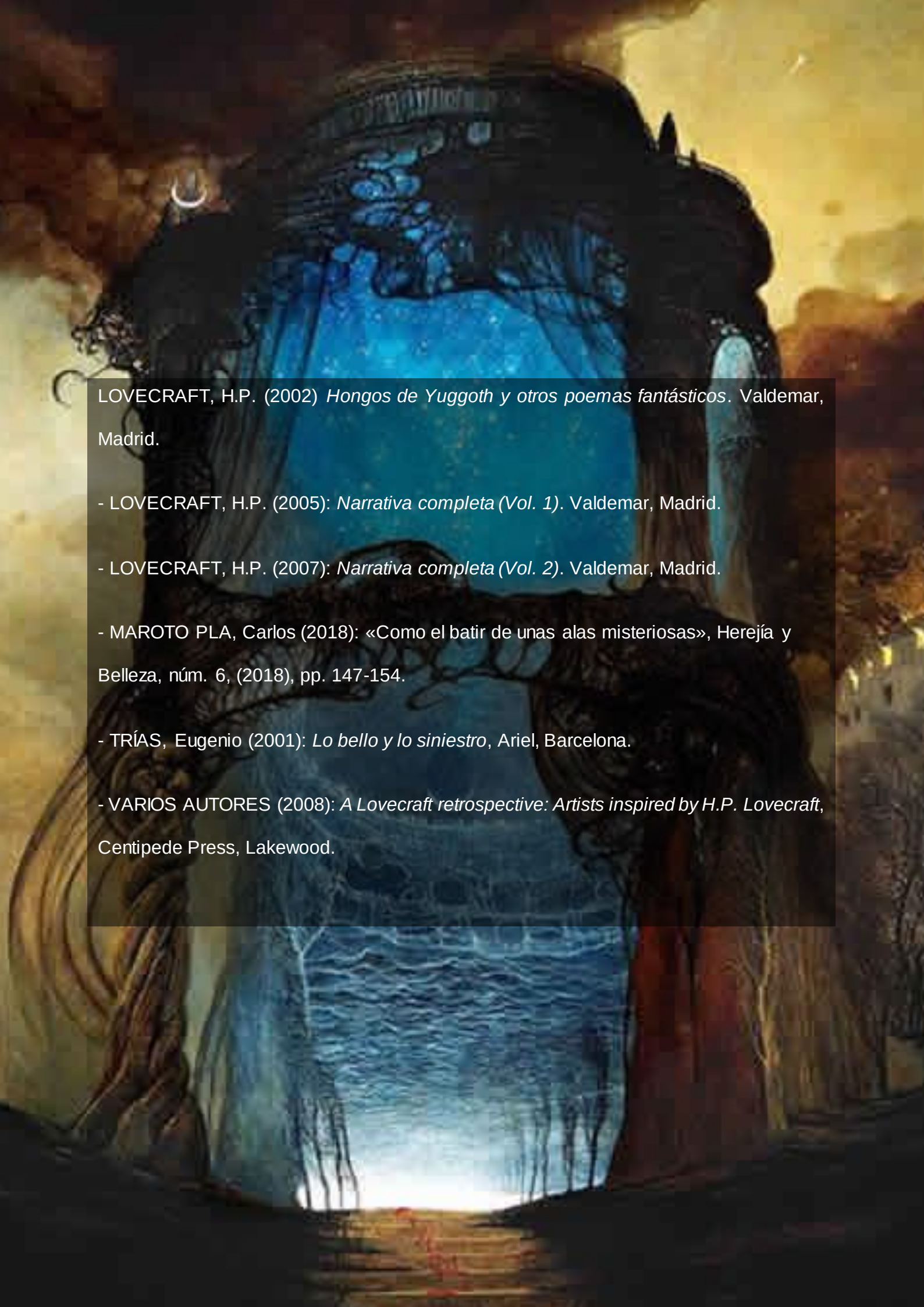
- HERNÁNDEZ DE LA FUENTE, David (2017): *Lovecraft. Una Mitología.* Materia Oscura, Madrid.

- JOSHI, S.T. (2013): *I am Providence: The life and times of H.P. Lovecraft, Volume 1*. Hippocampus Press, New York.

- JOSHI, S.T. (2013) *I am Providence: The life and times of H.P. Lovecraft, Volume 2*. Hippocampus Press, New York.

- KOPTSEVA P. Natalia, REZNIKOVA V. Ksenia: «Three paintings by Zdzisław Beksiński: making art possible After Auschwitz», Journal of Siberian Federal University, Humanities and social sciences, núm. 8, (2015), pp. 879-900.

- LOVECRAFT, H.P. (2010): *El horror sobrenatural en la literatura*. Valdemar, Madrid.



LOVECRAFT, H.P. (2002) *Hongos de Yuggoth y otros poemas fantásticos*. Valdemar, Madrid.

- LOVECRAFT, H.P. (2005): *Narrativa completa (Vol. 1)*. Valdemar, Madrid.

- LOVECRAFT, H.P. (2007): *Narrativa completa (Vol. 2)*. Valdemar, Madrid.

- MAROTO PLA, Carlos (2018): «Como el batir de unas alas misteriosas», Herejía y Belleza, núm. 6, (2018), pp. 147-154.

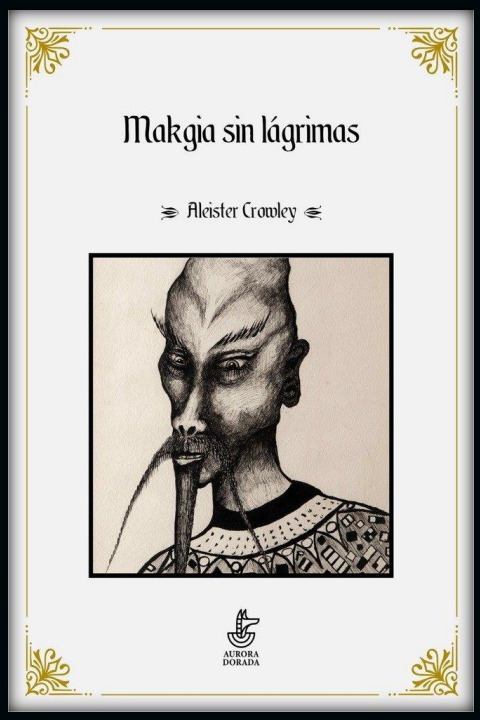
- TRÍAS, Eugenio (2001): *Lo bello y lo siniestro*, Ariel, Barcelona.

- VARIOS AUTORES (2008): *A Lovecraft retrospective: Artists inspired by H.P. Lovecraft*, Centipede Press, Lakewood.

AURORA DORADA

“Todo acto intencional es un acto mágico”

(Aleister Crowley)



Fotografía extraída de *Astrum Argentum Archives*

A MEDIANOCHE JUNTO AL ASERRADERO

Javier J. Valencia

Que conste que esto no ha sido idea mía, y no estoy seguro muy seguro de que vaya a servir de algo. Pero por probar no se pierde nada, ¿no? Ha sido el padre Clarence quién me lo ha propuesto. Una "medida alternativa contra la tristeza", lo ha llamado. "El mismo camino que recorres en un interior cuando vienes a verme para confesarte, pero ahora se trata de encontrar algo de luz y regalártela a ti mismo". Bonitas palabras por parte del viejo. Para algunos de nosotros ha significado mucho durante todos los años que nos ha dado servicio, aunque durante mucho tiempo bromeara sobre el tema diciendo que lo hacía con la única intención de "robarle clientela a su viejo colega Jacoby". Me valía y me sigue

valiendo. No entiendo como hubiera quién prefiriera a ese hippie rarito como guía espiritual o apoyo emocional. La verdad es que nunca me cayó bien.

Total, que ahora que me encuentro al borde de firmar definitivamente los papeles de divorcio con la que ha sido mi esposa durante los últimos veinte años, la ilustre e intachable Miss Martha Grimes, la cual bebía los vientos por mí cuando éramos compañeros de clase durante nuestra juventud y a la cual escuchaba suspirar cada vez que nos cruzábamos en el pasillo de la escuela – no obstante en aquellos días era Donna Hayward la que cogía mi mano, siendo yo causa precisamente de no poca envidia. Dios, como adoraba esa sensación-. Pero que ahora, sin embargo, parece haber encontrado el "amor puro y verdadero" en los brazos de Randy St. Croix que según ella yo nunca pude darle. El hecho de que esté forrado hasta las trancas y sea el propietario de una de las agencias de seguridad privada más boyantes del estado por supuesto no tiene nada que ver. Estos malditos "huérfanos de Horne" promocionados desde abajo… diablos, ya podría haber tenido yo las mismas oportunidades.

Ya lo estoy volviendo a hacer. Es lo que dice el padre Clarence. Tiendo a auto-compadecerme y a caer fácilmente en la envidia y soy incapaz de verme "como la maravillosa persona que soy o la extraordinaria que podría llegar a ser". Así que me ceñiré a su petición. Me voy a sentar en el porche de mi casa, con una buena Heineken en mi mano, y mientras miro a las estrellas voy a pensar en un momento de mi vida en el que me sintiera sinceramente conmovido. En el que fuera capaz de vislumbrar algo de la "verdad" que se esconde bajo la aparente oscuridad de los seres humanos. "La luz verdadera", como él lo llama. He

conocido a más de uno que no tenía ni una mísera pizca de eso, pero no quiero herir al viejo. Pero sí recuerdo una circunstancia verdaderamente especial que sin lugar a dudas tuvo efecto en el que es el mejor amigo que nunca tendré y que provino de uno de los hombres más singulares y sin duda alguna, extraordinarios, que jamás haya puesto un pie en este aislado pueblucho. Dio comienzo un martes 14 de marzo de 1989, durante el periodo más siniestro que nuestra localidad haya tenido nunca…

Aparcó su Buick junto al mirador de la cascada de White Tail como si fuera un turista cualquiera, comprobó en su reloj que apenas pasaba un cuarto de hora de las once de la noche y empezó a manosear los botones de la radio. Pero no hubo manera: estaba mal sintonizada y cualquier emisora se escuchaba como si estuvieran sacudiendo una caja de cereales junto a los altavoces. Abrió la guantera del coche y revisó qué opciones tenía en cinta de cassette, pero al comprobar la primera sintió un escalofrío y la dejó en su sitio. No le apetecía pensar en eso ahora. Mejor iba a comer en silencio mientras Bobby llegaba. Abrió su bolsa de papel y se llevó una hamburguesa a la boca, mientras colocaba el envoltorio con su cartón de patatas junto al asiento del conductor. Empezó a engullir tanto carne como vegetal casi a la vez a una velocidad inusitada y a continuación se regó la garganta con un trago de refresco de cola de cereza, mientras la vista se le iba hacia una pareja de jóvenes enamorados que contemplaban ensimismados el caer del agua por la montaña. No hacía mucho tiempo que se había encontrado en esa misma situación y al verlos le invadió una cálida nostalgia. Qué perfecta foto fueron ellos dos. Qué perfecta postal

hacían los cuatro. ¿Por qué se había tenido que ir todo al cuerno tan deprisa? Un súbito golpe en el capó lo sacó de su ensimismamiento y ahí se encontraba su amigo, extendiendo los brazos y mirándole con el ceño fruncido como queriendo decir "¿qué pasa contigo?". Llevaba su habitual chaqueta de cuero cerrada para protegerse del frio y una gorra de los Steeplejacks. Le abrió la puerta del asiento del co-piloto y Bobby directamente cogió las patatas y las lanzó fuera del automóvil.

— ¡Pero qué gran idea, Snake! —Bobby entró en el Buick y cerró la puerta tras de sí—. Comerte hasta la última hamburguesa del pueblo cuando dentro de un rato vamos a jugar con carne podrida. ¡Estás hecho todo un genio!

— ¿Qué demonios te ocurre? —Mike miró con cierto aire de disgusto a su colega mientras arrancaba el vehículo, aunque lanzó el resto de su hamburguesa por la ventanilla.

—A veces me parece que no eres consciente de lo que hacemos, joder. ¿Y tienes que llevar puesta la maldita chaqueta del equipo todo el condenado día?

— ¿Acaso no llevas tú la gorra? —respondió Mike con una media sonrisa, sin duda intentando rebajar algo de tensión al asunto. Pero Bobby se la quitó en un gesto violento y la lanzó contra el asiento trasero.

—Precisamente. Para intentar no llamar la atención. Maldita sea…—negó con la cabeza y después la apoyó contra la ventanilla, en un claro rictus de fastidio.

Mike condujo por el camino de tierra del mirador hasta la salida a la carretera Great Northern y enfiló en dirección hacia Sparkwood. Solo se expondrían cuando cruzaran el pueblo, pero durante la temporada que se habían dedicado

al tráfico de cocaína en la localidad habían aprendido un par de trucos para esquivar a la policía. Lo cierto es que a Mike el camino de ida no le preocupaba en absoluto y de todos modos, tampoco había pensado demasiado en el de vuelta. Hacía algo más de tres semanas su colega le había ido a buscar a su casa en un más que evidente estado de alteración pasadas las dos de la madrugada, y le había dado un susto de muerte: había subido por la tubería exterior de su fachada para golpear a la ventana de su habitación y así esquivar a sus padres, algo que no hacían desde críos. Tras pedirle que cargara un par de palas le condujo un pequeño claro cercano al aserradero Packard, donde Bobby había disparado en la cabeza y desparramado los sesos de un hombre. Por lo visto fue un trapicheo de drogas que había salido mal. Había intentado enterrarlo él mismo, pero le había acompañado Laura y el estado de ella era tan volátil que temía que en cualquier momento fueran descubiertos. Así que la dejó en su casa y fue en busca de la única persona de la cual podía fiarse para tal misión. Lo enterraron allí mismo. Mike había aprovechado uno de los varios instantes en los cuales Bobby tuvo que apartarse del lugar de trabajo para vomitar con tal de rebuscar la cartera del hombre sin cráneo, y además de robarle los 140 dólares en efectivo que llevaba encima, se quedó blanco al descubrir que había matado a un policía; por suerte de otra jurisdicción, por desgracia no muy lejana.

Apenas hablaron de ello los días posteriores, como si hubieran llegado a un acuerdo tácito de no sacar el asunto a colación. Mike estuvo atento a las noticias, incluso echó un vistazo a los carteles en comisaría de “se busca”, pero no hubo ninguna referencia al agente Cliff Howard por ninguna parte, como si a nadie le

importara en lo más mínimo. Poco después ocurrió lo de Laura, y todo Twin Peaks se volvió loco. Mike y Bobby tuvieron que pasar varios días escuchando susurros a sus espaldas, e incluso en la escuela el primero –su colega no había vuelvo a pisarla desde la muerte de su novia- notó como sus compañeros se habían distanciado de él de una manera un tanto disimulada. Ser peligroso ya no era *cool*, ahora daba miedo, y resultaba frustrante.

Dos días atrás Twin Peaks había amanecido con la noticia de la detención de Leland Palmer por el asesinato de su hija y su posterior suicidio. Y el mundo había comenzado a expulsar el aire que llevaban reteniendo durante el tiempo que duró la investigación del suceso. Mike sentía como si el ritmo volviera a ser el de antes en la localidad, tan parecido a un planeta que funciona a cámara lenta. El miedo había empezado a desvanecerse. Pero a Bobby le había afectado de otro modo. Como si hubiera tenido una soga al cuello atada desde que disparó a Cliff Howard y durante el tiempo que se persiguió al asesino de su novia se le hubiera concedido un periodo de gracia, pero ahora hubiera llegado la hora de apretarle. Hacía unas horas había llamado a Mike, muy nervioso, para pedirle que le acompañara a cambiar el cadáver de sitio. Que no se sentía muy seguro de que fuera el lugar adecuado, que ese claro era demasiado embarrado y que con las lluvias que habían sufrido últimamente y las que estaban por venir era fácil que el cuerpo cambiara de posición y saliera hacia afuera. Mike se preguntaba si habría vuelto a meterse coca, ya que le parecía uno de los conatos de paranoia que sufría en ocasiones cuando se pasaba de la raya por la nariz.

Y así hasta esta noche, circulando por la carretera de Sparkwood en dirección a la serrería. Mientras Bobby contemplaba ensimismado las señales amarillas que separaban sus dos carriles a través de las luces de los faros delanteros, empezó a murmurar para sus adentros, inconsciente de que Mike podía escucharle.

—Ey, Bopper, ¿estás bien? —preguntó, sinceramente preocupado.

—Decía que fue en noviembre del año pasado.

— ¿De qué estás hablando? —Mike empezaba a ponerse nervioso.

—Laura, Leo y yo nos vimos envueltos en un tiroteo con unos traficantes en Low Town. Allí fue la primera vez que disparé a alguien.

Mike se quedó en silencio, bastante asombrado por la revelación. Intermitentemente giraba la cabeza de Bobby a la carretera, como si no quisiera perder de vista a ninguno de los dos. Su colega siguió hablando, sin mover un solo músculo de la cara.

—Ella soñó con el tipo al que disparé. Me lo contó días después. El tipo se ponía en pie con la bala en el pecho justo después de que le pegara el tiro, y me advertía que los que morían de ese modo describían el rostro de su asesino a la muerte —finalmente movió su cuello para girarse hacia Mike y mirarle a los ojos—. Y así la muerte tenía un pase para ir en mi busca, o de mi padre o de mi madre o de mis amigos. Porque yo se lo había puesto en bandeja.

—Laura siempre tenía sueños muy raros, tío. Creo que con toda esa coca que se metía… No sé…—de pronto Mike vio una luz a lo lejos por el retrovisor y

apretó ligeramente el acelerador, con precaución para no parecer que pretendía huir en tromba. —Mierda. Seguro que es ese poli indio.

—Tranquilo. Mantén esta marcha, no creo que hayamos llamado su atención. A la salida a la carretera hacia Black Lake, entra en el arcén en el carril derecho y sigue conduciendo despacio hasta que nos tapen los árboles. Pasará de largo, créeme.

Mike se esforzó en aparentar calma, pero sentía unos deseos tremendos de apretar el pedal hasta el fondo y salir de ahí pitando. Además, la actitud de su copiloto no es que le ayudara precisamente. Hasta ahora no se había parado a pensar en cómo le podía haber afectado el hecho de que fuera su propio padre el autor de la muerte de su chica.

—Te conoces todos los trucos. Si fueras poli no se te escaparía ni un solo traficante —el comentario consiguió sacar del rostro de Bobby una mueca parecida a una sonrisa.

El Buick frenó lentamente, se situó en el arcén y después Mike tuvo que incorporarse un poco y manejar el volante como si fuera un timón y él un capitán de barco para poder moverse cautelosamente por la frondosa y poco iluminada zona. Aunque llegó un momento en el que podía ver que el verde había cubierto totalmente las ventanas, Bobby insistió en que avanzara un poco más. Finalmente le dijo que se detuviera, apagaron las luces y se quedaron casi completamente a oscuras. Solo era cuestión de esperar un par de minutos a que el coche pasara de largo. No tenían intención de dejar opciones a que nadie pudiera identificar un Buick Skylark circulando por la zona.

— ¿Te queda algo? —a Mike el corazón le latía a mil por hora y probablemente hacerse una raya era lo menos indicado dada la situación, pero de todas formas el gusanillo había empezado a picarle.

—No he vuelto a meterme nada desde que murió Laura. Lo sabes perfectamente, ¿o es qué te piensas que te he estado robando? —Mike giró su cabeza evitando su mirada, como si hubiera adquirido conciencia de lo inoportuno de su pregunta—. Además, ¿no tienes intención de ir mañana a un funeral?

— ¿Es que tú no piensas venir?

En lugar de responder, a Bobby se le escapó un suspiro y negó con la cabeza. Mike, por segunda vez en menos de un minuto, se avergonzó de lo inoportuno de su comentario. ¿Presentar sus respetos al hombre que había violado y matado a la que había sido su novia desde que tenían catorce años? Justo en ese momento escucharon a un vehículo pasar detrás de ellos. Apenas podían ver nada por la ventana trasera al estar cubierta de plantas y de hojas, pero identificaron las luces de un vehículo circulando por la carretera y pasar de largo. Esperaron unos segundos a que el sonido del motor se desvaneciera en la distancia y ambos resoplaron de alivio al unísono.

—Pues imagínate lo que era hacer esto cargando un paquete de un kilo escondido en el forro del asiento de mi Plymouth —como si le hubieran inyectado adrenalina, Bobby parecía mostrar alivio moviéndose de un lado para otro. Abrió

la guantera y empezó a rebuscar en su interior—. ¿Por qué no pones algo de música?

—La radio no funciona, y no me he acordado de traer nada —Mike notó que Bobby se había quedado mirando la cinta de cassette que anteriormente había descartado poner—. Esa es una de las cintas grabadas de mi madre, no creo que…

—Esta es la letra de Leland.

Mike había esperado ingenuamente que no se percatara de ese detalle.

—Sí. Ya sabes que mis padres acudían a las sesiones de baile del Gran Hotel del Norte con Leland y Sarah. Mi madre le pidió que le grabara algunas canciones hace unos meses.

Bobby abrió el estuche y miró la cinta. Contempló la letra de Leland Palmer sobre la etiqueta: *LP's Classic Oldies.* Se la pasó a su amigo.

—Ponla.

— ¿Estás seguro?

—Mejor escuchar mala música que soportar este silencio.

Mike encendió su reproductor, introdujo la cinta en su equipo y a ritmo de *Tonight You Belong To Me* de Patience and Prudence sacó muy despacio el coche de su escondite y puso rumbo a su destino.

Un ligero chispeo les amenazó con ser el anticipo de algo peor, pero cesó cuando llevaban veinte minutos cavando y pasaba casi una hora de la medianoche. No habían removido ni un tercio de tierra de lo previsto cuando Mike vomitó los bocados que le dio tiempo a engullir antes, probablemente por

dejar volar demasiado la imaginación al respecto de lo que iban a encontrar. Pasó otra media hora y el hoyo, alumbrado por la linterna que usaban para moverse en la oscuridad, comenzaba a ser de dimensiones considerables. Se detuvieron a descansar mientras fumaban un cigarrillo.

—Ya deberíamos haber dado con él —Mike inhaló profundamente su calada mientras miraba, a lo lejos, las luces encendidas del vigilante de seguridad que probablemente debería estar adormilado en su caseta cuando debería hacer guardia vigilando los restos quemados de la serrería.

—Espero que no fuera cosa del gordo. De ser así, ahora se estará riendo de mí desde la tumba.

Había sido Jacques Renault, el enlace entre los proveedores canadienses y Leo -el cual les proporcionaba el producto- quien propició el encuentro de Cliff Howard con Bobby y Laura tres semanas atrás. Pese a que existía la posibilidad de que Howard intentara asesinarlos por motu propio, Bobby sospechaba que era algo que Renault planeó. Después de que Laura muriera, cuando Shelley encontró la camisa de Leo manchada de sangre, vio la oportunidad. Dejándola en el piso de Jacques, se vengaba del gordo convirtiéndole en uno de los principales sospechosos del crimen a la vez que Leo, a quien intentaba por todos los medios alejar de Shelley. Dos pájaros de un tiro. Terminó por generar una caída de fichas de dominó que pieza a pieza llevó al asesinato de Jacques por parte de Leland. Algo que no le hizo perder ni un solo segundo de sueño. Pero ahora, pensando que Jacques era probablemente la única persona del planeta

que sabía de ese encuentro nocturno, temía que se la hubiera jugado una última vez.

—Mierda, Bobby —Mike hizo acopio de todo su valor y se lanzó a la piscina de lo emocional. Llevaba rato queriendo sacar el tema pero nunca supo cómo encarar este tipo de conversaciones con Bobby, ya que siempre se comunicaban entre ellos usando un filtro de juvenil testosterona, interpretando su asumido rol de *chicos malos*—. ¿Cómo lo estás llevando, tío? Es decir… Lo de Leland y todo eso.

Bobby dio una fuerte calada y levantó las cejas, asintiendo repetidas veces moviendo rápidamente la cabeza.

— Wow. Te prometo que esto no lo he visto venir —tras respirar hondo, miró al cielo y pareció relajarse, destensando su habitualmente enérgico lenguaje corporal—. Pues verás, Mike… por una parte estoy contento de que lo hayan cazado. Nos engañó a todos, ¿no crees? Estuve ahí, la otra noche en el Roadhouse, cuando ese… policía místico o lo que sea nos reunió para formar un circulo debido a no sé qué historia tibetana, y te juro que ninguno prestábamos atención a Leland. ¿A Ben? Casi todos. ¿A Leo? ¡Joder! La cosa se puso tan rara que durante un momento pensé que iba a levantarse de su silla de ruedas y salir por patas del bar. ¿Pero Leland Palmer? Venga ya—Bobby se puso en pie y comenzó a caminar alrededor del agujero —. Y cuando se fue toda la poli a comisaría con Ben y Leland, mientras volvía a casa de Shelley con el tieso y babeante Leo Johnson en el asiento trasero de mi coche, de repente una luz hizo

zas dentro de mí. Recordé una noche, debió ser a principios del año pasado, una de las mejores épocas que hubo en lo mío con Laura.

Bobby se detuvo en un punto determinado del claro donde iluminaba la luz de la luna con más fuerza. Se detuvo para tirar su cigarro al suelo, apagarlo con sus botas y se quedó mirando a tierra con las manos en los bolsillos.

—Me preparé casi una hora antes de que llegara a mí sótano. Ya sabes cómo es esto, finges que te pillan con un rollo casual, pero los tipos como tú y como yo no pasan la mínima oportunidad para meterse debajo de una ducha y mirarse un rato al espejo antes de ponerse el mono de trabajo, ¿verdad? Y, joder, va y resulta que me olvidé de comprar loción para después del afeitado. Pero ya sabes que el patriarca de los Briggs es una figura más bien ausente la mayor parte del tiempo, así que no hubo problema en colarme en el lavabo de mis padres y ponerme la del Mayor. Así que cuando llega Laura, charlamos un rato y enseguida empezamos a enrollarnos. Y de repente—Bobby se detuvo y se llevó las manos a la cabeza, como si estuviera soportando una gran presión en cada una de sus sienes—, al poco de empezar a besarnos, ella empezó a olerme la cara, como si fuera un animal. Al principio pensé que era algún tipo de juego, pero enseguida vi en sus ojos que algo iba mal. Me empujó hacia un lado y empezó a llorar. Al principio como si fuera un lamento íntimo, pero fue creciendo y creciendo hasta ponerse histérica. Y entonces… ¡Mierda!

El grito de Bobby provocó un bote en Mike, hasta entonces totalmente absorto en su relato. Se había postrado de golpe en el hoyo y empezado a cavar con sus propias manos.

— ¡Bobby! ¿Qué ocurre? ¿Lo has encontrado? —Bobby le ignoró y siguió escarbando hasta que se detuvo sosteniendo algo entre sus manos—. ¿Qué demonios es eso?

No contestó, pero se lo mostró: se trataba de una máscara de yeso, con una nariz larga y afilada y una especie de pequeña antena que le salía desde la frente parecida a una ramita. Carecía de abertura para los ojos. Estaba cubierta de barro y tierra, y la limpió con la manga de su chupa. El aire comenzó a soplar con fuerza y se extendió el rumor del viento entre los árboles. Ambos jóvenes se quedaron mirando el uno al otro, notando como les recorría una angustiosa sensación de inquietud de la cabeza a los pies. El ulular de un búho situado sobre un abeto a sus espaldas les hizo girarse. Bobby enfocó al animal con su linterna, que movió su cabeza de un lado para otro, tan solo dedicándoles una breve mirada de un segundo. Volvió a ulular una segunda vez y emprendió el vuelo hacia la oscuridad. Bobby bajó la luz de su linterna poco a poco, desde las ramas hasta el tronco, y en él contempló un dibujo pintado con tiza. Se acercó caminando muy despacio para poderlo contemplar mejor, con Mike detrás siguiendo sus pasos. Era el retrato de un ojo de considerables dimensiones que tenía debajo a un conejo blanco toscamente esbozado. Bobby pasó los dedos de su mano derecha por encima de la corteza dibujada y contempló la tiza entre sus dedos.

—No lo vamos a encontrar aquí. Lo han movido.

— ¿Crees que será un código de traficantes? —Mike se colocó a la altura de Bobby—. Desde luego es más sofisticado que cuando nosotros marcábamos los árboles con cruces.

—Solo hay una persona en el mundo que podría dejar ahí esa señal. Y no es un criminal. Todo lo contrario.

I have my dreams, but one to one

The vanish in the sky

I try to smile and face the sun

But romance passes by

La *jukebox* de Leland Palmer les había llevado de la orquesta de Henry Hall a la de Louis Amstrong pasando por el Calipso de Lionel Belasco o el *Sleepwalk* de Santo & Johnny mientras seguían el circuito que les llevó por la carretera de Sparkwood hasta el camino mal asfaltado y lleno de baches que les iba a conducir hasta la montaña de Blue Pine. Ahora sonaba *I've Got a Sing a Torch Song* de la orquesta de Rudy Vallee, pero si cualquiera de los dos prestaba atención a la música nadie lo diría.

— ¿No es por aquí por donde trabaja tu padre?

Bobby se limitó a asentir con la cabeza y siguió perdido en sus cavilaciones. Se introdujeron en el corazón de Blue Mountain y circularon por un camino de tierra hasta llegar a su límite.

—Puedes dejar el coche aquí. Tenemos que seguir a pie.

Mike le obedeció deteniendo el vehículo al final del camino. Encendió la luz interior del coche, bajó la ventanilla y echó un vistazo al exterior. Había una especie de solemne calma en el lugar, el viento soplaba con poca fuerza y el movimiento de las hojas y los árboles era pausado, formando una bucólica postal nocturna. Le ayudaba, pero no podía evitar sentir miedo, y como le solía ocurrir en esos casos, se llevó la mano al bolsillo derecho de su chaqueta, para agarrar con sus dedos la navaja que siempre llevaba en sus andanzas nocturnas.

Los dos salieron del vehículo. Bobby se situó delante y hacía de guía, linterna en mano. Primero se introdujeron en el corazón del bosque tras subir por una frondosa cuesta empinada. Después caminaron a través de un sendero en el cual a lo lejos se dibujaba en la noche la silueta de la antena de considerables dimensiones que apuntaba a los cielos y que formaba parte del Puesto de Escucha Alfa. Pasaron por el lado de la modesta cabina de comunicaciones donde el Mayor Briggs pasaba horas y horas en soledad encargado de recibir e interpretar las señales que interceptaban. Bobby se detuvo frente al lugar y lo enfocó con su linterna. No había ninguna luz en su interior.

—Supongo que eso de que la Guerra Fría ha terminado es un cuento —dijo Mike, con la necesidad de romper el silencio aunque fuera hablando de cualquier banalidad. Pero para Bobby ese comentario tenía más interés de lo que pensaba.

—No creo que el trabajo del viejo tenga que ver con eso. Sigamos. Es por aquí. A partir de ahora, cuidado por donde pisas.

Pasaron de largo de la instalación militar y siguieron el sendero durante un centenar de metros más. Bobby enfocó con su linterna los aledaños del camino como buscando una señal que le dijera por donde continuar. Por fin pareció advertir algo, quizá la forma de un árbol en concreto, que le sirvió como referencia. Él y su amigo se apartaron del sendero y se introdujeron en lo profundo de la espesura, apartando con las manos la incómoda maleza que se interponía en su camino. Una especie de murmullo casi imperceptible les rodeaba, y con cada paso que daban les dominaba más y más una profunda sensación de irrealidad.

— ¿No lo notas? Es como cuando estás a punto de dormirte —Mike miraba a su alrededor como si estuviera contemplando otro planeta—.

—Y a partir de ahí puede ocurrir cualquier cosa… —Bobby iluminó por fin el palacio del conejo Jack: el tronco cercenado de lo que en otro tiempo debió ser un majestuoso pino—. Aquí. Mi padre solía traerme aquí cuando era un niño. Yo le puse el nombre. Jack el conejo era el guardián de Twin Peaks, y yo le ayudaba contra los villanos que pretendían conquistarlo.

— ¿Tu padre? —Mike sumó dos más dos —. Entonces ha sido él…

— ¿Qué hora es, Snake? —le cortó Bobby.

—Pues faltan… ocho minutos para las tres.

Se quedaron durante unos segundos en silencio, sin saber qué hacer ni que esperar. Súbitamente, los árboles que tenían delante empezaron a recubrirse de una espesa niebla que poco a poco se acercaba a ellos. Mike iba a abrir la boca, pero del interior del bosque, no muy lejos de donde se encontraban, surgió un fuerte fogonazo de luz blanca que les cegó durante unos instantes. Cuando recuperaron la visión, la fuente de luz disminuía su intensidad hasta desaparecer, y ambos se encontraban prácticamente recubiertos de niebla. Mike solo alcanzaba a ver el brillo de la linterna de Bobby y empezó a entrar en pánico. Pero si intentó gritar, ningún sonido salió de su boca. Bobby, por otro lado, permanecía sumamente relajado. No estaba del todo seguro de si soñaba o no. Pero en cualquier caso, sentía que no iba a sufrir ningún daño.

Es la soleada mañana del 11 de diciembre de 1982. Bobby ha acompañado a su padre de nuevo a su lugar de trabajo, y ahora están jugando alrededor del palacio de Jack. Garland toca el tronco cortado del árbol y lo contempla reflexivamente. *Nunca he visto a un hombre observar la naturaleza como lo hacía mi padre.* Bobby está un poco nervioso, por la tarde celebrará la fiesta de su décimo cumpleaños y teme que no vaya nadie, apenas ha hecho amigos desde que entró en la escuela. *Vinieron todos. Luego descubrí que en este pueblo es costumbre que los niños vayan a las celebraciones de los compañeros de su clase aunque no sean amigos. Pero en aquel momento pensé que realmente les caía bien.* Está intentando tocar “Dixieland” con su arpa de boca. Apenas le salen los primeros compases. Desde el interior del árbol, oye una voz que le llama

“Brigsee”, que es como le llama Jack en sus aventuras. Así que debe ser Jack. Le dice que vuelva solo y le mostrará el verdadero corazón del páramo, allá donde los sueños pueden hacerse realidad. Cuando se lo cuenta a su padre, lo ve asustado por primera vez en su vida. *Volvimos a casa a toda prisa. Me dijo que nunca debía internarme solo en esa parte del bosque, que era muy peligroso. Hasta entonces le había acompañado todos los sábados por la mañana desde que llegamos al pueblo. Pero apenas volveríamos un par de ocasiones, y fue todo muy diferente. Y así empezamos a distanciarnos.*

La niebla se fue disipando poco a poco. Bobby empezó a enfocar con la linterna de un lado para otro buscando a su amigo mientras lo llamaba por su nombre. ¿Cuánto tiempo había pasado? Finalmente dio con él. Permanecía sentado al lado del tronco de Jack, en el suelo, con la cabeza entre las piernas.

— ¡Mike! ¿Estás bien? —Bobby se agachó para ponerse a su altura—. Háblame, tío, ¡vamos!

Mike levantó la cabeza. Parecía desorientado, y miró a Bobby con asombro.

— ¿Me he dormido? —Bobby le ayudó a incorporarse—. Un momento… ¿No habíamos venido acompañando a Hawk cuando descifró el mensaje oculto en el testamento de Ben Horne? ¿Te has teñido el pelo?

—Tranquilo, Mike, ya ha pasado —tras haber experimentado su propia visión, Bobby estaba convencido de que su colega había pasado por un trance semejante—. Sea lo que fuera, ya se ha ido.

Mike recuperó la compostura y de repente le costaba recordar qué acababa de preguntar, y en referencia a qué era. Miro su reloj: seguían siendo las 2:53 a

pesar de todo el tiempo transcurrido. Al mostrárselo a Bobby, éste se limitó a negar con la cabeza, dando a entender que sabía tan poco del asunto como él. Ambos se quedaron en el más completo silencio cuando escucharon el sonido de unos pasos acercándose con firmeza hacia ellos de lo profundo del bosque. De entre los árboles, pronto se dejó ver la figura del Mayor Garland Briggs. Llevaba puesto su uniforme del ejército, con restos de quemaduras en sus mangas y tenía una herida en su mejilla izquierda. Pero en el momento en el que vio a su hijo apuntándole con la linterna, su rostro se iluminó y le sonrió.

—Robert. No sabes cuánto me alegro de verte —se acercó hasta su hijo y puso sus manos sobre sus hombros—. Veo que has sido capaz de encontrar el camino. Como siempre.

Bobby se había quedado con la boca abierta, sin saber qué decir. Por un lado le envolvía una sensación de felicidad embriagadora al verlo, como si llevara mucho tiempo sin saber de él, si bien habían cenado juntos hacía apenas unas horas. Pero algo en su interior le decía que algo era distinto. Y también sentía miedo, al recordar el motivo por el cual había venido hasta aquí, y se sentía de nuevo como aquel niño de diez años.

—No dispongo de mucho tiempo. No puedo extenderme demasiado por razones de seguridad, pero lo entenderás dentro de unos pocos días. Pero antes de irme… quería ayudarte con eso que te aflige. Dejarlo resuelto.

—Lo siento, papá —fue casi inmediato que la emoción asaltara a Bobby, pero por fin iba a poder hablar de ello, algo que deseaba hacer desde hace mucho

tiempo—. Te juro que fue una situación de vida o muerte. Le vi desenfundar, y si no reaccionaba a tiempo iba a matarnos. Y tenía que proteger a Laura. Pero yo no quería matarlo. Te lo prometo.

Bobby empezó a sollozar y su padre lo abrazó. Mike apartó la mirada un momento, al sentirse un invasor en un momento de especial intimidad entre padre e hijo.

—Pero no sirvió de nada, ¿verdad? —Bobby se separó del abrazo todavía con lágrimas en sus ojos, y siguió confesándose ante su padre—. A Laura iban a matarla de todos modos dos días después. Maldición, aunque amo a Shelley, ella era mi mejor amiga. La persona que más me conocía en el mundo. Y pude haberlo impedido y no hice nada.

El Mayor le miró a los ojos sin decir nada, esperando a que su hijo hablara cuando estuviera preparado.

—Fue un par de semanas antes de que muriera. Fui a buscarla a su casa, sus padres estaban fuera y me quedé un rato, pero siempre me sentí incómodo allí. Y en el lavabo vi… que Leland Palmer usaba la misma marca de loción para el afeitado que tú, papá. Y no sé muy bien por qué en ese momento no fui capaz de entender lo que le ocurría. Era evidente y lo tuve ante mis ojos pero no fui capaz de verlo hasta que fue demasiado tarde. Y lo siento, lo siento tanto…

El Mayor volvió a abrazar a su hijo. Aunque solo había escuchado una parte de la historia, sabía con el poder de su corazón de qué hablaba.

—Hijo mío, no todo el mundo es capaz de entender el dolor ajeno y afrontarlo. Ni es la misión de todas las personas. Puedo ayudarte a hacer desaparecer ese acto criminal que has cometido. Porque tengo fe en ti, y sé muy bien que me estás diciendo la verdad. Y porque en la guerra viví situaciones semejantes. Pero

para lo segundo… tendrás que encontrar la fuerza en tu interior necesaria para perdonarte a ti mismo. Ese camino debes recorrerlo solo, pero cuando lo hayas hecho descubrirás que te servirá para ayudar a otras personas en esa misma situación.

Una vez terminó de desahogarse, Bobby se separó del abrazo de su padre. Y, aunque solo fuera una sensación que recorrió su cuerpo un segundo, aunque tenía la certeza de que iban a verse al día siguiente, entendió que para Garland era la última vez que iba a ver a su hijo. Para *este* Garland.

—Gracias, papá. Por todo. Te prometo que todo irá bien.

—Lo sé— dio una palmada en el hombro a Mike—. Michael, muchas gracias por ser tan leal a la amistad con mi hijo. Y ahora debo volver por donde he venido. Es muy importante que no hablemos nunca de lo sucedido esta noche. No puedo ser específico con este tema, y lo lamento. Pero tenéis que prometérmelo.

—Claro, señor —. Mike respondió con vehemencia, un poco aturdido por el respeto que le suponía esa figura. Bobby sonrió.

—Espero que sigáis cuidando el uno del otro. Y Robert… vas a hacer que me sienta muy orgulloso de ti. Me alegra que finalmente pases a formar parte de los nuestros.

Y con esas últimas palabras, el Mayor desapareció entre los árboles.

Durante el trayecto de vuelta hacia el coche, Mike no paró de hablar. Era su forma de gestionar la noche fuera de lo común que acababa de vivir. Y Bobby le

prestó total atención, algo en lo que quizá no se había esforzado nunca lo suficiente. Sí, debería intentar recuperar su amistad con Donna, al fin y al cabo habían establecido un vínculo que quizá no era el adecuado para tener una relación amorosa, pero nada excepto el orgullo era freno para ser amigos. Sí, James seguía siendo un cabrito, pero lo mejor que podían hacer era dejarlo correr de una vez por todas, ese chico tenía sus propios demonios. No, debía seguir en la escuela, tenía una dedicación y una disciplina que a él le faltaba y estaba por ver si iba a conseguir trabajar para el señor Horne, con lo que no se consideraba a sí mismo un modelo de conducta precisamente. Y así, hasta subirse al automóvil. El equipo de música se encendió automáticamente al ponerlo en marcha y mientras Mike hacía una maniobra para dar la vuelta, empezó a sonar el tema *Atomic Nightmare,* de los Talbot Brothers.

Oh listen to me nightmare about the atomic bomb
When you hear the story, then I know you're going to want to run…

No llegaron a escuchar más versos. Fue el propio Mike quién sacó del equipo y lanzó por la ventanilla la maldita cinta.

No me siento orgulloso de mi pasado. Ya nadie me llama "Snake", por suerte. Empezó a volverse un poco ridículo cuando se hizo popular ese personaje llamado así de una serie de dibujos animados. Garland Briggs fallecería un par de semanas después, en un incendio en la Estación Alfa. Fue uno de los funerales más tristes, pero también de los más bonitos, que he ido en mi vida.

Me alegra que antes tuvieran ese momento. Ese hombre era capaz de ver debajo de las apariencias. No se equivocó. Bobby volvió a estudiar unos años más tarde e ingresó en la academia de policía incluso sacrificando su lucrativo empleo en el equipo de Ben Horne. Y pese a que yo me dedico a la asesoría financiera me gusta presumir que en ocasiones he echado un cable a mi amigo a resolver algunos misterios, como los crímenes en el granero de la señora Blodgett, con lo que me gané una fotografía en la Gazette junto a Bobby que exhibo con orgullo en mi despacho.

Pero lo extraño de esto es que tan solo una vez le he hablado de esa noche a Bobby, hará unos cuatro años. Y cuando lo hice, me miró como si estuviera loco, y me dijo que eso había sido un sueño que él había tenido y que me contó tiempo atrás. No quise discutir, pero me dio la sensación de que tal vez su mente afrontara el hecho de que matara a un hombre de ese modo. Lo contrario sería… bueno, que yo estoy confundiendo realidad y sueño. Y además uno que ni siquiera es mío. Pero es extraño, ¿no es así? Nunca ha preguntado nadie por el tal Cliff Howard. Como si nunca hubiera existido.

Como si la manera que tenía Garland Briggs de "resolver el asunto" fuera lanzándolo al mundo de los sueños…

La muerte fue en busca de Garland Briggs

Otro Mike y otro Bob replican sus palos en un pasillo de suelo ajedrezado

"Llamarme Snake dejó de ser divertido cuando se hizo popular el personaje de esa famosa serie de TV de animación que es el tópico andante de lo que se espera de un delincuente común de baja estofa."

SOBRE EL AUTOR — JAVIER J. VALENCIA

Mi infancia fue al estilo de la del protagonista de la serie Sigue soñando, con la tele encendida todo el día, pero añadiéndole un montón de cómics a mi alrededor. Con los años me volví editor de fanzines (***Ghostwood***, donde daba rienda suelta a mi obsesión por Twin Peaks), crítico y articulista en medios dedicados al cine y la televisión como *Revistafantastique.com*, *cinefantastico.com* o *pasadizo.com*, colaborador en *Caimán cuadernos de cine*, *Revista SFX*, *Miradas de cine*, *Cine y otras drogas*, el *Diari del Festival de Sitges* o las revistas on-line *Phenomena Experience* y *FilmHistoria*, autor de los libros ***Twin Peaks, 625 líneas en el futuro*** (Recerca ed.,2000) y David Lynch, el zar de lo bizarro (Cameo Media, 2006), guionista de obras de ficción en la productora Proddigi Films S.L. (como el multipremiado *The Only Man*), co-realizador de proyectos audiovisuales y cortometrajes (Planeta Freak, Velada presencia, Doble Angoixa), o redactor de textos para cómics de la DC en *El Catálogo del Cómic*. En el año 2018 he editado ***Universo Twin Peaks*** (Dilatando Mentes), volumen de 700 páginas dedicado a la obra de David Lynch y Mark Frost, y junto con los compañeros de la página ha participado en el libro colectivo ***La guerra de los clones – Más allá de Star Wars*** (Applehead).

LA TAZA DE CAFÉ

Pasa, pasa. La noche es fría, y no debes estar demasiado a gusto ahí fuera, ¿verdad? No, no me equivoco. Y no lo sé por tu pálida piel, ni por tus labios purpúreos, ni siquiera porque estés temblando de arriba abajo. No, son demasiados años aquí arriba, en las cimas que rodean Twin Peaks, cansado, trabajando en este silencioso, desolado y lejano lugar, sin tener más contacto con el mundo exterior que una mísera radio en la que poder escuchar noticias y algo de música. ¿Televisor? ¿Estás de guasa? ¿Has visto alguna antena en mis tejados? No, aquí no pueden llegar las ondas de nada, sólo de la radio.

¿Que cómo me distraigo? Con la radio, ya te lo he dicho. Bueno, también tengo unos libros… en alguna parte de la casa. Unas veces me encuentro unos

pocos por aquí, otras veces veo otro puñado por el cobertizo,… Los de la biblioteca del pueblo deben estar deseando ponerme las manos encima. Me pueden poner una multa de campeonato, seguramente que con lo que me sacasen por ella tendrían suficiente para la reforma del edificio.

Dime, ¿de dónde eres? ¿A qué te dedicas? ¿Tienes familia? Disculpa que te pregunte tanto, pero ya te he dicho mi problema de soledad. Huele bien el café, ¿eh? Espero que te guste. ¿Quieres leche? Me alegro. Mis vacas son unas campeonas. Rico, ¿eh? No sé cómo tostarán el grano. Dicen que es lo más importante, pero yo opino que es lo buena que sabe la leche de mis terneras lo que hace que este café sepa tan rico. Por cierto, ¿nunca te ha dicho nadie que tienes una curva facial muy bonita? No me mires así, no lo digo con mala intención. Pero es así. Tienes una curva maxilar suave, preciosa.

Sí, la verdad es que se podría decir que soy algo así como una especie de aficionado a la anatomía. Me gusta mucho la medicina y, ya que vivo aislado en mitad de la nada, me he tenido que… digamos, *especializar*. Mi salud es de hierro, pero hasta el más fuerte de los hombres tiene su momento de debilidad, y esos malditos patógenos pueden ser terribles en estas soledades.

¿Un ruido? No, no he oído nada. ¿Voces? En absoluto. ¿Acaso crees que tengo montada una fiesta aquí? Esto no es la ciudad, chiquita. Esto es la montaña, y más que eso, estás en una propiedad fronteriza, porque esta es la verdadera frontera entre la civilización y lo salvaje.

¿Otra vez? No, ya te he dicho que no hay nadie más aquí… ¿Ruidos de arrastre? Por favor, no me hagas reír. Esto no es el castillo de Drácula, ni ninguna película de terror. ¿De verdad? ¿Qué es eso de *La Última Casa a la Izquierda*? Aquí no hay más casas, ni a izquierda ni a derecha; sólo esta finca, con el cobertizo, y nada más.

¿Qué gritos? Oye, perdona que te diga, pero te estás convirtiendo en una invitada de lo más impertinente. Ya te he dicho que estoy solo. ¿Arriba? Mi dormitorio. Es calentito, ¿sabes? El tubo de la chimenea pasa por el entresuelo y calienta toda la planta, y en invierno resulta de lo más acogedor. No se siente tanto el frío que, como ya habrás podido comprobar, aquí es afilado como un cuchillo.

La verdad es que me has dejado de una pieza. No esperaba que una chica como tú, tan guapa, con una estructura tan elegante, resultara ser, a la vez, alguien tan arrojada y desinhibida, y que pudiera querer dar rienda suelta a su lujuria con cualquier desconocido.

¿Malinterpretarte? No, yo creo que no. Has estado muy suelta desde que llegaste. No has cesado de hacerme preguntas sobre mí, si estoy solo, y si tengo vecindad cerca. Y, para coronar el pastel, la guinda ha resultado ser que querías saber qué hay en la planta de arriba. Has logrado que te cuente lo de mi dormitorio con tanta facilidad que hasta yo mismo me sorprendo de haber bajado tanto la guardia contigo.

La verdad es que tiendo a ser alguien muy callado, prácticamente huraño. O eso me han dicho alguna vez en el pueblo. Sobre todo los de la biblioteca, y el sargento de la Policía Local, que no puede ni verme, y eso que le conozco desde que era un niño que correteaba por las calles del pueblo cuando aún no levantaba ni un palmo del suelo.

¿Ya estás de nuevo con el ruido? Te estás poniendo muy pesada con eso, ¿sabes? De todos modos, ahora mismo me da vergüenza que vayamos a mi dormitorio. Esta mañana me he levantado muy temprano y me he puesto a hacer cosas del tirón, así que no creo que te apetezca tener la visión de mis calzones sucios tirados por el suelo en tu retina para empezar con lo nuestro, ¿no te parece?

Mira, pienso que es mejor que nos quedemos aquí, en el salón. Meteré unos cuantos leños más en la caldera para que suba la temperatura y no pasemos frío, ¿qué te parece? Además, puedo poner otra cafetera y hacer algo más de café para terminar de entrar en calor antes de empezar. ¿Sabes? Hace mucho tiempo que no estoy con una mujer.

Bueno, ya está. Tendremos café en unos minutos. Por cierto, aún no me has dicho tu nombr… ¡Eh! ¡Eh! ¿Adónde te crees que vas? ¡No! ¡No! ¡No subas! ¡No subas! ¡Serás hija de puta! ¡Maldita zorra!

Mierda, directa a mi dormitorio…

No pongas esa cara. Ya te dije que no había nadie más. ¿Ella? Ella no es nadie, cielo. Es otra campista que se ha perdido por aquí, como tantas otras a lo largo de los años. También me ha intentado seducir, como tú, pero confieso que tú me has prendado de manera mucho más intensa q

¿Qué por qué la tengo amarrada a las patas de la cama? Porque ella me lo ha pedido, vaya. La verdad es que las chicas de ciudad tenéis unos gustos muy raros en la cama, pero un caballero como yo tiene que complaceros en todo lo que pueda, incluyendo el sexo. Confieso que no me hubiera importado haber probado esa modalidad de juegos, pero es que… Mira, te lo tengo que confesar: me has enamorado.

¿Por qué tiemblas? ¡Ah, entiendo! A ti no te va eso de que te amarren y te peguen, ¿verdad? ¿Es por lo del amor? No te preocupes, a mí también me está pasando. Jamás, y te lo repito, jamás me había pasado esto: abrir la puerta, ver a una chica tan preciosa como tú y que el corazón me comenzara a latir de esta manera, y que el cerebro me dijera en ese mismo instante que eso era amor, y que la mujer que estaba ante mí, de pie en el umbral de mi puerta, fuera a ser la mujer de mi vida como me está pasando contigo.

La verdad es que tienes una cabeza preciosa. Esa curva de tu mandíbula es realmente exquisita. Es lo que más me gusta de ti. Esa mirada, esas líneas elegantes que dibujan tu rostro.

¿Ya te vas? No, es demasiado tarde. El camino es muy oscuro y accidentado. Podrías desviarte contra la cañada y precipitarte por el barranco sin quererlo. Ya ha pasado otras veces. ¿Por qué me miras así? ¿Te doy miedo? Espero que no. No quiero hacerte daño. Pero me gusta tu cabeza. Te he dicho que es muy bonita.

Espera, caliéntate junto a la chimenea. Ese temblor que tienes no me gusta absolutamente nada. ¿Por qué has cogido el atizador? Calma, bájalo antes de que alguien resulte herido. Bueno, en realidad, antes de que *tú* salgas herida.

Espera. ¡Espera! Estás golpeando a ciegas. Vas a romper algo. Espero que no sea ninguno de mis libros, porque les tengo mucho afecto, muchísimo más que a las personas, la verdad. ¡Oh, vaya! ¡Mira lo que has hecho! Me has abollado el tubo de la chimenea.

¿A dónde te crees que vas? Eso es la cocina, y no tiene salida. Oye, tenemos que hablar. Me temo que nuestra relación se está torciendo dramáticamente desde hace algún tiempo y…

¿Qué haces con ese cuchillo? No creo que te sirva de mucho. Ten cuidado. Ten cuidado. Confieso que, de siempre, me ha encantado el silbido de una hoja cortando el aire. Esa promesa, casi una certeza, de la muerte que se aproxima me resulta… me resulta muy erótica, vaya.

No, no te estás portando bien ni me estás dando mi sitio. No, esa no es forma de tratar a nadie, y menos aún a mí, que te acogí en mitad de la noche,

cuando más frío hacía y más sola te encontrabas, cuando no tenías qué llevarte a la boca para comer. Te abrí mi hogar, mi mundo, mi corazón. Me temo que voy a tener que encerrarte en la despensa para que medites sobre todo lo que estás haciendo conmigo por qué te estás cargando de esta manera nuestra relación.

Buena estocada, lo confieso. Casi me das. Pero aún no entiendes qué es esto. Si realmente te piensas que una hoja me va a detener, por muy afilada que esté, estás muy equivocada.

¿Ves? No me hace falta ir armado ni ser un especialista para quitártelo. Ni a ti ni a ninguno de los que me visitáis en estas noches. No te preocupes. Yo sí soy todo un experto. No te revuelvas. ¡No me muerdas, no soy cecina! Será todo rápido, te lo prometo.

¡GRASPP!

¿Ves como todo *iba* a ser muy rápido? Aunque te hubiera encerrado en la despensa daba igual. Ya te dije que aquí no hay cobertura ninguna.

Llevas una ropa muy bonita. Y tienes una piel estupenda. Muchas cremas, ¿verdad? Te la noto muy hidratada. Manicura. Peluquería. Y mucho gimnasio. Menudos abdominales. Así da gusto. No obstante, no es nada de eso lo que me interesa de ti. Como ya te he dicho antes, es *tu cabeza* la que me interesa, y la línea de tu cuello es preciosa.

¿Me dejas que la bese? Me… me inclinaré con cuidado para no hacerte daño, ¿vale? Bueno, no sé si me estarás escuchando. Los médicos dicen que el cerebro vive de diez a quince minutos después del momento de la muerte, por lo que suponen que los sentidos se van apagando poco a poco.

Te he roto las cervicales. Lo siento, la costumbre. Ya sabes… los pollos… Bueno, y *vosotras*, las *visitadoras*, como en la obra de Vargas Llosa.

Será un beso suave y sencillo, de verdad. El momento de que mis labios rocen tu cuello… Tu precioso cuello…

Sabe a dulce. Deja que te coja en brazos, no quiero que te canses. Nos vamos al taller. Ya te digo: *sólo me interesa tu cabeza*.

LA CHICA EN EL DORMITORIO

Forcejeó con denuedo para liberarse de las condenadas ligaduras con las que la había fijado al cabecero de la cama, muy antiguo, de hierro forjado, tan sólido como un edificio. No había manera de vencer aquella resistencia; incluso tuvo que pararse en un par de ocasiones al sentir cómo sus propios esfuerzos hicieron que los huesos de sus antebrazos se doblaran como juncos.

La voz de aquella chica fue como un rayo de esperanza en la oscuridad. Había logrado hacer que el pesado lecho se moviera un poco hacia uno de los laterales, rascando el suelo y llamando su atención, pero todo se fue al traste al darse cuenta de que no se trataba de una agente de alguno de los cuerpos policiales de la zona, sino de una campista más como ella misma; incluso creía recordarla de haberla visto visitando curiosa Twin Peaks hacía un par de días.

Luego, vinieron los gritos y las carreras. Ruidos de lucha, en los que algo golpeó con fuerza una superficie metálica que sonó como un gong, y que hizo que el sonido ascendiera hacia el cuarto como una columna sonora, hasta que un siniestro chasquido restalló y se hizo un tangible y pesado silencio.

Al cabo de un rato, la puerta se abrió, apareciendo aquel tarado en el dormitorio. Era un hombre guapo, tenía que reconocerlo, pero ahora mismo le parecía el más retorcido monstruo que una mente pudiera imaginar.

—Vamos a dar una vuelta —dijo, inclinándose sobre ella.

Y se hizo una profunda oscuridad en la que todo se convirtió en un revoltijo macabro y confuso, una pesadilla sin pies ni cabeza en la que todo se mezclaba para crear una estampa tan escalofriante que parecía salida de la mente de El Bosco.

Un blanco cegador la devolvió a la realidad y la chica se vio corriendo aterrada por el bosque, que se encontraba envuelto por un bello manto de nieve. Corrió sin rumbo, con el único deseo en su mente de salir de allí viva, de escapar de aquel maníaco hijo de puta y no volver jamás. Llamaría a sus amigos. Sí, eso haría. En cuanto llegase otra vez a la ciudad. No se daría ni un respiro, el tiempo de cruzar el umbral de su casa y descolgar el teléfono para pulsar alguno de los dígitos que componían sus números.

Escuchó sus propios jadeos quemándole los pulmones, los brazos, las piernas,… No, no era eso lo que la quemaba. Era la nieve, la blanquísima nieve que lo cubría todo.

Ir corriendo completamente desnuda no era un buen deporte.

Los copos crujían bajo sus pies. El vaho formaba blanquecinas cortinas ante sus ojos. Y no podía distinguir lo que veía. Sólo manchas oscuras en medio de un folio en blanco. Nada que le permitiese saber por dónde iba. En un par de ocasiones se chocó ruidosamente contra los árboles, ciega de miedo, y se había hecho numerosos cortes al atravesar la maleza.

Todo acudió de golpe a su memoria.

Recordó todo lo que había sucedido desde su llegada a Twin Peaks. Al principio le pareció divertido. Una noche de viernes más, haciendo turismo rural esta vez. El tipo le pareció simpático, un ligue. Podría decir que se había tirado a uno de aquellos paletos, que acamparon bajo las estrellas, que lo habían hecho en perfecta comunión con la naturaleza. Y él era uno de tantos. Simpático, con aquel aspecto pueblerino sano y sin malicia, con una cerveza en una mano y la otra oculta en el bolsillo de sus pantalones, en esa edad indeterminada en el que el hombre resultaba más interesante para la mujer.

Le dijo que ver el amanecer en el bosque era fantástico. La invitó a contemplar el alba en su camioneta. Por supuesto, ella sabía que, de amaneceres, una leche: lo que quería era justo lo mismo que la chica había ido a buscar en la taberna. En efecto, había un colchón bastante mullido en la parte posterior de su furgoneta, sobre el que mantuvieron relaciones sexuales. Luego,

él se vistió, la envolvió en una manta y se sentaron en la parte delantera a ver la salida del disco solar. Entonces, su tratamiento hacia ella se volvió bastante más duro. Supo que algo iba mal cuando desenvainó un largo cuchillo de monte.

—Fuera —le ordenó con voz vacua.

Puso cara extrañada, sin comprender qué estaba haciendo, por con la absoluta certeza de que se le había acabado la suerte de los ligues, que le había tocado un tipo raro que le gustaba el fetichismo duro o el sadomasoquismo más extremo, antes de que se apagaran las luces.

Ya no recordaba nada más hasta que se vio atada al cabecero de la cama. Debía usar algún tipo de droga, porque se encontraba aturdida casi todo el tiempo y un extraño hormigueo recorría las cavernas de su cuerpo por dentro.

Luego, se volvió a ver en la furgoneta, sentada a su lado. Le pareció que movía una mano, pero no estuvo segura hasta que notó algo cálido y viscoso goteando desde su mentón. Las gotas de sangre manaban de la herida en la barbilla que le acababa de hacer con un simple roce de la hoja.

Con manos temblorosas, abrió su puerta y se bajó del furgón. Era un cazador experimentado, sin duda. Se movía con una agilidad extraordinaria, y tan rápido que aparecía y desaparecía de su mirada en de décimas de segundo. Estiró una fuerte mano y le quitó de un tirón la manta que la envolvía, dejándola completamente desnuda. Ridículamente, se tapó el sexo y los pechos, arrodillándose y gimiendo por su vida, mientras el otro se dirigía a la parte

posterior de la furgoneta. Buscó algo entre los bultos que había allí, sacando un estuche alargado. Lo abrió, extrayendo del interior un rifle de caza con mira telescópica.

—Quiero que corras —le dijo—. En la dirección que quieras.

—Quiero irme a casa —sollozó.

—¿Dónde está tu casa? —le preguntó con voz dulce.

—En la ciudad —gimió la muchacha.

—Bien, veamos —suspiró, mirando a su alrededor—. Tu casa está en esa dirección, pero demasiado lejos para que puedas llegar a pie sin reventar por el esfuerzo. Aunque podemos hacer un trato —sonrió—. Mira, el río está en esa dirección —señaló, con el brazo extendido y el fusil descansando sobre el hombro—. Está a un kilómetro, más o menos. Si llegas hasta allí, te dejaré marchar. Prometido.

Se quedó inmóvil sobre la nieve, tiritando más de miedo que de frío. Viendo que no se movía, el otro bajó el arma hasta que la encañonó sobre el entrecejo. Le pareció el siniestro ojo de un dios macabro, oscuro y lleno de los gritos de terror de todas sus víctimas, a las que había engullido inclementemente.

—Te estoy dando una oportunidad para vivir —le advirtió en tono agresivo—. Ahora bien, si quieres que terminemos por la vía rápida…

Con paso torpe, se levantó y comenzó a correr en la dirección señalada. Caminar descalza por la nieve era como hacerlo sobre un lecho cristales. Una gama infinita de aristas y frías cuchillas se clavaban en la dermis de la planta. A

los pocos segundos creyó que ya no le quedaba piel sana sobre aquella parte del pie. Estaba completamente insensible, dormida. Sintió una gran envidia.

Se detuvo y se giró. Una duda aterradora la asaltaba.

—¿Y cómo sé que no me dispararás por la espalda mientras corro? —le preguntó.

—Tienes una ventaja de dos minutos —le comunicó el otro—. Mucho más de lo que debiera darte.

—¿Por qué haces esto? —jadeó la joven.

El otro sonrió.

—Porque te amo, pero tú a mí no, y estoy harto de sentir vuestro desprecio. Odio el rechazo, y es lo único que obtengo de vosotras —admitió. Volvió a bajar el extremo del arma, apuntando a su vientre—. Corre o muere, pero no me hagas perder el tiempo.

Y la chica se dio la vuelta y corrió desesperadamente. No sentía los pies, pero no le importó en absoluto. Lo único importante era correr. Correr y salvar la vida.

Le pareció escuchar el arrullo del río muy cerca, a su izquierda. Dirigió hacia allí sus últimos esfuerzos. La nieve crujía, la maleza la arañaba, y las mucosas expulsaban una sangre que se congelaba al instante sobre la línea de su labio superior formando una costra sanguinolenta, y los labios rasgados por el aire. Pudo ver los primeros destellos argentados de la corriente a unos doscientos metros de ella. El fulgor la cegó un instante y la felicidad invadió su corazón.

Escuchó un estampido y la sangre se le heló en las venas. Supo que la detonación venía del lugar en el que la soltó, pero no podía ser posible. Casi

había cubierto todo el kilómetro. Había corrido unos cinco minutos sin descanso, pero no lo había oído venir detrás. Sus pisadas en la nieve, su aliento cansado, o un algo que le hubiera delatado, pero nada. Estaba segura que se había quedado quieto junto a su furgoneta.

Y ese disparo sonaba de tan lejos…

El expreso del Infierno la golpeó en el hombro derecho, desequilibrándola, pero no cayó. Hubo una segunda detonación, algo estalló en su nalga izquierda, y esta vez sí la derribó.

***

El cazador se llevó otro bocado de carne seca a la boca sin perder de vista a su presa a través de la mira telescópica. Ya casi había recorrido la distancia reglamentaria, y podía dar al traste con su juego.

No. Nunca se le había escapado una pieza, y esta no iba a ser la primera. Si se reían de sus sentimientos, de la pureza de su alma, lo pagarían. No sería nunca más una bestia, sino que las putas serían los animales a batir.

Que sintieran los proyectiles de su amor.

Se colocó la cecina entre los dientes y apuntó con cuidado. Era buena, sí. Se había metido por la maleza. Las otras no fueron tan ingeniosas, de modo que no pasaron de convertirse en blancos fáciles para abatir larga distancia, pero esta se encontraba medio oculta por los árboles y la vegetación, lo que le obligaría a ser algo más preciosista en el disparo. Se relajó. Pudo escuchar las pulsaciones de sus latidos sobre sus orejas. Siguió a su blanco en silencio. Descendió la frecuencia respiratoria. El índice acarició el gatillo. El retroceso le empujó hacia detrás y una nube de pólvora se alzó en el aire un instante antes

de que tronase el disparo. El paso del proyectil quedó marcado por estelas blanquecinas de la nieve y las ramas que iba quebrando en su trayectoria.

Apareció un punto rojo sobre su omoplato. Se sonrió. Al fin y al cabo, no se le desvió el tiro tanto como creyó en un principio. La chica trastabilló pero no cayó, y continuó con energía su particular cabalgada hacia la libertad.

—¡Mierda! —maldijo, sin soltar la carne de entre los dientes.

Los años de caza le habían hecho desarrollar una particular habilidad a la hora de disparar a sus presas: sosteniendo en arma por el cañón, la mano que apretaba el gatillo buscaba el cerrojo y desalojaba la cápsula vacía antes de volver a llenar la recámara con un nuevo proyectil, sin perder al blanco de vista.

Escuchó el chasquido metálico del arma y la estela de calor de la cápsula consumida acarició su mentón. Corrió el cerrojo mientras la presa daba un par de zancadas. El dedo se volvió a colocar una vez más sobre el gatillo, acariciándolo con suavidad.

La chica cayó de bruces. Comprobó con deleite que le había destrozado la nalga izquierda y, por ende, la cadera, así que se lo podría tomar con más calma. Se colgó el arma atravesada sobre el pecho, la correa en el hombro, y se agachó a recoger el cartucho vació. Luego, se dirigió a la furgoneta y recargó el rifle. Las dos cápsulas vacías fueron a parar a una caja de cartón que escondía en la guantera. Encendió el motor y maniobró con rapidez. No quería que se le escapase con vida.

***

Tendida en el suelo, la muchacha se arrastró clavando las uñas con fuerza en el suelo, tragando nieve y algo de tierra helada. Los ojos se le llenaron de lágrimas que se convirtieron en gélidas cuchillas que le desgarraron los pómulos.

No, no podía ser verdad. Aquello no podía estar sucediendo en realidad. No, no podía ser verdad. Aún así, no le daría ese gusto. No, llegaría al río, se zambulliría en el agua y se iría de ese puto lugar, y sólo volvería acompañada por la policía local de Twin Peaks, la Estatal, o el puto FBI, tanto daba, y que le encerrasen de por vida en la cárcel.

Jodido hijo de puta…

Escuchó el rugido de un motor acercándose a todo trapo. No se dio la vuelta para ver quién era. Se apoyó en ambos brazos a pesar del dolor, y cojeó sobre la pierna hacia el extremo de la loma. Se dio cuenta de que habría unos diez metros de caída hasta el agua, pero eso ya no le importaba.

Era fundamental llegar al río.

***

A sus espaldas, el tirador tenía la mirada desencajada mientras se prometía que no se escaparía tan fácilmente. Estaba a punto de llegar al río y ganar, y a él nadie le ganaba. Dio un golpe de volante haciendo girar de costado el vehículo, derrapando sobre la nieve. Echó mano del arma en el preciso instante en que la joven llegaba al borde del montículo, a punto de saltar al vacío. No tenía tiempo de apuntar. Sacó el fusil por la ventanilla sosteniéndolo con la zurda y apretó el gatillo. Algo estalló con fuerza entre los omoplatos de la chica. Estaba muerta antes de caer.

Su perseguidor se bajó con rapidez de la furgoneta y corrió hasta el final de la loma. Tenía que recuperar el cadáver. El río aún no se había helado del todo. No podía permitirse el lujo de perder el cuerpo y que las autoridades se hicieran preguntas.

La vio flotando sanguinolento entre el rugido de algunos torbellinos de espuma antes de perderse bajo la superficie. El cazador gritó de ira y su bramido resonó por todo el bosque.

EL CADÁVER

La belleza de un amanecer junto al río es algo casi inexplicable. Las aguas están quietas y casi mudas, salvo por el alegre gorjeo de la corriente. Su límpida superficie va abandonando paulatinamente el negro atavío de la noche y se va llenando de tonalidades de color ámbar, rojo, anaranjado, y amarillo. Las lomas de los circuitos de agua se van llenando de chispas y de estrellas mientras el cielo va adquiriendo el tono azul cristalino, claro, que le es habitual.

Para los trabajadores de una planta depuradora de aguas, el amanecer no es más que el principio del final del turno de noche, o el comienzo de la jornada. Un agotado técnico de mantenimiento recibió la llamada de echarle un vistazo al primer filtro de la depuradora número siete que no iba demasiado bien. El programa informático sólo decía *FALLO PROBLEMAS DE FILTRADO*, de modo que tenían que empezar el día con un quebradero de cabeza, para despejarse deprisa.

—Esto es una mierda —rezongaba el hombre—. Toda la puta noche en vela, me toca irme a casita, y me tienen que llamar para que me meta en la mierda hasta el puto cuello. ¡Puta mierda!

Se colocó un traje estanco de neopreno, unas gruesas botas lastradas, y la escafandra. Comprobó su cinturón y que el aire salía bien y sin dificultades. Un par de compañeros le aseguraron una cuerda en torno a la cintura. No sería la primera vez que había que desmontar el filtro y el operario era absorbido por la poderosa corriente.

Levantaron una escotilla de acceso mientras un tercer operario aseguraba la soga que sujetaba a su compañero a una polea con motor. En caso de necesidad, activarían el mecanismo y le remolcarían hasta la superficie. Prepararon un trípode para mejorar la sujeción y el arrastre.

Se zambulló. Era como bucear en una sopa de tinta. Todo oscuro, sin ver nada en absoluto. Se palpó el cinturón para aferrar la pesada linterna e iluminar un poco aquella oscuridad, pero la claridad no pasó de ser un haz de luz que aparecía ante sus ojos de cuando en cuando. Escuchó un chirrido eléctrico en sus auriculares.

—¿Cómo va eso? —se interesó uno de sus compañeros.

—Como una mierda —maldijo el hombre sudando a mares bajo el traje impermeable—. Aquí no se ve ni un carajo. No puedo ver ni el puto filtr… Espera. Creo que ya lo veo. Me acerco a tientas. A ver si la linterna ilumina lo suficiente como para…

Un destello dibujó la estampa que necesitaba ver. Había de todo: desde limo y ramaje hasta peces muertos, pasando por vegetación submarina del río, e incluso basura. Pero nada lo suficientemente grande como para obturar el filtro.

—Aquí no se ve nada extraño —comunicó.

—Son tres metros de vallado —le replicó el otro—. Tienes que comprobarlo por completo, y no me digas que ya lo has hecho porque te acabas de sumergir.

—¿Para qué coño me sacaría yo el título de buzo? —rezongó—. Explorando el resto del alambrado.

—¿Visibilidad?

—Casi nula. Con la linterna, apenas medio metr…

Retiró el brazo con rapidez. Había tocado algo muy blando y flexible que le había envuelto el brazo con mucha rapidez, o eso creía.

—¡Hostias! —gritó—. ¡Tíos, me parece que tenemos un puto bicho aquí dentro!

—¿Qué es? —se interesó el otro.

"*¿Qué qué era? Pues ni puta idea, oye.*"

—Un pulpo o algo así —dijo, tras una breve reflexión.

Hubo carcajadas por la línea. A él no le hicieron ninguna gracia; de hecho, estaba recorriendo la turbulencia con la linterna buscando el objeto extraño.

—Esto sólo traga agua del río —comentó su compañero—. ¿No será un esturión, como la otra vez?

—¡Que no, que no! —exclamó—. ¡Que se mueve, y es delgado, y envuelve mi mano cuando intento tocarlo! ¡Para mí que es un pulpo, o un bicho similar!

Se hizo un breve silencio en el intercomunicador.

—Vale —dijo el otro—. Trata de averiguar qué es. Al menor problema grita y te sacamos.

El operario se acercó despacio, agitando la linterna arriba y abajo en un intento por ver algo. De pronto, una forma se dibujó nítidamente ante sus ojos. Se quedó helado a causa de la impresión, inmóvil y rígido como un bloque de hielo. Parpadeó un par de veces, incrédulo ante tal espectáculo, mientras su aumentaba sudoración y se agitaba su respiración.

—¿Qué pasa? —le preguntó un operador, impaciente.

—¡¡SACADME DE AQUÍ, JODER!! —aulló el hombre, presa del pánico.

El operario que hablaba con él estaba apretando el botón antes de que terminase el alarido. La soga se tensó mientras la polea recogía la cuerda. Entonces apareció por la escotilla de acceso el buzo, pataleando y braceando, sin dejar de gritar.

—¿Qué pasa? ¿Pero qué pasa, joder? —le gritó uno de sus compañeros, tratando de evitar el alud de patadas y puñetazos que daba el otro.

—¡UNA MUERTA! ¡UNA MUERTA! ¡AHÍ ABAJO HAY UNA MUERTA! ¡QUE HAY UNA MUERTA, JODER! ¡ESA TÍA ESTÁ MUERTA, HOSTIAS! —vociferaba el buzo, horrorizado ante el macabro espectáculo que acababa de contemplar, ya impreso de por vida en su retina.

Los otros dos se miraron confusos y asustados.

—Que avisad a los estatales y al FBI, ¡rápido! —ordenó el más veterano.

Una mano descolgó el teléfono y marcó el teléfono de emergencias.

El hombre salía de la tienda cargado con una pesada caja. Llevaba mucha comida envasada, especias, y alguna que otra cosilla que le podía hacer falta allá arriba, en su soledad de alta montaña, los picos gemelos que rodeaban Twin Peaks. Aún tenía que pasar por la ferretería para comprar silicona y unas herramientas con las que poder hacer un par de reparaciones.

Era un año de lobos, con las bestias rondando su cercado hambrientas. Le encantaban aquellos animales, pero no iba a permitir que se comieran ni una sola res de cuantas tenía. Cada animal muerto podía significar una ruina para su bolsillo, y no vivía en la abundancia, precisamente.

—Colin —escuchó a sus espaldas mientras cargaba su furgoneta.

Se dio la vuelta. Se encontró de cara con el sargento de la policía local y con su adjunto, que parecía no ser más que un guardia raso, a tenor de las hombreras desnudas de su uniforme. Esbozó la mejor de sus sonrisas, que era como decir que hizo como que arqueaba de manera casi imperceptible las comisuras de su boca.

—Hola.

—¿De dónde vienes? —le interrogó el funcionario.

—De comprar legumbres, y algunos alimentos secos que me puedan durar en la granja mientras duran las nieves —dijo, con total naturalidad.

—Ya. ¿Sabes lo de la chica? —continuó el otro.

—No. No tengo contacto con el mundo si no bajo al pueblo, y hace semanas que no lo hacía.

—Pues es curioso, porque hemos encontrado una chica muerta a balazos de un arma de caza en el río —intervino el segundo guardia.

El interrogado compuso una expresión neutra en el rostro.

—¿Y? —se limitó a decir.

—Que no ha habido partidas de caza por la zona desde hace meses —señaló el adjunto—. Desde que terminó el otoño, para ser concretos.

—Furtivos —señaló el interrogado—. Esta zona es muy codiciada por los furtivos por las presas de caza mayor que se pueden cobrar por aquí. ¿Han mirado algo de eso?

—No, pero hemos mirado que la única persona en todo el pueblo que tiene un arma con características que se ajustan a las heridas de la fallecida —le dijo el sargento.

—Creo que no soy el único con arma larga en el pueblo, o en los pueblos cercanos, ¿verdad?

—Un rifle capaz de tumbar a un oso… Sí, el tuyo es el único de por estas latitudes —El sargento continuó con su tesitura.

—Bueno, es probable que sea el único en estos andurriales que tenga un arma de esas características *registrada*. Lo que no quiere decir que alguno de nuestros amables convecinos no haya adquirido una igual o similar por otros medios y que, temeroso de la acción de las Fuerzas del Orden, no lo haya puesto en su conocimiento, sargento.

—Es probable —El policía mascó cada palabra—. Creo que te ibas ya, ¿no?

—Eso intento.

—Te estaremos observando —aseguró el guardia raso.

—No esperaba menos —dijo el interrogado, subiéndose a su vehículo—. Pero no creo que vaya a verle desde mi montaña, sargento.

—No, no me refiero a eso. Como el cadáver ha aparecido en una instalación de la Red Federal de Aguas, nos mandan a un tipo del FBI, un nota algo extraño llamado Dale Cooper. Es curioso, porque no se sorprendió por la noticia. Me dijo que había soñado con la fallecido veinticuatro horas antes de que se lo comunicasen sus superiores de Bureau, y que la clave se encontraba en la nieve de estos picos —añadió, señalando las cimas que había a sus espaldas con el pulgar.

El cazador calló.

—Señores, nos vemos. Buenos días —Y arrancó. Una pareja cruzaba la calle, un hombre en edad madura de rostro impenetrable y fuertes entradas en su negra cabellera acompañado de una preciosa jovencita de rubia melena rizada—. Hola, Leland. Laura —Saludó a padre e hija al pasar junto a ellos, recibiendo por parte de ambos una hosca mirada de desconfianza.

No se detuvo hasta que llegó a su granja, en mitad de una montaña que ya comenzaba a resultar del todo impracticable por los centímetros de copos de nieve que se acumulaban por los caminos. Se felicitó por haberse provisto para lo que podía resultar ser un largo invierno. Sus bestias no pasarían hambre ni tendrían frío, ni él tampoco. Las despensas estaban llenas. Los generadores

contaban con combustible de sobras. Los depósitos de reserva estaban llenos. Había gas para la calefacción de los graneros y los establos.

Todo perfecto, salvo por un detalle.

Su corazón seguía roto.

Había hecho una cafetera. El brebaje olía fuerte, ascendiendo en aromáticas volutas azuladas desde la taza mientras Colin, acomodado en un pesado sillón orejero, se dedicaba a contemplar la pared de su cuarto de los fracasos. Se encontraba en la planta de arriba, justo al lado de su dormitorio, pero solía tenerlo cerrado con llave. Lo odiaba, pero lo usaba de cuando en cuando para recordarse lo mala que era la vida y el desprecio general que le profesaban las mujeres.

Sólo un momento de placer, antes de convertirse en historia pasada y, luego, en olvido.

Y él no quería ser olvidado. Su corazón albergaba mucho, muchísimo amor, y quería demostrarlo. Tenía la necesidad de que el mundo viera la materia de la que se encontraba hecho. No era un simple paleto montaraz que vivía aislado de la puta civilización.

Estaba hecho de *amor*.

Se llevó la taza a los labios y tomó un sorbo. Catorce cabezas disecadas colgaban de la pared, firmemente ancladas en sus soportes de madera, sin nombres ni fechas, con los rostros de sus víctimas mirando al infinito con sus ojos de cristal. Podía recordar cada sonrisa, cada orgasmo, cada imperfección de su piel, hasta el olor de cada una de ellas.

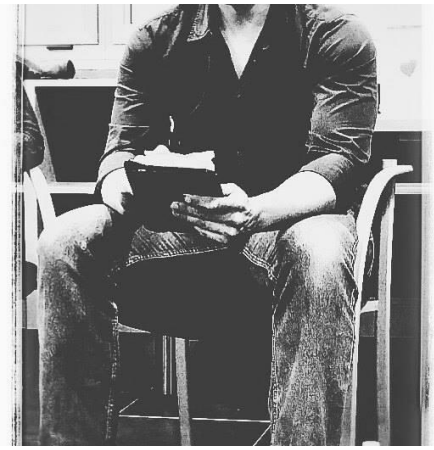
Salvo de una, pero no le preocupaba. El arma de caza que había utilizado no era suya. Se la había robado a un cazador al que mató durante una partida en las montañas, antes de hacer desaparecer el cadáver en un incendio que él mismo provocó. La suya, en efecto, estaba registrada y tenía sus papeles en regla, pero esa no la usaba nunca, salvo para cobrarse algún corzo o piezas similares de caza mayor.

Iba a ser un invierno largo. Y él necesitaba tantísimo amor…

En silencio, se sirvió una nueva taza de café.

SOBRE EL AUTOR — JAVIER LOBO

Javier Lobo es el pseudónimo con el que trabaja un autor andaluz de género de terror. Lo que empezó siendo un humilde blog, se ha convertido en un trabajo que le ha llevado a publicar su primera novela, “El Oni en la Alfombra”, en Amazon, de la que os dejo el enlace: myBook.to/yokai



Las lechuzas no son lo que parecen

José M. Moreno

El agente Cooper conducía su Ford *Taurus* por la sinuosa carretera que llevaba hasta la pequeña localidad de Twin Peaks por su parte norte. En el plazo de un mes habían desaparecido ocho chicas en esa zona, siete en pueblos de alrededor y la última, hacía una semana, en esa localidad. El FBI había decidido tomar cartas en el asunto y por ese motivo lo habían enviado a él allí.

Rodaba a poca velocidad, como siempre que reflexionaba sobre algún caso. Tenía puesta la radio a un volumen muy bajo y apenas se escuchaba la música que emitía la emisora de radio local que había seleccionado. De haber prestado atención, la hubiera apagado con toda seguridad, porque la canción que sonaba era una auténtica porquería, como la gran mayoría de las que habían puesto esa mañana. Cooper contemplaba los majestuosos abetos Douglas que crecían a ambos lados del camino como si quisieran engullirlo y sepultarlo bajo sus frondosas ramas. Su fragancia llenaba el coche a través de las ventanillas abiertas y a pesar del frío que entraba por ellas, prefirió no cerrarlas. Un pájaro cantó muy cerca y él no pudo evitar sonreír a pesar de que su cabeza era un hervidero de pensamientos relativos al caso.

–Diane –dijo mientras agarraba la grabadora que siempre le acompañaba y pulsaba el botón para iniciar la grabación–, estos bosques son una auténtica preciosidad. Creo que cuando tenga algún día libre voy a venir por aquí de visita.

Dejó atrás un cartel indicador que anunciaba la inminente aparición de la localidad y a los pocos minutos penetraba en ella. Se dirigió directo y sin perder tiempo a la oficina del *sheriff* Truman tras atravesar varias calles en las cuales

se veía bastante actividad. Algunos de los lugareños le lanzaron miradas de abierta desconfianza, como si en lugar de tratarse de un agente de la ley fuera un forajido que llegara para llevarse todos sus ahorros.

Aparcó su viejo Ford delante de la puerta y entró en la oficina. Tras mostrarle sus credenciales al agente que salió a recibirle, éste le condujo de inmediato al despacho de Truman, que se encontraba reunido con una bella mujer de aspecto asiático con la que parecía tener una conversación de tipo íntimo y que le hizo suponer que había algo entre ellos. Tras las pertinentes presentaciones entre ellos, el *sheriff* le presentó a su acompañante como Josie Packard, dueña de la Serrería Packard desde que se había quedado viuda de su marido, Andrew Packard. Se dieron la mano y tras una breve conversación, ella se excusó enseguida diciendo que tenía asuntos que atender. Se despidió de él deseándole suerte en la investigación y después se despidió del sheriff con un beso, lo que confirmó sus sospechas de que estaban juntos. Cuando se hubo marchado, Truman le ofreció un café que él aceptó encantado y pasaron sin más dilación a cambiar impresiones sobre el asunto que los había reunido allí.

–Como ya sabe, han desaparecido varias chicas de los pueblos de alrededor en este último mes. Tres en Little Town, dos en Harrisville y otras dos más en Westwood Valley. Laura Palmer es la primera que ha desaparecido en Twin Peaks –dijo Truman mientras le mostraba una fotografía de ella donde aparecía una bonita chica de pelo rubio y sonriente en un primer plano.

Cooper estudió el retrato unos segundos con la intención de guardar en su memoria los rasgos físicos de Laura, un hábito que había adquirido y que ponía en práctica siempre que investigaba alguna desaparición.

–Por ahora no se han puesto en contacto con sus familias –prosiguió Truman, que le alcanzó al agente una carpeta con las fotos y los informes de las otras chicas desaparecidas–. Tampoco ha habido petición de rescate en ningún caso, ni ha aparecido ningún cuerpo, por lo que no sabemos si han sido secuestradas y las retienen a la fuerza o si se han ido por su propia voluntad. Ambos casos serían lo deseable, más el segundo que el primero, porque eso significaría que todavía siguen con vida. La otra posibilidad es la que me aterra de verdad y me produce escalofríos. Y ya sabe cuál es.

Dale Cooper asintió en silencio mientras asimilaba las palabras de Truman. La posibilidad de que todas las chicas estuvieran muertas, como había sugerido el *sheriff*, no era descartable en absoluto. De hecho, su instinto le hacía decantarse por esa opción desde el principio, lo cual significaría casi con toda seguridad la actuación de un asesino en serie. Una noticia que de confirmarse haría saltar todas las alarmas y podría crear un indeseado estado de psicosis entre la población.

Truman miró con intensidad a los ojos a Cooper.

–Tiene que ayudarme a detener esto, agente Cooper –imploró con la mirada–. Tenemos que encontrar a Laura Palmer y descubrir qué demonios está pasando en toda esta zona. No le negaré que estoy profundamente preocupado por este asunto. Mi deber como *sheriff* es garantizar la seguridad de todos los habitantes de Twin Peaks, pero no lo estoy cumpliendo si dejo que desaparezcan sin saber qué les ha podido ocurrir.

–Estoy de acuerdo con usted, *sheriff* Truman –convino Cooper–, y pienso poner todo mi empeño en ayudarle a resolver estas desapariciones. Pero dígame, ¿qué

clase de chica es Laura? Necesito saber cómo es, sus gustos, aficiones, amistades, etc. Eso me será de mucha utilidad en la investigación.

–Se trata de una chica ejemplar. Hija única; buena estudiante; no suele salir por ahí de fiesta; echa una mano de manera voluntaria en la biblioteca… No puedo decirle nada malo de ella. ¡Ah!, hace apenas dos meses que ha perdido a su madre, pero dudo mucho que tenga nada que ver con el caso.

–Ya veo, ¿y qué pistas tienen sobre su desaparición? Supongo que habrán hablado con sus familiares, amigos y vecinos y alguien habrá aportado algo.

–En efecto, hemos interrogado a todos los que pudieran informarnos de algo de interés, pero ha sido una labor infructuosa. –Le tendió una lista con todos sus nombres, que él ojeó unos segundos antes de guardársela en un bolsillo–. Ni su padre, ni sus amigos, ni los vecinos cercanos han aportado nada que fuera de utilidad. Tan solo Lady Leño, una vecina, ha comentado haber visto algo raro, pero esta mujer está trastornada desde hace muchos años, ya lo comprobará usted si habla con ella, y sus palabras tienen el mismo valor que nada. La mayor parte del tiempo se la pasa desvariando sobre extraterrestres que nos visitan por las noches, espíritus que nos acechan y apocalipsis varios que se nos vienen encima. Eso por no comentar que va a todas partes con un leño al que lleva abrazado y al que habla como si fuera un bebé, de ahí el mote con el que la conoce todo el mundo en Twin Peaks.

–¿Abrazado como un bebé, dice?

–Sí, todo el mundo cuenta la historia de que Lady Leño está trastornada porque perdió a su hijo cuando ella era muy joven, aunque nadie sabe a ciencia cierta si eso es verdad o no. Yo la conozco desde que llegó y se estableció en el pueblo,

hace casi veinte años, y siempre ha sido así. Por suerte, es inofensiva del todo y en general suele rehuir el contacto con los demás vecinos.

–Muy bien, de todos modos pasaré a hacerle una visita por si puedo sacar algo que nos sirva. Nunca se sabe quién te puede aportar la pista que te lleve por el camino correcto para resolver el caso.

El *sheriff* Truman asintió con la cabeza a las palabras que había dicho el agente Cooper. Sabía por propia experiencia que muchas veces el testigo que menos esperaba era el que le había facilitado una pista crucial en alguna investigación. Se ofreció para acompañarle, pero él declinó la oferta tras explicarle que prefería entrevistar a los testigos por su cuenta. Se despidieron con un apretón de manos después de que el *sheriff* le facilitara la dirección y el nombre verdadero de Lady Leño. Pero justo antes de salir de la oficina recordó algo y entonces le preguntó por algún motel donde poder conseguir una habitación y ya puestos, algún sitio donde ir a pegar un bocado. Tras apuntar los datos que le dictó el sheriff, le dio las gracias, se montó en su coche y partió en busca de ambos lugares.

***

Lo primero que hizo fue alquilar una habitación en el motel que le había indicado el *sheriff* –un bonito edificio de tres alturas y color rojo situado casi en las afueras del pueblo– y después se marchó a comer. El restaurante que le había sugerido Truman era de lo más acogedor y el servicio era excelente. Shelly, la camarera que le atendió, era una preciosidad que derrochaba simpatía y profesionalidad.

–Encantada de conocerle y bienvenido, agente Cooper –le había dicho con una sonrisa cuando él se presentó–. Espero que se encuentre a gusto en Twin Peaks.

Él respondió que se encontraría muy a gusto si todo el mundo allí era tan simpático como ella, lo que le arrancó una sincera carcajada. Shelly le dijo que confiaba en que pudiera resolver el caso y encontrar a Laura con vida. Él le dijo que lo iba a intentar con todas sus fuerzas y a continuación le pidió comida como para dos personas, Le llevó un buen rato terminar con ella, pero cuando lo hizo estaba más que satisfecho. Al acabar se permitió un rato de tranquilidad en el cual no hizo nada más que saborear la deliciosa tarta de cerezas que había pedido de postre y observar a los demás comensales –que también lo observaban a él– mientras dejaba que el tiempo transcurriera sin prisas.

–Diane –le dijo a la grabadora–, esta tarta debería ser Patrimonio de la Humanidad.

Un rato más tarde, con el estómago lleno, abandonó el local tras dejar una generosa propina y prometer a Shelly que regresaría otro día. Su destino ahora era la casa de esa singular vecina conocida como Lady Leño, que esperaba que pudiera aportarle algún dato interesante. Subió a su Ford y apenas cinco minutos más tarde llegó al lugar. Bajó del coche y fue andando hasta la casa, que se veía algo descuidada. Comprobó que le faltaba una buena mano de pintura y también algunas pequeñas reparaciones en tejado y ventanas. Encontró a la mujer en el porche de su casa, sentada en una mecedora rodeada de una alfombra de hojas secas. Se balanceaba mientras acunaba al leño entre sus brazos.

–Buenos días, señora…

–Shhhh –le interrumpió ella sin apartar la mirada de aquel trozo de madera–. Va

a despertar al bebé.

Cooper contempló a la mujer durante unos segundos y empezó a dudar si lograría sacar algo positivo de ella.

–Soy Dale Cooper, agente del FBI, y he venido a Twin Peaks a colaborar en la investigación de la desaparición de Laura Palmer y las otras chicas. El *sheriff* Truman me ha contado que al parecer vio usted algo sospechoso esa noche, ¿es eso cierto?

Silencio por parte de la mujer, que seguía con la vista clavada en su «bebé», como si no fuera consciente de la presencia del agente y no hubiera escuchado lo que le había preguntado. Cuando Cooper estaba a punto de repetirle la pregunta ella contestó con una frase que no tenía ningún sentido para él.

–Las lechuzas no son lo que parecen –murmuró con la mirada perdida en alguna parte.

–Perdón, ¿cómo? –preguntó Cooper confuso.

Lady Leño no lo repitió, volvió a caer en su mutismo y se dedicó a acariciar su querido trozo de madera. Pero de repente su cuerpo se puso en tensión.

–¡Bob! ¡Es Bob! –murmuró con angustia, y desvió su mirada hacia él por primera vez, como si le estuviera diciendo: «Ahora ya lo sabe».

–¿Quién es Bob? –quiso saber Cooper–. ¿Alguien del pueblo?

Y de pronto, tanto la mirada como el rostro de la mujer se relajaron y su expresión se tornó cariñosa.

–Pobre Leland –susurró sin dejar de mirarlo–. Pobre Leland.

Cooper supo que se refería al padre de Laura Palmer. Como sabía por Truman, había perdido a su mujer, Sarah, un par de meses antes de la desaparición de su hija. Palmer debía de estar sufriendo lo indecible por ambos motivos.

–Se refiere al padre de Laura, ¿verdad? –preguntó para intentar llevar la conversación a un punto donde pudiera sacar algo de provecho.

Pero Lady Leño tenía de nuevo la mirada perdida y canturreaba una nana sin dejar de balancearse en la mecedora. Comprendió que no sacaría nada en claro de ella, se dio media vuelta y volvió por donde había venido.

***

Su siguiente paso fue ir a hablar con Donna Hayward, la mejor amiga de Laura, según constaba en la lista que le había facilitado Truman. Barajó verse primero con Bobby Briggs, el novio de Laura, o con Leland Palmer, pero su instinto le decía que podría obtener alguna información interesante hablando con la chica –como así fue– y eso le llevó a decidir que empezaría por ella. No le costó demasiado encontrarla en el bar donde trabajaba entre semana.

–Laura no es la chica que casi todo el mundo cree que es –dijo Donna con tono misterioso en cuanto él se presentó y explicó el motivo de su visita.

Se habían sentado a una mesa para charlar con tranquilidad. Ella se había servido un vaso de Coca Cola, mientras que él había dicho que sí a otro con agua y hielo. Era una chica con un indudable atractivo. Morena, de piel muy

blanca, ojos oscuros y labios pintados de un rojo explosivo. Fumaba un cigarrillo mientras hablaba, y su manera de hacerlo era sexy y elegante al mismo tiempo. Se notaba que era una chica acostumbrada a que los hombres la miraran. Se mostraba muy segura de sí misma y parecía incluso desafiante en su manera de hablar.

–Tiene muchas amistades que su padre ignora. Ciertos amigos y amigas –lo dijo poniendo comillas en el aire con los dedos– con los que tiene relaciones especiales, que su padre no aprobaría jamás. ¿Entiende lo que quiero decir, agente Cooper? –preguntó con una sonrisa insinuante y sin pizca de inocencia.

–¿Esas «relaciones especiales» te incluyen a ti? –preguntó él a su vez.

La joven dio una larga calada al cigarro y tras expulsar el humo, sonrió con picardía y le clavó una mirada intensa antes de responder.

–La verdad es que sí. Laura y yo tenemos nuestros encuentros de vez en cuando. ¿Le gustaría que entrara en detalles, agente? –preguntó mientras deslizaba muy despacio un dedo por el borde mojado del vaso, en un gesto que parecía tener claras connotaciones eróticas.

Cooper advirtió que a ella parecía divertirle todo aquello. No se veía afectada en absoluto por la desaparición su amiga y, además, estaba coqueteando de manera inequívoca con él.

–Dime, Donna, ¿tienes alguna idea de dónde puede estar Laura? ¿Sabes si podría estar escondida en algún sitio, tal vez en casa de alguno de esos amigos o amigas especiales que dices?

–Si le digo la verdad, no tengo ni la menor idea de dónde se puede haber metido.

–Otra calada al cigarrillo y otra mirada intensa, insinuante–. Pero creo que tal vez lo mejor sería que fuese a preguntarles a ellos. Le puedo dar unos cuantos nombres, si le parece bien.

Cooper aceptó su ayuda y se despidió de ella. Cuando salió del bar y la perdió de vista, sintió un gran alivio. Debía reconocer, muy a su pesar, que había en ella cierto magnetismo animal que le perturbaba y le impedía concentrarse.

Se metió en su coche y comparó las dos listas, la que le había entregado Truman y la que le había facilitado Donna. Había nombres coincidentes, pero otros no aparecían en la lista del sherirff y sí en la de la chica, algo lógico por otro lado. Uno que le llamó mucho la atención fue el de Josie Packard. Que Laura y ella se liaran cuando les apeteciera, o se hubieran liado en el pasado, le parecía muy llamativo. Se preguntaba si Truman estaría enterado del asunto.

Estudió la hoja con los nombres de aquellos hombres y mujeres que tenían esas relaciones «especiales» con la desaparecida. Eran más de los que habría imaginado. Pensó, mientras repasaba la lista, que había mucha gente allí que podría tener relación con la desaparición de Laura. Se preguntó entonces, a la luz de lo que acababa de averiguar, qué clase de chica era ella en verdad: la muchacha ejemplar que le había descrito el sheriff o la joven promiscua y bisexual que se acostaba con gran parte del pueblo y que le había dibujado Donna Hayward. Mientras cavilaba sobre ese asunto sintió de pronto un súbito frío que le heló todo el cuerpo y tuvo un oscuro presentimiento: no encontrarían a Laura Palmer con vida.

Encendió el motor del *Taurus* con el deseo de que no se hiciera realidad eso que había presentido y puso rumbo al motel donde pernoctaba. Necesitaba estudiar

la lista a fondo con tranquilidad para decidir qué pasos iba a seguir y a quién iba a entrevistar la próxima vez. Pero primero necesitaba echarse un rato para quitarse el dolor de cabeza que había comenzado a martillear sus sienes desde hacía un rato, justo cuando había entrado en el bar para hablar con Donna. En cuanto llegó a la habitación llenó un vaso con agua, se tragó dos aspirinas, se quitó los zapatos y se dejó caer sobre la cama. Cinco minutos después, dormía a pierna suelta.

***

Despertó una hora más tarde, más despejado y con el dolor de cabeza convertido en apenas un débil hormigueo. Se levantó y se puso los zapatos de nuevo. Sintió de pronto y sin saber por qué la necesidad de salir a dar un paseo por los alrededores del pueblo para aclararse las ideas y cuando se quiso dar cuenta estaba en medio de la nada, rodeado de aquellos imponentes abetos Douglas. El viento agitaba sus ramas y producía un misterioso rumor como si los árboles susurraran entre ellos.

Se introdujo en aquella zona del bosque, que no se encontraba demasiado lejos de donde estaba ubicada la serrería Packard. Algo tiraba de él, una fuerza que lo impulsaba a adentrarse más entre los árboles. Su instinto le decía que iba a encontrar algo importante, quizá alguna pista crucial.

De pronto, una figura fantasmal pasó a su lado y lo sobresaltó. Sacó su arma reglamentaria con rapidez, dispuesto a defenderse de un posible ataque. La

figura voló unos metros y se posó sobre la rama de uno de los abetos y él bajó el arma al identificarla. Se trataba de una impresionante lechuza, enorme y de gran belleza. El animal se lo quedó observando sin apartar los ojos de él, con una mirada extrañamente humana. Tuvo el impulso de acercarse a ella, pero entonces ocurrió algo que lo frenó en seco.

–Está muerta, envuelta en un plástico –susurró la lechuza, sin abrir el pico y sin dejar de mirarlo.

Anonadado por aquel hecho, se vio a sí mismo preguntando:

–¿Qué?

–Está muerta, envuelta en un plástico –repitió el ave en un volumen más alto.

–¿Quién? ¿Quién está muerta? –preguntó, sintiéndose estúpido por hablar con ella.

–Está muerta, envuelta en un plástico –volvió a repetir, esta vez más alto aún.

Y luego otra vez, más alto. Y otra. Y otra. Y otra. Cada vez elevaba un poco más el volumen empleado y cada vez pegaba más las palabras unas a otras. Al final la frase se convirtió en un berrido insoportable que se clavaba en los oídos de Cooper como alfileres. El agente se los tapó con las manos al tiempo que cerraba los ojos.

–¡Basta! –gritó, incapaz de soportar el sonido.

Y de repente se hizo el silencio absoluto. Abrió los ojos y comprobó para su sorpresa que la lechuza había desaparecido. En su lugar había dejado una

escena delirante que Cooper observaba con la boca abierta, sin dar crédito a lo que veía y escuchaba.

Un enano vestido con un traje rojo bailaba alrededor de un gigante muy delgado sin dejar de reír mientras el desesperado padre de Laura Palmer, arrodillado ante un curioso bulto con forma humana en el suelo, arrancaba de manera frenética capas y más capas de un inacabable plástico que parecía no tener fin, sin poder llegar nunca a lo que envolvía, que no era otra cosa que el cadáver de su hija. De repente, Laura abrió los ojos y gritó:

–¡Bob!

El agente Cooper despertó de golpe sobre la cama del motel. Se incorporó con rapidez y comprobó su reloj de pulsera. Habían transcurrido cuarenta y cinco minutos desde que se durmiera. Se levantó y comenzó a dar vueltas por la habitación, mientras reflexionaba sobre el extraño sueño que había tenido. De nuevo salía ese nombre: Bob. Se preguntó si se trataría de Bobby Briggs, pero el instinto le decía que no era él. Y cuanto más pensaba en ello, más estaba convencido de que ese Bob era la clave en todo aquel misterioso asunto.

–Diane –dijo tras encender su grabadora–, creo que en este pueblo hay algo muy, muy raro y muy oscuro.

***

El sueño le había dejado una profunda desazón que le impedía pensar con claridad, por lo que decidió darse una ducha para despejarse. Tras ella, el dolor de cabeza había desaparecido por completo y se encontraba en perfectas condiciones. Salía del cuarto de baño cuando recibió una llamada en el teléfono del cual disponían todas la habitaciones y que se hallaba sobre una de las mesitas de noche. Se trataba del *sheriff* Truman.

–Cooper –dijo, y por el tono de su voz supo que algo grave había ocurrido–, han encontrado a Laura en la orilla del río, a unos seis kilómetros de aquí, en dirección norte. Está muerta, envuelta en un plástico.

No pudo evitar que un escalofrío recorriera su espalda al recordar su funesto presentimiento y su extraño sueño. La última frase que había dicho Truman era idéntica a la que dijo la lechuza de su sueño, y eso le parecía sorprendente y enigmático. Contestó con un lacónico: «Voy enseguida», y colgó. Cuando llegó al lugar, no le sorprendió demasiado comprobar que el cadáver ofrecía exactamente el mismo aspecto con el que había aparecido en su extraño episodio onírico.

El *sheriff* le comentó que debía acudir al domicilio de Leland Palmer para darle la trágica noticia y él se ofreció a acompañarle. Cuando llegaron a su casa no lo encontraron allí, de hecho, no lo encontraron en ninguna parte. El hombre parecía haberse esfumado, añadiendo más misterio todavía al caso.

***

El hallazgo del cuerpo sin vida de Laura Palmer, cuya autopsia reveló que había muerto estrangulada el mismo día de su desaparición y que no había sufrido ninguna agresión sexual, pareció actuar como detonante de los terribles sucesos que acontecieron en los días posteriores en Twin Peaks. Desde ese momento, la investigación del agente Cooper se convirtió en la búsqueda contrarreloj de un asesino despiadado que iba dejando un reguero de sangre por todo el pueblo.

Cada persona cuyo nombre tenía apuntado en la lista de Donna –que no había compartido con Truman por motivos evidentes– y a la que decidía hacer una visita con el objetivo de interrogarla, aparecía asesinada de manera brutal y sangrienta, como si alguien se anticipara a sus movimientos. O lo que resultaba más inquietante: como si fuera capaz de adivinar sus pensamientos.

Primero fue Bobby Briggs. Estaba claro que él podría haber tenido más motivos que cualquier otro para asesinar a Laura si estaba al tanto de sus líos con otras personas, y quizás había decidido que no iba a consentirlo durante más tiempo. Esa misma noche fue a hablar con él, pero cuando llegó a su casa nadie contestó. Un vecino le dijo que sus padres estaban fuera, pero que había visto al chico por allí hacía poco rato, por lo que decidió echar un vistazo dando una vuelta alrededor de la casa. Encontró a Bobby en el cobertizo, tumbado boca arriba sobre un inmenso charco de sangre. Tenía espantosas heridas repartidas por todo el cuerpo, en especial en la destrozada cabeza, que parecían haber sido hechas con un hacha o un arma parecida.

Avisó al *sheriff* por radio sobre su macabro hallazgo y esperó a que llegaran él y sus hombres. Truman no le preguntó por qué había ido allí solo, pues ya sabía que él prefería hablar con los sospechosos por su cuenta. No es que compartiera

su manera de trabajar, pero la respetaba, aunque sí le gustaría, y así se lo hizo saber, que le dijera con quién se iba a encontrar. En cuanto llegó, Cooper le dijo que había pensado en ir a interrogar a otro de los sospechosos: James Hurley, uno de los muchos amantes de Laura y que también aparecía en las dos listas que poseía, pero luego pensó que por esa noche ya había tenido bastante y que lo mejor sería ir a descansar.

***

Al día siguiente fue a buscarlo a la serrería, donde trabajaba desde hacía un año, pero le dijeron que esa mañana no se había presentado allí, por lo que optó por dirigirse a su casa. En cuanto llegó a ella comprendió la razón de su ausencia del trabajo. James se hallaba en el suelo, delante de la puerta del garaje, con su moto caída encima de él. Cooper comprobó enseguida que estaba muerto. Tenía el cuello casi seccionado por completo con brutales cortes irregulares y más heridas repartidas por todo su ensangrentado cuerpo. Daba la impresión de que lo hubieran machacado a hachazos.

En muy parecidas circunstancias encontró en días posteriores los cuerpos de Leo Jhonson, novio de Shelly, la camarera; Josie Packard –lo que causó una gran conmoción en Truman, como era lógico–, y de otros dos habitantes del pueblo. Todos ellos flotando como islas rojizas sobre un mar de sangre; todos ellos con tremendas heridas infligidas con un hacha. Era evidente –y también preocupante– que los habían matado minutos antes de que él llegara, y Cooper no sabía qué pensar ante aquellos hechos: alguien se anticipaba a sus pasos de

un modo que rayaba en lo sobrenatural, como si estuviera dentro de su mente y tuviera acceso a todos sus pensamientos.

–Diane, hay algo en este caso que no me cuadra –llegó a decir en un momento dado a su inseparable grabadora–. Cuanto más profundizo en él, más intrincado y complejo me parece y más perdido me siento. Y lo peor es que tengo la desagradable sensación de que alguien me maneja a su antojo y me lleva por el camino que le da la gana.

Todas aquellas muertes llegaron a conseguir que Cooper se sintiera culpable de alguna manera, ya que el asesino parecía guiarse por las personas a las que él tenía en mente para ir a visitar. También pensó que podía deberse todo a una diabólica casualidad, pero se le hacía muy difícil creer que eso fuera posible. El único que sabía con quién se iba a encontrar era el *sheriff* Truman, al cual se lo comunicaba por teléfono, pero él le juró que no compartía esa información con nadie más. Eso dejaba dos opciones, en su opinión: o era el propio Truman el asesino, algo que quedaba descartado porque en todos los asesinatos había estado trabajando en la comisaría o rodeado de testigos que anulaban esa posibilidad; o alguien tenía el teléfono de su oficina pinchado y se enteraba de lo que ellos hablaban. Esto último sonaba muy raro y fantasioso en un lugar como Twin Peaks, aunque no imposible, pero lo tuvieron que descartar en cuanto comprobaron que los teléfonos de la oficina estaban limpios. Eso le dejaba sin una explicación racional al asunto, pero no le quiso dar más vueltas y pensó que encontraría la solución más adelante. Pero de momento y aunque le costara admitirlo, pues no quería parecer supersticioso, esa absurda posibilidad de un asesino capaz de leer su mente le rondaba la cabeza y le hacía actuar condicionado por ella. Por ese motivo se resistía a ir a hablar con alguien más y

añadir otra posible muerte en su cuenta, pero sabía que tenía la obligación de hacer su trabajo y para ello debía reunirse con otra persona de aquella fatídica lista.

Y de pronto tuvo una idea. Esa noche saldría a la calle sin pensar en nadie, conduciría su coche sin un rumbo establecido y se dejaría llevar por la intuición.

***

Eso fue lo que hizo al final. Anduvo dando vueltas con su *Taurus* por las calles de Twin Peaks, cuando de pronto se dio cuenta de que se había plantado ante la casa de Donna. Sin pensarlo más, aparcó el coche y bajó de él. Sabía que si había llegado hasta allí era porque su instinto le había conducido hasta ella y quizá un nuevo interrogatorio podría sacar a la luz algún dato crucial que se le hubiera olvidado en su primer encuentro.

La casa se veía en silencio. La puerta no se hallaba cerrada del todo, lo cual de inmediato levantó las sospechas de Cooper que, temiendo lo peor, la abrió con cautela con una mano mientras que con la otra empuñaba su pistola. Al entrar palpó por la pared en busca de un interruptor. Cuando lo encontró y encendió la luz, supo que de nuevo había llegado tarde.

Se encontraba en el salón de la casa. Enfrente de él había un sofá de gran tamaño de color mostaza y echada de cualquier manera sobre él se encontraba Donna, con inconfundibles marcas de hacha repartidas por todo el cuerpo. Su rostro mostraba una expresión de enorme terror, visible incluso a pesar de toda

la sangre que lo cubría. El crimen debía haberse acabado de producir, porque las heridas se veían frescas y la sangre no había empezado aún a empapar el sofá. Se acercó a ella con rapidez y comprobó sus constantes vitales. Parecía que aún tenía pulso, pero no lo podía asegurar. Iba a comprobar si respiraba cuando alguien entró de manera atropellada por la puerta. Se trataba del sheriff Truman y de sus ayudantes.

–¡Alto! Policía! ¡Suelta el arma y apártate de ella! –gritóTruman dirigiéndose a él.

Cooper se giró hacia él con gesto incrédulo, sin entender a qué venía todo aquello.

–*Sheriff,* ¿qué demonios está haciendo? –preguntó muy serio–. He venido hasta aquí para hacerle unas preguntas a Donna. La puerta estaba abierta, he entrado y la he encontrado tirada en el suelo y llena de sangre. Creo que acaba de suceder y que el asesino podría estar escondido aquí mismo.

–¡He dicho que tires el arma y te apartes de ella!

–No entiendo a qué viene todo esto, *sheriff.* Debería saber que está obstruyendo una investigación federal –advirtió Cooper sin obedecer la orden–. Si usted y sus hombres no cesan en su actitud y deponen sus armas, me veré obligado a detenerlos.

–¡Basta, Leland! ¡Tira el hacha al suelo de una vez y levanta las manos! ¡No me obligues a abrir fuego porque te juro por Dios que lo haré sin dudarlo!

Cooper miraba atónito al *sheriff* Truman y a sus ayudantes mientras le apuntaban con sus armas reglamentarias.

–¿Se ha vuelto loco? ¿Por qué me llama Leland? ¿Y de qué hacha me habla? –preguntó estupefacto ante la incomprensible actitud de Truman y sus ayudantes–. Soy agente federal. Lo sabe usted de sobra. Me enviaron aquí para investigar la desaparición de Laura Palmer y las otras chicas.

–No sabes lo que dices, Leland. Estás enfermo; muy enfermo. Todo esto es una invención de tu mente. No hay ningún agente Cooper del FBI. No hay chicas desaparecidas. Nunca hubo ninguna investigación. Laura murió asesinada… por ti –. Esperó un instante para ver el efecto que causaban en él esas palabras y prosiguió–. Estabas harto de la vida que llevaba. Sabías de sus líos con hombres y mujeres y se lo recriminaste. Esa noche habías bebido mucho y discutisteis, la llamaste puta y ella se rió en tu cara. Te dijo que no eras nadie para obligarla a cambiar su manera de vivir. La discusión se recrudeció. En un momento dado perdiste los nervios y la agarraste del cuello con las dos manos. Tú la mataste, Leland. Estrangulaste a tu propia hija.

Cooper lo miraba perplejo, pensando que Truman desvariaba, pero en sus ojos despuntaba el destello de la duda.

–No es verdad –dijo sin demasiada convicción–. Yo… yo soy Dale Cooper, agente del FBI y…

–Eres Leland Palmer –le interrumpió el sheriff con firmeza–, el padre de Laura, y tú la mataste.

El agente Cooper se resistía a creer lo que parecían delirios del *sheriff*.

–Después de matarla –prosiguió el agente– nos llamaste a la comisaría. Llorabas y casi no se te entendía, pero dijiste que habías hecho algo imperdonable y que

teníamos que ir enseguida. Fuimos a tu casa. Te encontramos abrazado a tu hija sin dejar de llorar, nos confesaste todo y entonces te detuvimos. Perdiste la razón por completo esa noche tras matarla, por esa razón te internaron en el Sanatorio Mental de Harrisville. Llevas cinco meses recluido. Te has escapado esta misma tarde y has recorrido a pie los quince kilómetros que hay hasta aquí, pero nadie de allí se ha dado cuenta de tu fuga hasta hace poco más de media hora. Cuando nos han avisado ya era demasiado tarde.

–No es… verdad –volvió a repetir Cooper con un hilo de voz. Negaba con la cabeza y sus ojos iban de un lado a otro, incapaces de detenerse en un solo lugar mientras en su mente tenía lugar un sinfín de pensamientos caóticos.

–Has ido a casa de Bobby y lo has encontrado en el cobertizo. Allí has cogido un hacha y lo has matado a hachazos.

–No –negó con la voz rota mientras se desmoronaba por dentro–. No es posible.

–Luego has continuado con tu espiral de locura, matando a todo aquel que se hubiera acostado con Laura. Has matado... – le tembló la voz de repente y se interrumpió–. Has matado a Josie, Leland. Y ahora has llegado hasta aquí, dispuesto a matar una vez más.

Cooper bajó la mirada y la dirigió hacia sí mismo mientras negaba una y otra vez con la cabeza, pero también con sus palabras, que encadenaban un «No» tras otro. Y entonces algo pareció romperse en su mente, como si por fin hubiera conseguido rasgar el velo de irracionalidad que lo poseía. A través del desgarrón de ese velo pudo ver lo que hasta ese momento se negaba a ver: el hacha que empuñaba y de la que se había apoderado en el cobertizo de casa de Bobby, sus manos, y sus ropas, cubiertas con la sangre de sus víctimas. Cuando la

verdad se hizo evidente, Leland Palmer por fin salió a flote y lanzó un largo y estremecedor «No» que terminó deshecho en sollozos. Entonces se le doblaron las rodillas, dejó caer el hacha y se derrumbó. Truman y sus ayudantes no tardaron en correr hacia él para ponerle las esposas y evitar que volviera a coger el arma. Pero el padre de Laura Palmer era ahora un pobre hombre indefenso que se agarraba la cabeza con las manos sin dejar de sollozar, hecho un trémulo ovillo en el suelo.

Mientras llegaba la ambulancia que iba a trasladar a Leland de nuevo al sanatorio de Harrisville, el *sheriff* Truman y sus ayudantes asistieron perplejos a los súbitos cambios de humor que experimentaba y que les convencieron de que el pobre hombre había perdido la cabeza por completo. Una vez que los ayudantes del *sheriff* lo hubieron puesto en pie y se hubo serenado, parecía otra persona. De pronto se mostraba alegre y jovial, como si nada hubiera ocurrido y no recordara que su mujer y su hija habían muerto. Ante los atónitos agentes de la ley, que le escuchaban perplejos, comenzó a cantar en susurros una absurda cancioncilla que fue poco a poco subiendo de volumen:

Me topo con el topo que se come la hierba. A ese topo hay que tapar.

Me topo con el topo que se come la hierba. A ese topo hay que tapar.

Y si estas palabras te suenan divertidas, recuerda lo del pienso y la hierba.

Pienso en el pienso, hierve la hierba, mas no piensa la hierba.

Pienso que ese pienso se lo come el caballo.

El caballo va a pensar.

El caballo va a pensar.

¡El caballo va a pensar!

El tono ligero y humorístico de la canción contrastaba de manera sobrecogedora con la gravedad de la escena que tenían antes sus ojos y sonaba tan fuera de lugar en aquellas circunstancias que les producía escalofríos. Pero lo que más impresionó a los agentes fue el brillo demente que reflejaba la mirada de Leland Palmer, que no paró de cantar hasta que los celadores que llegaron con la ambulancia lo introdujeron en el vehículo y cerraron las puertas.

***

Dentro de su celda acolchada del Sanatorio Mental de Harrisville, Leland Palmer ofrecía todo un repertorio de diferentes cambios emocionales. Tan pronto estallaba en sollozos mientras se lamentaba en voz alta de lo que le había hecho a su hija y le pedía perdón, como rompía a reír y a aplaudir igual que si estuviera viendo algún espectáculo cómico. A veces se quedaba como ido, con la mirada fija en un punto durante interminables minutos. Otras veces se le escuchaba cantar durante horas aquella misma absurda canción que había cantado cuando, tras ser detenido y esposado, lo habían alzado del suelo los ayudantes del sheriff.

En ese momento se encontraba balanceando su cuerpo adelante y atrás sin parar. Sollozaba mientras repetía: «Mi pequeña Laura», una y otra vez. De pronto, se detuvo en seco y pareció sufrir algún tipo de ataque. Su cuerpo entero

se crispó como si algún dolor intenso le retorciera las entrañas. Los ojos se convirtieron en dos esferas blancas y su cara se transfiguró en cuestión de segundos para dejar ver de repente unos rasgos desconocidos y terribles.

Aquel nuevo rostro acabado de emerger exhibió una aborrecible sonrisa triunfal.

–Fuego, camina conmigo –susurró con tono malicioso.

Y entonces esa fuerza oscura llamada Bob abrió la boca y lanzó unas estruendosas carcajadas a través de la garganta de Leland Palmer que rebotaron contra el revestimiento acolchado de las paredes.

Cerca de allí, en alguna parte de los inmensos bosques que se habían enseñoreado de aquella zona, una lechuza posada en las ramas de un abeto se sobresaltó de pronto y alzó el vuelo.

SOBRE EL AUTOR — JOSÉ M. MORENO

Me llamo José Martínez Moreno y nací en Valencia, (España) en el año 1968. Me ha gustado escribir (y sobre todo, leer) desde siempre, aunque no ha sido hasta hace pocos años cuando he empezado a escribir en serio. Fruto de esta afición por la literatura han visto la luz diversas historias, relatos, microrrelatos e incluso poesías y haikus que han tenido suertes dispares en los distintos concursos a los cuales los he presentado. A la hora de escribir prefiero el terror y el humor, por separado normalmente, pero no siempre. Muchos de estos microrrelatos y algún que otro relato han sido seleccionados para ser publicados en diversas antologías en formato físico y/o digital. Es el caso de “Solicitud de amistad”, relato de terror incluido en la antología publicada en papel **Esta noche conectaremos con el infierno**, a cargo de la página web “La Web del Terror”, del cual ha rodado un corto basado en él, que lleva el mismo título y que se puede encontrar en *Youtube*.

Los sueños de CASSANDRA

Bárbara Gascón

Arte: Yoshitaka Amano

NUNCA NADIE TE CREERÁ. Esa frase me ha perseguido casi toda mi vida, pero la primera vez que la escuché yo tenía solamente doce años. Lo recuerdo perfectamente.

Una tarde, volviendo del colegio, decidí acortar el trayecto por el atajo del bosque que mis padres me tenían prohibido atravesar. Tras un rato caminando vi a lo lejos una figura. Mi madre siempre me había dicho que si alguna vez me encontraba con un extraño, no le mirase y agilizara el paso. Así lo hice. Unos metros más allá, esa misma figura volvió a aparecer entre los troncos y pude contemplarlo con más detalle. Era un hombre muy alto, gigante, diría yo. Desoyendo las indicaciones de mi madre, me acerqué a él. No me daba miedo. Conforme me iba aproximando examiné su larguísima figura. Vestía camisa gris, pantalones de vestir y una pajarita color vino. Sonreía dulcemente. Yo sabía que no podía hacerme daño. Me miró a los ojos y dijo:

—Soy El Bombero. Te diré tres cosas.

Me sorprendió el hecho de que ese señor tan peripuesto fuera un bombero. Acto seguido, levantó la mano derecha y enunció:

—Todos vivimos dentro de un sueño, pero el tuyo es el más real de todos.

Sin entender lo que significaba, supe que era lo más importante que nadie me había dicho en mi vida. El gigante prosiguió:

—Nunca dejes entrar a la lechuza.

Asentí con la cabeza, como confirmándole que sabía de lo que me hablaba.

—El espejo siempre dice la verdad.

Tras este último enunciado, una luz ámbar emanó de su cuerpo y él se desvaneció en el aire como el vapor de una tetera. Me quedé petrificada.

Al cabo de unos segundos me percaté de la presencia de otra figura oculta entre las sombras de los sicomoros: parecía un hombre joven a pesar de que llevaba un traje negro con corbata. Solo podía verle los ojos, su mirada era serena. Tras un rato en silencio, mirándome, el hombre dijo:

—Vuelve a casa.

Y todo se volvió muy oscuro. No sé si me desmayé o si salí volando pero, como por arte de magia, aparecí recostada entre los setos de mi jardín. Miré el reloj y descubrí que, sorprendentemente, apenas habían transcurrido quince minutos desde que había salido del colegio. Verdaderamente confundida, entré en casa, ¿había sido un sueño?

Después de cenar subí a mi habitación, me tumbé en la cama y reviví mi experiencia en el bosque. No sé cuánto rato transcurrió pero, en un momento dado, oí un ruido en el cristal de la ventana, como si alguien estuviera dando pequeños golpecitos. Abrí la ventana y me asomé, aunque no vi gran cosa excepto las copas de los abetos Douglas moviéndose al compás del viento. Era una noche muy oscura y solo había una farola encendida. Entonces sucedió lo que menos podía imaginar: en uno de los árboles de enfrente vi dos brillantes ojos mirándome. Di un brinco hacia atrás y cerré la ventana, pero la curiosidad me pudo y pegué la frente al cristal. Enfoqué bien la vista. Era una lechuza, era gigante, enorme, la más grande que había visto en mi vida. De repente, juro por mi vida y la de mi hijo, dondequiera que esté, que la lechuza se transformó en humano. Sus ojos redondos y amarillos se entornaron, su estrecho pico fue

ensanchándose poco a poco hasta convertirse en una macabra sonrisa, y su plumaje pardo se volvió gris, muy largo y lacio. Era un hombre.

Me asusté mucho, pero no podía gritar, ni moverme. Solo podía mirarle. Paralizada por el miedo vi cómo esa figura se acercaba a mi ventana, flotando o reptando, nunca lo supe. De pronto, pegó su demoníaco rostro contra el cristal. Su frente y la mía apenas separadas por una fina capa de fría y aterradora transparencia. Clavó su mirada en mí un buen rato, tan profundamente que parecía estar invadiendo el fondo de mis entrañas, de mis pulmones, de mis pensamientos. Separó la cara del cristal. Yo le emulé y me separé un palmo de la ventana. Me temblaban las rodillas. Comenzó a reírse como un poseído. Su risa era grotesca, parecía un disco sonando al revés. Sentí que quería humillarme pero yo no podía llorar. Desde el otro lado del cristal, me gritó:

—¡ENTRARÉ EN TUS SUEÑOS, CASSANDRA!

El alarido me taladró el alma y rápidamente me vino a la cabeza la frase que me había dicho el bombero: “Nunca dejes entrar a la lechuza”. Lo comprendí: ese monstruoso hombre que me estaba acosando en el alféizar de la ventana era la lechuza de la que habló el gigante. Sentí el terror más grande que había sentido nunca y grité. Grité desde lo más profundo del estómago, desgarrándome la garganta, desencajando los ojos de las órbitas. No recuerdo nada más, porque el grito me dejó sin aliento y me desplomé contra el suelo como un árbol al ser talado.

Lo primero que vi al despertar fue a mi padre, que me sostenía en sus brazos, mi madre lloraba a su lado, desesperada, y mi hermano Eli, por detrás, corría en su pijama de la Hormiga Atómica de un lado al otro de la habitación gritando “AMÉN, AMÉN”. Mi hermano tiene problemas psicológicos, en realidad

todos en mi familia los tenemos. Con siete años de edad le diagnosticaron esquizofrenia hebefrénica y, durante años, mis padres tuvieron que tenerlo controlado día y noche porque en ocasiones tendía a echar a correr sin freno y la mayoría de las veces acababa descalabrado contra la pared.

Mi padre me preguntó qué había pasado. Aturdida, le hablé de cómo la lechuza se había convertido en hombre y de que me había dicho que entraría en mis sueños. Mi padre me arropó mientras intentaba convencerme de que había sido una pesadilla.

—Todos vivimos en un sueño, papá. Pero el mío es de verdad.

Mi padre, con una sonrisa de descrédito, me besó en la frente y salió del cuarto.

Al día siguiente el recuerdo del hombre riendo al revés me encogía el estómago. El desasosiego no me dejaba estar tranquila, no toqué el desayuno, a pesar de que mi madre me había preparado mi desayuno favorito: zumo de pomelo, huevos con beicon crujiente y tortitas con sirope de arce. Al ver que permanecía inapetente también a la hora del almuerzo, mi padre me llevó al salón y me preguntó si tenía problemas en el colegio. Le dije que no, pero no quedó contento con mi respuesta, ya que yo me mostraba intranquila. Al principio pensó que alguien me había hecho daño en clase o en la calle, pero luego empezó a pensar que le estaba mintiendo y se enfadó. Me exigió la verdad, así que se la conté. Durante todo el relato mi padre se mostró incrédulo, pero cuando le dije que había visto un hombre de pelo gris en mi ventana se desencajó y me preguntó si había entrado en mi habitación, a lo que le aclaré, llorando por los nervios, que no estaba dentro del cuarto, sino fuera, flotando.

—Hija, esto es muy serio, necesito que digas la verdad. Si alguien te ha hecho daño, dímelo. Necesito que no mientas, porque si mientes nunca nadie te creerá —se agachó y me cogió por los hombros—. Nunca nadie te creerá y eso es lo peor que te puede pasar en la vida.

Al mirar a los ojos a mi padre y ver que no me creía, me di cuenta de que mi encuentro en el bosque y la visión del hombre-lechuza en mi ventana había sido el comienzo de algo perturbador.

Esa noche soñé que el hombre del pelo gris entraba en mi habitación, me tomaba de la mano y me llevaba a otro lugar. Caminamos por la oscuridad bastante rato, por largos pasillos oscuros. A veces me parecía estar paseando por un bosque, otras veces el pasillo revelaba un anticuado papel de pared lleno de flores. Un zumbido eléctrico aturdía mis pensamientos. De vez en cuando él se giraba y me miraba, esbozando su pérfida sonrisa. Llegamos a mi habitación. Me tumbó en la cama, se colocó encima de mí y en siniestros susurros, me dijo: “Vigila tus sueños”. Después desapareció. Aún hoy me agita rememorar ese momento. Todavía puedo oler esa peste a aceite de motor quemado.

Desperté desconcertada, no sabía quién era ni dónde estaba. Fue entonces cuando me vino a la cabeza la tercera frase del bombero: “El espejo siempre dice la verdad”. Me miré en el espejo del tocador durante varios minutos y tuve la sensación de que estaba cayendo en el vacío, cada vez más y más rápido. Poco a poco me serené. Decidí no contar nada a nadie, por miedo a que no me creyeran.

Pienso en todo lo que pasó después de aquello y en la razón que tenía mi padre. Nunca nadie creyó nada de lo que dije. Es como una maldición. Me ha costado los mejores años de mi vida y un hijo pero si hay algo de lo que estoy

segura es de que yo vi al bombero gigante, al hombre-lechuza y al joven en traje en la oscuridad del bosque. Y ahora, después de los años, sé que ese hombre que me pidió que volviera a casa era él. Sé que era Richard.

Le conocí en agosto de 1988, bastantes años después de todo aquello. Yo tenía diecisiete años, casi dieciocho, y ese año había empezado a trabajar de camarera en el Doble R, una cafetería de Twin Peaks, el pueblo de al lado. Mis padres querían que comenzara a ser independiente y cuando Lorna, la dueña del Doble R, me ofreció el trabajo, no lo dudé ni un segundo. La primera semana fue dura, eran muchas horas, muchos cafés y muchos platos que limpiar. Pero al final de la semana, cuando me pagaron mi primer cheque, fui la chica más feliz del planeta. Me compré unos preciosos zapatos rojos que sabía que harían las delicias de los chicos del pueblo y que desesperarían a mi madre. Eran perfectos.

Richard apareció en la cafetería un jueves. Se sentó en la barra y pidió tarta de cereza y un café solo tan negro como una noche sin luna, lo recuerdo perfectamente. Se mostró un poco desorientado, como si estuviera perdido en el tiempo. Tendría unos treinta años, era alto, moreno y verdaderamente guapo. En su cara se perfilaba una barbilla muy pronunciada. Era distinguido y muy educado, tal vez un poco extraño, sin expresión, pero eso fue realmente lo que más me atrajo. Richard era diferente. Le serví un café y me dijo que buscaba alojamiento. Después me contó un chiste muy tonto, creo que era de pingüinos.

—Hacía mucho tiempo que no comía esta delicia — dijo, mientras paladeaba la tarta con veneración. — Por cierto, qué anillo tan bonito llevas. ¿Es de jade?

—No lo sé, fue un regalo de mi abuela.

—Yo también llevo un anillo, ¿lo ves? Era de mi madre. Pero a veces provoca que me piquen las palmas de las manos.

No me dijo de dónde era, pero recuerdo que expresó lo mucho que le gustaba el pueblo y que hacía mucho tiempo que no respiraba un aire tan puro.

Al cabo de un rato, se levantó y se aproximó a la máquina de discos, donde examinó las canciones disponibles. Presionó unas teclas, se giró y me dijo: "Adiós, Cassandra. Te veré esta noche, en todos mis sueños". Salió del local cerrando la puerta con delicadeza y en la máquina empezó a sonar una melodía que reconocí enseguida, era mi canción favorita:

All my dreams, all my dreams
I'll see you tonight in all my dreams
All my dreams

Me quedé totalmente hechizada y no pude dejar de pensar en Richard durante el resto del día.

Pasaron dos o tres días hasta que volvió a aparecer por allí. Estaba más serio que la primera vez. Pidió café y tarta y después me preguntó si sabía quién vivía en la casa blanca frente a la tienda de cortinas. Le dije que ahí vivía un compañero de clase, Peter Chalfont. Su familia era de fuera y acababa de mudarse. Peter era un chico peculiar, hablaba muy bien francés y le gustaba hacer trucos de magia.

Mi respuesta le contrarió y permaneció unos segundos sin hablar, mirando al infinito. Me dejó buena propina, pero no se despidió de mí por lo que me sentí

un poco decepcionada. Esa noche decidí salir con Billy, el hijo del dueño de la gasolinera. Llevaba años pretendiéndome pero a mí nunca me gustó demasiado, era un chico guapo pero muy engreído.

Dos días después, Richard volvió y me pidió disculpas por su hierático comportamiento del día anterior. Alegó que tenía problemas con su misión —eso dijo, misión— y que se sentía un poco desorientado. Dijo que para compensarme le gustaría invitarme a tomar algo cuando terminara de trabajar. Acepté y después de mi turno fuimos al Roadhouse a tomar coca cola de cerezas y cacahuetes. Hablamos durante horas. Richard era un hombre muy culto e interesante.

Cuando llegó la hora de irme a casa, me acompañó a la parada del autobús y yo, espontáneamente, le di un abrazo. Cuando le solté me puse muy colorada. Richard me acarició la cara y dijo que era muy interesante la manera en la que me ruborizaba.

Tras varios días viniendo a verme al café, Richard me pidió una cita formal. Fuimos a almorzar al lago, pero la verdad es que no probamos bocado. Enseguida nos fundimos en un apasionado beso. Estuvimos toda la tarde abrazados, observando el crepúsculo púrpura.

Nos vimos durante toda la semana. Pasamos las tardes juntos, paseando de la mano por los bosques y lagos de Twin Peaks. Pronto nos dimos cuenta de que nos habíamos enamorado.

Días después cumplí dieciocho años y quise celebrarlo con Richard. Pedí a mis padres que me dejaran llegar más tarde aquella noche, alegando que iba a ir al cine con mis amigas Alice Tremond y Becky Johnson. Quedé con él a las siete de la tarde en el bosque. Llegó puntual, como siempre, y más atractivo que

nunca. Lo llevé a Glastonbury Grove, un lugar mágico según la leyenda, con un farolillo portátil y unas mantas. En cuanto nos tumbamos dentro del círculo de sicomoros, la pasión se desbordó. Nunca en mi vida he vuelto a sentir lo que sentí aquella noche. El cielo estaba lleno de estrellas. La luz de la luna se reflejaba en su rostro. Richard me decía que le abrazara y que no tuviera miedo. Sus ojos eran sinceros, las estrellas se reflejaban en ellos y en su mirada vi que me quería.

En algún momento de la noche nos quedamos dormidos, abrazados. Y recuerdo, como si fuera hoy, la ensoñación que tuve en ese momento: yo estaba en una habitación muy blanca y luminosa, sin ventanas. Me miré a un espejo, estaba vestida de blanco y tenía un bebé en los brazos. Detrás de mí, Richard, que me decía: “Estoy en todos tus sueños”. Y entonces el hombre-lechuza, el de mis pesadillas, me arrebataba al niño y desaparecía con él.

Desperté sobresaltada pero para mi sorpresa no estaba en el bosque con Richard, sino en mi dormitorio. Miré el reloj, eran las 2:53. Salté de la cama, bajé corriendo los escalones y salí a la calle, descalza. Me adentré en el bosque corriendo. Las ramas y las piedras se me clavaban en las plantas de los pies. Avancé un poco en la oscuridad, pero tuve mucho miedo y decidí parar. Llamé a Richard varias veces, gritando, pero nadie respondió. Volví a casa desesperada y al entrar vi a mi padre bajar en pijama. Preocupado, me preguntó qué pasaba y le dije que estaba buscando a mi novio, con el que había estado en el bosque y que me había quedado dormida allí. Mi padre se mostró extrañado y me dijo que había vuelto a casa a la hora acordada y que seguramente había tenido un mal sueño. Me metí en la cama llorando, lo que estaba pareciendo la noche más

maravillosa de mi vida se había vuelto una pesadilla, Richard había desaparecido.

Al día siguiente fui a trabajar al Doble R con la esperanza de que él viniera, pero no fue así. Pregunté a todo el mundo por él pero ni siquiera sabían de quién les hablaba. Era como si lo recordaran pero de alguna vida anterior, una vaga evocación del pasado. Lo peor de todo fue que Richard no volvió a aparecer. Obviamente al principio me enfadé muchísimo y pensé que se había aprovechado de mí; después me deprimí y no quise salir de casa para nada, pero la verdadera angustia llegó cuando a finales de septiembre me di cuenta de que estaba embarazada. Angustia porque él no estaba, pero sobre todo porque esa era la prueba más fehaciente de que Richard existía a pesar de que a mucha gente se le había olvidado su presencia. Nunca antes había estado con ningún chico, ni siquiera con Billy, así que mi historia con Richard era cierta. Era totalmente de verdad.

El día que me enteré de mi embarazo decidí acercarme a Glastonbury Grove por si tal vez encontraba una respuesta. Di vueltas y vueltas al bosque pero nunca conseguía llegar al círculo de sicomoros, fue desesperante.

Esa noche miré el cielo desde mi ventana, estaba muy oscuro. No había ninguna estrella, ya no había estrellas desde que él desapareció. Me dormí llorando, sabiendo que seguramente tendría una pesadilla espantosa, como muchas noches desde que era una niña. Sin embargo, esta vez no soñé. Lo que yo viví fue mucho más que un sueño.

Desperté en una habitación muy grande, toda forrada de madera y decorada con vistosas pinturas tradicionales nativas en las paredes. Eché un

vistazo a mi alrededor y me di cuenta de que podría ser la estancia de una joven adinerada. Miré por la ventana y vi algo familiar, las cataratas. Fue ahí cuando me di cuenta de que estaba dentro del Gran Hotel del Norte, en Twin Peaks. Frente a mí, un espejo, y mi reflejo mostraba a una versión mejorada de mí, vestida con un bonito jersey rosa y una falda escocesa. A mi derecha, el escritorio, lleno de libros de instituto. Encima de él, un corcho con varias fotos clavadas. Una de ellas llamó poderosamente mi atención: era una fotografía familiar, o eso intuí por la disposición de las personas que aparecían en ella. Frente a una chimenea y junto a un árbol de Navidad, cuatro personas: yo misma, mi madre -mi auténtica madre-, un chico vestido de indio y, lo que más me inquietó, rodeando por el hombro a mi madre, estaba el señor Moore, el padre de mi amiga Eileen. Fumaba un puro y tenía cara de cínico. Enseguida entendí que él era mi padre, o eso aparentaba en la foto. Mi madre no parecía feliz. No sé quién era el chico disfrazado de indio, intuí que era mi hermano, aunque no se parecía en nada a Eli. Esa foto no tenía sentido alguno para mí, aunque cuanto más la miraba, más cómoda me sentía con ella.

Al lado de esa foto vi un retrato mío con una chica rubia desconocida. Las dos estábamos vestidas como para ir a la nieve, con gorros de lana y jerséis de cuello alto. Ella sonreía, yo no tanto. No sabía quién era y, sin embargo, sentía que la conocía de algo. Era muy guapa y tenía un precioso cabello rubio, largo y sedoso. Observé con detenimiento su rostro y la tristeza me invadió. En su sonrisa helada y en sus ojos vi que sufría y que nadie podía ayudarla. Era un alma perdida. No pude evitarlo y me eché a llorar. Mis lágrimas corrían sin parar por mis mejillas, irremediablemente, y yo sollozaba en silencio.

Al cabo de unos minutos escuché una voz que venía del piso de abajo. Era mi madre: “¡Hija, el desayuno está servido!”. Intenté serenarme y salí del cuarto. Quizá mi madre podría explicarme qué estaba pasando. Los pasillos me resultaban conocidos, a pesar de que yo nunca había estado en el hotel antes. Bajé una escalera de caracol de madera, y llegué a un salón espacioso con una chimenea, la de la fotografía familiar. La mesa era grande y alargada. De espaldas, vi a mi madre, aunque su peinado y la ropa que vestía eran muy diferentes a lo que ella solía llevar. El chico vestido de indio de la fotografía estaba sentado a su derecha, no comía, solo se mecía hacia adelante y hacia atrás. Me senté tímidamente en la mesa, sin mediar palabra. Aquella mañana mi madre estaba más locuaz que de costumbre:

—Date prisa en desayunar, hija, el chófer va a venir a buscarte enseguida y no quiero que llegues tarde a clase. Hoy es día 23, ¿verdad?

Yo no sabía a qué se refería.

—Te he hecho una pregunta, hija. ¿Hoy es 23 o 24?

Miré el periódico que estaba encima de la mesa.

—Ehhh… Hoy es 23 de febrero de 1989, jueves —contesté mientras un escalofrío recorría todo mi cuerpo. Estaba en el futuro.

—¿Jueves? Ah, entonces es mañana cuando viene Laura, no hoy. Johnny, cariño, qué bien, mañana viene Laura Palmer.

Laura Palmer. Laura. Laura.Laura.

El tiempo se detuvo. Ese nombre, Laura, me resultaba conocido y desconocido a la vez.

—Hija, espabila. Es tardísimo.

Yo repetía su nombre una y otra vez en mi mente. Laura, Laura, Laura.

Como yo permanecía paralizada, mi madre se puso de pie, me agarró por los hombros y me zarandeó.

—Audrey, no empieces con tonterías. ¿Me oyes? ¡AUDREY!

Todo se volvió oscuro, yo oía la voz de mi madre, gritando ese nombre, Audrey, pero yo no sabía quién era Audrey.

Desperté sobresaltada y me incorporé en la cama sin saber quién era. Dudaba de todo, no sabía dónde estaba. Me levanté y fui al baño. Necesitaba asegurarme de que yo era yo. Me miré fijamente en el espejo, buscando una verdad que no llegaba. No me reconocía, es decir, no reconocía a Cassandra, reconocía a otra chica que estaba en el lugar equivocado. Me senté en el borde de la bañera para respirar y poco a poco me fui centrando. Volví al dormitorio. Al mirar el reloj despertador comprobé que apenas había pasado una hora desde que me había ido a dormir. Volví a acostarme y enseguida concilié el sueño.

Pasaron tres o cuatro meses hasta que volví a visitar el mundo de Audrey. A finales de enero de 1989, estando yo embarazada de veinte semanas, tuve una segunda experiencia crucial. Una tarde que me quedé sola en casa aproveché para escuchar algo de música. Me tumbé, apagué las luces y me dejé llevar por esas melodías que tanto evocaban. En un momento concreto sonó una canción en particular y se me puso la piel de gallina: era la canción que Richard puso en el *jukebox* aquel jueves de agosto en el que nos conocimos, *All My Dreams*. Lloré en silencio toda la canción, sin abrir los ojos, intentando recordar cada uno de los momentos que habíamos pasado juntos y en medio de aquello, sin darme cuenta, pasé al otro lado. *I'll see you tonight, in all my dreams…*

Y ahí estaba yo otra vez, Audrey, reflejada en el cristal de la ventana. Muy determinada, salí de mi casa —el Gran Hotel del Norte, lo tenía ya asumido—

para meterme en el coche que cada día me llevaba al instituto. Mis movimientos eran instintivos, pero seguros.

Cuando llegué a las taquillas cambié mis clásicos zapatos bicolor por unos tacones rojos de charol que en mi otro plano de realidad me había comprado con mi primer sueldo, pero que en esta nueva vida seguramente provenían de unos lujosos grandes almacenes. Intercambié una sonrisa cómplice con mi amiga Eileen (que en esa otra realidad se llamaba Donna y llevaba un espantoso jersey de rombos), apagué mi cigarrillo al oír la campana y me despedí de ella y de Eddie, que en mi plano de existencia era el hijo de los dueños de la librería pero que ese plano de existencia era ahora James y conducía una moto.

Era verdaderamente tedioso estar en clase. Me sentía tan diferente a los demás que me daba lástima a mí misma. La señorita Honeycutt pasó lista y en ese momento fui consciente de mi apellido, Horne. “Audrey Horne”, dijo, y yo contesté “aquí” haciendo el símbolo de las comillas. Es decir, en cierto modo yo sabía que yo era Audrey Horne pero que en realidad no lo era. Pasando lista advertimos que una compañera no estaba en su sitio. ¿Su nombre?, por supuesto, Laura Palmer. Yo la conocía y, sin embargo, en lo más recóndito de mi alma, no sabía quién era. Sabía que era hija del socio de mi padre. Sabía que cuidaba de mi hermano. Sabía que mi padre sentía adoración por ella y que eso me hacía rechazarla. Pero yo en realidad no la conocía.

Un policía entró en el aula, habló con la señorita Honeycutt y el ambiente se enrareció. Laura no estaba y sus amigos Donna y James empezaron a ponerse muy nerviosos. Una chica cruzó el patio gritando. Fue escalofriante. “El director tiene algo que anunciar”, dijo la profesora, y mi corazón se congeló. El señor Wolchezk anunció una terrible noticia: Laura Palmer había muerto. Era 24

de febrero de 1989 y Laura, la reina del baile, la hija modelo, la amiga ideal, había sido asesinada. Recordé su mirada perdida en mi fotografía, su rostro irradiaba dolor y pesar. Todo el mundo se puso a llorar, cancelaron las clases y yo me fui de nuevo a mi casa, el hotel.

En ese mismo "viaje" descubrí el resentimiento que sentía por el que en ese mundo era mi padre. En cierto momento, ese mismo día, decidí fastidiarle un negocio asustando a unos clientes europeos con los que estaba a punto de cerrar un importante acuerdo. Di saltitos de alegría cuando salieron despavoridos tras contarles que mi amiga Laura había sido asesinada esa noche. Nada me causaba más placer que atormentar a mi familia. El disgusto de mi padre se hizo palpable en un encuentro posterior cuando me amenazó con internarme en un convento búlgaro, aunque eso no fue tan hiriente como cuando me dijo que hacía mucho tiempo que me había perdido.

Pero antes de aquello, en esta segunda experiencia como Audrey, aparecí en otra habitación, tomando un café con mi madre. Una enfermera bajó la escalera de caracol desesperada. Mi hermano se había descontrolado porque Laura no vendría a cuidarle y se estaba machacando la cabeza contra mi casita de muñecas. Mi madre lucía el mismo semblante de tristeza y tormento con el que la había visto en mi primer viaje. Al son de los cabezazos de mi hermano fui desvaneciéndome poco a poco. El soniquete repetitivo de su cráneo contra la madera se confundió con los acordes de batería de la canción. Abrí los ojos. Me levanté aturdida y me miré fijamente en el espejo del tocador. No tenía ni la más remota idea de cuál era mi verdadera identidad. No sabía si era Audrey, si era Cassandra, o si era las dos. Desconozco cuántos minutos pasaron pero no conseguía salir de ese estado. Dije en voz alta: "No soy yo. No soy yo", pero mi

bebé dio una patada y entonces volví en mí. “Sí. Soy yo. Soy Cassandra”. Reconocí la estancia, era mi cuarto de North Bend. Apagué el equipo de música y bajé a la cocina, intentando olvidar lo que había ocurrido. Esa noche no soñé nada, o no lo recuerdo.

Dos días después de aquello empecé a encontrarme verdaderamente mal, por lo que el médico decidió ingresarme en el hospital. Y estando allí, ingresada, fue cuando por fin me reencontré con Richard.

La tercera vez que fui Audrey empezó, cómo no, en lo que era mi hogar, el Gran Hotel del Norte. Era 25 de febrero de 1989. Desayuné con mi madre y mi hermano, que estaba fuertemente medicado debido al impacto que la muerte de Laura había producido en él. Mi madre me comentó que el FBI se había puesto a cargo de la investigación y que, de hecho, la noche anterior el alcalde había convocado un pleno especial con el sheriff y el agente encargado del caso. “Llegó ayer a la ciudad y, por lo visto es muy apuesto y distinguido. Se llama Dale Cooper y se aloja aquí, en el hotel”. Dale Cooper. Dale. Cooper. Cooper. Cooper. Ardí por dentro al escuchar su nombre. Una corazonada me dijo que debía encontrarme con él cuanto antes. Sin terminar de desayunar volví corriendo a mi habitación para cambiarme. Me arreglé las ondas del pelo, me maquillé un poco y me miré al espejo. Nunca en mi vida me había visto tan guapa.

Bajé las escaleras sin prisa pero sin pausa. Pregunté a Julie, la conserje, si sabía dónde estaba el agente Cooper. Estaba enfadada conmigo porque el día anterior le había arruinado sus papeles derramando el café por encima, pero le enseñé la mejor de mis sonrisas y no pudo negarse. Yo siempre conseguía lo que quería. “Está en el *Timber Room*, acaba de bajar. Por favor, no lo molestes”.

Muy despacio, me acerqué a la cafetería. El corazón se me salía por la boca, tenía un pálpito con ese tal agente Cooper que debía confirmar cuanto antes. Llegué a la puerta del *Timber Room* y me asomé con mucha precaución. Justamente ahí, en la mesa del centro del comedor, estaba él, Richard, mi amor perdido.

Observé sus movimientos durante un minuto. Mostraba un gesto mucho más sereno y relajado que cuando lo conocí y lucía una amigable sonrisa mientras describía a Trudy con una precisión increíble cómo quería el punto de su beicon crujiente. Mientras lo observaba en la distancia, decidí que actuaría con prudencia. Abalanzarme a él sin explicación alguna no ayudaría estando ambos en un entorno nuevo. En un ejercicio de autocomplacencia pensé que si él no me reconocía en ese momento, sería tal vez la señal definitiva de que en mi vida como Cassandra, en North Bend, Richard y yo no teníamos futuro, pero que allí, en Twin Peaks, él, como agente del FBI, y yo, como la joven Audrey Horne, quizá sí teníamos un destino en común.

Me aproximé a él. Mi nuevo yo era mucho más seductor que Cassandra. Sabía moverme, mirar y expresarme como una gatita coqueta y así, caminando hacia él, conseguí captar su atención. Se quedó sin palabras cuando me vio y me miró como Richard lo hacía cada mañana de agosto cuando venía a verme al Doble R. Yo le sonreí, muy segura de mí misma. “Me llamo Audrey Horne”, le dije, y él se levantó de su silla totalmente cautivado. “Agente Especial Dale Cooper, de la Oficina Federal de Investigación”. Nos dimos la mano, yo no podía parar de sonreír. Hablamos sobre Laura Palmer pero en un momento dado decidí desviar la conversación para decirle cosas que pudieran hacerlo recordar: “¿Te gusta mi anillo”?, “a veces me ruborizo tanto que es interesante” y “¿alguna vez

le pican las palmas de las manos?”. Sin embargo, él no reaccionó a ninguna de las frases, por lo que decidí no insistir más.

Día a día, ingresada en el hospital, fui alternando experiencias de lo más insólitas. Mis viajes eran experiencias en las que interactuaba con personas que encarnaban otras personalidades muy diferentes a las que tenían en mi vida como Cassandra. Incluso en una ocasión llegué a ver a mi padre, Warren Hawthorne, encarnar al médico del lugar y padre de mi compañera de clase, Donna Hayward. Era divertido pero perturbador a la vez.

Mis experiencias favoritas, por supuesto, eran aquellas en las que me reencontraba con el agente Cooper, el otro yo de Richard. Para pasar más tiempo con él, decidí involucrarme en la investigación del asesinato de Laura, ofreciendo pistas y datos que pudieran ayudar al agente Cooper en el caso. El camino fue peligroso, mentí, chantajeé, me hice pasar por prostituta, descubrí que mi padre era dueño de un burdel y hasta casi muero de sobredosis. Pero todo mereció la pena porque, tal vez, este insólito juego que estábamos jugando consistía en resolver el caso de Laura y conseguir así el premio final, una vida juntos.

Desgraciadamente, Richard nunca me reconoció. Es más, cada vez nos distanciábamos más y todo se volvía más y más raro y enrevesado. Nuestros encuentros empezaron a ser muy limitados y mis viajes al otro lado cada vez me gustaban menos: hasta Billy, mi pretendiente de juventud, apareció en mi nueva realidad de Twin Peaks encarnando a un tal John Justice Wheeler e intentando seducirme de una manera totalmente ridícula. Yo cada vez era menos dueña de mis actos, ya no tomaba decisiones y me dejaba llevar por las grotescas

situaciones que se desarrollaban. Cada vez que iba a Twin Peaks estaba deseando volver a mi vida como Cassandra, incluso sabiendo que allí no me encontraría con Richard.

El 28 de marzo de 1989 me puse de parto. Agonizaba de dolor y lloraba porque Richard, o Dale Cooper, no estaba allí conmigo. Tras horas de contracciones, tuve una fortísima y muy aguda, tanto que perdí el conocimiento y volví al otro lado.

Yo, Audrey Horne, me estaba encadenando a la puerta de la caja fuerte de la Caja de Ahorros y Préstamos de Twin Peaks en señal de protesta. Unos hombres entraron en la caja de seguridad y abrieron uno de los apartados de correos. Súbitamente, una explosión. No recuerdo nada más, excepto fuego, electricidad y oscuridad.

—Despierta —dijo una voz masculina que no pude identificar— Ha nacido tu hijo.

Abrí los ojos, una enfermera me enseñaba un bebé. Aliviada y feliz lloré de alegría, era mi hijo. Lo cogí en mis brazos y le besé la carita.

—Se llamará Richard, como su padre.

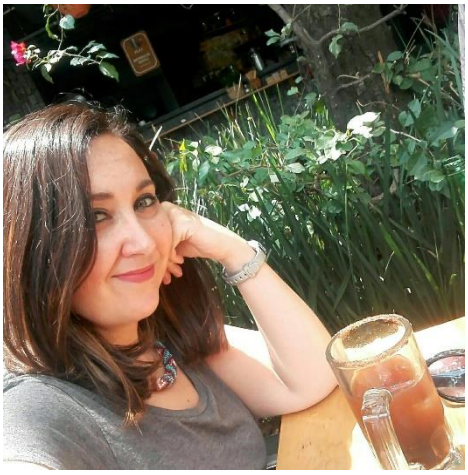
Las enfermeras se lo llevaron. Yo no quería separarme de él pero estaba muy débil y enseguida caí rendida. Y entonces la peor de mis pesadillas se hizo realidad: desperté encadenada a una camilla y vi frente a mí al hombre del pelo gris con un bebé en los brazos, mi bebé. Grité hasta quedarme sin aliento, pero mi voz no se oía. Convulsionaba y me retorcía para salir de allí, pero los grilletes de acero comprimían mis tobillos y mis muñecas. El hombre me gritó:

—¡ME PERDERÉ EN TUS SUEÑOS, CASSANDRA!

Volví a desvanecerme. Desperté en el hospital de North Bend. Nadie sabía explicarme con precisión qué estaba haciendo allí ni cuándo había aparecido. Nadie sabía nada de mi hijo. Ni siquiera había constancia de mi embarazo. La policía apareció, me interrogó y me informó de que había estado semanas desaparecida y que mis padres estaban de camino. Felices por verme, me llevaron a casa. Cada vez que les preguntaba por el bebé se miraban entre sí apurados, sin saber qué decirme. Días después me internaron en este sanatorio mental, en el que llevo veinticinco años ingresada. Desde entonces vuelvo una y otra vez a Twin Peaks, pero mis experiencias como Audrey revelan fragmentos de una vida destrozada.

Cada año, cada vez que se acerca la fecha, 28 de marzo, sufro una gran crisis. Me miro al espejo buscando la verdad, pero solo encuentro dolor y pesar. Mi cerebro no deja que me olvide de aquello y me recuerda que hubo un día en el que fui madre y que el hombre al que amo y mi hijo están perdidos en algún lugar, quizá en Twin Peaks, quizá en mis sueños. En todos mis sueños.

SOBRE EL AUTOR — BÁRBARA GASCÓN



Madrileña de nacimiento, logroñesa de corazón y residente en San Sebastián, Bárbara es la responsable y administradora de “Twin Peaks España”, página y grupo de Facebook que cuenta en la actualidad con más de 1600 miembros. En 2017 creó el podcast “Twin Peaks:Entre Dos Mundos”, que coordina y presenta, y es una de las organizadoras de “Let’s Rock!”, el encuentro de fans de Twin Peaks que se celebra anualmente en Madrid desde hace dos años. En 2019 ha publicado junto a Juan Carlos Hernández el libro de relatos “Entre dos mundos. Delirios y ensoñaciones desde Twin Peaks” (Amazon), que incluye una versión extendida de “Los sueños de Cassandra”. Licenciada en Filología Inglesa, en la actualidad trabaja como profesora de inglés, marketing y comunicación.

Anillo, cuchillo, cicatriz y telaraña

Sheila Moreno

Llevaba el anillo en un puño cerrado y en la otra mano un cuchillo ensangrentado. Una breve neblina roja se posaba sobre los ojos, pero no era capaz de escuchar o decir nada nada con un mínimo sentido.

Estaba en éxtasis, nervioso, incoherente. Manaba sangre del muslo derecho, no había afectado a una arteria importante, aunque la herida era bastante fea, quizás por ese tipo de acciones ella le había abandonado. Aun así prefería la herida antes de volver a quedarse dormido. Si cerrase los ojos y volviese a soñar… Creía que si ocurría de nuevo no volvería a despertarse, que quizás muriese, o peor aún, que se quedaría encerrado en uno de sus sueños.

Esto último le aterraba.

Tenía dos tipos de sueños, ambos eran parecidos, pero distintos, y nunca se repetía.

En uno de ellos estaba en una habitación con cortinas rojas en vez de paredes. Era un lugar asfixiante aunque parecía amplio. Una estatua de Venus se aseaba inmóvil ajena a lo sucedido en la habitación. El suelo estaba pintado en zigzag y si lo miraba demasiado resultaba mareante.

¿Se podía desmayar en un sueño?

Un hombre le saludaba desde un sofá y le invitaba a sentarse. A veces era un hombre, a veces una mujer, nunca era un niño, nunca era alguien que conociese.

Él se movía con lentitud hacia el sitio que se le tenía guardado, que era el mismo en todos los sueños. Los demás actores de su sueño, esos que iban cambiando de mujer a hombre, de calvo a canoso, de bajito a gigante; se movían con un mecanismo roto, como si fuesen juguetes a los que no se les había dado cuerda. Tardo un tiempo en darse cuenta que lo que les pasaba es que se movían al revés, pero en el orden correcto. Era raro de explicar.

En aquel sueño siempre le hacían peticiones, era un lugar de acertijos, objetos que aparecían y desaparecían, personas que iban cambiando, y palabras que costaba descifrar. Le recordaba a cuando jugueteaba poniendo *Revolution 9* de The Beatles al revés para encontrar los mensajes subliminales donde quedaba evidente que Paul McCartney había muerto en 1966. Sólo que en esta ocasión nadie jugaba y los mensajes parecían reales.

Cuando se despertaba olvidaba casi todo lo sucedido con cada nuevo minuto consciente, excepto las cortinas rojas, los sofás y la estatua de Venus.

El otro sueño era peor. Apenas había soñado tres veces con aquella reunión, no sabía dónde se realizaba, ni qué querían de él los asistentes a esa reunión, pero el vello de la nuca se le erizaba al recordarlo y un dolor de cabeza le cubría hasta la última parte de su cabeza. Quizás era una manera que tenía su cerebro de defenderle, de bloquear lo que había en esa pesadilla.

—¿Por qué sabes que ambos sueños están relacionados? —le había preguntado su psicóloga en el pasado, cuando aún creía que todo era producto de su mente.

Era fácil saber que los sueños estaban conectados porque se repetían un par de actores, aunque en aquella ocasión no querían darle órdenes, sino hablar y chillar entre ellos.

Creyó que el mono era el que más cosas tenía que decir, aunque la electricidad no le dejaba oírle. Le señalaban a él con un dedo y soltaban una risa estrepitosa. Bailaban y reían y en ocasiones se metían los dedos en la boca como si se quisieran dar la vuelta a la carne, se rascaban como si quisieran arrancarse la piel a tiras y saltaban como si las piernas dejaran de funcionar si no lo hacía. En ese sueño también se hablaba como si alguien tuviera *Revolution 9* al revés en la gramola.

La última vez que había cerrado los ojos y descansado su mente había vuelto a esa sala de dementes con sueños retorcidos de grandeza y le habían dado el anillo.

Cuando se despertó el anillo estaba en su puño, la piedra se clavaba en su palma, recordándole que estaba allí y era real. Su primer impulso fue lanzarlo contra la pared o tirarlo por la ventana, ¿iba a hacerlo menos real acaso?

—¿Por qué crees que tienes esos sueños? —le había preguntado aquella mujer.

—¿Por qué soñamos? —había preguntado él—. Dicen que es porque necesitamos limpiar nuestro cerebro de las cosas que no necesitamos, que es una manera que tiene de que la información no nos vuelva locos tal y como un ordenador se deshace de todo lo que ya no necesita. Aunque algunas veces soñamos con lugares que no hemos visto, con personas con las que jamás hemos interactuado. ¿Será acaso esa señora que sueño que le compro el pan la misma que vi dos segundos en el parque antes de olvidarme de su cara? ¿Será ese hombre que suplica que no le mate el mismo que estaba de fondo en la carretera cuando mi coche pasó junto a él?

—¿Sueñas mucho que matas a gente? —había preguntado ella, tan afilada como siempre.

—Sueño con matar a gente, con que gente me mata y con morir de mil maneras distintas. Creo que todo el mundo sueña con la muerte, pero ¿quién recuerda de manera diaria lo que sueña?

¿Qué pensaría ahora su psicóloga si le viera con el anillo que no debía existir en una mano y el cuchillo con su propia sangre en otra? Quizás debía enseñarle el anillo en su próxima consulta: “Hola querida, esta circunferencia con una piedra engarzada de color verde es producto de mi imaginación pero ahora se ha materializado y está intentando hacerme dormir para darme las instrucciones para saber qué hacer con él. Sí, por favor, lléveme al centro de salud mental más cercano antes de que use el cuchillo para materializar un asesinato”.

La herida no era mortal, sin embargo, la sangre seguía su lento recorrido desde el muslo hasta el talón, moviéndose como un río sin apenas agua que quisiera demostrar que aún tenía caudal. Llevaba una venda que él mismo se había puesto, aunque esta estaba empapada y roja.

Caminó hacia la cocina en busca de un zumo o el teléfono para avisar a urgencias, la primera de las dos cosas que sucediesen, su idea para mantenerse despierto se le había ido de las manos.

Llegó a la cocina dejando algunas huellas rojas incompletas de su pie en el camino. Abrió la nevera y el zumo de naranja se iluminó con la luz del frigorífico haciéndose pasar por un objeto sagrado elegido para la ocasión. Cogió un vaso de uno de los armarios y, en el preciso instante en el que iba a echarse el zumo se desmayó.

Oyó el vaso hacerse añicos contra el suelo al igual que escuchó cómo su cabeza chocaba también contra el linóleo, sin llegar a soltar el anillo.

En cuanto abrió los ojos se encontró en la habitación roja. Las cortinas estaban allí, junto con los tres sofás y la estatua de Venus.

—Hola —dijo la voz. Aunque sonó más bien como “Ho—la”, de nuevo el disco de *Revolution 9* al revés.

No reconoció la voz, era imposible reconocerla aunque la hubiese escuchado con anterioridad. Se acercó hacia su lugar en aquel salón: en el sofá que se encontraba a su izquierda, a su siniestra.

Delante de él se encontraba su psicóloga, con su brillante melena morena, su camisa de seda y su pantalón negro de vestir. Era ella, sin ser ella, su pelo no ondeaba, sus pupilas no brillaban. Si no hubiera tenido todo un tono rojizo se hubiera parecido a una sesión con ella en su despacho.

—Última vez. Última oportunidad —dijo ella. El disco sonaba rayado.

—¿Última vez? —preguntó él, era la primera vez que hablaba en uno de sus sueños y se dio cuenta de que su voz en cambio, sonaba normal, demasiado nítida incluso para ser un sueño.

Ella puso cara triste, luego sonrió y a continuación, volvió a poner cara triste.

—Te veré, te he visto —dijo ella.

Él parpadeó y cuando lo hizo, su psicóloga ya no estaba allí, tan sólo quedaba un sofá vacío. Se había quedado solo en la habitación. Comenzó a apretar los ojos con fuerza, esperando que en alguna ocasión si los volvía a abrir volvería a aparecer la mujer, insistió en repetidas ocasiones sin éxito.

Se iba a levantar de su asiento, cuando un hombre tan alto y calvo que se le asemejaba a una farola le dijo que se parara, usando para ello la voz extraña que todos los moradores de su sueño a excepción de él mismo usaban para hablar.

Aceptó la orden y volvió a recolocarse en el sofá, mirando la estatua de Venus y las lámparas que estaban a ambos lados.

—Yo apago incendios —dijo el hombre alto sentado frente a él—. Pero el fuego ya forma parte de ti.

La cara del hombre se transformó en una mueca que imitaba la tristeza y señaló con un dedo la mano que mantenía en un puño. Abrió el puño y descubrió que aún llevaba el anillo en ella.

—No lo quiero —intentó decir.

—¿Es de fornica o de jade? —preguntó el hombre alto.

Fue a comprobar lo que aquel hombre le decía, pero no tuvo tiempo de hacerlo. De la palma de su mano se abrió un agujero que absorbió el anillo sonando “zuuuuuip” al hacerlo, cerrándose a su vez el agujero. Se levantó de un salto y sacudió su mano en un vano intento por hacer que el anillo se cayese de ella, después, se la frotó contra la pernera del pantalón.

Ya no podía hacer nada más.

El anillo y su piedra ascendían por su brazo bajo su piel hasta desaparecer.

—Los oídos están para oír —dijo el hombre señalando sus orejas—. La cabeza para pensar —continuó dándose un golpecito con el dedo en la misma—. Has perdido la oportunidad de hacer las cosas bien. Aún podemos hacerlas regular.

—Escucharé —confirmó con enfado. No entendía por qué debía doblegarse ante las peticiones de un sueño.

—La respiración se cortará y tú encontrarás la manera de volar. El mundo parecerá precioso, pero sólo lo será por fuera. Preguntar por la rectitud te llevará a ser mejor soñador.

Se despertó antes de que pudiera torcer el rostro ante las peticiones que le acababan de hacer.

Yacía sobre el suelo de la cocina, notaba el frío del mismo desde la punta de los pies hasta la cabeza dolorida.

—La respiración se cortará y encontraré la manera de volar —repitió lo que le habían dicho en el sueño—. El mundo parecerá precioso, pero sólo lo será por fuera. Preguntar por la rectitud me llevará a soñar mejor.

Olía al óxido de la sangre seca y a la acidez del zumo de naranja. Miró a ambos lados todavía tumbado y descubrió que el pequeño charco de sangre que

se había formado bajo su pierna se había mezclado con el zumo derramado dejando un color parduzco y turbio donde los dos líquidos se habían unido. Su gato blanco Pantuflas bebía alegremente de aquel terrible brebaje.

—Fusss, fusss —dijo intentando alejarle con la pierna herida, al hacerlo esta se resintió y un quejido agudo salió de su garganta.

Se irguió sobre su tronco con ayuda de sus codos y cuando comprobó que no tenía heridas en su cabeza y estaba despierto comprobó su mano aún cerrada en un puño: allí no había ningún anillo.

—¡Joder! —exclamó furioso.

Pantuflas saltó asustado al oír el grito y se largó con el rabo encrespado.

Era imposible que se hubiera dañado la pierna por nada ¿no?

Observó la vacía palma de su mano y durante un instante le pareció ver la marca de un anillo en ella. Se golpeó con la misma palma en la cabeza.

Necesitaba ir a la consulta de su psicóloga cuanto antes.

Se cambió la venda de la pierna tras comprobar que la herida no tuviera mal aspecto, y colocó un abrigo y una chaqueta sobre el calzoncillo y la camisa interior que llevaba puestas.

Salió a la calle con la intención de poner un pie tras otros y que estos le llevaran directos a la consulta de la psicóloga. Se le estaba yendo de las manos. O se estaba volviendo loco o quizás alguien intentaba hacer que creyera eso usando drogas para ello. Sea como fuera, necesitaba a un experto que hiciera que no se dañara a sí mismo porque creía que sus sueños y su realidad empezaban a mezclarse demasiado.

Llamó con insistencia al telefonillo, pero no hizo falta que su terapeuta le abriese, pues una vecina con bolsas de la compra y un bonito reloj de muñeca abrió la puerta por él.

Dio las gracias y subió las escaleras sintiendo punzadas en el muslo cada vez lo hacía. Estaba seguro de que llevaría tiempo que la carne cicatrizase, pero notarla así resultaba espantoso.

Subió los dos pisos que le separaban de la consulta de la psicóloga y al ver que la puerta estaba abierta, entró sin llamar. Lo hizo histérico y dando voces, pues estaba tan nervioso que necesitaba que ella hiciese algo antes de que empezara a clavar su cuchillo en otras personas en vez de en él mismo.

Contuvo el aliento cuando la distinguió yaciendo en el suelo en una perfecta pose para rodear su cuerpo con tiza y avisar a la policía después. Tuvo la tentación de buscar un trozo bien grande y marcar los contornos con ella, pero en de eso acercó su oreja a los labios de ella: no sentía aliento, no tenía latido.

Llamó a emergencias usando el mismo teléfono que había en el despacho y habló sin pensar en las palabras que decía, sólo quería explicar que la única persona que podía decirle si su cabeza aún estaba bien o necesitaba ayuda para recomponerla, estaba muerta sobre el suelo del despacho donde ejercía.

Colgó el auricular y al hacerlo vio un sobre blanco con el sello de un avión azul celeste pintado en la esquina superior izquierda.

—La respiración se cortará y encontraré la manera de volar —susurró con los ojos mirando al sobre sin pestañear.

Podía ser sólo una casualidad, pero el sobre le atraía como el hierro hacia una superficie imantada. Lo tomó entre sus dedos y lo miró a trasluz. No reconocía la compañía de viaje, pero eso no importaba. Dobló el sobre en dos

partes y se lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón. A continuación, se olió la axila y arrugó la nariz con gesto de asco.

Daba muchísima pena.

Su primera intención no había sido huir del lugar donde su psicóloga estaba muerta a sus pies, pero tras comprobar el estado en el que él mismo estaba más le valía largarse de allí lo antes posible. Tenía una cuchillada realizada por él mismo en el muslo, había entrado pegando voces en el piso de la víctima, escondía algo que quizás tuviera valor policial en el bolsillo de su pantalón, y su olor era tan nauseabundo como una pila de calzoncillos y calcetines usados esperando desde hace semanas en la pila de la ropa sucia antes de tener su turno en la lavadora.

Se fue de allí consciente de que lo que estaba haciendo no entraba del todo dentro de lo legal y lo hizo sin correr para no llamar la atención. Aunque con la cojera de su pierna y su olor, si la policía se acercaba antes de que él hubiese escapado sería imposible que nadie se percatase de su persona.

Se encerró en casa, Pantuflas había vuelto a atacar el charco de sangre y zumo que se había formado unas horas antes y que aún no había limpiado. El animal había ido dejando huellas pegajosas por todas partes. Pensó en volver a asustarle para que marchara, pero en vez de eso se sentó en el sofá de una plaza que tenía en el salón.

—¡Ahora que has probado el sabor de la sangre ya no podrás alimentarte de otra cosa! —exclamó riéndose de su propio chiste—. Que conste que la verdadera sangre no sabe tan dulce.

Pantuflas levantó la vista para mirarle y mostró su hocico lleno de sangre para después moverse y tumbarse en un rincón del salón alejado del charco que

había formado, como si le hubiese entendido y aceptase que si la sangre no iba a saber dulce prefería no seguir tomándola. Tal vez se hubiera hartado de comer.

Jugó con la carta robada entre sus dedos antes de abrir su contenido. Dentro había un billete de avión y una carta con una dirección escrita. El billete le transportaba al noroeste de Washington, la dirección indicaba un hotel al borde de una cascada en “la pequeña e idílica ciudad de Twin Peaks, el Gran Hotel del Norte”.

Miró la dirección y se sintió estúpido. ¿Había robado a una muerta para hacerse con un billete para seguir las indicaciones de un sueño? Claro que lo había hecho, claro que lo iba a hacer.

Pantuflas, convertido ahora en un gato caníbal según se podía distinguir en su morro teñido de rojo, maulló desde su esquina.

Cogería un avión.

Le había costado mantenerse despierto y no lo había conseguido, sin embargo, en aquella ocasión no había soñado. ¿La muerte de su psicóloga había acabado con sus pesadillas? Se rio al pensar qué diría ella al contarle eso, cortó su risa al darse cuenta de que DE VERDAD ella estaba muerta.

Subió al avión que iba a llevarle al destino donde sus sueños podían ser mejores y se recostó en su asiento que estaba junto a la ventanilla. Llevaba cuatro pertenencias con él debajo del asiento. Había dejado a Pantuflas con un vecino y no tenía ninguna otra cosa que le atara a su ciudad. Si su psicóloga había sido asesinada, algo que aún no sabía con seguridad todavía, tenía todas las papeletas para que la policía pensase que había sido él.

“La respiración se cortó y encontré la manera de volar —diría a la policía—. El mundo parecerá precioso, pero sólo lo será por fuera. Preguntaré por la rectitud me llevará a soñar mejor”.

Se rio, su compañero de asiento, un chico de cara redonda y gafas de pasta azul, le miró enarcando una ceja.

Se giró hacia la ventanilla del avión y vio cómo la ciudad se volvía minúscula desde allí. Quizás estaba huyendo, pero tampoco le importaba largarse de allí y empezar una nueva vida. Twin Peaks no parecía un mal lugar.

—Los oídos están para oír —dijo su vecino de asiento.

—¿Perdone? —preguntó sin que sus sentidos quisiesen entender lo que acababa de escuchar.

—La princesa tenía que morir en casa de las brujas —dijo. Su mirada tras los cristales estaba perdida—. El aspirante a brujo creyó tener poderes, la princesa murió a medias, y el soldado reúne a otras herederas creyendo que puede cambiar el mundo.

—Oiga —insistió él. Las palabras del chico de las gafas le hacían erizarse el vello, eran demasiado parecidas a sus sueños, pero no estaba durmiendo ¿no? No salían los mismos actores, ¡estaba en un avión!

—Río arap nátse sodío sol. Rasnep arao átse azebac al. Rodaños le se néiuq apes euqnua amad al ravlas árargol sámaj odadlos le —dijo, y se rio, se rio con fuerza y sin parar.

Una auxiliar del avión se acercó a preguntar si pasaba algo y se llevó al pasajero de gafas que no paraba de reír hasta el baño, estaban tan cerca como para oír las arcadas desde el asiento. Al rato el chico volvió pálido y sudoroso, le mostró una sonrisa culpable y se disculpó por el síncope que le había dado.

No había sido un síncope, desde luego que no.

Twin Peaks era una ciudad maravillosa, parecía haber sido mantenida en ámbar mientras el resto de la humanidad había evolucionado con una rapidez asombrosa. Era cierto que no tenía edificios altos y tecnología punta, pero no necesitaba nada de eso. Con cada respiración notaba el aire de las montañas en sus pulmones y el olor de los pinos en su nariz.

—Abetos Douglas —dijo, no sabía cómo lo sabía, pero ese era el nombre de aquellos árboles.

El Gran Hotel del Norte era un edificio clásico en lo alto de una cascada. Creía que los lugares así no existían más allá de las películas, pero allí estaba: sobre un potente torrente de agua que caía sin parar.

Entró en el edificio y su vestíbulo le hizo sentirse acogedor desde un primer momento. La madera oscura y los tonos ocres le invitaban a sentarse en uno de los acogedores sofás que tenía frente a una chimenea y tomar una taza de algo caliente.

Se acercó a una de las chicas que atendía en la administración y preguntó si podía alejarse señor.

—Está de suerte señor —dijo la chica sonriendo con sus grandes ojos azules—. Solo nos queda una habitación.

Se estiró sobre el panel de las llaves que había tras ella y alcanzó un llavero verde que reposaba solo en una esquina.

—La 119 —dijo ofreciendo la llave al nuevo turista.

Firmó la hoja de registro, pagó por adelantado la habitación por unos cuantos días —¿a quién le importaba pasar un tiempo en aquel maravilloso lugar?— y fue con su llave a ver la habitación donde iba a dormir.

La habitación olía a madera y sus paredes estaban cubiertas de este mismo material, la cama, con una manta de franela a cuadros sobre la misma, era tan grande como para dormir a pierna suelta, aunque todavía ni se le ocurriese hacerlo, y había también una maravillosa vista de la cascada desde su amplia ventana.

Todo era fantástico.

Se tumbó sobre la cama y observó el techo, desde el que se observaba una lámpara amarilla bastante grande, no la iba a encender mientras entrase luz por la ventana, pero pensaba que daría una calidez extra a la habitación.

—Quizás esto era lo que necesitaba —dijo en voz alta, escuchando el tono de sus palabras—. Tal vez sólo necesitaba un lugar donde descansar.

Una especie de zumbido se estableció en su cabeza, intentó descubrir qué era, pero cuanto más se esforzaba en entender qué era más le parecía un quejido, un quejido lastimero y muy pequeño escondido en algún lugar lejano del hotel.

Una frase se interpuso en sus pensamientos, grande y pesada.

El mundo parecerá precioso, pero sólo lo será por fuera, decía la frase.

—¡Joder! —exclamó. Y se irguió sobre la cama.

¿Cuál había sido la tercera frase del gigante? ¿Cuál?

Estuvo dándole vueltas a la cabeza sin lograr éxito, aunque lo cierto es que su cabeza tampoco pensaba de manera correcta. La cama era tan cómoda…

Se recostó sobre la misma y apoyó la cabeza contra la almohada. Apenas tardó unos segundos en quedarse dormido.

Aquel sueño era en blanco y negro, eso resultaba raro, sus sueños siempre eran a color, este parecía uno normal, de los que hacía tiempo que no tenía. Estaba en una terraza de alguna cafetería parisina que desconocía, algo que resultaba normal pues nunca había estado en París. De pronto un hombre se sentó a su lado y pidió un café.

—Tú no eres Mónica —dijo el hombre, parecía mayor.

—No —dijo—, mi nombre es Richard, no Mónica.

El hombre del pelo blanco frunció el ceño y arrugó la frente con aspecto triste.

—No sé quién eres —dijo el hombre encogiéndose de hombros, hablaba a gritos, como si no oyera su propia voz—cuando despierte tu nombre me dará igual porque no te recordaré.

—Este es mi sueño —dijo Richard—. Tú formas parte de mi sueño y no al revés —explicó enfadado, ¿sus sueños normales también se iban a empezar a poner raros? ¿Iba a empezar a tener tres tipos de sueños? Esperaba que no.

—Esto me recuerda a algo que dijo Mónica en otro sueño: “Somos como la araña. Tejemos nuestra vida y entonces nos movemos en ella”. ¿Lo entiendes?

—Sí —mintió, sólo quería que como los demás actores de sus sueños, le dejaran en paz.

—No creo que el soñador esté despierto, y tampoco creo que tú lo seas, creo que el soñador intentaba coger prestada una telaraña y ahora no sabe qué hacer con ella, creo, que tal vez le obligaran a continuar un camino que ya estaba

hecho. Tal vez Coop se perdiese en ese camino que no le correspondía. Como un libro que se empieza a mitad de la lectura.

—¿Quién es Coop? —preguntó, empezaban a ser muchos nombres para recordar.

—¿Usted conoce también a Cooper? —preguntó a voces—, es el hombre más recto que he conocido en mi vida.

—Preguntar por la rectitud me llevará a ser mejor soñador —murmuró en voz baja.

—¿Cómo? —preguntó el hombre a gritos.

—¿Dónde puedo encontrar a Cooper? —dijo.

—Lleva desaparecido veinticinco años.

En ese momento se despertó.

Aquel sueño había sido… Revelador. La piel de la pierna le tiraba, se subió la pernera del pantalón y vio cómo la herida ya se estaba convirtiendo en una fea cicatriz. Pensaba que se había hecho la herida para mantenerse despierto, pero cada vez le resultaba más raro que eso fuese cierto, intuía que tal vez tendría que ver con Linda, no sabía por qué.

Se dio una ducha rápida y bajó al vestíbulo del hotel, la chica de recepción estaba escuchando en un volumen bajo una versión reciente de *Changes* de David Bowie hecha para una película de dibujos animados. Richard prefería la original, pero entendía que tenía que a veces la música tenía que adaptarse a los tiempos.

Se alejó de aquella música para acercarse poco a poco a una melodía en directo que sonaba en el salón de actos, tonos graves con un saxo dirigiendo la canción.

Era invierno de 2005 y Richard con creía tener que esperar demasiado a que las cosas tomaran control en su vida, aunque una pregunta llevaba rondándole en la cabeza desde que había visto su equipaje en la bolsa.

¿Cómo había conseguido colar el cuchillo ensangrentado en el equipaje de mano de su avión?

¿Cuándo lo había cogido?

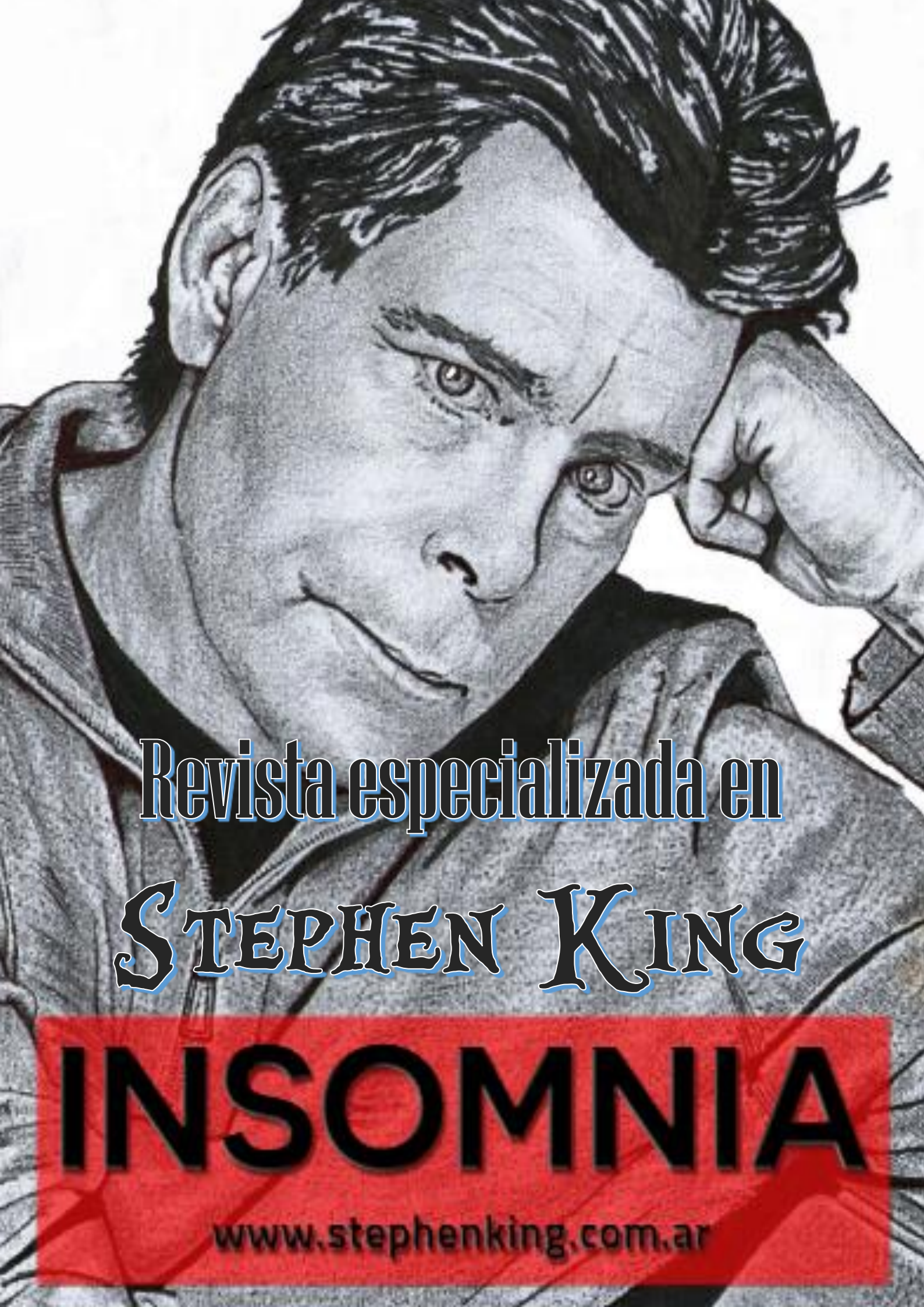
Decidió no pensar en aquellas minucias, lo cierto es que tenerlo cerca le tranquilizaba. Tal vez lo tendría que volver a usar.

SOBRE EL AUTOR — SHEILA MORENO

Coge una batidora y mete dentro a una trabajadora social, una educadora infantil, un buen puñado de libros, mucho terror, y quejas. Limpia la sangre y ponle unas gafas: el resultado que queda es Sheila.

Ha escrito distintos cuentos en varias publicaciones digitales: “El huevo” (antología *Payasos Malvados* de la **Revista Vuelo de Cuervos**), “La lección” (*Tentáculos y Cuervos 3* de la **Revista Círculo de Lovecraft**), “A las fauces de la muerte” (**Revista Tártarus 11**), “La Fundación Abraham” (**Revista Penumbria 43**).

Puedes encontrarla y compartir quejas con ella en Twitter: @marcapáginasolv


Revista especializada en
Stephen King
INSOMNIA
www.stephenking.com.ar

«*Have You Seen Bob?* La presencia del Mal en *Twin Peaks*»

I was living in a Devil Town
Didn't know it was a Devil Town

Daniel Johnston

Ces grands rameaux jamais apaisés, comme l'onde,
D'où tombe un noir silence avec une ombre encore
Plus noire, tout ce morne et sinistre décor
Me remplit d'une horreur triviale et profonde

Paul Verlaine

Alejandra García

¿Cómo es presentado el Mal en la serie de David Lynch *Twin Peaks* y qué explicaciones se ofrecen a la existencia de esta fuerza? En los créditos iniciales, la pequeña localidad de Twin Peaks es presentada al espectador como un lugar apar- tado y demasiado tranquilo[1], definido a partir de una serie de secuencias intercaladas cuyos antagó- nicos protagonistas son el trabajo y la industria (en concreto, la serrería) y la naturaleza en su estado más puro (un pájaro, los frondosos bosques, unas cataratas y el lago). Sin embargo, desde el inicio de la serie, el asesinato de Laura Palmer rompe esta aparente tranquilidad, resultando ser un punto de fuga para descubrir otro mundo que palpita bajo el mundo normal, regido por las apariencias. Poco a poco, Lynch nos muestra indicios que reflejan el funcionamiento de ese otro mundo, el anormal pero real que todos sus habitantes mantienen en la som- bra: un mundo cargado de violencia, vicios ocultos, relaciones incestuosas y sucesos aparentemente so- brenaturales. De este modo, mediante un proceso de extrañamiento que convierte lo raro en normal y lo normal en no creíble, se van construyendo estos

1. Pese a la tranquilidad que desprenden las imágenes y la música de Badalamenti en el *opening* de la serie, algo raro sucede desde el inicio que crea un desasosiego en el espectador, y es que a lo largo de estas secuencias intercaladas no se nos muestra ningún signo de vida más allá del pájaro de la primera escena.

En este universo dual presentado por Lynch, podemos identificar varios tipos de Mal que rigen la vida de sus habitantes, por un lado, y mantienen el equilibrio en el mundo, por otro.

dos mundos opuestos tan frecuentes en la obra del autor. Al igual que sucede en *Blue Velvet* y en el resto de obras lynchianas, pronto nos damos cuenta de que absolutamente todo lo que vemos es digno de desconfianza, y es nuestra labor quitar las máscaras de cada uno de los personajes para descubrir sus secretos más oscuros. Pero la propuesta de *Twin Peaks* va más allá, pues «donde *Blue Velvet* presentaba un mundo dividido, *Twin Peaks* presenta un mundo de extremos en continua transformación» (Hispano, 1998: 193). En este universo dual presentado por Lynch, podemos identificar varios tipos de Mal que rigen la vida de sus habitantes, por un lado, y mantienen el equilibrio en el mundo, por otro. Nos moveremos, por tanto, en dos terre- nos diferentes y al mismo tiempo muy relacionados entre sí gracias al elaborado entramado simbólico que nos proporciona la serie, como se verá a continuación: el terreno psicológico y ético y el terreno metafísico.

Bajo el mundo normal y feliz que se observa en la superficie de las vidas de los habitantes de Twin Peaks, se esconde un mundo gobernado por las fuerzas del Mal, fuerzas que nacen, en un primer plano, de lo más profundo del espíritu humano. En el interior de cada casa, la máscara desaparece y afloran los instintos crueles y violentos, los vicios secretos y las relaciones tormentosas. Para entender mejor esta maldad inherente al ser humano, debemos partir del concepto schopenhaueriano de Voluntad (Schopenhauer, 2010: 102 y ss.) La Voluntad, fundamentalmente espontánea e irracional, nace de lo más profundo del espíritu y determina todas nuestras acciones. Oponiéndose radicalmente al pensamiento kantiano, para Schopenhauer tiene tal poder en nuestro interior que no cabe la opción de decidir sobre ella, dado que no se puede imponer la razón sobre una fuerza puramente irracional. Por otro lado, esta fuerza irrefrenable es radicalmente negativa y, al contrario que la Voluntad hegeliana —que conduce a la historia humana hacia un futuro moralmente mejor—, está compuesta de los peores impulsos del ser humano, de los que no podemos escapar.

La Voluntad tiene como engranaje fundamental en los personajes de la serie de Lynch dos de los impulsos más básicos: el Deseo y la Violencia. El primero de ellos se materializa, por un lado, en forma de ambición —en los personajes de Catherine Martell o Ben Horne— y, por otro, en forma de impulso sexual —profundamente salvaje en los personajes

que frecuentan el One-Eyed Jack's[2]. El deseo sexual está en muchas ocasiones en el origen de la violencia, ya que ésta surge como resultado de la insatisfacción a la hora de alcanzar el objeto causante del deseo (inalcanzable en sí mismo, puesto que sólo se nos ofrecen dos posibilidades contrarias: poseerlo y que deje de ser el objeto-causa o renunciar a él). La presencia indisoluble de estos dos impulsos en *Twin Peaks* llega a su culmen en la relación inces- tuosa de Leland y su hija, que analizaré con mayor profundidad más adelante, y que para Stevenson no sólo representa la violencia familiar, sino que es una puesta en escena de *«the secret violence of American life.* Twin Peaks *does that hidden violence come unmistakably to the fore and assume central importance»* (Lavery, 1995: 73).

A partir de la exposición de cada uno de ellos, se nos muestra una maldad inherente al ser humano de la que nos es imposible escapar y una crítica a la sociedad hipócrita en la que vivimos, regida desde su base por una violencia que no nos atrevemos a asumir y que, por tanto, nos vemos incapaces de combatir. Es precisamente la dificultad de asumir la existencia de esas fuerzas oscuras que nacen en nuestra esencia lo que hace a los personajes de *Twin Peaks* esconderse bajo un velo de felicidad brillante y normalidad fingiendo, como explica Lee, que la naturaleza humana *«is fundamentally caring and good, but the reality is that we are secretly fascinated by the barbaric and the violent»* (Devlin & Biderman, 2011: 47). Así, aunque todos en *Twin Peaks* son en parte conscientes de la existencia de esas fuerzas que guían las acciones de la mayoría de personajes, el único que parece reflexionar sobre ello es Bobby Briggs quien, tras acusar a todos los presentes en el funeral de Laura de ser la causa de su muerte, en el episodio 5 recuerda, en conversación con Jacoby, algo que ella le dijo:

> JACOBY. Did she tell you there's no goodness in the world?
>
> BOBBY. She said people tried to be good, but they were really sick and rotten. Her, most of all. Every time she tried to make the world a better place, something terrible came out inside her and pull her back down into hell, it took her deeper and deeper into the blackest nightmare. Every time, it got harder to go back up to the light.
>
> (*Twin Peaks*)

2. El nombre del local es un claro homenaje de Lynch a la película homónima de Marlon Brando (1961).

Lynch consigue mostrarnos magistralmente este juego entre las deseadas apariencias y los impulsos humanos más profundos a través de un proceso de extrañamiento que se desarrolla no sólo a partir de la inserción de imágenes grotescas[3], muy frecuentes en la serie, sino especialmente mediante la exageración de lo aparentemente feliz, de los sentimientos y comportamientos más virtuosos del ser humano y la sociedad que conforma: el amor en todas sus manifestaciones, la solidaridad o la compasión son mostrados en *Twin Peaks* de tal manera que producen desasosiego, malestar e incluso miedo en el espectador como consecuencia de su énfasis o su recurrencia. Gracias a este proceso de extrañamiento, Lynch transforma *«the 'homely' into the 'unhomely' producing a disturbing unfamiliarity in the evidently familiar»* (Rodley, 1997: 10). De este modo, nos sentimos más aterrados al observar a Leland llorando hasta la locura frente al retrato de su hija, bailando en una reunión familiar con los Hayward o abrazando a su sobrina Maddy que viéndolo poseído por bob. A este mundo de realidades invertidas tendremos que añadir otro, más fiable que el mundo aparentemente normal, aunque parezca menos lógico: el sueño, cuyo ámbito predilecto es la Habitación Roja, espacio críptico que esconde el significado verdadero del mundo real. Para poder analizarlo, me centraré antes en la presencia del Mal en el terreno metafísico.

Como afirma Paul Ricoeur (2006: 54), cuando el Mal se sitúa en el plano del pensamiento, se convierte en un desafío, puesto que el objetivo primero del que lo piensa no es buscar una solución, sino una respuesta. Partiendo de esta idea, considero que *Twin Peaks* propone una respuesta a la presencia del Mal situándose plenamente en el terreno metafísico, pues proporciona una explicación que parte de la constitución misma del mundo y a la que no todos pueden acceder. Dicha explicación se basa en una concepción dual del universo, cuyas fuerzas se mueven dinámicamente por la atracción de dos polos opuestos, el Mal y el Bien, que se mantienen en lucha por la hegemonía desde tiempos inmemoriales. Estos dos extremos aparecen representados en la

3. Con la inserción de este imaginario grotesco, Lynch nos hace darnos cuenta, como espectadores, de lo oscuro que también yace en nuestro interior, pues nos hace reírnos de un padre desconsolado que se lanza sobre la tumba de su hija mientras ésta no deja de subir y bajar o de un Leo, ya vegetal, que se desploma sobre una tarta mientras Bobby y Shelly festejan su enfermedad. Por otro lado, lo grotesco se encuentra en la esencia de muchos de sus personajes, como el Enano, el Gigante, *One-armed* Mike, *Log Lady* Nadine.

serie en dos espacios, *the Black Lodge* y *the White Lodge*, construidos con un entramado de símbolos propio del universo lynchiano. Aunque tendremos que esperar bastante en la serie para conocer la existencia precisa de estos dos espacios, es preferible comenzar por saber a qué me refiero exactamente con estos dos mundos para después pasar a descodificar todos los símbolos que los conforman y los personajes que los habitan. La descripción más detallada de estos espacios la ofrece Windom Earle[4] en el episodio 26:

> Once upon a time, there was a place of great goodness called the White Lodge. Gentle fawns gamboled there amidst happy, laughing spirits. The sound of innocence and joy ftlled the air. And when it rained, it rained sweet nectar that infused one's heart with a desire to life in truth and beauty. Generally speaking, a ghastly place, reeking of virtue's sour smell. [...] But I am happy to point out that our story does not end in this wretched place of saccharine excess. For there's another place. Its opposite. A place of almost unimaginable power, chock full of dark forces and vicious secrets [...]. And if harnessed, these spirits in this hidden land of unmuffled screams and broken hearts will offer up a power so vast that its hearer might reorder the earth itself to this liking. Now, this place I speak of is known as the Black Lodge.
>
> (*Twin Peaks*)

Se nos ofrece, de este modo, una explicación a la presencia del Mal y el Bien como dos fuerzas que están en el origen del mundo y lo gobiernan desde tiempos inmemoriales, representadas en dos refugios[5] que se encuentran en una realidad alternativa que interactúa con el mundo real pero se mantiene oculta, *«in the case of Twin Peaks, under the earth below»* (*Twin Peaks*), en palabras del Major Briggs en el capítulo 20. La entrada a estas dos casas sólo es posible a través de otros dos espacios que tienen gran peso en la serie: el sueño y el bosque.

Lynch otorga al sueño la cualidad de ser la única dimensión en la que podemos encontrar un conocimiento verdadero y fiable.

Como anticipaba antes, Lynch otorga al sueño la cualidad de ser la única dimensión en la que podemos encontrar un conocimiento verdadero y fiable. Ante la sólo aparente lógica del mundo real, la ilógica dimensión onírica que se sitúa principalmente en *the Red Room*[6], cuyos mensajes crípticos resultan casi incomprensibles, se revela como la única realidad de la que nos podemos fiar. Sólo en este espacio, regido por unas normas espaciales y temporales distorsionadas, puede tener lugar el encuentro entre personajes que pertenecen a realidades diferentes. En esta habitación, denominada *Another Place*, las agujas del reloj giran hacia la izquierda y el espacio está contenido en un eterno devenir de cortinas rojas que esconden lugares idénticos y contrarios a un tiempo[7]. Es por ello que se convierte en el único punto de conocimiento profundo, pues muestra los indicios de lo que se encuentra más allá

4. Pese a que Windom Earle, el cruel e inteligente asesino que quiere vengarse de Cooper tras haber matado a su mujer, sería un personaje interesante a tratar en este estudio, creo que no está del todo bien deftnido y, por ello, su papel en la serie cumple únicamente con la función de bisagra. (¿Habría sido diferente si Lynch hubiera dirigido estos episodios?) Sabemos que trabajaba con Cooper y que conoce a Briggs, puesto que formaba parte de su equipo de investigación «subterránea», que es un gran jugador de ajedrez, un psicópata y que está obsesionado con *the Black Lodge*.

5. Preftero referirme a *the White Lodge* y *the Black Lodge* como refugios, albergues o casas, aunque la traducción castellana del término en la serie sea Logia, pues creo que, de esta manera, además de ser más fiel al sentido original de los nombres, evito la vinculación con el ocultismo, que tanto daño ha hecho a la simbología lynchiana.

6. Aunque el nombre de este espacio se debe únicamente a la estética que presenta, tan característica de la poética de Lynch, no puedo evitar vincularlo al «RedRum» de *The Shining*, referente a la habitación del crimen. Es frecuente, además, encontrar en la poética lynchiana el color rojo (especialmente en el caso de las cortinas) como símbolo de violencia, dolor y sufrimiento.

7. Es preciso recordar aquí que los personajes enuncian sus frases de forma invertida, y es por ello que sólo en el devenir del tiempo a la inversa de la Habitación Roja es posible comprenderlos. Al tema del espacio volveré más adelante, cuando hable del bosque y del tema del doble.

Dale Cooper será capaz de descifrar los enigmas que le son revelados en sueños, combinando a la perfección sus métodos de investigación deductiva con sus intuiciones más profundas.

y yace bajo los cimientos de la realidad, aunque la expresión de ese subsuelo parezca, a simple vista, imposible de expresar e interpretar. Sólo el agen- te Dale Cooper será capaz de descifrar los enigmas que le son revelados en sueños, combinando a la perfección sus métodos de investigación deductiva con sus intuiciones más profundas, que le llevarán a seguir las pistas del Gigante y a aplicar técnicas tibetanas para descubrir al asesino.

Es en el primer sueño de Dale Cooper en *the Red Room*, en el episodio 2, donde —además de conocer algunas pistas sobre el asesinato de Laura gracias al encuentro con ella y el Enano, the Man from Another Place— comenzamos a saber algunos datos sobre bob, mike y lo que más adelante será denominado *the Black Lodge:*

> MIKE. Through the darkness of future past / the magician longs to see. / One chants out be- tween two worlds. / FIRE, walk with me[8]. We live among the people. I think you say convenience store. We live above it. I mean it like it sounds. I, too, have been touched by the devilish one. Tattoo on the left shoulder. Oh, but when I saw the face of God, I was changed. I took the entire arm off. My name is MIKE. His name is BOB.
>
> BOB. MIKE, can you hear me? Catch you with my Death Bag. You may think I've gone insane. But I promise that I will kill again!
>
> (*Twin Peaks*)

Los personajes que hablan en el sueño de Cooper, bob y mike[9], son dos de las almas que habitan *the Black Lodge*, territorio del Mal metafísico gober- nado por la violencia y el dolor, metafóricamente enunciado en varias ocasiones a lo largo de la serie mediante la imagen del fuego, explicada por Log Lady en el episodio 5: *«Fire is the Devil hiding in like a coward in the smoke»* (*Twin Peaks*). Es este elemento el ingrediente principal que constituye las entrañas de bob, cuyo olor a aceite quemado

8. Esta letanía enigmática aparece en varias ocasiones a lo largo de la serie, y su simbología, creo, podría descifrarse de la siguiente manera: *«through the darkness of future past»* representa el espacio-tiempo alterado de la Habitación Roja; *«the magician»* podría referirse a Cooper; y *«One chants be- tween two worlds»* haría referencia a bob, que se encuentra entre el mundo subterráneo de *the Black Lodge* y el mundo real. El fuego, como ya hemos dicho, es una metáfora directa del Mal.

9. Sólo escribo mike en mayúsculas cuando quiero hacer hincapié en su antigua relación con bob, esto es, cuando es portavoz del Mal. Salvo en este caso, suelo referirme a este personaje como One-armed Mike.

es percibido por varios personajes —entre ellos Maddy Ferguson, que antes de ser asesinada por Leland-bob en el capítulo 14, asustada, grita desde el piso superior: *«Aunt Sarah, uncle Leland, what is that smell? It smells like something's burning!»* (*Twin Peaks*). bob encarna, por tanto, la figura del Mal puro dentro de este refugio, y se mueve den- tro del mundo real tomando posesión del alma de los seres humanos, gracias a cuyo cuerpo es capaz de realizar los crímenes más instintivos y salvajes. Así, consigue conquistar las almas de Leland, Earle y muchos otros con su fuego hasta conseguir ence- rrarlas en *the Black Lodge*. bob llama a esas almas sus hijos (*Robert's sons*, de ahí las letras que apa- recen bajo las uñas de las chicas asesinadas), tal y como recuerda Leland cuando lo reconoce en el retrato en el episodio 10: *«Next to that was a white house. There's where he lived. [...] [His name,] I think it was Robertson. [...] Something else, he used to flick matches at me, and he said: 'You wanna play with fire, little boy?'»* (*Twin Peaks*).

Sin embargo, bob sólo puede poseer definitivamente aquellas almas donde el fuego del Mal existe con anterioridad como consecuencia de una preeminencia de los deseos más salvajes y oscuros de la Voluntad: y aquí es donde Lynch se convierte en un perverso moralista, concibiendo el sufrimiento de sus personajes como un castigo a sus vicios y pecados más oscuros. Es en el caso de estos personajes donde Mal psicológico, ético y metafísico se unen, algo que se muestra con mayor claridad en *Twin Peaks: Fire, Walk with Me* (*fwwm*), ya que ésta se centra en mostrar la vida secreta que mantenía Laura Palmer, prostituta y adicta a la cocaína, y la relación incestuosa y violenta con su padre, vi- sitante habitual del One-Eyed Jack's. Aunque sólo Leland acaba siendo seducido definitivamente por bob, Laura se mantiene al límite y coquetea con el Mal en varias ocasiones, tal y como la advierte Log Lady: *«When this kind of fire starts, it is very hard to put out. The tender boughs of innocence burn first, and the wind rises, and then all goodness is in jeopardy»* (*fwwm*).

Es *the White Lodge* y, sobre todo, por oposición a bob, el Gigante[10], el encargado de mantener el equilibrio entre ambas fuerzas. Gracias a este personaje, encarnado en el mundo real por el anciano camarero del Great Northern, y al de One-armed Mike —que renunció a bob tras ser «purificado»—, Cooper es capaz de descubrir al autor de los crímenes. Esta casa, por otro lado, tiene por reflejo en el mundo real la compañía de *the Book House Boys*, cuyos miembros —el Sheriff Harry S. Truman[11], su ayudante Hawk, Ed Hurley, su sobrino James y Cooper— intentan combatir, junto con el Major Briggs, el Mal que aflora en la superficie de Twin Peaks. Aunque Lynch no propone un espacio simbólico preciso para *the White Lodge*[12], sí ofrece algunas pistas sobre el decorado de *the Black Lodge*, un antiguo almacén de oportunidades que sólo aparece escenificado a través de las dos profecías de Philip Jeffries[13] en *fwwm* y en el que podemos observar a otros personajes relacionados directamente con bob: the Man from Another Place (el Enano), la se- ñora Tremond y su nieto (en la película, los Chal- font) y el cantante negro[14] que aparece en el último episodio de la serie. Bajo mi punto de vista, el pri- mero no pertenece a ninguna de las casas, aunque aparezca más a menudo relacionado con el Mal, pues desde su nombre se puede interpretar que está íntimamente vinculado a *the Red Room*, como se verá más adelante. El caso de los Tremond es, si cabe, más singular, pues se trata de dos espectros[15]

10. El Gigante no sólo habla a Cooper en sueños o a través del camarero del Great Northern, sino que también enuncia profecías que avisan al agente especial de lo que está pasando o pasará en *the Black Lodge*, fundamentalmente en dos escenas, ambas situadas en el escenario del Roadhouse: cuando Leland-bob se dispone a matar a Maddy y antes de que Annie sea secuestrada por Windom Earle.

11. Que el nombre de este personaje sea el mismo que el del presidente (1945-1953), evidentemente, no es casual. Más allá de sus actuaciones como tal, pienso que el paralelismo con el personaje de Lynch es un mero guiño que puede deberse al carácter pusilánime de ambos.

12. No me pararé demasiado en analizar los símbolos de *the White Lodge*, en primer lugar, porque no creo que en la serie tenga tanto peso como su contraria y, en segundo lugar, porque creo que es más relevante para este estudio centrarme plenamente en la presencia del Mal.

13. Este enigmático personaje, interpretado por David Bowie, sólo aparece en una escena de la película, y no en la serie, pero su papel es muy importante, a la par que enigmático. En primer lugar, sabemos que tiene relación con el mundo subterráneo porque es capaz de alterar el espacio-tiempo de tal manera que Cooper puede verse en la pantalla de la cámara de seguridad mientras está en otra habitación, y su desaparición es sospechosa, puesto que en su coche aparece escrito «*Let's rock!*» (frase pronunciada en varias ocasiones por The Man from Another Place). Además, acusa a Cooper de haberlo visto «en las reuniones», asociándolo con *the Black Lodge*.

14. Este cantante, un ya anciano Jimmy Scott, canta una canción titulada «*The Sycamore Tree*». La relevancia del título de esta canción se comprenderá más adelante.

15. La primera vez que conocemos a estos seres es a través de Donna, que va a llevarles el almuerzo como voluntaria de *Meals on the Wheels*. Cuando, al día siguiente, vuelve, han desaparecido: la hija de la anciana aftrma que su madre está muerta y que ella nunca tuvo hijos. Entonces, ¿quién es ese niño?

o «almas solitarias»[16] sirvientes del refugio que pueden moverse en el espacio-tiempo con total libertad, sin la necesidad de tomar ningún cuerpo. A tra- vés de la figura del niño-duende, a quien vemos en *fwwm* portando una máscara[17] de Puck, conocemos por primera vez la importancia del maíz guisado, denominado «garmonbozia»[18], pues en el episodio 9 lo hace desaparecer de la bandeja de la señora Tremond, que afirma que su *«grandson is learning magic»* (*Twin Peaks*). Tendremos que esperar a la película para darle un significado completo a este alimento, materia primordial de la que se nutren los seres de *the Black Lodge*.

16. El niño Tremond enuncia dos veces el verso *«je suis une âme solitaire»*, que aparecerá en la nota de suicidio de Harold Smith, el joven agorafóbico que guarda el diario secreto de Laura. Este verso, que puede tener origen en el poema de *Les Fleurs du Mal «Que diras-tu ce soir, pauvre âme solitaire?»*, podría quizás ofrecer una explicación al carácter espectral de estos personajes, relacionado tal vez con el suicidio. Como curiosidad, se puede recordar que este verso, en su original francés, aparecía transcrito en la nota de suicidio de Brad Delp, cantante del grupo Boston.

17. Es importante el símbolo de la máscara en la serie, al igual que el del espejo (sólo tenemos que recordar aquí algunas escenas en las que bob se observa, reflejado, a través de los ojos de Leland), pues ambos ocultan y desvelan a un tiempo la verdadera realidad.

18. No me voy a detener en dar un signiftcado simbólico a este elemento lynchiano, pues el empleo de este neologismo ha llevado a interpretaciones un tanto disparatadas: muchos lo consideran un anagrama de «maíz» y «ambrosía», el alimento de los dioses. Sin embargo, se trata claramente de un caso de sobreinterpretación, común en otros elementos de la serie, pues el anagrama no es completo y, por tanto, no puede considerarse como una solución deftnitiva.

Esta habitación en ruinas sobre un almacén de oportunidades puede ser vislumbrada, además de mediante el sueño, mediante un proceso de descen- so hacia el Mal a través del cultivo de los instin- tos oscuros de la Voluntad, que tiene como culmen la entrada a One-Eyed Jack's, el casino-prostíbulo clandestino al que acuden aquellos que se atreven a cruzar la frontera; pero también mediante el contacto directo con los personajes que la habitan, a través del cual es posible alterar el espacio-tiempo —debemos recordar aquí el cuadro-entrada de la habitación que la señora Chalfont da a Laura en *fwwm*—. La otra entrada a *the Black Lodge* nos lleva de nuevo a la Habitación Roja, pero esta vez a través del bosque.

Este espacio será en *Twin Peaks* el otro ámbi- to, junto al sueño, que puede proporcionar un conocimiento verdadero, en lo que Scott Hamilton Suter señala como una influencia del trascenden- talismo emersoniano, en palabras de R.W. Emerson: *«The best read naturalist who lends an entire and devout attention to truth, will see that there remains much to learn of his relation to the world»* (Devlin & Biderman, 2011: 177). Sin embargo, creo que hay una diferencia fundamental con respecto a la concepción emersoniana de la Naturaleza que ra- dica en el carácter de ésta: mientras que para el trascendentalismo este ámbito es radicalmente po- sitivo, desde el inicio de la serie se ofrece una con- cepción del bosque diametralmente opuesta. Aunque bien es cierto que Dale Cooper se siente fascinado por este ámbito y que el personaje de Ben Horne[19] se humaniza a través de un proceso de acercamien- to al medio ambiente, el resto de los habitantes de Twin Peaks jamás se sienten atraídos por el espeso bosque, guardián de misterios que es preferible no descubrir, tal y como explica el Sheriff Truman en el episodio 3: *«Twin Peaks is different (…). There's something evil out there. Something really strange in these old woods. A darkness. A presence. It takes many forms»* (*Twin Peaks*). Esta presencia que agita las ramas de los árboles de Ghostwood —cuyo

19. Ben Horne entra en una crisis de identidad a raíz del descubrimiento del asesinato de Laura Palmer a manos de Leland, que es superada a través de la vivencia de los últimos episodios de la Guerra de Secesión. Gracias a esta crisis (superada, en un guiño sarcástico y humorístico por parte de los directores, tras la victoria del Sur sobre el Norte), que Ben vive como un sueño, vuelve a la realidad y se pasa al lado del Bien, interiorizado en una lucha ecologista que pretende evitar la destrucción de Ghostwood. Sin embargo, por mucho que sustituya los puros por hortalizas, creo que faltan piezas para pensar que Horne se ha transformado radicalmente gracias a la Naturaleza.

nombre no podría ser más apropiado— no es otra que la del Mal, evocado en tantas leyendas de carácter folclórico en las que el bosque es descrito como espacio amenazante que es morada de oscuros peligros y seres extraños. Los bosques de Twin Peaks tienen su propio relato, enunciado por el ayudante Hawk[20] en el episodio 18 en relación a la leyenda sobre los dos refugios:

> Cooper, you may be fearless in this world. But there are other worlds. My people believed that the White Lodge is a place where the spirits that rule man and nature here reside. There is also a place called the Black Lodge, the shadow self of the White Lodge. Legend says that every spirit must pass through there on a way to perfection. There, you will meet your own shadow self. My people call it the Dweller on the Threshold. But it is said if you confront the Black Lodge with imperfect courage it will utterly annihilate your soul.
>
> (*Twin Peaks*)

Me centraré, en primer lugar, en la leyenda concerniente al bosque en torno a lo que Hawk denomina *the Dweller on the Threshold*. Esta historia, que tiene su origen en los cuentos de los indios nati- vos americanos, posee su correspondiente versión en prácticamente todas las regiones del mundo. Su protagonista es el morador que se esconde en los rincones más profundos del bosque, pero también el bosque mismo. Para explicar la primera de sus interpretaciones, acudiré al relato de August Derleth, «The Dweller in Darkness»:

> I cannot deny that there is about the lodge, the lake, even the forest an aura of evil, on impending danger [...]. Yes, there are times when I have the distinct feeling that someone or something is watching me out of the forest or from the lake [...]. But he did put words to it: he called it the Wendigo —you are familiar with this legend, which properly belongs to the French-Canadian country.
>
> (Derleth, 1944: 12)

A partir de este relato, al igual que en *Twin Peaks* —donde el punto de vista de la cámara procede, en muchas ocasiones, de los árboles y el viento—, podemos interpretar que existe un espíritu maligno en el bosque que observa a los que se atreven a acercarse a él. Este espíritu, llamado por los nativos americanos en el relato Wendigo, atrae a los seres humanos al bosque cada noche para poder apropiarse de sus almas, devorándolas ferozmente. En este sentido, Lynch construye un complejo relato de inspiración folklórica para hablarnos del Mal original del mundo, que se encuentra en el bosque mismo, habitado por un espíritu ancestral al que sólo podemos reconocer cuando se personifica en bob, pero cuya risa se desplaza cada noche entre los árboles. Este espíritu, además, tiene ojos que vigilan cada parcela del bosque, guardianes que conocen absolutamente todo lo que sucede en Twin Peaks. Estos guardianes no son otros que las lechuzas, símbolo de la sabiduría en primer término, y sirvientes del Mal que gobierna el bosque y se encuentra en la construcción misma del mundo, en segundo lugar. Así lo notifica el leño de Log Lady —el único personaje, junto al Major Briggs, que conoce lo que sucede en Ghostwood cada noche— en el capítulo 5:

> LOG LADY. The owls will not see us in here.
> HAWK. The wood holds many spirits. Doesn't it, Margaret?
> COOPER. What did you see the night Laura Palmer was killed?
> LOG LADY. Dark. Laughing. The owls were flying. Twomen. Twogirls. Flashlights passed by in the woods over the ridge. The owls were near. The dark was pressing on her.
>
> (*Twin Peaks*)

Sin embargo, el papel de estas aves en la serie va mucho más allá. A partir del registro del taquígrafo del Major Briggs en el episodio 9 (*«The owls are not what they seem. Cooper. Cooper. Cooper»*), las lechuzas comienzan a ser sospechosas de ser el símbolo mismo del Mal, reflejado en el rostro de bob. Pero será tras su desaparición en el bosque —de la que apenas recordará nada, salvo llamas y la imagen de una lechuza gigante— y su retorno dos días después cuando esta sospecha se confirme: Briggs tiene una marca de tres triángulos en el cuello que Cooper logra relacionar con la que posee Log Lady en su pierna izquierda, y de cuya combinación se obtiene la imagen icónica de una lechuza. Este símbolo completa el relato legendario que explica la presencia del Mal en el mundo, y se concreta en el

20. El personaje de Hawk, nativo americano, está permanentemente envuelto en un aura de leyenda, lo que se debe en gran parte a su uso del lenguaje, compuesto de frases sentenciosas y concisas.

anillo de *the Black Lodge* y sobre todo en *the Owl Cave*, cuyos murales hacen la función de calendario y de mapa para saber el momento y el lugar en que la entrada al refugio a través del bosque será abierta. Lynch proporciona otro relato folclórico[21] que completa el anterior y permite entender mejor el espacio al cual nos dirigen los dibujos de la cueva, en palabras de Windom Earle en el episodio 26:

> These… These evil sorcerers, dugpas, they're called; they cultivate evil for the sake of evil, nothing else. They express themselves in darkness for darkness without leveling motive. Now, this… This ardent purity allows them to access a secret place where the cultivation of evil precedes in exponential fashion, and with it, the furtherance of evil's resulting powers. This place of power is tangible and as such it can be found, entered and perhaps utilized in some fashion. The dugpas have many names for it, but chief among them… is the… is the Black Lodge.
>
> (*Twin Peaks*)

Estos hechiceros dugpas, pertenecientes a una antigua secta tibetana dedicada al cultivo del Mal, fueron los primeros que entraron en contacto con *the Black Lodge*, el espacio que da cobijo a las almas más oscuras y al que todo ser humano debe entrar para enfrentarse a la parte más sombría de su propia alma. Gracias a los dibujos de la cueva, que conforman el «otro» mapa[22] de Twin Peaks, Cooper descubre el lugar donde está situada esta entrada: en un círculo compuesto por doce árboles sicomoros[23] en la arboleda de Glastonberry[24] que custodian un charco

The BLACK Lodge contiene la parte más negativa de nuestra alma, a la que es necesario enfrentarse al menos una vez en la vida en un camino de perfección.

de aceite quemado y a través de los cuales se intuye el vaivén de unas cortinas rojas. A través de esta puerta se llega al otro mundo: a la Habitación Roja, antesala de las casas que completa la leyenda que enuncia Hawk sobre *the Dweller on the Threshold*. Es en este episodio 29, el último de la serie, donde se completa el significado de este espacio, sala de espera que comunica dos mundos (*«This is the waiting room. Would you like some coffee? Some of your friends are here»*, dirá el Enano a Cooper): el superficial y el subterráneo. A este *Another Place*, donde el espacio y el tiempo no son lineales, tienen acceso los habitantes del mundo real (Cooper), los pertenecientes a cada uno de los refugios (bob, el Gigante), los espectros y the Man from Another Place —que, al estar retenido en este espacio, puede moverse por el resto a través del sueño. Sin embargo, la noche en que entra Cooper, marcada en el calendario[25] de *the Owl Cave*, la Habitación Roja se convierte en un portal para *the Black Lodge* (anunciada por el Enano: *«Wow, bob, wow. Fire, walk with me»*), *the Dweller on the Threshold*, que contiene la parte más negativa de nuestra alma (*«there, you will meet your own shadow self»*, advertía Hawk), a la que es necesario enfrentarse al menos una vez en la vida en un camino de perfección[26].

21. Quiero insistir en el hecho de que Lynch nos proporciona un relato folklórico como explicación a la presencia del Mal en el mundo, y para su elaboración toma leyendas de diferentes tradiciones. Descarto, por lo tanto, las interpretaciones ufológicas que se han hecho de la serie.

22. Es Andy Brennan, uno de los personajes más cómicos de la serie, quien descubre la coincidencia de los dos planos (el de Twin Peaks y el de la cueva) y hace posible la localización de la puerta a *Another Place*. Este personaje secundario es, junto a otros como Hawk, Audrey o Albert, uno de los mejor construidos.

23. La elección de este tipo de árbol, evidentemente, no es casual. Lynch recurre esta vez a la mitología egipcia, donde el sicomoro es una puerta entre este mundo y el Más Allá, puesto que es el árbol en el que la diosa Nut vertió la bebida de la inmortalidad. Además, aparece nombrado en varias ocasiones en la Biblia, y es uno de los árboles de los que pudo ahorcarse Judas.

24. En varias ocasiones, Dale pronuncia Glastonbury en lugar de Glastonberry. El primer nombre, desde luego, es más apropiado para referirse a este espacio «subterráneo».

25. Esta vez, Lynch ofrece una explicación esotérica, aunque ésta es común también en los cuentos folclóricos: la entrada a the Black Lodge se abre deftnitivamente por la conjunción de Venus y Saturno, planeta que aparece representado en una estatuilla en la Habitación Roja en el episodio 2.

26. El camino de perfección está vinculado a la Voluntad schopenhaueriana en muchas ocasiones (*Camino de perfección*, de Baroja, es un ejemplo de ello).

Lynch propone, por tanto, una concepción dual del alma humana, siguiendo el pensamiento de Hegel, para quien, como hemos visto antes, la fuerza de la negatividad obliga a cada Espíritu a volverse en su contrario. Como resultado de ello, el Espíritu queda dividido en convicción (encarnada en las pasiones de los hombres, algo que retomará Schopenhauer) y conciencia juzgante, figurada por el alma bella. Ésta última, dice Hegel, tiene las manos limpias, pero no tiene manos (de ahí la escasa intervención y el bajo protagonismo de *the White Lodge*, que puede prevenir, pero nunca actuar). *The Dweller on the Threshold* será aquí, por tanto, la puerta del bosque que contiene el reflejo negativo de cada ser[27]; y aquí cobran sentido algunas de las frases que se pronuncian en la Habitación Roja, donde cruzar una cortina implica cruzar al otro lado, en un escenario eternamente repetido vigilado por la estatua de una Venus Pudica y una réplica de la Venus de Milo (que no tiene manos). The Man from Another Place avisa a Cooper de que *«when you see me again, it won't be me»*, y el Gigante pronuncia poco después la siguiente sentencia: *«one and the same»*. Pero será cuando Cooper comience a cruzar cortinas cuando se vaya encontrando con los dobles de *the Black Lodge*, algo que explica el Enano con una sola palabra: «Doppelgänger».

Para explicar esta sucesión de seres alternos, debo acudir a la profundización que lleva a cabo Doležel y a su clasificación de la temática del doble. En primer lugar, este tema está relacionado con la semántica de los mundos posibles, «que asigna innumerables dobles a cada individuo» (Doležel, 2003: 265). La temática del doble en el caso de *Twin Peaks* está a medio camino entre el tema de Anfitrión o Doppelgänger (cuyo nombre se debe al relato de e.t.a. Hoffmann, «Der Doppelgänger») —donde dos individuos con diferentes identidades personales, pero homomórficos en sus propieda- des esenciales, coexisten en un mismo mundo— y el propiamente llamado tema del doble, en el que dos encarnaciones alternas de un único individuo coexisten en el mismo mundo de ficción. En este caso, «por regla general, los dobles actúan como antagonistas, como si quisieran demostrar que no puede haber sitio para dos encarnaciones del mismo individuo en un solo mundo. Proyectado en una trama, este antagonismo da lugar a una tragedia, esto explica por qué los relatos del doble acaban tan a menudo en asesinato, que, al mismo tiempo, es un suicidio» (Doležel, 2003: 272). Esta temática queda del todo confirmada en estas últimas escenas del capítulo 29, donde, en el mundo posible de *the Red Room,* Cooper se enfrenta a su antagonista, la parte sombría de su propia alma. Lamentablemen- te, será su «yo-otro» oscuro el que salga victorioso, puesto que Cooper se enfrenta a *the Black Lodge* con la energía incorrecta (algo de lo que ya avisaba Hawk en su relato: *«But it is said if you confront the Black Lodge with imperfect courage it will utterly annihilate your soul»*), dando lugar a la tragedia (al suicidio) con la salida al mundo de ese malvado Cooper, poseído por bob.

Sin embargo, este tema se encuentra en la concepción misma de la serie, pues *«s'il y a une singularité de l'œuvre de David Lynch, il nous semble qu'elle consiste d'abord en un thème récurrent qu'on peut décliner à l'infini, celui du double et donc de l'altérité»* (Dufour, 2008: 7). Lynch nos presenta un mundo doble (el de las apariencias y el de la realidad) regido por el equilibrio entre los polos del Bien (*the White Lodge*) y del Mal (*the Black Lodge*) por los que se mueven alternativamente los personajes. El doble se esconde en Lynch tras las cortinas y los espejos, pero también en la estructura del pueblo mismo (cuyo nombre es, precisamente, Twin Peaks), en los juegos de disfraz entre Laura y su prima Maddy (interpretadas por la misma actriz, Sheryl Lee), en la ficha de dominó del marido de Norma, en el *Double «R»* y, sobre todo, en la concepción de la vida de Laura, lugar de encuentro para grandes energías y oscuros vicios. Laura se muestra inocente, pero se dedica a la prostitución; es la reina del instituto, a quien el resto de chicas toman como ejemplo a seguir, pero entre clase y clase esnifa cocaína en los baños. Es hija ejemplar por el día y víctima de la violencia de su padre cuando oscurece, es la amante maternal voluntaria de *Meals on the Wheels* y, al mismo tiempo, la fría manipuladora que juega con fuego y desafía a bob. Es por ello que muchos ven en la imagen de Laura una clara crítica a la clásica chica americana (como parte de la ya comentada crítica a la sociedad en la que se inserta), donde estos juegos peligrosos con el Mal son consecuencia de un gran vacío ético y social: *«She doesn´t inhabit one identity and then hypo- critically feign that she inhabits another. Her sub- jectivity is an emptiness that remains irreductible to any identity»* (McGowan, 2007: 131). Así, Lynch propone una interpretación de la presencia del Mal en un mundo dual, cuyas fuerzas negativas son siempre más poderosas que las positivas. Aunque la presencia del Mal se encuentra en la concepción misma del mundo, sin embargo, los seres

27. Esta versión de la leyenda se encuentra en *Zanini*, la novela de Edward Bulwer-Lytton (1838) o el cuadro *The Dweller on the Threshold* (1915) de Arthur B. Davies.

humanos se arriesgan a ser víctimas de él a través de un juego peligroso que tiene como causa la servidum- bre hacia los instintos que forman parte de su Vo- luntad. En esta concepción ético-metafísica, Lynch da un paso hacia atrás y ofrece la explicación del Mal que ya se postulaba en las teodiceas de San Agustín y Leibniz: el sufrimiento no es más que la consecuencia de la condena a los pecados que co- mete el ser humano, cuyo Mal esencial (presente en él desde el Pecado Original) no puede, en muchas ocasiones, ser controlado.

Referencias bibliográficas

Derleth, August. «The Dweller in Darkness». *Weird Tales*. November 1944: 8-30. Web. 02 Feb. 2013. http://www.unz.org/Pub/WeirdTales-1944nov-00008

Devlin, William J., and biDerman, Shai (eds.). *The Philosophy of David Lynch*. Lexington: The Uni-

versity Press of Kentucky, 2011.

Doležel, Lubomir. «Una semántica para la temáti- ca: el caso del doble». VV.AA. *Tematología y com- paratismo literario*. Madrid: Arco/Libros, 2003.

Dufour, Éric. *David Lynch: matière, temps et image.*

Paris: Librairie Philosophique J. Vrin, 2008.

hispano, Andrés. *David Lynch, claroscuro america- no.* Barcelona: Ediciones Glénat, 1998.

lavery, David (ed.). *Full of Secrets: Critical Ap- proaches to Twin Peaks*. Detroit: Wayne State University Press, 1995.

mcGowan, Todd. *The impossible David Lynch*. New York: Columbia University Press, 2007.

ricoeur, Paul. *El mal, un desafío a la filosofía y a la teología*. Buenos Aires-Madrid: Amorrortu, 2006. roDley, Chris. *Lynch on Lynch.* London: Faber and

Faber Limited, 1997.

schopenhauer, Arthur. *El mundo como voluntad y representación.* Madrid: Alianza Editorial, 2010. *Twin Peaks* (primera y segunda temporadas). Dir. David lynch & Mark frost (creadores) et alii.

Perf. Kyle MacLachlan, Michael Ontkean, Mäd- chen Amick, Dana Ashbrook, Sherilyn Fenn. ABC, distribuido por Paramount Home Entertainment (Spain), 1990-1991. DVD.

Twin Peaks: Fire Walk with Me. Dir. David lynch. Perf. Sheryl Lee, Ray Wise, Kyle MacLachlan, David Bowie. New Line Cinema/CiBy 2000, 1992. DVD.

Hippocampus Press

Fundada por Derrick Hussey en 1999, *Hippocampus Press* se especializa en el horror clásico y la ciencia ficción, con énfasis en las obras de H. P. Lovecraft y su círculo literario. Trabajando en estrecha colaboración con los principales académicos en el campo, *Hippocampus Press* ofrece ediciones únicas, de alta calidad y asequibles de estas importantes obras.

https://www.hippocampuspress.com/

Óscar Navas

—Ven, cariño —me decía.

Cuando llegaba la noche, las palabras sonaban más frías. Incluso con los ojos impregnados del fulgor de la hoguera, las miradas eran más crudas y amenazadoras, y el humo de los cigarrillos se retorcía con avidez alrededor de almas invisibles.

—Vamos, no te hagas de rogar... —me decía, mientras apagaba el pitillo en el cenicero.

El lobo volvía a aullar desde su sillón. Su voz era ronca, como si su garganta sangrara por dentro. Yo acudía a la llamada, interpretando el papel del

corderillo que era entonces. La chimenea crepitaba con las ramas que acababan de prender y mi sombra se proyectaba avanzando sobre él. Era el único instante en el que me atrevía a eclipsarle.

—Así no, cariño. Ya sabes cómo me gusta... —me decía.

Siempre esperaba que se olvidara de ese detalle, pero nunca tenía esa suerte. Me detenía todavía a unos pasos de él. El suelo de la cabaña era astilloso, pero cerca de la chimenea había una alfombra que lo cubría hasta el sillón. Me quitaba las gafas y las dejaba sobre una mesa destartalada que a duras penas soportaba una vieja lámpara. Luego me desbotonaba la rebeca y la dejaba sobre el respaldo de la silla. A continuación, hacía lo mismo con la blusa, abría la cremallera de la falda y la dejaba caer, y me quitaba los zapatos y los calcetines. Una ceremonia que hacía bajo su mirada afilada, muy despacio, recreándome en cada movimiento, aunque me temblaran las manos.

—Eso es, cariño. Eso es... —me decía—. Ahora, ven...

Sabía que no quería que acudiera de cualquier forma. Reclamaba que siguiera el camino del rebaño, que humillara la cabeza y me arrastrara ante él. Así que me arrodillaba sobre la alfombra y empezaba a caminar a gatas, sintiendo el frío de la noche que se colaba por la rendija de la puerta, muriendo al pensar en sentirme atrapada de nuevo entre sus garras. Y, aunque afuera el viento agitaba las ramas de los árboles hasta hacerlas estallar y la gran cascada no estaba muy lejos, ni siquiera ese rumor se atrevía a entrar en la cabaña. Hasta el tiempo se detenía durante media eternidad. Nada osaba traspasar el umbral de aquella puerta.

—Así, así... —me decía, entre gemidos—, pero cuidado con los dientes, ardilla...

Aprendí a ser buena con él, porque sabía que negarme a cumplir sus deseos era una mala elección. Si lo hacía, podía conseguir que fuera piadoso conmigo. Que, después de darle unos cuantos tragos a la ginebra, acabara durmiéndose en el sillón sin más. Que no la emprendiera conmigo quemándome la espalda con sus cigarrillos o cortándome el pelo con la navaja.

—Así, Maggie... Así, cariño... —me decía—. Un poco más...

Prefería llenarme la boca de él que escupir sangre, porque las noches en las que sucedía eso, el infierno salía de entre sus labios, y cada palabra parecía desgarrarle la garganta, como si tiraran de un alambre de espinos invisible al que llevaba atado su corazón negro. Si yo gritaba, él gritaba más fuerte. Y si yo sangraba, él reía más retorcidamente.

—Vamos... Un poco más rápido... —me decía.

Conocía ese tono. Tenía que esmerarme. Se estaba impacientando. Entonces empezaba a subir y bajar más rápido. A rodearle con mis pequeñas manos para que sintiera más el contacto. A cerrar los labios con más fuerza. Una ejecución que solo la práctica me había llevado a dominar. Ponía todo mi empeño en saciar su sed por adueñarse de mi cuerpo para alejar sus sucias intenciones. Pero...

—¡Maldita sea! ¡Estúpida puta! —me gritaba, mientras me apartaba de un manotazo de su entrepierna—. ¡Te he dicho que tuvieras cuidado con tus putos dientes!

Entonces dejaba de ser su niña. En mi cabeza sonaban cristales rotos. Aun teniendo el calor del fuego de la chimenea tan cerca, la sangre parecía haberse congelado en mis venas y el frío me invadía. El miedo era tan denso que podía sentirlo, latiendo en mi estómago, pidiendo encontrar una salida por

la que desaparecer de la cabaña en ese preciso momento. Pero no había puertas que se abrieran, ni agujeros que me tragaran. Solo un animal rabioso levantándose del sillón y clavándome sus ojos. Sus gruñidos soltaban espumarajos que hervían al caer sobre mi piel.

—¡Jodidos dientes! ¿Es que tengo que arrancártelos? ¿Es eso lo que quieres?

Yo no me atrevía a responder. Solo me ahogaba en un llanto nervioso mientras los escalofríos recorrían mi cuerpo. Por mucho que se repitieran escenas como aquella cada noche, nunca llegaba a quitarme esa sensación que secuestraba mis palabras. Las llamas danzaban con tonos rojizos en sus ojos, que ardían envueltos en furia. Su rostro se enturbiaba a través de las lágrimas de los míos, los que temían la crueldad que vendría a continuación.

—¡Muy bien! ¡Tú lo has querido! ¡Vamos a quitarte esos putos dientes de ardilla que tienes!

Entonces, se abalanzaba hacia el arcón como si de otra presa se tratara. El sonido de la tapa estrellándose contra la pared hacía retumbar la caseta. Lo destripaba sin miramientos y el aire se llenaba de la estridencia del metal entrechocando en el cajón. Yo solo era consciente de estar inmersa en aquella escena de atmósfera pútrida, atesorando cada aliento porque sabía que podía ser el último.

Se revolvía, con esa risa de dientes amarillos infectando su cara, y venía a por mí. Estrellaba mi cabeza contra la alfombra y me ponía las tenazas a la altura de los ojos. El golpe contra el suelo me dejaba un zumbido en los oídos, pero podía sentir el metal rasgando el marfil y el sabor del óxido en mis labios. De un tirón arrancaba unos cuantos dientes, que caían rodando por el suelo y,

casi al instante, sentía el dolor y la sangre empapando mi mejilla. Y ese pitido sordo en mi cabeza. Lo peor era escuchar su risa, que hacía que el dolor fuera aún más intenso. Una carcajada que escapaba desbocada y una mirada desquiciada. Se sentía poderoso teniéndome bajo su yugo, mientras yo intentaba deshacerme de él para gritar con todas mis fuerzas y así exorcizar mi dolor.

A partir de ese momento, todo se convertía en una espiral de locura que parecía no tener fin. La cabaña daba vueltas a mi alrededor. A veces me cogía por los tobillos y me arrastraba dejando círculos de sangre infinitos por el suelo. Otras, me levantaba la cabeza y me enseñaba mi cara frente al espejo colgado sobre el cajón de las herramientas. Yo prefería no reconocerme en el reflejo. Había visto demasiadas veces ese rostro de niña deformado por los alaridos. Quería verle a él, a mi espalda, sintiendo su aliento enfermizo, domando a sangre de su sangre con total impunidad. Tenía la esperanza de que mi mirada pudiera infringirle todo el dolor que estaba sintiendo. Pero comprobaba lo que ya sabía. Que mi padre ya no era mi padre. No tenía alma. Era solo el vómito surgido de las profundidades del bosque; de ese bosque que todo lo ve, pero que todo lo calla. Una criatura nacida del llanto de mil niños y la ira de mil condenados a muerte. Un salvaje que dejaba libertad a todas sus depravaciones, amparado por una noche que engullía mi consciencia y mis gritos, más allá de aquellas paredes.

Sin saber cómo, al abrir los ojos de nuevo, aparecía en mi habitación, lejos del infierno al que había vuelto a descender. El dolor aún estaba vivo, palpitando en cada golpe, incrustado en cada corte. Había vuelto a suceder. Otra noche en la que el sudor se mezclaba con las lágrimas, las lágrimas con la sangre, y la

sangre afloraba de cada herida para caer sobre la alfombra. Otra noche en la que los búhos habrían guardado el secreto de lo que veían a través de la ventana. Porque en el interior de la cabaña solo había una familia, tan aparentemente normal como las del resto del pueblo, pero tan atroz, cuando se cerraba la puerta, como muchas otras. Secretos que prenden con facilidad, como el fuego en corteza seca, pero que son muy difíciles de apagar cuando se llega demasiado tarde.

Para serenar mi mente, encendía una vela y contemplaba la llama durante unos instantes. Tras los gritos y el estruendo, el silencio y el calor tenue que desprendía me reconfortaban. Era un fuego agradable. El murmullo de las ramas meciéndose afuera en su vaivén me ayudaban a imaginarme en los brazos de mi madre, que me susurraba al oído que no pasaba nada. Y entonces empezaba a rezar. Es curioso el poder redentor de la oración. Unas pocas palabras bastan para llenar el espíritu de una esperanza que es tan volátil como un vaso de agua en medio del desierto. Yo me aferraba a esas palabras para encontrar la luz que me faltaba en aquellas horas de oscuridad. Rezaba por haber sobrevivido una noche más. Rezaba por la salvación del alma de mi padre. Y rezaba por mi madre, deseando que, allí donde estuviera, no fuera capaz de ver cómo había acabado todo aquí abajo.

Durante todas aquellas noches, la vela acababa consumiéndose y yo terminaba rindiéndome al sueño. Pero esa noche no iba a ser como las demás. En esa noche, el fulgor de la llama empezó a subir hasta estallar en un fogonazo que me cegó. Por un momento pensé que mis plegarias habían tenido efecto y el cielo me había enviado un ángel. Mis ojos intentaban perfilar una figura inmaculada que se había presentado en mi habitación. La imagen

resplandeciente, recortada ante la pared chamuscada del cuarto, parecía la de un hombre que vestía un traje blanco. Poco a poco fui acostumbrándome de nuevo a la luz tenue de la vela y pude fijarme en sus zapatos rojo rubí y su camisa floreada.

Parecía tan asombrado como yo de haber aparecido allí, y eso me hizo descartarle como una amenaza. Se sacudió la ceniza que salpicaba las mangas de su chaqueta y me indicó con el dedo que guardara silencio. Se tomó varios segundos para dejar de tambalearse.

—Soy el agente Phillip Jeffries —me dijo con una voz que se ralentizaba a medida que las palabras salían de su boca. Se sacudió la cabeza y empezaron a acelerarse de nuevo—. Septiembre de 1947. Fue un sueño... Vivimos dentro de un sueño...

Al escucharle, algo en mi interior se removió. Solo habían pasado tres años desde aquella fecha, pero lo que había sucedido parecía haber vivido amordazado entre las sombras de algún rincón de mi mente. Las palabras del agente retiraron ese velo y me dejaron entrever el recuerdo del día en que Carl, Alan y yo nos perdimos en el bosque. Ninguno de nosotros supo ciertamente lo que pasó durante el tiempo que estuvimos vagando entre los árboles. Cuando nos encontraron, estábamos famélicos, y tan sedientos que nos hubiéramos bebido el mismísimo océano. Yo estaba a punto de cumplir los siete años. Era demasiado inocente para entender los misterios que rodean nuestra existencia, pero los mayores tampoco encontraron ninguna explicación a todo aquello. Ni a nuestra desaparición, ni a la marca de los tres triángulos que apareció en la parte posterior de mi rodilla derecha.

Pero, al irse desvaneciendo la nube, me di cuenta de que, desde ese día en que recuperamos nuestras vidas, yo había reaparecido en una continua pesadilla. No tenía otros recuerdos que no fueran mi habitación y la cabaña. Mi vida se había deshecho como un periódico dejado bajo una tormenta. Mi pasado era papel mojado. Solo vislumbraba una y otra vez la misma escena. Un castigo que se repetía en un bucle infinito, con un monstruo que tenía la apariencia de mi padre pero que no albergaba ni un destello del que intuía que había sido.

Aquel ángel me había despertado del largo letargo en el que me había sumido desde ese día. A pesar de parecer aún aturdido, sus ojos tenían algo de mágico, como los espíritus celestiales que se describían en las Sagradas Escrituras. El agente Jeffries miró a un lado y otro de la habitación, como si temiera que alguna presencia no deseada nos estuviera escuchando, y volvió a indicarme que guardara silencio.

—El que sueña todavía está durmiendo —me dijo—. Escucharás a los búhos...

Y entonces desapareció, sin dejar rastro, sin emitir un sonido, sin más. Jeffries ya no estaba allí.

Me sentí desorientada. Algo en mí se estaba avivando, pero a la vez me sentía engañada. Mi vida parecía haber sido una ilusión, una figura en una bola de cristal que querría resquebrajar desde dentro. Aun así, las lágrimas eran reales. Y el dolor. Y la desolación. Pero si había una duda que me rondaba por la cabeza era saber quién estaba observándome al otro lado del cristal. ¿Quién estaba presenciando aquella pesadilla como un sueño, e insistía en repetirla una y otra vez?

Una noche más. El rumor de los árboles. El frío. Otra vez la cabaña. Las palabras afiladas. Las miradas impregnadas en fuego. Él, sentado en el sillón de brazos descarnados. Yo, enfrente, esperando sus órdenes para empezar el ritual.

—Ven, cariño —me dijo.

Apagó el cigarrillo en un cenicero con demasiadas colillas muertas. Yo avancé despacio hacia él.

—Vamos, no te hagas de rogar... —me dijo, soltando un suspiro de impaciencia.

Tras las ventanas, un relámpago anunciaba que la tormenta estaba al caer. La chimenea estaba bien provista de troncos y a su lado había una buena reserva. La alfombra estaba sucia, pero no se apreciaba ninguna mancha cuando vi mis zapatos brillando con las llamas. Di un par de pasos más.

—Así no, cariño. Ya sabes cómo me gusta... —me dijo.

Un par de centelleos asaltaron la cabaña desde fuera. No había empezado a llover. Podía ver las luces del hotel a lo lejos. Tomé aire y me deshice de las gafas y de la ropa que llevaba puesta.

—Eso es, cariño. Eso es... —me dijo—. Ahora, ven...

Me arrodillé sobre la alfombra y gateé intentando alargar el trayecto todo lo que me fue posible. Sentí una inmensa amargura al llegar al final de mi corta travesía.

—Así, así... —me dijo, entre gemidos—, pero cuidado con los dientes, ardilla...

Su ardilla recordó en ese momento cómo había perdido los dientes de leche centrales poco antes de desaparecer en el bosque, cuando cayó de un

sicomoro al intentar ver el nido de un búho desde cerca. Ahora lucía unas paletas grandes y brillantes, comparadas con el resto de dientes. Recordó también que su madre le dijo que dejara aquellas perlitas debajo de la almohada, y el Hada de los Dientes le dejó un colgante con una piedra blanca y una inscripción en ella que la protegería siempre. Entonces lo sintió, balanceándose contra su pecho con cada movimiento que hacía.

—Así, Maggie... Así, cariño... —me dijo—. Un poco más...

Le veía de reojo, echado hacia atrás, disfrutando como el cerdo que era. Dos flashes más y el estruendo de la tormenta que llegaba. Los árboles se agitaban con violencia. Todo el pueblo debía estar resguardado de lo que iba a caer.

—Vamos... Un poco más rápido... —me dijo.

Las manos rodeando su miembro. La boca presionando con más fuerza. Los dientes...

—¡Maldita sea! ¡Estúpida puta! —gritó.

El golpe me tiró cerca de los dominios del fuego.

—¡Te he dicho que tuvieras cuidado con tus putos dientes! —gruñó de nuevo.

Se abalanzó sobre mí y me zarandeó cogiéndome de los hombros.

—¡Jodidos dientes! ¿Es que tengo que arrancártelos? ¿Es eso lo que quieres?

Podía oler su aliento a muerto en vida. El hedor de un alma errante, podrida durante siglos en las entrañas de la tierra.

—¡Muy bien! ¡Tú lo has querido! ¡Vamos a quitarte esos putos dientes de ardilla que tienes!

Al abrir el arcón, el espejo que había sobre él cayó en su interior, rompiéndose en grandes trozos. Mi padre empezó a revolver las herramientas, buscando las tenazas, mientras los fogonazos afuera eran ya deslumbrantes y la lluvia había comenzado a caer con tal violencia que se hacía difícil ver más allá de unos metros.

Entonces me incorporé. Cogí uno de los leños que había junto a la chimenea y corrí hacia mi padre, que seguía de espaldas. Esta vez no iba a aferrarme a unas palabras para salvar mi alma de aquella condena, sino a un madero que pensé que no podría levantar por encima de mi cabeza. Pero lo hice, y lo dejé caer sobre mi padre, que seguía distraído buscando el mejor utensilio para mi tortura. El golpe que le asesté le desequilibró y cayó sobre el cajón. Se quedó inmóvil. La cabaña entera se paralizó, como si se tratara de un organismo vivo.

Cogí de nuevo el leño. Empecé a acariciarlo, nerviosa, buscando que su tacto disipara el pánico que me invadía. Se había convertido en mi salvación en medio de la tormenta. Un tronco al que me agarré para seguir a flote en aquella pesadilla. Esperaba que algo sucediera. Pero nada ocurrió. Solo que un hilo de sangre empezó a escapar del cajón para conquistar el suelo de la cabaña. Empujé el cuerpo de mi padre, echado sobre el arcón, y pude ver un enorme trozo de espejo clavado en su ojo.

Otro destello al otro lado de la ventana. Allí afuera había alguien. Un hombre que observaba estoicamente bajo el aguacero. Alguien que seguramente había estado allí, cada noche, tras el cristal, esperando que la bola se moviera, aguardando a que los instintos más crueles del ser humano se manifestaran de nuevo. El que soñaba. Alguien a quien la contemplación de

aquellas atrocidades despertaba, en su propio ser, recuerdos de lo que una vez fue. Noté la estela de una nostalgia enfermiza en su mirada. Alguien que necesitaba ver esa escena una y otra vez para confirmar, en aquella oscuridad previa, su propio amanecer. No pude reconocer su rostro, porque la luz de los relámpagos no se mantenía el tiempo suficiente para hacerlo, pero recaí en que la figura tenía una manga de la chaqueta más corta que la otra. Como si le faltara un brazo.

Un relámpago más y al volver a buscarle tras el cristal, ya no estaba. La puerta de la cabaña se había abierto de par en par, pero no fue el temporal lo que había causado ese comportamiento. Desde el rincón, la figura de aquel que había poseído a mi padre me miró con la misma mirada con la que le había contagiado. Ese monstruo de aspecto desaliñado, con la cara ensangrentada y una sonrisa de lo más perversa, me dedicó un adiós que sabía a un «volverás a saber de mí». Salió de la cabaña y se quedó unos instantes bajo la lluvia torrencial, dejando que su cara se expiara con la fuerza del agua. Su chaqueta tejana y su pelo largo y enmarañado se retorcían en jirones con el vendaval. Entonces abrió los brazos de par en par y soltó un grito que llenó su voz de gravilla y madera astillada. Escupió bilis y fuego por la boca. Luego, una risa histérica que compitió con los truenos que caían sobre el pueblo. Hizo retumbar el mismísimo tiempo. Ni siquiera el bosque pudo acallarlo.

Despierto con cuarenta años más. Estoy en mi cama. La reconozco. Ya no llueve. El sol empieza a atravesar las tinieblas con su luz. Miro en la mesita y encuentro mis gafas. Reconozco mi leño junto a la almohada. El tronco que me salvó del naufragio. Lo tomo y lo acaricio, intentando acostumbrarme a mi nueva condición. La de esa libertad recuperada.

—No pasa nada —le digo—. Todo irá bien...

Desde aquí el mundo me parece un lugar más tranquilo. Pero sé que no siempre va a seguir siéndolo. Siempre hay incendios que prenden en mitad del bosque y que son difíciles de apagar. Siempre hay una puerta abierta a la oscuridad. Un mundo, más allá de lo que los ojos ven, al que los búhos acuden para dejar sus nidos y que el bosque guarda celosamente y en silencio. Y en el que nosotros seguiremos siendo unos auténticos ignorantes.

En el suelo, al lado de la cómoda, se encuentra caído el periódico del día anterior. No recuerdo haberlo leído y sobre él ha caído algo de agua. La foto de una chica desaparecida ocupa la portada... Todo gira, todo vuelve, todo es un gran sueño y una pequeña mentira...

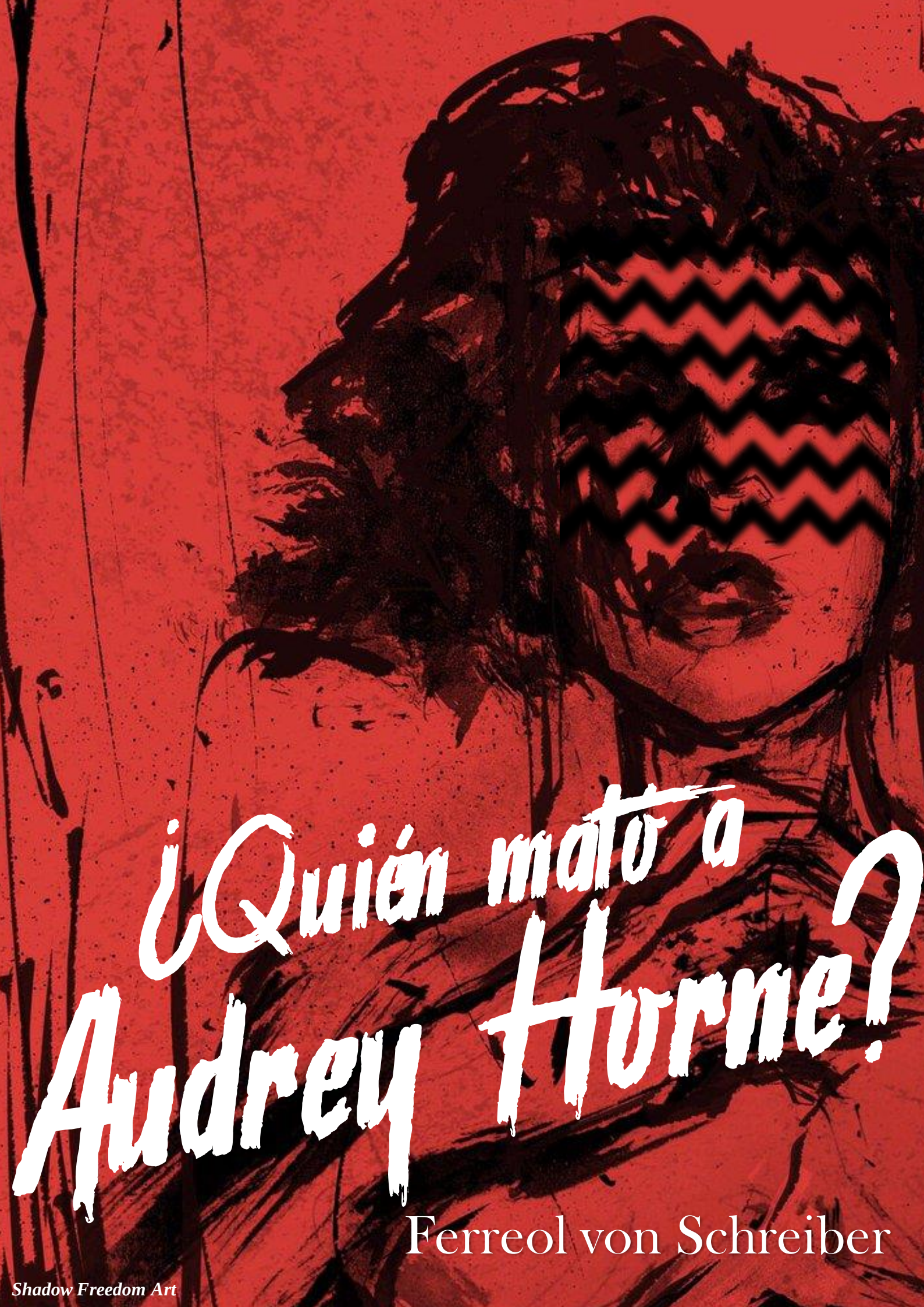
SOBRE EL AUTOR ÓSCAR NAVAS

A Óscar Navas le cuesta soñar. En cambio, no tiene demasiada dificultad escribiendo historias en las que lo onírico es una parte fundamental de la trama. Creeréis que es algo contradictorio, pero él lo achaca a que esos son sus sueños, que se rebelan a la luz del día, ocupando su mente a todas horas. También hay pesadillas...

Lo de soñar despierto, va con él. Duerme poco y aprovecha ese tiempo para escribir literatura de género, colándose hasta ahora en más de una veintena de antologías y un buen puñado de revistas. Destacan en su producción las historias Steampunk, aunque también se ha atrevido con otros géneros como la novela negra, el erotismo o los biopics musicales, entre otros. Algunos de sus referentes son Neil Gaiman, Ray Bradbury, H.P. Lovecraft, Edgar Allan Poe, Julio Verne o Arthur Conan Doyle.

Hay lector@s que aún tienen pesadillas con «Las que pintaron la oscuridad» (Tinta Púrpura Ediciones, 2018), disponible gratuitamente en Lektu, un texto radioficcionado por De Viva Voz y presentado en su gira del 2018 por España.
Otr@s no han podido olvidar su primer título en solitario, «La máquina del despertar» (Cazador de Ratas Editorial, 2017), que inauguró la colección PulpStories, dedicada a recuperar el formato del bolsilibro.

Para l@s que aún pueden conciliar el sueño después de haberse adentrado en alguno de sus escritos, Óscar recomienda buscarle en redes sociales o visitar www.oscarnavas.com. Y un consumo moderado de valeriana.



¿Quién mató a Audrey Horne?

Ferreol von Schreiber

Shadow Freedom Art

¿Quién mató a Audrey Horne? Es la pregunta que voló en medio del resto de acertijos dispersos en su mente de camino al lugar de los hechos; viéndolo así, resultaba obvio, sus antecesores han debido formularse la misma interrogante en los casos de Teresa Banks, y el inconcluso y sonado de Laura Palmer, y dice sonado por la sencilla razón de haberle compuesto una canción un grupo de rock alternativo.

Entre aquel mar de abetos pétreos a ambas orillas daba la impresión de no avanzar en la ruta, aún a sabiendas que el GPS le indicó la próxima llegada al destino. El día se colgaba en las montañas, la carretera solitaria le llevaba a un punto en la geografía al norte del estado, un pueblo sumergido en las montañas y oculto por el desierto de abetos, cundo por fin divisó los límites del poblado en el letrero que con los brazos abiertos y bajo la mirada vigilante de dos picos gemelos acogía la entrada: «Bienvenidos a Twin Peaks».

La calma apaciguó el carácter un tanto maniatado a despensa de las larga marcha; ¡por fin había llegado!, pensó y como era de esperarse piso el pedal del acelerador a fondo para dejar atrás el letrero y darle paso al relax de la meta alcanzada; pero cuando asaltó los últimos metros y el letrero se perfilaba a la derecha de su vista, le impresionó la manera en que el carro atravesaba la noche al igual que una flecha a la manzana, incluso teniendo una hora más de luz, la noche había nacido en Twin Peaks. Qué importaba, sólo era un fenómeno óptico producto de los dos inmensos colosos enclavados en el pueblo, se convenció a sí mismo y siguió la ruta.

Las primeras casas de Twin Peaks se hicieron presentes al son de los faros; no había la necesidad de preguntar por los habitantes, el simple resquebrar de cercas, puertas prácticamente en el suelo, y techos desnudos, hablaban por sí solo: estaban abandonadas. Continuó su camino sin proseguir a la cabecera municipal dobló en un atajó, desde aquí se podía distinguir como luciérnagas las luces del poblado. Finalmente este segundo camino lo trajo a las inmediaciones del Great Northern Hotel.

También éste parecía enfermo por la ruina, en estado famélico; las rejas se caían del oxido que engrasaba los barrotes, los desniveles del pavimento provocaban temblores en el auto, plantas y árboles secos de tristeza. La edificación no era ajena a la pesadumbre: grandes ventanales rotos, adoquines sueltos y perdidos, que le dio la apariencia de sonrisa ahuecada; las cuatro columnas del pórtico lucían un yeso negro y carcomido dejando al descubierto el esqueleto de hierro, el techo colgaba de las telarañas. En verdad la desgracia se había asentado sobre la familia Horne.

Afuera las luces de una patrulla indicaban la presencia del Sheriff de Twin Peaks; éste lo esperaba en el recibidor.

—¡Hola! Es usted el agente del FBI asignado al caso verdad.

Dijo el Sheriff Harry S. Truman desplegando su mano para luego estrechar la del invitado, que traía ambas escondidas en los bolsillos de la gabardina.

—¿Qué tenemos Sheriff?

—Pues joven mujer de 20 años encontrada a unos diez o quince metros del camino, en medio del bosque, desnuda y envuelta en un tapete rojo. Su nombre era Audrey Horne hija del dueño de este hotel, Benjamin Horne. No tenemos pistas hasta ahora del asesino. La verdad no sabemos quién podría haberle

hecho esto a la señorita Horne. Ella era querida por todos los vecinos de Twin Peaks, todos amaban su espontaneidad, su risa, su alegría les hacía recordar mucho a… Bueno ya saben quién.

—Tranquilo Sheriff Truman a eso vine a dar con el paradero del asesino, y principalmente, a establecer el por qué le hizo semejante canallada a la señorita Horne.

Dándole la bienvenida al pueblo, que, hubiera deseado en otras circunstancias el Sheriff Truman condujo al visitante al salón principal del hotel. En el camino fue testigo del deterioro de la construcción, no solamente excluido a los exteriores, los interiores chillaban ante la sevicia de la destrucción; los acabados en madera se estaban desvaneciendo tan solo con el vibrar de las pisadas; mientras caminaban por el espacio habitual de las mesas, notó el ruñir de los manteles y escuchó el lento masticar de la termitas en las sillas de estilo Bentwood; pero nada de esto parecía molestar a los nativos, todo, desde su punto de vista les resultaba normal, incluso el espabilar del alumbrado de los faros y las arañas, dispuestas a otorgar un aire sobrio.

Una mucama saludó al Sheriff, escuchó su nombre, algo así cómo Shelly; ella abrió la puerta y de la sala se escapó el rumor de unos gemidos secos. El jefe de policía lo invitó a pasar a la estancia, lo presentó ante la mirada impávida de cuatro señores, uno de ellos oficial, ayudante de la oficina del Sheriff Truman; el resto el señor y la señora Horne, y el cuñado de ésta. Fiel al protocolo de la agencia, se llevó la mano derecha a la gabardina, despertando la identificación la cual procedió a mostrar a los presentes.

—Soy el investigador especial de homicidios del FBI designado al caso de Audrey Horne.

Terminado la presentación y después de pronunciar el nombre de la joven muerta, Sylvia Horne, madre de la víctima, reventó en llanto desatado un tanto planificado.

—Siento su dolor... pero debo hacerles unas preguntas para la investigación. Espero no ser imprudente pero es necesaria toda la colaboración posible para esclarecer lo sucedido. Entienden.

—Entiendo agente pero en estos momentos mi esposa está pasando por una fuerte conmoción. Si gusta mañana atenderemos todas sus inquietudes. ¡Quién más que nosotros deseamos encontrar al maldito que asesino a mi hija!

Exclamó el señor Benjamin Horne empleando un tono autoritario, y que no dejaba para replicas, interponiéndose a la mitad del agente y su esposa.

—Es cierto agente. Soy abogado y por ley el interrogatorio puede aplazarse hasta que un doctor examine a la señora y otorgue el aval de la recuperación de su estrés pos-traumático y se encuentre facultada en sus cinco sentidos.

Ahora el que intervino fue Jerry Horne quien decía ser el abogado de la familia y no descansaba de repetirlo una y otra vez. El agente lo miró con cierto descredito, su actitud jocosa y esos lentes negros a mitad de la noche no correspondían al típico abogado preconcebido ya en su mente, además sus ademanes rebuscados hacían bailar su pelo terminado en un copete desordenado, daba la impresión de querer ocultar algo. En eso, se sintió un estruendo.

¡Ya basta! ¡Cállense los dos! Yo decidiré si contesto o no las preguntas del investigador. Ustedes pueden tomar un descanso y acudir a cuento doctor quieran para curarse de sus estúpidos traumas. ¡Yo quiero saber quién mató a mi hija! ¡A mi querida Audrey!

Sin más inició el interrogatorio:

—¿Sólo ustedes conforman el grupo familiar, o hace falta algún otro miembro?

Y adelantándose a la respuesta de Sylvia Horne su esposo impuso su opinión, callando la posible respuesta de la mujer, sin verse mínimamente afectado por las miradas inquisitoriales de los presentes, incluso la del hermano.

—¡Somos todo lo que queda agente!

Las demás interrogantes consistieron a las efectuadas en cualquier diligencia: cuándo vieron por última vez a la joven en la mañana de los hechos; con quién se relacionaba, tenía novio, dónde estudiaba. Una a una fueron contestadas las preguntas, escritas en los apuntes del investigador; no hubo evasivas por parte de la señora Sylvia Horne a cada requerimiento acertaba con afirmación tajante que no dejaba evasivas. Parecía conocer a la perfección la vida de su hija con pelos y señales.

—¡Ok! Eso es todo por esta noche. Vayan y descansen los mantendré al tanto de las pesquisas.

—¡Qué acaso es una broma agente! No va hacer nada para encontrar el asesino de mi hija. Es una Horne quien murió con un demonio no cualquier vago, y usted nos pide que descansemos.

—Señora lo siento, pero por ahora no podemos hacer más. Mañana revisaremos la escena del crimen, el cuerpo de la víctima y haremos otras preguntas.

En la cara de la señora Horne se notaba el descontento a lo anunciado; pero qué más se podía hacer a esas horas de la noche. Dándole la espalda se retiró en compañía del Sheriff y su ayudante, la señora no permitió que

abandonara la estancia sin antes cruzar unas palabras discretas con el investigador.

—Agente debo pedirle que sea discreto con su investigación.

—¿A qué se refiere señora Horne?

—Cualquier cosa que descubra de mi hija debe informármelo a mí en primera lugar. Audrey era una chica… he… como decirlo, un tanto libertina, y no quiero que la imagen de la familia se vea manchada por sus actos irresponsables, menos en estos momentos tan difíciles para la familia. Me comprende agente.

—Señora tarde que temprano se conocerá la verdad, no puedo ocultar el sol con un dedo.

En los ojos de la señora Horne nació una ira que habría bastado para incinerarlo. El relinchar de sus dientes actuaban a la inversa del sonido de una cascabel a punto de atacar; pero, sólo se echó a llorar sin consuelo sobre la mesa en dónde la encontró el investigador.

Otorgándole una despedida se disponía abandonar la sala, en lo que la señora Horne despegó el rostro de donde saciaba su dolor, y mirándole con una mirada extraída rebosante de la más mínima emoción, lo observó. El agente sintió una especie de puñalada trapera, dobló muy despacio encontrándose con el cuadro de la señora Sylvia Horne envuelto en un manto etéreo; no espabilaba, lo único que hacía era observarlo con gran abstracción; era confuso, pero diría que la señora había perdido parcialmente la memoria y no recordaba su rostro, si apenas había transcurrido media hora desde la presentación; sólo lo miraba, en el más inhóspito silencio. Para colmos las luces de la araña del pasillo empezó a espabilar nuevamente, y un sonido repelente ahogó los oídos del agente, un

ruido de energía; le hizo ciertos ademanes a la señora tratando de apaciguar y a la vez de conocer, si duda alguna la sofocaba, pero ella sólo lo miraba, en silencio, hasta que, pausadamente abrió sus labios, pudiéndose percibir una voz tenue.

—¡Cuidado con Bob!

Y reanudo su llanto de cocodrilo sobre la mesa, sin proveer demás explicaciones. El sonido energético que perturbaba al agente cesó en el preciso instante en que la señora vociferó aquella frase. ¿Qué había sido aquella manifestación? Se preguntó, pero lo más desconcertante fue la advertencia de la señora Horne, ¿quién era Bob?

La mucama arrió el equipaje del investigador del FBI, en búsqueda de la habitación que muy generosamente Benjamin Horne se ofreció a disponer para su estadía. La chica le recordó su nombre: Shelly Johnson; también le hizo extensible parte de su vida, como que había trabajado antes en la cafetería Double R y hace un año paso a trabajar al hotel, buscando aumentar sus ingresos venidos a menos. Entablada la conversación se armó de valor y pidió razón de él.

—¿Conociste al agente especial Dale Cooper?

Shelly Johnson detuvo en seco los pasos, hacía tiempo que no escuchaba ese de nombre de parte de los habitantes de Twin Peaks, al pronunciarlo buenos recuerdo flotaron en su corazón.

—Sí tuve la oportunidad de conocer a Dale. Siempre recibía con gesto amable las delicias que les servía en Double R, especialmente la tarta de cereza, era su favorita, al igual que el café.

—No cabe la menor duda, conociste a Dale. Así era él hacía amigos con su frescura, con su forma particular de entender las cosas. Fuimos compañeros durante la academia. Después nos separamos, tomamos rumbos distintos en nuestras misiones, hasta que me enteré que había desaparecido tratando de esclarecer el homicidio de Laura Palmer.

—Es verdad fue un crimen que conmocionó a toda Twin Peaks, al igual que el de Audrey Horne.

La chica guardó silencio y miró con ojos de pesadumbre el suelo, mirada llena de cansancio como si cargara una enorme cruz a cuesta.

—Y que más puedes decirme del agente Cooper.

—Tal vez pueda saber más de él aquí en su habitación, la número 8. Ésta fue su dormitorio y oficina antes de desaparecer.

El cuarto no escapaba del resto de la decoración del hotel, muebles en madera, paredes en *boíserie* y la misma corrosión al paso del tiempo. Un tapete de piel de oso dividía a la mitad la estancia y un cabeza de reno colgaba sobre la chimenea. La decoración le chocaba, se consideraba un ambientalista pro-animales, y estar en presencia de la exhibición de trofeos, de un ser que corrió, comió y habitó estos bosques, le repugna. Mas los ojos cristalizados del reno le dieron una cierta desconfianza; juraría que espulgaba su interior más allá de las barreras de la muerte, que leía su mente, e intentaba conocer sus secretos; pero lo siniestros pensamientos que el agente albergaba de la cabeza disecada, lo relacionó con el contundente parecido consigo mismo, de no ser por la lengua que afloraba en el hocico y le apuntaba.

Intentando aclarar las ideas fue a la terraza con vista a la cascada, al fondo el milenario bosque. ¿Quién mató a Audrey Horne? Seguía posicionada en la

cima de su confusa cabeza, eso le alegraba, el no perder el rumbo del por qué vino a Twin Peaks, el último lugar que conoció su amigo Dale Cooper. Si bien, el acertar la misión convenía para establecer el paradero del agente Cooper, quedó relegado a un segundo término, primero su trabajo oficial.

El reflexionar le sentó de maravilla, mas el aire dulce de las montañas acariciaba tiernamente sus mejillas y frente, ayudándole a sumergirse en un estado de relajación plena; conforme pasaba los minutos de sosiego el brillo de una estrella apareció en la noche; no obstante, le resultó fuera de contexto, puesto que el horizonte corría por encima del destello y las estrella no brillaban en Twin Peaks; agudizó su mirada y advirtió el claro germinando del bosque nocturno.

La linterna intentaba abrirse paso apuntando su chorro de luz a las tinieblas, titánica tarea en un lugar en dónde la noche reposaba desde antes de la creación del mundo. Según recordó el destello procedía de este lado del bosque, pasando el puente; la verdad había perdido la dirección y sólo esperaba que tal brillo alumbrara en la oscuridad. Estando en eso: *¡Uh–uh–uh!* El ulular de búho impregnó de su melodía fatalista el silencio del bosque. Dejándose arrastrar el investigador persiguió el canto apartando la molesta oscuridad con el haz de la linterna; se detuvo el canto ha desaparecido del tiempo, pero la estrella ha vuelto a emerger y de sorpresa ha traído esa canción a su mente, aquella letra que tanto mortifica al agente: *Laura Palmer* de la banda *Bastille*. Se acercó, a dos pasos observó la luz de un celular recibiendo una llamada.

El agente del FBI atónito del hallazgo, apuntó con la linterna a las cuatro direcciones, no se asomaba nadie en el telón oscuro, de dónde procedía la llamada, la única forma de descifrar el misterio era contestar. Levantó el móvil

lentamente, la pantalla iluminada imprimía "*Línea privada*", deslizó el icono del teléfono verde y llevó el aparato al costado de su rostro.

—!necerap euq ol nos on sohúb soL¡

Una voz gruesa dictó aquellas palabras incomprensibles y carentes de sentido, y colgó tras un chillido de interferencia. Una broma, una broma de jóvenes esperando asustar a quién poseyera el móvil, pensó, empleando efectos de sonido para aparentar un tono siniestro, alejado, como si hablara desde el interior de una caja o cueva, apoyados en aplicaciones especializadas. Aunque reconoce que la voz alteró sus emociones por unos segundos, al punto de llevar su mano a la pistola alojada en su cinto.

La verdad había sido más que eso, la broma no había sido en vano, porque le había regalado una pista: el celular de Audrey Horne.

A primeras horas de la mañana el Sheriff Truman trasladó al investigador a la morgue de Twin Peaks.

—Sheriff Truman se que fue amigo de Dale Cooper y colaboró con la investigación de Laura Palmer, espero que pueda prestarme igual colaboración.

—Téngalo por hecho agente. Lo ayudaré en todo lo esté a mi alcance.

Mientras lo llevaba fue incapaz de apartar un sentimiento de piedad; el pueblo se abanicaba con los vientos de ruina que soplan desde la cumbre del Great Northern; casas paupérrimas, calles agujeradas cual campo de guerra, y el desconsuelo en los rostros de sus habitantes.

—No han sido unos buenos años para Twin Peaks. Desde que cerró la cerrería muchas fuentes de trabajo se fueron con ella. Las rutas de transporte sacaron al pueblo de sus itinerarios, lo que agravó la crisis.

Twin Peaks se había convertido sin proponérselo en un pueblo fantasma, más allá de la bruma mística apostada en los linderos, todavía más allá del desboronar de sus casas y construcciones, la desolación del restaurante Double R con su lechuza retratada en sus paredes, el Bang Bang Bar una ratonera llena de ebrios sin futuro. Era un pueblo borrado de la memoria de la historia. Y él lo refutaba con cada nuevo espectro aparecido en el cristal de la venta del vehículo. Todos tenían la misma máscara. Pero, ¿por qué sus habitantes no osaban a abandonar el decadente pueblo?

—Somos una comunidad sencilla agente, no pedimos mucho, ni tampoco necesitamos en exceso para vivir. Estas tierras nos proporcionan, nos abastecen y nos brinda la paz que hace descansar nuestras almas pacíficas… ¡Disculpe pero no creo que lo entienda un hombre de ciudad como usted! Aquí sencillamente cada uno es lo que tiene que ser.

No lo comprendió y tampoco se molestaría en entender una doctrina, que, quizás carecía de fundamentos prácticos. Llegando a la morgue afuera en las escaleras de acceso y en la fachada un conglomerado de periodistas, cámaras y micrófonos se amontonaban.

—¡Carajo! ¿Quién los llamó?

Expresó el agente, un tanto enojado por la aparición de la prensa, y lo que eso suponía. Un caso mediático. Al bajar los dos fueron confrontados entre miles de cuestiones e hipótesis sacados como conejos de las páginas de novelas negras.

—¡No vamos a dar declaraciones señores, la investigación está en curso!

Sostuvo el agente abriéndose camino a empujones junto al Sheriff en la marea de brazos y micrófonos. Ya adentro en doctor Will Hayward médico de

Twin Peaks los recibió; y los llevó a la cámara frigorífica en donde reposaba los restos mortuorios de Audrey Horne. El cuerpo presentaba una serie de dibujos, pictogramas dispuestos en el torso, las piernas, espalda y rostro. Símbolos herméticos de figuras extintas en las eras de la razón. Tenía un patrón en espiral, tanto la que se alojaba en torso, como la del rostro, y en brazos y piernas caía el movimiento enrollándose como lo haría una serpiente.

—De los símbolos no sabemos nada, pero diría que son de origen Nativo. Por otro lado hallamos una gran cantidad de anfetaminas en la sangre de Audrey, lo suficiente para causar la muerte.

—¿Quiere decir doctor Hayward que murió por una sobredosis?

Inquirió el Sheriff Truman.

—No exactamente también hayamos signos de estrangulamiento alrededor de su cuello. Un análisis más exhaustivo nos revelaría la verdadera naturaleza de la muerte. Pero lamentablemente Twin Peaks no cuenta con esos equipos e insumos.

El investigador inspeccionaba el cuerpo de la víctima palmo a palmo, tratando de percatarse de alguna pista resbaladiza, que tanto los policías como el doctor hayan desechado o simplemente la pasaron. Su olfato de sabueso no lo traicionó, encontró evidencia. Había una marca, un tatuaje en la muñeca de Audrey Horne diferente al resto de tribales en color y diseño.

—Vio usted esta marca doctor Hayward.

El doctor y el Sheriff que dialogaban sobre el caso aparte, voltearon para acercarse al investigador y corroborar su descubrimiento.

—No… no había visto ese símbolo antes. Lo hubiera tenido presente y anotado de inmediato en el informe. A caso estaba oculto bajo alguna suciedad, o debajo de las demás figuras.

—No, es cosa de ahora, ella no tenía este tatuaje ni si quiera cuando vivía. Que cómo lo sé. Porque anoche encontré el celular de la señorita Horne y revisándolo vi sus fotos, en ninguna aparece dicho tatuaje. Y conociendo la espontaneidad dada a presumir, hubiera montado la foto del tatuaje en sus redes. Por lo que concluyo que apareció desde su deceso hasta hora.

El Sheriff Truman y el doctor Hayward cruzaron miradas de sorpresa, mudos ante la observación deductiva del investigador. Pero el agente tenía que revelar otra cosa más.

—Doctor qué relación tiene usted con la señorita Donna Hayward.

—Pues ella es mi hija… Pero qué tiene que ver con todo esto agente.

—Su hija Donna era la mejor amiga de Audrey Horne y eso lo puedo comprobar por los chat que intercambiaban ambas y las numerosas fotografías y *selfie* en las que ambas compartían… Aunque no sé señor Hayward si está usted enterado de la relación afectiva que manejaba su hija con la occisa, una relación que sobrepasaba las fronteras de la amistad.

Y le mostró las fotos del celular de Audrey en que ambas jóvenes protagonizaban escenas eróticas, desnudas, sin ataduras, y desprovistas de cualquier vergüenza o señalamiento social. Ambas se amaban mutuamente de forma apasionada, apartadas del pudor y entregadas a contemplar la belleza femenina de sus cuerpos.

El doctor Will Hayward agachó la cabeza; era un hombre menudo tendencioso a economizar palabras, que expresaba lo correspondiente en el

momento correspondiente; en su marcado semblante, las arrugas le otorgaban la glorificación de los sabios y su pelo algodonado la experiencia de los secretos de la profesión. Creyó que conocía a su hija, a su princesa, a la niña de sus ojos y la agraciada con sus pensamientos, al argullo de su alma, y no aquella que se arrastraba a la bajeza de la perdición y las bajas pasiones.

—¿Dónde se encuentra su hija Donna en estos momentos señor Hayward? Ella fue la última persona que departió con Audrey antes de ser hallada muerta.

El doctor escoltado por el agente y el Sheriff Truman fueron a la casa de los Hayward. En primer lugar las recibió Harriet Hayward la segunda de las hijas. Pronto se aproximaron Gersten Hayward la menor de la familia, empujando a su madre inválida la señora Eileen Hayward.

—¿Dónde está Donna?

Inquirió el doctor envuelto en un aura de resignación y golpeado por la verdad que siempre soslayó pero se negó a aceptar. De espíritu sumiso, su rostro afable mutó en una amargura senil al ver aproximarse por el pasillo a su primogénita; negándole el saludo la bofeteó y apartó sus ojos de los suyos. «Seguiste los pasos de la chica Palmer», dijo dándole la espalda, la abandonó a su suerte; ella que se acariciaba su mejilla se pregunta, por qué papá, por qué…

—Es usted la señorita Donna Hayward. Debe acompañarnos a la comisaria. Es usted la principal sospechosa del homicidio de Audrey Horne.

El detective la miró y no pudo dejar de advertir las lágrimas que se desprendían de sus ojos claros y luminosos. En principio y a simple vista se decantaba una chica educada, pasiva y buena hija, pero muy al fondo de sus esbeltos ojos ardía una rebeldía sin dirección.

—¡¿Qué está pasando Will por qué esta la policía en nuestra casa, y este hombre por qué acusa a Donna del crimen de esa chica?!

Incapaz de responderle a su esposa, ocultó su rostro de la vergüenza y lloró desconsoladamente. La señora Eileen intentó detener el arresto de su hija mayor, pero el estar anclada a una silla de ruedas se lo imposibilitó; nunca había deseado con todo su corazón que las piernas inútiles cobraran vida tan siquiera por una vez. Entre el velo de lágrimas fue testigo de cómo su dulce Donna se marchaba a un destino incierto.

No paró de llorar, ni de golpear y forzar las piernas a cobrar su movimiento; el doctor se había retirado de su aposento, de donde no volvió salir nunca más. Se enterró en vida. Gersten Hayward voló al piano y tocó una melodía e intentar sofocar el dolor de su madre, mientras Harriet Hayward reclamaba una poesía.

—Mamá tienes que reponerte, ahora que Donna se ha marchado debes elegir entre las dos.

Aseguró Gersten sonriendo como si no hubiera pasado nada; la señora Hayward no desistía en su gemir, por el contrario agudizó el llanto.

—Es cierto mamá ahora sólo somos dos y debes asegurarte de escoger bien. ¿Quién va hacer la nueva hija favorita?

Harriet le sonrió a la señora Hayward en tanto le decía aquellas palabras; ésta no para su llanto aún cuando las chicas la atormentaban con sus versos y melodías.

—¡Vamos mamá elige quién de las dos es la hija favorita ahora!

Reafirmó Gersten sin mostrar la mas mínima piedad con su madre, que se balanceaba en su silla de ruedas, queriendo escapar de todo, pero Harriet se aseguró de que no escapase bajando la palancas de freno de la silla.

—Vez lo que me haces hacer mamá, Donna tampoco escapó de ello. Ahora elige. ¿Cuál de las dos será la próxima hija favorita?

Ya en la estación los noticieros y periódicos cubrían la noticia del momento. Fue casi una hazaña conducir a Donna Hayward adentro.

—¡Mire Sheriff estamos en cadena nacional!

Comentó Lucy Moran la secretaria de la comisaria, que no despreciaba el momento para dar pantalla, y llegar a ser conocida.

Donna Hayward fue sometida al interrogatorio del investigador del FBI, en todas las inquietudes alegó su inocencia. Decía que amaba a Audrey y que sería incapaz de hacerle daño: «Entienda no fui yo, fue «él», el hombre de la máscara, el que se oculta en la oscuridad». Esta afirmación la sostuvo durante toda la declaración, aunque perdía el habla una vez se le solicitaba características tangible del sujeto. Por demás, sostuvo que después de las ocho no volvió a tener contacto con la amiga, y que «él» vendría por ella. Pero no término de confesar aquel miedo que reducía a su cuerpo en sí misma, en un abrazo perpetuo carente de calor, en una agonía que tenía principio detallando las lámparas y finiquitaba en convulsos saltos de su cuello a los espacios vacios de la pequeña habitación cuadrada, era como si buscara algo o alguien; pero el investigador no logró sacarle más datos, no por Donna que a pesar de su miedo empezaba a dar tinos de confianza, la razón la constituía la presencia de Benjamin Horne y el alboroto de la prensa.

—Señores yo más que nadie me encuentro exaltado por descubrir que la asesina de mi hija Audrey fuera su mejor amiga. Pero les puedo asegurar y jurar que todo el peso de la ley caerá sobre ella. Y para eso mi hermano Jerry Horne se encargada de hundir para siempre a esa chica en prisión.

Allí estaba impartiendo sentencia a diestra y siniestra como un juez sólo por tratarse del apellido Horne. Al detective le molestó en demasía la actitud de Benjamin y la del inútil del hermano ajustándose los tontos lentes negros. Se marchó sin dar declaraciones.

En su cuarto del Great Northern el agente recordó las notas que dictaba Dale Cooper a su asistente Diane grabadas en una grabadora. Él hacía lo propio, pero de frente a su portátil. Con esto aclaraba sus ideas y planteaba nuevas teorías e hipótesis sobre los casos.

«13 de Noviembre de 2…

El caso de Audrey Horne da nuevos giros. He puesto en custodia del Sheriff a Donna Hayward la mejor amiga de Audrey, además de su pareja sentimental. Pero algo me dicta que esta chica no tiene que ver con el homicidio. En sus ojos no está la mirada del asesino. Y en todo momento la chica ha colaborado con las pesquisas, algo que no es usual en estos delincuentes. Hay algo más aquí en este caso, algo que está más allá de lo evidente, y que involucra a los vecinos de Twin Peaks, una pieza que une todo y que los habitantes de este pueblo fantasmal saben y me ocultan. Esperen, oigo una melodía afuera de la habitación…»

Luces blancas se colaban por la rendija de la puerta; el investigador con cautela hace girar el picaporte, la melodía una combinación de electrónica y balada se hace más fuerte, más palpable. Con prudencia abrió la puerta, una luz intensa sofocó sus parpados, y el mundo se tiñó de blanco al igual que el Principio. La blancura cesa, se apaga y lentamente descubrió sus ojos y se topó de frente con cortinas rojas que caían como cascadas batidas al son de la música. En un giro comprobó la uniformidad del sitio, rojo. En dónde estaba, qué

era este lugar, un salón desconocido del hotel, pensó, pero sus pensamientos se detuvieron cuando un hombre extraordinariamente gigante lo miró desde el sofá en que se arrecostaba.

El gigante le hizo señas y le invitó a tomar asiento, pero en qué puesto, en el espacio nació otro sofá. Intentó hablar pero la boca había olvidado el habla. El gigante lo miró desde su puesto, ausente de pronunciar palabras; su expresión fría incomodaba al agente, que sin saber el por qué no lograba aparta la mirada del hombre. La melodía lo consumía en un estado de nerviosismo constante, quería huir alejarse del la habitación rojo, correr y jamás detenerse, entonces comprendió que la mirada de piedra del gigante pesaba sobre sus músculos.

Sin pedírselo le extendió un plato, puesto en la mesa de centro, misma que había estado oculta a sus ojos. El plato lo llenaba una especie de cocido de maíz; el gigante entendió el desdén del agente y el plato volvió a la mesa. Al poco tiempo un hombre salé de entre las cortinas rojas, un enano deslizando sus pies y bailando una melodía entre Hip Hop y Jazz se presentó en la sala de cuyos pisos brotaba un patrón zigzag hipnótico. El enano daba vueltas y arrojaba miradas dispersas al agente, quien previó un demencial peligro en los movimientos erráticos del enano. Si bien, se acervaba a un bufón de la corte, en sus ojos latía la perversidad oculta del alma, manifestada ahora en un hombrecillo de rojo. Finalmente tomó asiento al lado del gigante.

El hablaba parecía estar condenada en esta habitación roja por los designios del silencio. Aquel enano se dedicaba a contemplar al agente en el más siniestro silencio. Sólo observaba sus rasgos, sus pies, las manos puestas sobre su vientre, en una disección constante y repetitiva. El agente intentó como antes pronunciar tan siquiera una silaba, pero la mirada de los dos anfitriones

era más fuerte que su determinación. Una tensión empezó a recorrer su cuerpo, cuando el enano tomó entre sus manos el plato cargado de cocido de maíz, y pasó a ofrecerle; su mi mirada, esa mirada carente de emociones hacía batir sus pensamientos al igual que canicas.

—!necerap euq ol nos on sohúb soL¡

Dijo el enano empleando una vos sombría pero al tiempo dotada de nitidez primorosa. No comprendió, pero eso fue lo que menos le interesó. El hombrecillo del otro lugar, digirió la mística de sus pupilas milimétricamente a un costado, y poco a poco torció su cabeza en ángulo de 40°. Lo vio, se agitaba en las cortinas rojas, una sombra se escabullía en los pliegues de los confines de la hitación; había cosa merodeando, al asecho como un tigre disuelto en la espesura de la jungla; una figura humanoide asomó parte de su malignidad, era oscura tan negra que habría podido destronar la noche de su reino de oscuridad. Pero no podía moverse, estaba sujeto, postrado al sofá, encadenado por las miradas del gigante y el enano.

Éste fue moviendo su cuello hasta conseguir la posición original, pero su mirada se perdía en los confines; y sintió una presencia a su espalda, una respiración profunda llena del olor de la muerte, ellos lo veían, puesto el enano dibujó una sonrisa de placer. Sabía que había llegado el final, por lo que se balanceó hasta hallar las fuerza que rompieran las cadenas y la prisión roja; saltó y tomó su arma y apuntó a un hombre apostado al pie de la cama, la claridad reflejaba el tono plata de sus cabellos. «¡Alto agente del FBI!», gritó y encendió la lámpara de la mesa de noche, no había nadie más, solo él y su reflejo en el espejo.

—¡Uff…, sólo fue un sueño… una maldita pesadilla!

La inspección de la escena del crimen corrió a cargo del agente, el Sheriff Truman y su ayudante Tommy “Hawk” Hill. En el desierto de abetos arropados por el manto de la hojarasca, un cumulo de piedras dispuesta en círculo ante un monolito gris. En el centro del conjunto yacía una piedra tallada en forma de mesa. Los pictogramas invadían su superficie y en el centro del enorme monolito el símbolo hallado en la muñeca de Audrey Horne: el rombo con dos alas.

—¡Ella era la elegida!

Se escuchó decir al ayunte del Sheriff el descendiente amerindio Tommy. El agente no se percató del rumor de Tommy, o simplemente ignoró las palabras del aborigen. Observando el cerco de rocas diría que sirvió de anfitrión a un rito ceremonial, ¿acaso la muerte de Audrey Horne estaría relacionada con una secta? Pensó, pero en el acto lo rebatió, era poco probable pues los anteriores crímenes nunca estuvieron relacionados con actos asociados a una doctrina religiosa, ejecutados apenas por la enfermiza locura del humano.

El investigador no encontró el método de hilar la escena del crimen con el caso de la chica Horne, no habían descubierto evidencia contundente de su homicidio, una gota de sangre o huella dactilar, y menos que relacionara a Donna Hayward su amiga y pareja. Nuevamente estaba en cero. Si tan sólo… si tan sólo los Douglas pudieran hablar, revelarían lo acontecido en el suelo que acogen sus raíces, las historias arcaicas que envuelven a estos bosque primigenios, reflexionó.

—¡Algún día mi leño hablará!

Murmuró una voz salida de las sombras de los abetos, pasibles como la noche. Perturbado el agente alcanzó a agarrar el arma pero se abstuvo de desenvainar; una anciana se asomaba en la vegetación.

—¡Espere agente! Tranquilo es la señora Margaret Lanterman es vecina de Twin Peaks. Aunque no está muy bien de la cabeza, es inofensiva.

La mujer miró al agente en una mutes de infartó; quiso constatar si había visto algo sospechoso en estos últimos días, pero la forma en que cargaba ese pedazo de tronco y la manera en que lo acariciaba, le fueron suficiente para comprender la pérdida de tiempo en interrogar a un leño. La anciana se alejó hasta mimetizarse una vez más con la naturaleza. Tanto el agente como el Sheriff Truman prosiguieron las pesquisas.

Habiéndose alejado, el investigador revisó las inmediaciones en una radio de quince metros a la redonda, tratando de advertir pruebas que aportarán luz a la investigación. Pero el agotamiento de la noche anterior le pasaba factura, su cabeza a punto de estallar del dolor, hacía dispersar las ideas en torno al caso.

—No se ve usted muy bien agente… Debería de hacerles caso, y dejarse guiar por las voces. Así descansará de los sueños. El agente Cooper lo entendió y le sirvieron de mucha ayuda en su investigación.

Estaba atendiendo bien, dejar la investigación en manos de lo onírico. Venido de alguien sin el menor entrenamiento investigativo hubiera sonado lógico; sin embargo, quien lo exponía era ni más ni menos que un ayudante de la oficina del Sheriff de Twin Peaks. Si bien Tommy Hill era un nativo americano, apartado y callado, cuyos ancestros conectaban con los espíritus, esto no le daba pie para estimar que el caso de Audrey Horne se resolvería con un simple sueño, ¡que estupidez! Es cierto, Cooper era de los tipos que creían en lo sobrenatural, ahora lo recordaba, en otras ocasiones consultó el esoterismo para resolver casos nublados.

—No Hill yo me remito a la ciencia, a los hechos, a lo que observan mis ojos y tientan mis manos, no a lo fantasía. Pero agradezco la preocupación y el interés.

Y se alejó siguiendo un recorrido incierto mientras el nativo lo siguió con una expresión escéptica. Pasado una medía hora el indio dio sobradas razones de por qué le llaman el "Halcón". Su vista telescópica descubrió huellas de pisadas clavadas en el terreno.

—A dónde se dirigen Tommy—. Indagó el Sheriff.

—Creo que se dirigen al Great Northern.

Lo sabía tenía la sospecha desde el principio que el asesino provenía del hotel; así que fue tras las huellas internándose en el bosque para resurgir en la trastienda del Great Northern Hotel. Allí estaba la mucama Shelly Johnson depositando unas bolsas de basura en el contenedor.

—¡Hola Shelly! ¿Qué haces?

—¡Hola agente! No aquí… arrojando los desperdicios al contenedor.

Lucia extraña, parecía como si hubiera visto un espanto; su cuerpo denotaba un frágil pero perceptible temblor en sus manos y piernas.

—Pasa algo Shelly.

—No nada no pasa nada. Qué podía pasar…

—Eso dímelo tú.

— ¡Eeeeeh yo!... Y cómo va la investigación. Es cierto que arrestaron a Donna Hayward como principal sospechosa.

En una fugaz evasiva dobló el asunto.

—Pero es cierto que Donna y Audrey se entendían… Pues digo Audrey siempre estuvo enamorada de Dale…

—¡¿Qué?! Dale Cooper fue pareja de Audrey Horne. Eso no lo tenía registrado en mis apuntes.

—Bueno, parejas como tal no sabía decirle agente. Pero todo Twin Peaks comentaba los coqueteos de Audrey para a Dale. Y de hecho en cierta ocasión invadió su cuarto y lo esperó en su cama desnuda bajo las sábanas. Todo Twin Peaks lo comentó.

Una pista, había conseguido algo en concreto que permitiría destrabar la investigación. Podía ser acaso que el hombre al que se refería Donna Hayward fuera… Todo tendría sentido si hojeaba detenidamente el celular de Audrey, mismo que no había logrado enviar a las oficinas centrales debido a las falencias del servicio postal, y qué más podía exigirle aún pueblo en decadencia. Caminó deprisa saltando los peldaños de dos en dos, pero el beber de unos inquilinos de un plato humeante lo detuvo de su cometido. Aquella cocción guardaba similitud con la del sueño, la que el gigante y el enano insistieron en hacerle beber.

—¿Qué es ese plato, esa cocción Shelly?

—¿Cuál? ¡Ah ese! Es Garmonbozia un platillo típico de Twin Peak. Si quiere le puedo servir un poco agente.

Lo vio como en el sueño, humeante mientras esos seres lo degustaban y saboreaban sus labios. El palpitar de una corazonada, la chispa que enciende la razón afloró en su alma. Corrió a la habitación, tenía que entrar por segunda ocasión en la vida íntima de Audrey, en las memorias de su móvil. Pero una voz que no había escuchado hasta entonces lo sacó del mundo de conjeturas en donde su alma naufragaba.

—Papá él lo sabe… sospecha de mí, vendrá por mí, y me llevará. No debimos hacerlo papá… no debimos hacer esto, fue igual que con Laura Palmer…

—¡Ya basta Johnny! No te preocupes nada habrá de suceder. Yo te lo prometo.

La segunda voz correspondía al señor Horne, de lo cual estaba completamente seguro; la otra la desconocía, sólo había una salida, derribar la puerta y conocer su poseedor. Al empujarla halló a un joven adulto de quizás treinta años sentado en el borde del lecho, el señor Benjamin tomaba sus manos entre las suyas en el opuesto de un taburete. Por un lapso de tres minutos y en absoluto silencio observaron al agente parado en el umbral y a su turno este los detallaba, cuando el muchacho se tiró al suelo de improviso, y comenzó hacer ruido de indios, de hecho su larga melena se confundía con el penacho de plumas que caía por su espalda.

—¡Qué está haciendo aquí agente!

—Por qué señor Horne… Por qué me oculto la presencia de su otro hijo. A caso pensó que no había investigado a su familia antes de venir a Twin Peaks… Fue usted verdad…

—A que se refiere agente.

En los ojos de Benjamin Horne anidaba el glaciar desposta de la ambición. Su mundo giraba en torno a la estrella del dinero, la riqueza y el absoluto dominio del poder. Muy sereno sacó del chaleco un puro, lo encendió y lo chupó para después suspirar elegantemente el humo.

—Usted señor Horne llamó a los medios, a la prensa, a los noticieros. Y así conseguir un show mediático con el homicidio de su hija. Quiere revivir el

esplendor de su Hotel caído en ruinas… ¡Oh sí señor Horne! Se de antemano que está en quiebra, sus activos no valen más que el polvo. Usted es un hombre de negocios, ¿qué más esconde señor Horne?

—No entiende nada agente no nació en Twin Peaks, no sabe lo que es sentir que su tierra se hunde en la miseria y nadie hace nada para socorrernos. Usted no lo sabe agente, porque es un hombre de ciudad, un hombre que tiene su vida resuelta. Aquí mi fortuna genera oportunidades, sueños, es un aliento de esperanza.

—Y por eso entró al negocio de las drogas para no dejar escapar su fortuna…¡Cierto!

Ante esta afirmación del detective, Benjamin Horne descendió su puro, y se acercó a la ventana mirando el abrazó de la nubes a las montañas, arropadas con el manto de abetos.

—No sé de qué habla.

—Encontramos rastros de anfetaminas en la sangre de Audrey. Sí, la misma que ha estado comercializando estos últimos meses…, O…, acaso fue usted el que se la proporcionó… A caso montó ese altar y dibujó esos símbolos en su cuerpo e implantó ese extraño tatuaje en su muñeca para atraer los ojos del mundo a la perdida y remota Twin Peaks… Pero me pregunto, fue usted capas de fraguar el homicidio de su…

—¡Cómo se atreve a insinuar algo así! Hablaré con sus superiores. Les diré del montaje de circo que quiere hacer a mi persona, sólo porque su ineptitud no ha podido resolver el crimen de mi hija.

—Hágalo en el escritorio del director Gordon ya reposa un expediente con su nombre.

Y tomando la última palabra de la discusión acalorada se dirigió a la habitación número ocho. No sin antes sentir un alivio al descargar todo lo que le producía el señor Horne en su cara. Las pruebas que creía desempañarían el caso de Audrey Horne estaban allí, en su celular. Tomó una valija de seguridad, con las llaves que traía en su bolsillo la abrió. Al encenderlo un mensaje nuevo reposaba en el buzón.

—!necerap euq ol nos on sohúb soL¡

Era la misma frase que había escuchado en las sombras del bosque, la misma que prenunciaron los sujetos del cuarto rojo; una sucesión de letras sin coherencia. Pero al toparse con su reflejo en el espejo, sosteniendo el celular, las letras tomaron una disposición distinta, una que resultaba reconocible:«Los búhos no son lo que parecen». ¿Qué significaba ese críptico mensaje? No lo sabía, aunque concluyó que Donna Hayward tendría la respuesta.

Al llegar a la comisaria los oficiales y el mismo Sheriff Truman corrían de un lado a otro; desconociendo la razón, solicitó entrevistarse con la señorita Hayward.

—No es posible en estos momento agente.

—¡Cómo que no es posible Sheriff! ¿Qué sucede aquí? ¿Qué significa este revuelo en la comisaría?

—Es por Donna… Ha desaparecido de su celda.

Preocupado corrió hacía el ala de las celdas, la que ocupaba Donna efectivamente estaba vacía. La cerradura no fue forzada y las llaves permanecían en custodia en la oficina del Sheriff. Nadie podía explicarse cómo le había hecho para fugarse sin ser vista o escuchada. El investigador solicitó ver las cámaras, pero ni siquiera estas habían registrado la hazaña; una estática

deformaba las imágenes. “Sólo una persona entrenada pudo haber burlado la seguridad”, pensó, e inmediatamente balanceándose de un extremo a otro en la oficina del Sheriff Truman un segundo pensamiento lo ofuscó: “Los búhos no son lo que parecen”. Se repetía al igual que disco rayado en su cabeza, ausente de entender qué quería decir; por más introspección era imposible resolver el misterio, no sin la ayuda de Donna Hayward, la guardiana del secreto. Hasta que pronunció la frase fuera de la dimensión de las ideas.

—Los Búhos no son lo que parecen.

A continuación golpeó el escritorio del Sheriff y mirándolo a los ojos fijamente lo confrontó.

—¿Quién fue Sheriff, quién hizo la llamada? ¿Quién fue?

—¿Cuál llamada agente? A que se refiere. No le entiendo.

—Quién aviso del hallazgo de cuerpo de Audrey Horne. Quien fue Sheriff, dígamelo ahora, quién fue.

Golpeando el escritorio una y otra vez el agente presionó al Sheriff Truman de confesar la verdad.

—La voz era la de Dale Cooper.

Lo sospechaba el milagro de la epifanía había obrado en él, había dado con la respuesta del acertijo, y conduciendo la camioneta se dirigió al marchito Double R. Allí estaba, un gran Búho pintaba por completo la fachada del lugar que fuera el más popular de Twin Peaks, “Los Búhos no son lo que parecen”, pensó; la cafetería en la que todas las noticias del pueblo se divulgaban de boca en boca, ahora abandonada a su suerte.

Con el arma en la mano y la linterna en la otra, examinó los alrededores, las ventanas estaban ataviadas de listones, la puerta atrancada; giró al lado del

estacionamiento, intentando localizar una segunda entrada, pero la cafetería esta inundaba de hierba, escombros y desechos, por lo que volvió a la entrada principal. Revisó el picaporte no corría a ningún lado, estaba oxidado y necesitaría más esfuerzo si quería entrar, así que de un empujón la abrió. La oscuridad ocupaba el recinto, la luz rasguñaba lo que se escondía al amparo de las tinieblas, haciéndose una idea: cajas, mesas desbaratadas, tazas rotas y un desorden sin límites. Pero cuando creyó que sus sospechas estaban desacertadas el punto de luz confeccionó una sombra coronada por telarañas.

— ¡Maldito buen café. Como me gustan los cafés tan negros como una noche sin luna!

Una voz se alzó en medio de la oscuridad asfixiante, el aro de luz no lograba reponer sus facciones, la claridad que se colaba por los huecos de las ventanas anunciaba un plato y una taza servidos a la mesa. Poco a poco sus ojos se fueron adaptando a la ausencia de colores.

—Ponga las manos arriba e identifíquese.

—Cuanto tiempo sin vernos amigo. Sabes este debe ser el cielo de las tartas cuando se mueren, aquí se disfrutan las mejores, ven sírvete una, va por mi cuenta.

—Dale eres tú. Nunca pensé hallarte de esta forma. Pensé que habías muerto y creo que sería lo mejor. Por qué lo hiciste Dale, por qué asesinaste Audrey Horne, a caso fue por celos, porque dejo de amarte o no soportaste ser reemplazado por una mujer. Y qué hiciste con Donna, en dónde la tienes Dale.

El agente especial Dale Cooper por el que tanto había gastado un pensamiento de pena y de nostalgia se escondió en las sombras como cualquier

vulgar ladrón. Su rostro bajo el exiguo resplandor lucia entrado en años, y por momentos su pelo se enmarañaba en hilos plateados.

— Cuando dos sucesos aparentemente inconexos acaecen al unísono debemos prestarles toda nuestra atención. Has hecho bien amigo, tu intuición te atraído hasta mí. Descifraste las pistas y ataste cabos, pero la realidad nunca nos muestra su verdadera cara.

—A que te refieres Cooper, ahí alguien más involucrado en el asesinato de Audrey Horne, confiesa quiénes son tus cómplices, e intercederé ante fiscal por una rebaja de pena.

—No entiendes compañero, no habido tal homicidio. Verás déjame explicarte. Es como una buena tarta de cereza, suave, tierna (introduce un trozo en la taza de café) jugosa. Pero, ¿Qué sería de la tarta sin la cereza? Pues preparar su componente vital requiere extirpar sus semillas, batirla en un tazón con azúcar, dejar reposar en el refrigerador, y luego verterlas en el molde con la masa. Todo eso sufre la “cereza” pero en ningún momento ha dejado de ser lo que es: cereza.

—No comprendo Dale de ¡qué carajos estás hablando!

—Observa por la venta y lo comprobaras.

El agente caminó a la ventana más cercana con zancadas cautelosas previniendo el tropezar y que la situación dominante cambiara a favor de Dale Cooper, el cual comía la tarta sazonada con café como el majar de la fruta prohibida. Afuera los transeúntes de Twin Peaks transitaban sin mayor zozobra, y el pueblo se veía revitalizado; del lado derecho aparecen dos chicas hermosas desfilando en vestidos negros con holgadas faldas, ambas cruzaban sus manos.

«¡No puede ser!», dijo desconcertado. Eran Audrey y Donna paseándose alegremente por las calles de Twin Peaks.

—Lo vez, a hora son lo que son. Cumplen la función de sus destinos sin ataduras ni prejuicios. Han alcanzado su estado natural. Y ninguna ha dejado ser lo que es, por el contrario se han transformado en su mejor versión. Como las cerezas, se destripa la semilla, se sazona, se congela, pero después de todo sigue siendo cereza.

Viendo a las chicas y oyendo a su amigo no le quedó más remedio que enfundar su arma, y ver con otros ojos lo que sus ojos no alcanzaban a digerir. Tal vez el Sheriff Truman y Benjamin Horne tenían la razón, y él no comprendía el actuar de un pueblo perdido, simple y llanamente por ser un hombre de ciudad. Pero quizás si se integraba a la vida de comunidad, quizás si adoptaba sus costumbre y probaba el cocido de Garmonbozia y la tarta de cereza, entonces lo entendería, tal y como lo hizo su amigo Dale Cooper. Porque aquel pueblo de los picos gemelos, aquel pueblo sepultado en los bosques de abetos, en dónde asesinaban chicas, la verdad cobra doble sentido.

¡Bienvenidos a Twin Peaks!

SOBRE EL AUTOR — FERREOL VON SCHREIBER BECKENBAUER

Ferreol von Schreiber Beckenbauer es el tipo de persona que vive con el terror, sueña con el terror, desayuna, almuerza y cena con el terror palpitando en sus ojos. Él lo distingue en las circunstancias más banales y de poca monta que, pasarían desapercibidas para el más ingenuo de los mortales. De tal suerte escribe relatos (cortos o largos) con el único fin de hacer ver al lector, y a su vez éste a su círculo más cercano, que el miedo existe, en la más sutil forma inesperada, y que el terror es la sangre que nos mueve, pero a la inversa nos consume.

Por tal motivo, los invita a leer cada uno de sus cuentos como *Departamento 302*, con el cual fue finalista en el **Primer Certamen de Excelencia Literaria** celebrado en 2015. O el artículo *Científicos locos reales* publicado en la *Revista Digital miNatura* en su número 155. También el relato *¿Hay alguien ahí?*, de la revista **Vuelo de Cuervos** en la edición de octubre del 2017, y *Asgardia: la tierra prometida* en su número 8 de mayo 20 del 2018. En todo caso por cualquiera que os apetezca, encontrará ¡querido lector!, una bofetada sin previo aviso, al descubrir el terror en la vida diaria, en el día a día, como si despertara de un sueño, solo para dormir una pesadilla.

Si les pica el gusanito de la curiosidad, y desean saber más, pueden hallar más información en internet. ¡Pero ojo! Deben saber dónde explorar…

El agente especial Dale Cooper entró en la habitación que ocupaba desde que sus supervisores le enviaran a Twin Peaks para colaborar con las autoridades locales. De eso habían pasado tres días, y continuaban trabajando sobre el caso a destajo y casi sin descanso.

Cerro tras de sí la puerta y dejó el llavero de plástico sobre la mesita de noche. En él, destacaba el número 315 sobre un fondo del color de las hojas de los árboles en lo más caluroso y espléndido del periodo estival. A continuación, colgó su chaqueta y se dispuso a grabar como cada noche sus impresiones sobre el caso.

A pesar de que eran altas horas de la madrugada, y estaban en plena investigación sobre el asesinado de Laura Palmer, una conversación con el Sheriff Truman sin relación aparente con aquella muerte le tenía sumamente desconcertado. Una razón más para que, pese al cansancio que sentía,

estuviera con aquel aparato entre las manos y no lo hubiera pospuesto para el día siguiente. La charla había surgido de manera natural mientras estaban en su despacho. Así, sin más, y como si fuera lo más normal del mundo, se lo había soltado a bocajarro. Desde ese momento, el agente Cooper no había podido sacarse aquella historia de la cabeza.

El agente del FBI apretó el botón de la grabadora y se dispuso a hablarle al espacio vacío que le acompañaba en aquella estancia.

–Diane, acabo de llegar a mi habitación del Gran Hotel del Norte. Seguimos en plena investigación sobre los extraños acontecimientos que rodean la muerte de la joven Palmer. No puedo evitar pensar que detrás de todo este asunto se oculta algo mucho más oscuro y siniestro. Antes de continuar, déjeme que le diga, aunque probablemente puede que se lo haya comentado con anterioridad, que el café en esta zona es cuanto menos espléndido. ¡Y eso por no hablar de la tarta de cerezas que sirven en la Doble R! Probablemente la más deliciosa de cuantas he probado a lo largo de mis innumerables viajes.

»Pero creo que estoy divagando. El cansancio debe de estar empezando a hacer mella en mis pensamientos. Esta investigación se está tornando por momentos como una de las más extrañas en las que he trabajado, y eso que mi instinto me dice que tan solo estamos tocando la punta del iceberg. Llegados a este punto Diane, creo que es de pleno interés que le cuente algo, que en mi opinión, sostiene y apoya la teoría que comienza a formarse cada vez con mayor claridad en mi cabeza. Aunque si le parece, dejaremos por el momento ese punto de la teoría a un lado, ya que todavía es pronto para sacar conclusiones y me centraré de lleno en el tema que quería explicarle. ¿Sabe?, Twin Peaks siempre ha sido un lugar tranquilo. Eso es al menos lo que le diría cualquiera de sus

habitantes si les preguntara. Salvo quizás por un acontecimiento que sucedió unos años atrás y que fue ciertamente desconcertante. O al menos, un tanto misterioso…

Tomándose el tiempo suficiente para rememorar todos los detalles, Dale Cooper empezó a narrar frente a la máquina lo que a su vez le habían contado Harry S. Truman y el agente Hawk en la comisaría.

Mientras lo hacía, una suave y melancólica composición que parecía realizada con sintetizadores, fue ascendiendo hasta acompañar sus palabras haciendo que éstas se mezclaran con cada una de aquellas notas hasta desaparecer, igual que si se tratara de la banda sonora de cabecera de una serie de televisión que daba paso a los créditos iniciales.

El Sheriff Truman entró puntual como cada mañana por la puerta de las dependencias del Departamento de policía de Twin Peaks. Dio lo buenos días a Lucy, que en ese momento se hallaba en la centralita con un lápiz entre los labios, enfrascada en resolver un crucigrama, y enseguida se encaminó hasta su despacho. Era una fría pero bonita mañana de otoño. El viento aullaba entre las ramas de los abetos, haciendo que sus troncos se mecieran como amantes, bailando muy cerca los unos de los otros. Desde su mesa, Harry podía escuchar con total claridad como crujían las copas de los árboles, altos y esbeltos en la distancia.

Echó una rápida ojeada al papeleo que reposaba sobre su escritorio. Nada importante. Un par de multas por exceso de velocidad, y una pequeña disputa en el Bang Bang el último fin de semana. Lo habitual cuando se juntaban varios adolescentes con ganas de divertirse y las hormonas dislocadas. Pensó en

ponerse con la burocracia y archivar los documentos, pero no tardó en desechar la idea. Hacía una mañana demasiada hermosa para desperdiciarla encerrado en aquella habitación. Se levantó de la silla y fue en busca de alguno de los agentes de servicio para acercarse a la ciudad y ver que se cocía por allí.

Asomó la cabeza fuera de su oficina. Desde su espacio pudo oír a Lucy tarareando una canción con una voz aguda y ligeramente nasal. Por lo demás, todo parecía bastante tranquilo. Era muy probable que tanto Andy como Hawk estuvieran al caer. No obstante prefirió asegurarse y se dirigió hacia el vestíbulo para preguntar por alguno de ellos.

Cuando estaba a punto de girarse hacia el mostrador, la puerta exterior del edificio se abrió parcialmente. Una mueca de desconcierto saltó a su cara y por unos segundos no supo muy bien que pensar. La segunda hoja batiente no tardó en hacer lo propio y se mantuvo entornada por unos instantes, para enseguida volver a cerrarse por acción de su propio peso. No se trataba de ninguno de los agentes como podría haberse esperado, ni tampoco de ninguno de sus vecinos. Ni tan siquiera un forastero, o al menos una persona como hubiera sido lo lógico o normal. Su mente mientras tanto mandaba a su cuerpo mensajes contradictorios sin llegar a creerse todavía lo que estaba viendo: un mono de pequeñas dimensiones, y de un pelaje tan azul como si las llamas de un incendio eléctrico se hubieran apoderado de él, acababa de entrar en la comisaría. El pequeño animal se quedó muy quieto, mirándolo con dos botones por ojos, negros y brillantes. Al ver que el hombre no reaccionaba, levantó ambas manos sobre la cabeza como si fuera el culpable de un delito que llegaba para entregarse y empezó a andar hacía donde Harry se encontraba hasta que finalmente se detuvo a solo unos pasos de él.

–¿Sheriff Truman, se encuentra bien?

Fue Lucy la que habló al descubrir a su superior ahí plantado, de pie como si acabara de ver algo imposible y mágico a partes iguales.

Al ver que no respondía, la telefonista sacó su cuerpo por el ventanuco sintiendo curiosidad. Cuando vio al diminuto simio abrió tanto los ojos que por un momento pareció que se escaparían de su rostro y echarían a rodar por el suelo enmoquetado. El portón de la comisaría sonó por segunda vez haciendo que el hechizo se rompiera. O al menos en parte, ya que la figura que apareció no hacía menos extraña toda aquella situación. Un tipo vestido de pirata al que no le faltaba detalle, pues incluso tenía una pata de palo auténtica –o al menos así lo parecía– y un parche a juego con un pañuelo sobre su cabeza, acababa de hacer aparición en escena para completar la inverosímil estampa.

–¡Oh, así que estabas aquí! ¡Pequeño bribón!

Dijo aquel extraño personaje mientras que con una mano le hacía señas al mico para que volviera con él. Éste obediente corrió hacia donde estaba y trepó ágilmente por su cuerpo hasta quedar sentado sobre su hombro.

–Buenos días. Deben de disculpar a Cornelius, siempre ha sido muy impaciente. No le gusta nada esperar a este viejo carcamal y su lento traqueteo de palo. Creo que ya me entienden.

Dijo el filibustero guiñando exageradamente el ojo sano y dejando caer todo su cuerpo sobre la muleta que descansaba bajo su brazo derecho.

–Buenos días. Creo que si no me equivoco, usted no es de por aquí –comentó el sheriff obviando su aspecto y mirándolo sin poder evitar el atisbo de una sonrisa en la comisura de sus labios–. Dígame, ¿En qué podemos ayudarle?

El hombre pareció recordar el motivo de su visita y por un momento su gesto se vio ensombrecido como si algo le afligiera terriblemente.

–Verá. Vengo a denunciar una desaparición. Mi nombre es Jack Arthur Morgan Tercero, pero todos me conocen como Capitán Jack. Soy el director y propietario del circo de curiosidades Amazing Freaks. Llegamos anoche a la ciudad, estamos apostados en la explanada que hay a la entrada junto a la carretera –dijo mientras alargaba la mano a modo de saludo.

–Yo soy el sheriff Truman. ¿Una desaparición ha dicho? Pase por aquí y cuénteme lo sucedido –respondió a la vez que correspondía el gesto y volvía a una actitud más seria y profesional. A continuación se dirigió a Lucy que presenciaba en silencio toda la escena casi tan confundida como él–. ¿Puedes avisar a los chicos y decirles cuando lleguen que estoy en mi despacho?

–Claro, sheriff.

–Gracias, Lucy.

Una vez en su oficina, ofreció asiento al peculiar personaje mientras que su inusual compañero se dedicaba a curiosear de un lado para otro. Obvió por un momento los movimientos de aquel animalejo y se centró en el Capitán Jack.

–Bueno, cuénteme. Me decía que quería denunciar una desaparición. ¿Qué ha ocurrido?

–Pues verá. Como le decía antes, llegamos ayer mismo. Cuando entramos en la ciudad el sol ya estaba bajo. Habían sido muchas horas de viaje y todos estábamos agotados. Así que simplemente paramos para descansar y convenimos dejar para el día siguiente todo el montaje. Nuestra intención era pasar una semana aquí, en Twin Peaks. Ya sabe, darnos a conocer y que todos sus habitantes pudieran maravillarse con nuestra exhibición.

–¿Ha comentado que son un circo de curiosidades? ¿Cómo el de aquella película en blanco y negro?

–En efecto. Mi familia se ha dedicado a este negocio durante décadas y ha recorrido los Estados Unidos de costa a costa al menos medio centenar de veces. Cuando mi padre falleció, tomé el relevo y abandoné el mundo de la navegación para dedicarme en cuerpo y alma al espectáculo. Por desgracia, no tardé en descubrí que todo eso de los chicos perro, mujeres barbudas y demás rarezas biológicas ya no eran tan lucrativas como antaño. La ciencia había dejado el negocio obsoleto. Era renovarse o morir. Así que durante algún tiempo me dediqué a la búsqueda de verdaderos prodigios que la ciencia fuera incapaz de explicar, y ya de paso, hacer más interesantes nuestras funciones…

–Ya veo –comentó Harry rascándose la cabeza sin saber muy bien qué pensar de todo aquello–. Así que uno de sus trabajadores ha desaparecido, ¿es eso?

–En efecto. Mickey, el chico eléctrico. Si lo viera actuar… Es capaz de soportar descargas que matarían a cualquier ser humano. Algo excepcional, créame.

A Harry todo ese tema le parecía demasiado irreal. ¿Un chico eléctrico? ¿Cómo en los comics? Pese a todos aquellos pensamientos, prefirió dejar al hombre que continuase con su exposición. Fuera cierta o no aquella cualidad, o la veracidad de las habilidades de aquellos feriantes, la cuestión era que había desaparecido un joven y por tanto, era un asunto que alteraba la tranquilidad de la ciudad. Así que si era necesario movilizaría a los agentes y se pondrían a investigar de inmediato.

–De acuerdo. Cuénteme lo que recuerde. ¿Y por qué está tan seguro de que no se ha marchado sin más?

–Porque nadie grita pidiendo auxilio si no hay un buen motivo. Verá, ocurrió de madrugada. Yo estaba en mi caravana y dormía profundamente. Normalmente me cuesta bastante conciliar el sueño, sin embargo anoche caí rendido sin tener que recurrir a los somníferos. Cosa que no ocurre con frecuencia. Serían las tres aproximadamente cuando unos potentes fogonazos me despertaron. Al principio pensé que algún vehículo había entrado en la explanada y había aparcado frente a mi remolque. Pero aquella luz era tan fuerte que parecía la del mismísimo astro rey. Además, había otra cosa muy extraña en todo aquello, y era que parecía poseer vida propia. No sé muy bien cómo explicarlo. Era como si aquella claridad se escurriera e inundara cada rincón impidiendo que se proyectara sombra alguna. Ese fulgor lo abarcaba todo. Fue muy raro. Entonces oí a Mickey pidiendo ayuda. Salí corriendo de inmediato. O al menos todo lo rápido que mi pata de palo me permitió. Para cuando quise ayudarlo los gritos se perdían dentro del bosque. Aquella extraña luminiscencia perseguía cada uno de sus alaridos.

–¿Vio alguien más lo sucedido?

Preguntó el sheriff mientras le daba vueltas a aquella historia que parecía sacada de un capítulo de Dimensión desconocida.

–Yo fui el único. Cuando muchos de los muchachos salieron, las luces ya estaban lejos. Algunos incluso ni siquiera se enteraron de lo sucedido hasta un poco más tarde cuando los desperté para contarles lo que había pasado.

–Entiendo. Le diré que vamos a hacer. Voy a movilizar a algunos agentes por la zona para ver si encontramos alguna pista que nos aclare un poco todo

este asunto. También hablaremos con la gente de la ciudad, por si alguien ha visto algo. Nunca se sabe.

–Me parece bien –afirmó el Capitán Jack satisfecho ante la respuesta del sheriff mientras que se incorporaba de su asiento.

–Y otra cosa. Más tarde pasaré por la explanada. Necesitaré hablar con sus trabajadores. Puede que alguno recuerde algo que pueda ayudar en este caso.

–Si cree que puede ayudar…

–Es posible. Toda la información que recabemos ayudará en la investigación.

–De acuerdo entonces.

Harry Truman imitó al director del circo y lo acompañó hasta la salida bajo la atenta mirada del simio. Mientras se alejaban, el agente Hawk entró con una expresión ceñuda y miró al sheriff con mirada interrogante.

–¿Otra pintoresca convención en el Gran Hotel del Norte, jefe?

Comentó el policía asimilando que acababa de cruzarse con un pirata bastante convincente.

–Tenemos trabajo, Hawk. Acompáñame, te pondré al día por el camino.

No tardaron demasiado en llegar al Doble R. En el coche patrulla, Harry informó al agente nativo de los pormenores de lo sucedido. El hombre, lo miraba con su acostumbrada serenidad y se limitó a asentir en silencio mientras su superior iba contándole hasta el último detalle de la visita. Con los agentes movilizados por toda la ciudad, el sheriff decidió hacer una parada con la

intención de encargar unos cafés para el camino. Algo le decía que iba a ser una jornada muy larga.

Ya dentro del negocio, se acercaron a la barra sobre la que varios lugareños comenzaban su jornada con un pedazo de tarta y una buena taza de café. No pasó ni un minuto cuando Norma, propietaria del diner Doble R, se acercó hasta ellos con su eficiencia habitual.

–Buenos días, Harry. Hawk. ¿Qué os sirvo?

–Buenos días, Norma. ¿Podrías ponernos dos cafés para llevar?

–Eso está hecho. Poneos cómodos, enseguida os los acerco.

–Muchas gracias. Otra cosa, Norma –el sheriff Truman aprovechó la ocasión. A fin de cuentas, el Doble R era el lugar de reunión de un gran número de habitantes, y por tanto también, el mejor sitio donde comenzar la búsqueda–. ¿Has oído hablar esta mañana a alguien sobre algún suceso extraño en el bosque esta madrugada?

La mujer meditó durante unos segundos la respuesta.

–Creo que no. ¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo?

–Es pronto para decirlo. Uno de los chicos se pasará en un rato y les hará algunas preguntas a los clientes, si te parece bien.

–De acuerdo. Aquí estaremos.

Contestó con su habitual y encantadora sonrisa.

Dicho esto, los policías tomaron asiento en una de las mesas más próximas a la entrada. Ni dos minutos después, Norma apareció con unos vasos de plástico desde los que ascendía un cálido y revitalizante aroma a café recién molido. Cuando estaban a punto de salir del establecimiento, Lady Leño a la cual no habían visto sentada junto al mostrador y la cual a su vez no les había quitado

ojo desde que llegaron, se acercó acariciando uno de sus habituales compañeros.

–Buenos días, sheriff. Dijo sin mirarles directamente.

–Buenos días, Lady… esto, Margaret –se corrigió a tiempo el máximo jefe de la autoridad en Twin Peaks.

La mujer por su parte, continuó como si en realidad ninguno de ellos estuviera allí.

–Mi leño quiere decirles algo, sheriff. Pero no se atreve, así que se lo diré yo. Escuche atentamente: no se pueden poner parches a la verdad. Recuérdelo.

Sin darles opción a replica, desapareció para recuperar su asiento junto a un pedazo de pastel a medio terminar. Ambos hombres intercambiaron miradas cargadas de cierta extrañeza. Decidieron con esas palabras todavía cogidas con unos alambres invisibles sobre sus cabezas, no perder más tiempo y reanudar la marcha.

Mientras lo hacían, unas notas de piano, profundas y solemnes, que denotaban en su trasfondo un deje cargado de preocupación, les hizo detenerse.

–¿Has oído eso? –comentó Harry mirando en todas direcciones con cierta pesadez.

–¿Tú también lo oyes, jefe?

En ese momento, una joven local se separaba de la máquina de discos ubicada al fondo, junto a la pared. Pero por algún extraño motivo, la música parecía provenir de algún punto lejano e inconcreto –casi como si hubiera sido añadida a posteriori, ajena a la escena– y no de la Jukebox.

Los dos hombres se encogieron de hombros divertidos, e intentando quitarle importancia, salieron finalmente al aparcamiento.

Una vez en la explanada donde el circo se había instalado la tarde anterior, los agentes se bajaron del todoterreno oficial. Caminaron muy despacio contemplando con detenimiento la zona. Un parterre de grandes dimensiones se extendía desde la carretera hasta los abetos formando un gran círculo de tierra. Allí, varios vehículos y una carpa a la antigua usanza esperaban la visita de unos curiosos que no llegarían por el momento. Avanzaron hasta el espacio central donde habían extendido la lona. Una vez dentro, lo primero que vieron fue una especie de acuario circular en forma de gran vaso. Comprobaron asombrados que dentro había una persona, según parecía, practicando para una hipotética función. Una joven en traje de baño permanecía inmóvil bajo el líquido vital sin dar indicios de malestar. Al verlos entrar, les saludó enérgicamente con una de sus manos. Desconocían cuánto tiempo llevaba dentro. Aunque imaginaron que era muy probable que acabara de sumergirse. Correspondieron el saludo y siguieron avanzando en busca del Capitán.

Un hombre cubierto de tatuajes se acercó hasta ellos y les saludó.

–Buenos días, agentes.

–Buenos días, hemos venido a ver al Capitán Jack.

Comentó el sheriff deteniendo la mirada sobre el cuello de aquel sujeto. Sobre la piel en esa zona, tenía dibujado en una hermosa escala de grises una pirámide con un gran ojo en su interior. Algún tipo de símbolo místico sospechó Truman.

–En estos momentos no está. Pero si puedo ayudarles en algo. Mi nombre es Billy Blue, pero mis compañeros me llaman el Gran Ojo.

–Vaya, en ese caso supongo que estará al tanto de lo ocurrido –dijo Harry Truman con cierta curiosidad.

–En efecto. Algo terrible. Por desgracia, mi don no es solo una bendición sino también a veces una maldición. Solo me permite ver lo que el Cosmos me muestra.

El sheriff miró de reojo a su compañero el cual permanecía atento a cada palabra de aquel tipo.

–Comprendo. ¿Y a qué se dedica usted aquí, en el circo?

–Poseo la capacidad de ver a través de la carne. También puedo en ocasiones intuir ciertos acontecimientos del pasado y del futuro, y muy de vez en cuando, hablar con los difuntos.

–De acuerdo. Dígame entonces, Bill. ¿Vio usted algo anoche que pueda contarnos?

–Por desgracia, como les he dicho antes, mis capacidades no siempre me revelan lo que deseo. Estaba durmiendo cuando el joven Mickey desapareció. No me enteré de nada hasta momentos después del suceso.

–Vaya. Que inoportuno.

Comentó Harry con cierto fastidio en el rostro.

–De todas maneras, si quieren saber algo más. Creo que deberían hablar con Stella, la que habla con los felinos. Es la novia de Mickey. Estaba allí cuando ocurrió todo, o al menos una parte.

–¿Ha dicho que estaba allí?

–Eso he dicho.

En ese momento, las palabras de Lady Leño volvieron a resonar en su cabeza revelando una escena muy distinta de la que le había contado el Capitán apenas una hora antes.

–¿Dónde podemos encontrarla?

–En su caravana. Justo por ahí. No tiene perdida.

–Gracias –sentenció el sheriff poniendo rumbo al final del gran toldo que cubría sus cabezas.

–Esperen –dijo Billy Blue sin darse por aludido–. Usted no cree en nada de todo esto, ¿verdad?

Harry lo miró en silencio y con una media sonrisa en el rostro. Hawk en cambio, continuaba serio y muy atento a todo cuanto ocurría a su alrededor.

–¿Todavía le duele?

Continuó el hombre tatuado.

–¿Cómo dice?

–La fractura del hombro. Se cayó de un árbol cuando era niño, ¿me equivoco?

Un respingo mudo en su interior hizo que algo se descolocara de su lugar habitual. Ese algo no era otra cosa que la razón y su habitual lógica. Sin embargo, lo miró sin perder la alegría en su rostro e intentó que aquella afirmación no le afectara respondiéndole con una clara evasiva.

–Gracias. Si necesitamos algo más se lo haremos saber.

Un leve asentimiento de cabeza fue la respuesta que recibieron.

El sheriff no dijo nada más, y Hawk optó por esperar a ver que sucedía a continuación.

Cuando llegaron al remolque, un tanto anticuado y destartalado, encontraron la puerta abierta. Harry optó por golpear con los nudillos contra la chapa. Prefería ser recibido a parecer descortés. No tardó en aparecer una muchacha de poco más de veinte años, al menos en apariencia.

–Buenos días, sheriff.

Dijo la chica cubierta con un albornoz de seda y con los ojos empañados. Era evidente que había llorado, y no derramado precisamente pocas lágrimas.

–Buenos días, soy el sheriff Truman. Y este es el agente Hawk. Nos han comentado que aquí encontraríamos a Stella. ¿Es usted?

–Soy yo.

–Sentimos molestarla. Pero estamos investigando la desaparición de Mickey. Según nos han comentado, ustedes mantenían una relación.

–Somos novios –respondió la muchacha con cierto orgullo en el semblante.

–¿Puede contarnos que sucedió esta pasada madrugada? Esta mañana su jefe vino a denunciar lo ocurrido.

Stella pareció un poco incómoda. Como si algo le apretase y fuera incapaz de librarse de la presión que la oprimía.

–Jack y Mickey discutieron. Vino medio borracho a mi caravana en su busca poco antes de la desaparición. Me desea, ¿saben? No puede evitar sentir celos de lo nuestro. Y todo porque sabe que soy totalmente inaccesible para él.

–¿Se refiere al Capitán?

–¿A quién si no? Ese hombre me tiene echado el ojo desde que me contrató. A pesar de que le rechacé en varias ocasiones, nunca se dio por vencido. Y bueno, cuando apareció Mickey fue amor a primera vista. Cuando descubrió que estábamos juntos su carácter cambió. No podía echarnos sin más. Nos necesitaba. Pero al mismo tiempo, vernos juntos debía de envenenarle tan profundamente como la mordedura de una serpiente de cascabel. Así que se dedicaba a hacernos la vida imposible siempre que podía. Sobre todo a él.

–¿Puede contarnos más detalles sobre lo ocurrido?

–Como les decía. El Capitán vino a mi caravana. Golpeó la puerta en varias ocasiones hasta que Mickey cansado de tanto alboroto decidió abrirle. Olía a whisky y farfullaba cosas incoherentes. No tardó en comenzar la discusión. Mickey me hizo entrar de nuevo. Pero a pesar de todo, yo seguía oyendo los gritos.

–¿Sobre qué discutían?

–Al principio parecía que no era sobre nada importante, algo relacionado con la última actuación. Pero enseguida Jack empezó a recriminarle que estuviera conmigo. Después se alejaron y ya dejé de oírles. Poco después, unas luces potentes, como esos focos que llevan en el techo algunos vehículos, empezaron a iluminarlo todo. Fue cuando escuché a Mickey gritar pidiendo ayuda. Cuando salí, las luces se alejaban y el Capitán repetía una y otra vez que una misteriosa energía se lo había llevado.

Mientras Stella hablaba, Hawk se dedicaba a apuntar en una pequeña libreta que había sacado de uno de sus bolsillos. Algo poco usual en él.

–¿Sabe dónde podemos encontrar al Capitán?

–Debe estar en la ciudad, comprando más whisky para su reserva personal.

–Muchas gracias, Stella.

La muchacha perdió por un momento la compostura y se acercó al sheriff agarrando una de sus manos entre las suyas.

–Por favor, encuéntrenlo. Sospecho que algo malo le ha pasado, y el Capitán está detrás de todo ello.

–Tranquila, haremos todo lo que podamos.

Respondió Harry en un último intento por consolarla.

Mientras se dirigían al vehículo, Harry y Hawk intercambiaron opiniones sobre todo el caso. Aquello comenzaba a tener todos los ingredientes para convertirse en un secuestro que podía tornarse si no tenían cuidado en un crimen pasional.

–¿Qué opinas, Hawk?

–Mal asunto, jefe. Ese Capitán no es trigo limpio. Ha estado ocultando información, podría ser el culpable.

–Yo también empiezo a creerlo. Habrá que localizarlo para interrogarlo en profundidad.

Una vez en el coche patrulla, Lucy les avisó de que habían dado con un posible testigo. Al parecer, un cazador rondaba por la zona y parecía que había visto algo. El sheriff Truman dio instrucciones para que llevaran al hombre a comisaría, pero Lucy se adelantó. Al parecer ya iba en su camioneta hacía allí. Así que de nuevo pusieron rumbo hacia su oficina.

No habían recorrido ni la mitad del camino, cuando de nuevo sonó la voz de Lucy por la emisora. En esta ocasión era portadora de malas noticias. Esta segunda llamada les encaminaba a una de las carreteras secundarias que conducían hasta el centro de la ciudad.

Cuando llegaron al lugar indicado se encontraron con algo mucho peor de lo que habían imaginado. Un par de agentes desviaban el tráfico a la vez que intentaban contener a algunos curiosos. Un vehículo yacía parcialmente aplastado junto al arcén. Un poco más adelante, un camión había detenido su marcha en la misma dirección. Todo parecía indicar que parte de la carga que transportaba se había soltado y había caído en medio de la carretera. Uno de los

pesados troncos había sido el causante de que la camioneta, de manera inevitable, quedara convertida en un amasijo de hierros.

El sheriff se acercó hasta la escena del siniestro. Allí estaba Andy con gesto abatido y con el corazón encogido bajo su pecho. Harry, le dio un golpecito en el hombro intentando consolarle. Pero el sentimental y noble agente parecía abocado al llanto.

–Lo siento, Harry.

Se excusó dócilmente.

–No pasa nada, Andy –lo disculpó su superior–. ¿Puedes decirme quien es la víctima?

–Es… era Gordon Bell. Está muerto. Es horrible.

–¿Cómo has dicho?

El sheriff no se podía creer aquel cúmulo de coincidencias y su pésima suerte. Andy mientras tanto se quedó callado intentando asimilar que era lo que había hecho mal.

–¿Acabas de decir que era Gordon Bell?

–… Así es, sheriff.

No cabía duda alguna. Era su hombre. El testigo con el que debían de entrevistarse, el mismo que podía arrojar algo de luz sobre el caso. Un ligero escalofrío recorrió la nuca de Truman igual que si alguien acabara de pisar su tumba.

Estaban de nuevo en un punto muerto. Por el momento, solo les quedaba localizar al propietario del circo, y con un poco de suerte, arrancarle una confesión que les guiara hacia el chico.

Mientras pensaba en todo aquello, un coche aparcó fuera del cordón policial. Era el bueno del doctor William Hayward. Sin duda, Lucy debía de haber contactado con él.

–Buenos días, Harry. Menuda mañana más ajetreada que lleváis.

–Buenos días. ¿Te has enterado?

–Así es. Uno de los muchachos me preguntó sobre ello en el Doble R mientras desayunaba con Donna. Estábamos a punto de salir hacia el instituto, y me lo contaron. En fin, cuando antes empecemos antes podréis continuar con la búsqueda. ¿Comenzamos?

–Todo tuyo, adelante.

El doctor Hayward se disponía a ordenar que sacaran el cuerpo del difunto, cuando una figura comenzó a desdibujarse al final de la carretera. Casi parecía un espejismo, difuminado por la escasa bruma que se formaba sobre el asfalto. A medida que fue acercándose, la silueta adquirió una apariencia que tanto a Harry como Hawk les era familiar. Cuando llegó, los tatuajes le delataron: se trataba de Billy Blue. El sheriff no podía creerse aquello. ¿Qué diantres hacía allí ese tipo? ¿Era posible que se hubiera enterado tan rápido? ¿Pero sobre todo, cómo había llegado andando hasta allí en tan poco tiempo y cuáles eran sus intenciones?

Antes de que Harry tuviera tiempo a formular ninguna de estas cuestiones, el misterioso personaje le respondió.

–Ya se lo dije, es el Cosmos quien guía mis pasos. ¿Me permiten? Dijo señalando hacia el montón de chatarra que hasta no hacía mucho había sido una camioneta.

–¿Qué es lo que pretendes?

–Hablar con él.

Los que estaban cerca lo miraron incrédulos con la sospecha de que probablemente aquel sujeto debía estar mal de la cabeza.

–¿Hablas en serio?

Repuso el sheriff con la misma idea que el resto de los presentes rondando sus pensamientos.

–Déjalo, Harry. ¿Qué tenemos que perder?

Para su sorpresa, Hawk acababa de interceder por el feriante. No le cabía duda de que debía de tener una buena razón, pero a él todo aquello simplemente se le escurría entre los dedos igual que si fuera un puñado de arena.

–Pero podría alterar las pruebas…

Se quejó el médico y forense del lugar.

–Doctor, ese hombre está muerto. No creo que la autopsia pueda decirnos algo diferente a lo que arrojan las pruebas que tenemos delante.

El señor Hayward pareció dudar unos instantes, pero finalmente cedió ante las palabras del policía.

–De acuerdo. Veamos que puede decirnos.

Billy Blue dio unos pasos en dirección hacia donde estaba lo que quedaba del coche. Dentro permanecía el cazador, que a pesar de lo aparatoso del siniestro mantenía un aspecto aceptable. Una vez junto a la puerta, se descolgó una mochila de cuero que portaba sobre el hombre. De ella sacó algo parecido a un pequeño fuelle. Algunos, incluido Harry, adivinaron o al menos intuyeron lo que pretendía hacer, y torcieron el gesto. Bill parecía absorto en su labor. Introdujo el extremo del artilugio en la boca del cadáver e impulso con ligeros y

rítmicos movimientos el poco aire que los pulmones parcialmente aplastados asimilaban.

Casi bajo algún tipo de sortilegio, todos a su alrededor se acercaron curiosos ante la maniobra que aquel sujeto cubierto de tatuajes estaba realizando.

Andy fue el primero en dar un respingo cuando en los labios de aquel difunto parecieron formarse unas palabras.

«Luces…»

Sin embargo, Billy Blue seguía a lo suyo sin dar importancia a las reacciones de los que se agolpaban a su alrededor.

«… el Mal…»

«Bosque»

Mientras Bill seguía introduciendo pequeñas bocanadas de aire con su artefacto, el muerto continuaba su pausada verborrea.

«No queda tiempo…»

Sus últimas palabras hicieron un profundo silencio a su alrededor.

«… os guiaré.»

Harry Truman pensó por un momento que todo debía de tratarse alguna broma de mal gusto.

En ese instante, el cielo comenzó a oscurecerse mientras el sol iba perdiendo su brillo, igual que si fuera un juguete al que se le estaba acabando la batería. Aquello era una locura. ¿Acaso se trataba de algún tipo de eclipse que los astrónomos no habían sido capaces de predecir?

Miró a Hawk durante un momento. Éste parecía tan sorprendido como él. Cuando clavó la vista de nuevo en el cielo, la luna brillaba trémula en lugar del

imponente astro solar. Echó un vistazo a su reloj de muñeca, incapaz de asimilar todo aquello. Apenas era mediodía.

–¿Qué es todo esto? –atinó a decir al fin sin dirigirse a nadie en particular.

–Debemos regresar al bosque. Ya lo han escuchado. Casi no queda tiempo.

Afirmó rotundamente aquel que acababa de hablar con el muerto.

Harry trató de no aferrarse a la lógica que le vestía cada mañana por los pies, y se resignó.

–De acuerdo. Vayamos al bosque.

Cuando regresaron a la explanada, la oscuridad seguía envolviéndolo todo. Truman y Hawk acompañados por Billy Blue se bajaron del todoterreno. Luego cogieron varias linternas de la parte de atrás y sin que nadie fuera testigos de sus movimientos se internaron entre los abetos.

El viento soplaba de nuevo con fuerza y agitaba nerviosos los árboles a su alrededor. Intentando orientarse en aquella negrura irreal, Harry recibió una última llamada a través de su *walkie talkie*. Aquello comenzaba adquirir tintes de una peli mala de terror. Lucy le hablaba entre interferencias para comunicarle que el cuerpo de Gordon Bell había desaparecido de forma inexplicable. Su rostro se tiñó de una palidez inusual. Hawk había escuchado el mismo mensaje por radio, y no pudo hacer otra cosa que observar a su jefe sin atreverse a decir una sola palabra.

Una sombra se movió frente a ellos. ¿Le había parecido ver una camisa de cuadros? No fue el único. Hawk apuntó con el haz de su linterna hacía las sombras para descubrir que allí plantado, frente a ellos, se encontraba alguien

que debía haber cruzado al mundo de los espíritus. Harry se llevó instintivamente la mano sobre el rostro como si quisiera negar aquello.

–No hay tiempo –Apremió Bill sin el menor indicio de miedo en su rostro.

Los dos agentes le siguieron como autómatas. El cazador se movía pese a su avanzada edad –eso si no contaban que había muerto recientemente en un accidente de tráfico– con una velocidad pasmosa. Los hacía internarse cada vez más en la espesura, y aunque Hawk conocía bien la zona, por un momento su superior temió que se perderían.

Llegados a un punto desapareció todo rastro del muerto que los arrastraba a aquella insana situación.

A pesar de ello, no retrocedieron. Algo les decía que era tarde para volver atrás. Así que simplemente continuaron.

Varios metros más adelante, se llevaron otra desagradable sorpresa. Frente a ellos, apareció una vez más el cuerpo sin vida de su guía fantasmal. Esta vez permanecía colgado de uno de los muchos árboles, sujeto firmemente por varias ramas. Igual que si fuera un adorno de navidad que algún niño gigantesco hubiera colocado con mucho mimo y cuidado. Enfocaron su cuerpo como si quisieran asegurarse de que no se trataba de algún tipo de alucinación colectiva. Cuando lo hicieron, descubrieron una hilera de pañuelos de colores saliendo de su boca. Estaban entrelazados hábilmente los unos con los otros y casi rozaban el suelo. El sheriff no quiso tocarlos. Sin embargo, fue como si una fuerza superior lo indujera a actuar al margen de sus propios impulsos. Cogió la punta del más cercano y tiró con mucha delicadeza. Éstos se desprendieron y aterrizaron a sus pies. Lentamente se agachó para recogerlos. Al inspeccionarlos más de cerca observó que en cada uno de ellos había una

palabra escrita. Tras juntarlas todas, un mensaje aparentemente sin sentido se formó ante sus ojos:

«NO PIERDAS DE VISTA EL VUELO DE LA LECHUZA»

Un crujido resonó en las copas más altas. Los tres hombres miraron en todas direcciones. Nada. Tan solo el quejido constante de la madera.

Cuando creían que aquella locura estaba a punto de superarles, un puñado de luces de una fuerza y brillo imposibles comenzaron a flotar furiosas sobre ellos. Parecían prevenirles, o tal trataran de disuadirles de algo. No tardaron demasiado en desaparecer tan rápido como habían llegado.

Volvieron a apuntar hacia donde había estado el difunto señor Bell para descubrir que ya no estaba. También se había esfumado. Casi tan rápido como aquellas esferas luminosas.

Un ruido a su espalda provocó que Harry sacara el arma y apuntara por puro instinto. Por fortuna no disparó. De detrás de unos matorrales apareció un chico joven.

Billy gritó su nombre, y eso les hizo comprender que de alguna forma, extraña y que se escapaba a todo conocimiento, algo les había guiado hasta él.

A la mañana siguiente Twin Peaks pareció volver a la normalidad. Aunque todo el día previo estuvieron sumidos en lo que parecía una noche eterna e imposible, el sol volvió a brillar sobre las montañas como cada amanecer. Pronto sus habitantes parecieron apartar este hecho de su mente, y como si fuera un banco de niebla que arrastrara el viento hacia el mar, prácticamente fue borrado de sus mentes.

Pero para Harry y los suyos todavía quedaban muchos interrogantes. ¿Qué le había ocurrido al joven Mickey? Aunque lo intentaron, fue imposible que soltara una sola palabra. Parecía encontrarse en un estado muy similar a la catalepsia. El chico que antaño dominara la electricidad, era ahora una estatua silenciosa que guardaba gran parentesco con el que una vez fue. ¿Era posible que las luces que vieron las provocara el muchacho, marcándoles de alguna manera el camino a seguir?

No supieron nada más del Capitán Jack, ni tampoco de Cornelius, su inseparable mico. Aunque parecía poco probable, nunca se descartó que fuera el causante de lo ocurrido a Mickey. Las últimas pesquisas apuntaban a que podía haber cruzado la frontera para ocultarse de las autoridades en el país vecino, Canadá.

En cuanto al circo, todos decidieron disolverlo y poner un nuevo rumbo en sus vidas.

Y así, como si todo hubiera sido un mal sueño, Twin Peaks volvió a ser el lugar tranquilo que siempre había sido.

Al menos, en apariencia.

SOBRE EL AUTOR — DAVID P. YUSTE

(Cádiz, 1981). Apasionado a los videojuegos, las películas y las novelas de terror desde mi más tierna infancia. Criado entre discos de Led Zepellin, Santana, The Doors... Todo ello ha influido notablemente en mi manera de escribir y en cómo construir mis historias. Junta letras autodidacta. Tuve los mejores maestros, sin duda los libros que se acumulaban (y siguen acumulándose hoy día en mis estanterías). De entre ellos, destacar autores como Stephen King, Richard Matheson, o clásicos como Becquer, Poe o Lovecraft (nunca sabrán cuánto les debo). Entre 2017 y 2018 he tenido la suerte de acumular diversos premios: Finalista en **Algeciras Fantástika**, Primer Premio en el concurso de novela corta la Zona Muerta de la **Editorial Cazador de Ratas**, Segundo Premio en el Primer Concurso de relato corto de *Aventuras Bizarras*. He participado además en varias antologías físicas, como por ejemplo *Madre de Monstruos* de **Tinta Púrpura** o *EspañaPunk* para **Cazador de Ratas**.

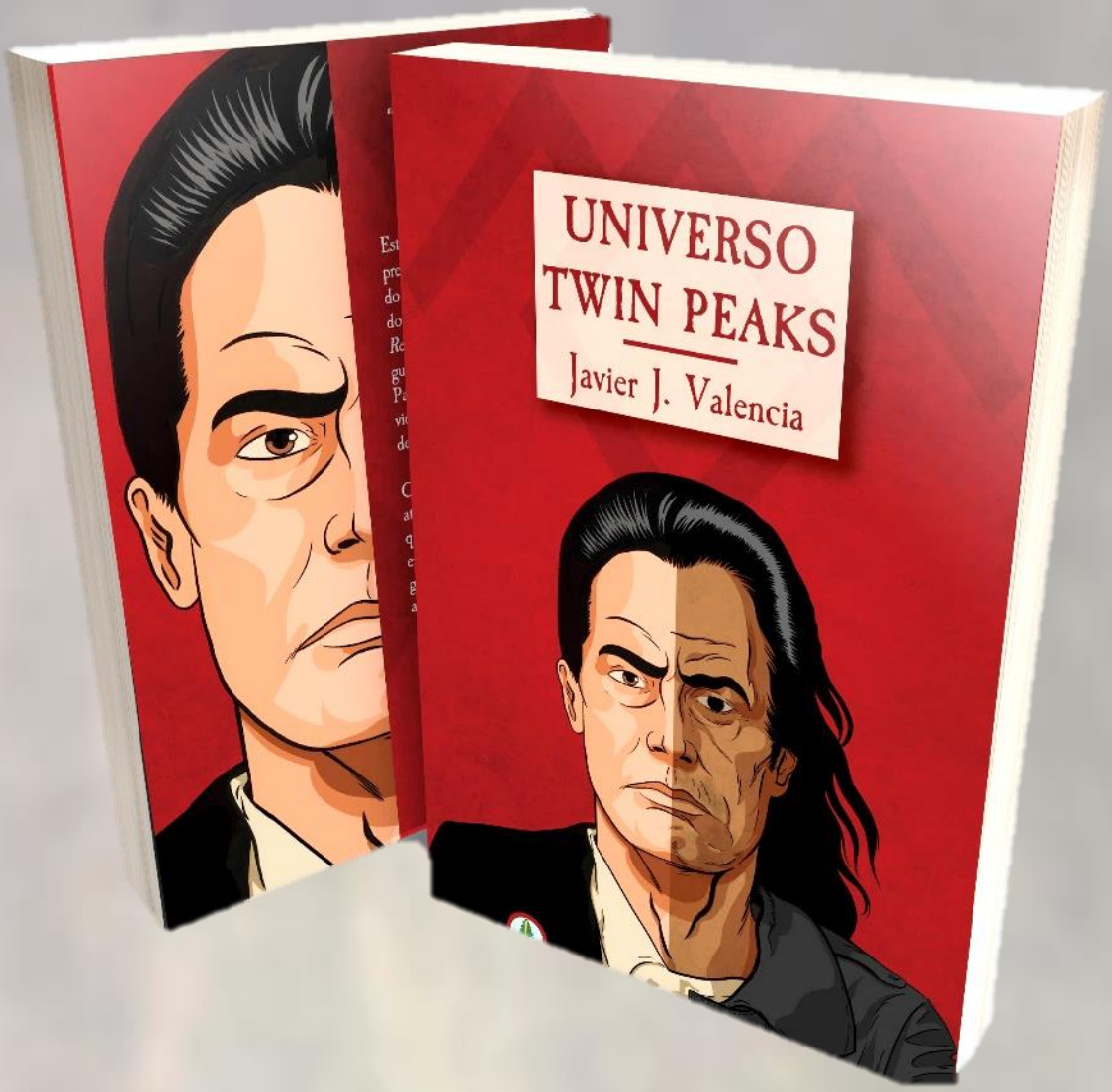
WAVE BOOKS

Nace Wave Books, una editorial con ilusión y pasión por la literatura de calidad y de género, con ganas de llegar al lector y de ofrecerles tanto a ellos como a los autores el trato que se merecen.

UNIVERSO TWIN PEAKS

Javier J. Valencia

Reseña por Pily Barba



A pesar de mis dudas durante el visionado de los primeros capítulos de la esperadísima tercera temporada de *Twin Peaks*, en los que hube de enfrentarme obligatoriamente a nuevos y, algunos, incómodos personajes; a tramas y a escenarios que en determinadas ocasiones nada tenían que ver con nuestro adorado pueblo; tras haber completado su visionado, ya con la cabeza bien fría y habiéndome apeado por fin de esa montaña rusa de sentimientos contradictorios, pude vislumbrar que se trataba de algo grande. Por esa razón, y porque acababa de llegar a mi buzón de correos un increíble volumen que podía solucionar muchas de mis dudas y paranoias respecto al loco universo de David Lynch, decidí volver a verla y, fue entonces, cuando terminé corroborando lo que ya intuía: *Twin Peaks: The Return* es un auténtico tesoro. Asimismo, con la ayuda de este otro tesoro en papel, uno que además ha resultado ser

extraordinariamente brillante, supe que todo *Twin Peaks* es un lugar infinitamente visitable.

También, la lectura de *Universo Twin Peaks* me ha ofrecido una tercera revelación: la aventura de Lynch y Frost (dejando a un lado mi adorado universo *trekkie*) se ha convertido en mi serie favorita de todos los tiempos. Ahí es nada. Pero ¿por qué? En primer lugar, por lo más evidente: porque me ha recordado que se trata, a todas luces, de una curiosa obra de arte con los redaños suficientes como para ser el único trabajo televisivo capaz de volver, después de tanto tiempo, cumpliendo una promesa: «Nos veremos dentro de veinticinco años», nos dijeron, y así ha sido. ¡Y qué vuelta! En segundo lugar, la serie se ha hecho la dueña y señora de mi ranking seriéfilo precisamente porque *Universo Twin Peaks*, nuestra biblia *peakie* española por excelencia (publicada por Dilatando Mentes Editorial), tras su lectura y, habiéndose mostrado tan complementaria al universo lynchiano, además de didáctica y terriblemente bella, ha conseguido tener la fuerza suficiente como para hacer que me haya interesado en la serie de tal modo que he alcanzado límites preocupantemente obsesivos. De hecho, para grabar el especial de Scanners, no paré de leer y releer buscando información adelante y atrás a lo largo de todo el volumen. Estoy segura de que cualquiera que hubiera podido echar un vistazo por encima de mi hombro, habría pensado que me estaba preparando unas oposiciones o algo por el estilo (con tanto apunte o viendo el libro lleno de post-it con etiquetas —que si Bob por aquí; que si Sarah Palmer por allá; que si el experimento por acullá…— o notas a las propias notas del autor del libro). Desde luego, ha sido una auténtica locura, pero qué locura tan deliciosa…

Respecto a lo que nos encontramos en *Universo Twin Peaks*, además de toda la información referente a la susodicha experiencia conjunta de Lynch y Frost, en todas, absolutamente todas sus vertientes, gracias a su presentación, empezaremos dando un paso al interior de la mente de dos muchachitos entusiasmados con todo lo que tuviera que ver con el señor Lynch (principalmente), y topándonos con el origen de aquello que terminó materializándose en este «Nuevo Testamento». También, se nos pone en antecedentes con respecto a lo que eran sus/nuestras vidas allá por los años noventa (cuando *Twin Peaks* vio la luz por primera vez), e incluso con relación a la situación «analógica» del momento; mental, mediática y, en general, televisiva. ¿Lo recordáis? Asimismo, Francisco J. Ortiz, autor de dicha presentación, nos relata entretenidas anécdotas y acontecimientos de auténtico interés, como por ejemplo, el hecho de que por aquel entonces Javier J. Valencia escribía un fanzine, *Ghostwood*, dedicado a la obra y milagros de Lynch; donde el propio Francisco terminó colaborando en su último número y en el que Javier J. Valencia ya apuntaba maneras. Efectivamente, lo de Javier y *Universo Twin Peaks* no ha sido casualidad, sino el camino lógico que debía seguir alguien que ha estudiado, comprende y, por supuesto, manifiesta tan profundo amor hacia la obra del director de Missoula.

Eso sí, con diferencia, lo más divertido de la presentación, lo que hizo que los sintiera casi como si fueran mis colegas de media vida, fue saber que se conocieron, por casualidad, a través de un anuncio en la revista *Imágenes de actualidad* y que, a partir de ese momento, empezaron a cartearse; intercambiando material, puntos de vista y, cómo no, haciendo crecer su amistad y mutua admiración. Yo misma viví una situación similar, así que ¿cómo no

visualizar todo ese precioso pasado con un sentimiento de compañerismo cuando, además, Francisco J. Ortiz lo narra de una manera tan vívida y entrañable?

Y ciñéndonos ya al contenido estricto de dicha biblia, lo primero que he de destacar es que esta está situada en dos tiempos, tal y como nos cuenta su autor y la misma contraportada. De esta forma, nos quedaremos en primer lugar en el presente; efectuando un recorrido a través de la experiencia que ha significado para Javier el visionado de la nueva temporada y, más tarde, viajaremos al pasado, donde el autor nos mostrará parte del material empleado en otro de sus libros (del año 95): *Twin Peaks*: 625 líneas en el futuro, remozado y, por supuesto, ampliado para la ocasión.

Pero, como decía, además de hablarnos y analizar en profundidad esta tercera temporada (y las dos anteriores e, incluso, la película *Fuego camina conmigo*), nos hace llegar información, principalmente, de los dos últimos libros de Mark Frost, dado que tienen muchísimo que ver con el universo *peakie* y ayudan a esclarecer un sinnúmero de dudas. Además, tendremos acceso a esas partes más profundas de la historia y de su filosofía que en la pantalla resultan imposibles de ver y que, una vez esclarecidas, impiden que el espectador se vuelva medio tarumba. Son detalles, a veces, imperceptibles, pero que estar que están y han sido muy meditados por un prudente Javier para, después, ser interpretados y expuestos en su último trabajo, insisto, con toda la prudencia del mundo. También, seremos partícipes de la posible influencia de diversas sectas, logias o grupúsculos místicos-esotéricos que muy bien podrían haber inspirado quizá más a Frost que a Lynch, pero que, en cualquier caso, han llegado a *Twin*

Peaks y ahí se han quedado; reinterpretados, mezclados y reflejados, en mayor o menor medida, en la mitología e iconografía más reciente de la serie.

Por cierto, no he mencionado aún que este ensayo tiene setecientas páginas, lo que supone que, efectivamente, su contenido no solo sea interesantísimo, sino que da mucho de sí. Por ejemplo: Javier nos habla de otros trabajos paralelos de ambos directores; también, de sus filias y de sus fobias o incluso de numerología… Y vosotros diréis, ¿hay algún palo que no toque esta obra? Tal vez en lo que respecta a la vida personal tanto de los directores como de los actores, pero, a quién le importa cuando hay tanto por aprender a cerca de *Twin Peaks*. Sea como fuere, este increíble paseo a lo largo y ancho de *Universo Twin Peaks*, lo haremos acompañados de abundantes fragmentos de entrevistas; fotos aparecidas en revistas de varias épocas y partes del mundo; imágenes de la propia serie y, lo más grande, un increíble buen montón de magníficas ilustraciones, obra de Aine, en su interior. Por cierto, la portada es de Pachu M. Torres y, tras haberla contemplado unas mil veces, creo que es imposible que cualquier otra imagen se le hubiera podido ajustar tan perfectamente a este universo.

Pero ahí no acaba la cosa. Por si no tuviéramos bastante material sobre el pueblo de los picos gemelos (y alrededores, Javier también nos habla de otras publicaciones relacionadas con dicha serie; revistas en papel, webs, merchandasing y, cómo no, la música (de toooodo *Twin Peaks*) que, tal y como debe ser, tiene su merecido apartado.

¿Más detalles? Pues sí, y algunos realmente significativos, como es el caso de la ilustración de uno de mis personajes preferidos: la inolvidable Señora Leño,

que aparece previamente al comienzo del viaje; justo antes de que nos empiecen a hablar de la tercera temporada, aquí, en el presente. La imagen de la Señora Leño, en *Universo Twin Peaks*, tiene la misma misión que ya tuvo en la reposición de la serie en la televisión por cable, allá por el año 93, e incluso en el pack *Twin Peaks el misterio completo*: definitivamente, nos da paso a un universo mágico; nos acompaña y nos advierte…

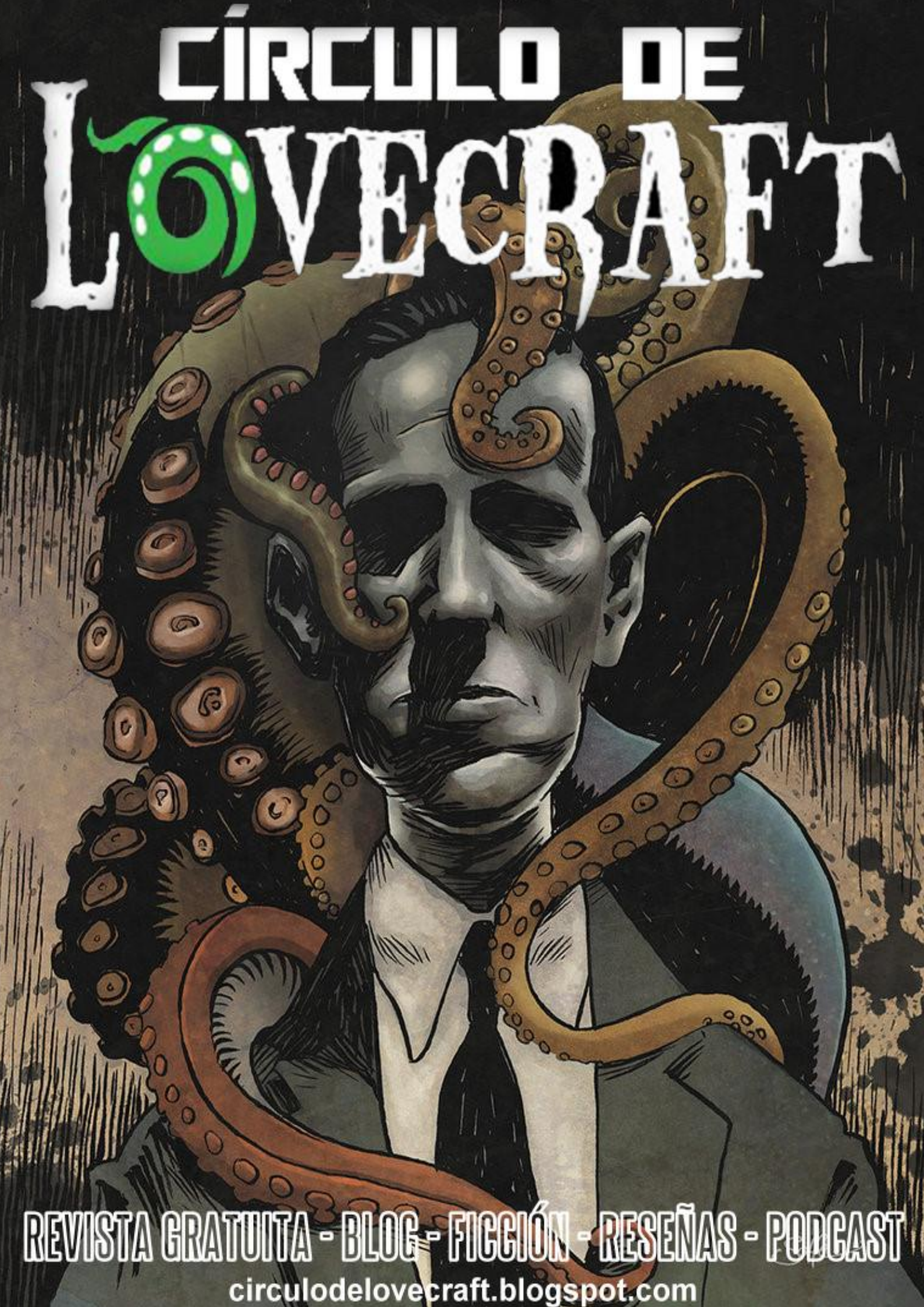
Hojear y contemplar *Universo Twin Peaks*; leerlo y releerlo, ha sido una experiencia increíblemente gratificante. Ya sabéis, en lo referente a la serie, no solo es capaz de hacértela entender sin dejar prácticamente ningún cabo suelto, es que, además, como he comentado, tiene esa facilidad para hacer que te obsesiones; que sientas un apetito tan voraz que, o te controlas, o empiezas a verla de nuevo; volviendo a la investigación en la pantalla y, por supuesto, al interior de *Universo Twin Peaks*.

¿Y qué más se podría decir de la magnífica obra de Javier J. Valencia? (Me consta que la siguiente edición llevará la corrección de estilo que a las dos primeras les ha faltado, así que ¡bien por esta noticia!), demasiado, se puede decir aún mucho. Pero, aun así, la pregunta correcta sería: ¿Qué es lo que no te va a contar el libro de Javier? Y me temo que, para esta pregunta, no tengo la respuesta, porque el trabajo es tan completo y pormenorizado que… no sé si el autor se deja algo por contar. De hecho, no quiero olvidarme de mencionar que, por mi parte, también gracias a Javier, gran conocedor del mundo del cine (es guionista y director de algún que otro corto) he aprendido incluso varios recursos de guion. Y bien agradecida que le estoy.

Para concluir y, por si alguien no se ha fijado aún, la fórmula para cerrar el círculo en una reseña que se precie suele ser resumiendo todo lo bueno del libro en cuestión y acabar con la típica frase que dé a entender que «este sí merece la pena». En este caso, sencillamente os haré una confesión: estoy tan enamorada de *Universo Twin Peaks* que, este ejemplar en concreto que estoy reseñando, estaba previsto que fuera enviado al ganador o ganadora del concurso que la web puso en marcha gracias a Dilatando Mentes Editorial. Pues bien: me lo he quedado. Sí, leéis bien. Este que llegó a mí y que ha sufrido mis nervios, paranoias y sudores, se queda conmigo. La ganadora o ganador, como ha de ser, tendrá uno exactamente igual pero comprado directamente a la editorial (quien nos ha comentado que tendrá además un detallito con la persona afortunada en el concurso).

Esto, amigas y amigos, es el mejor final para una reseña. Esto, amigas y amigos, es amor: Esto, es, **A-MOR**.

CÍRCULO DE LOVECRAFT



REVISTA GRATUITA - BLOG - FICCIÓN - RESEÑAS - PODCAST

circulodelovecraft.blogspot.com